

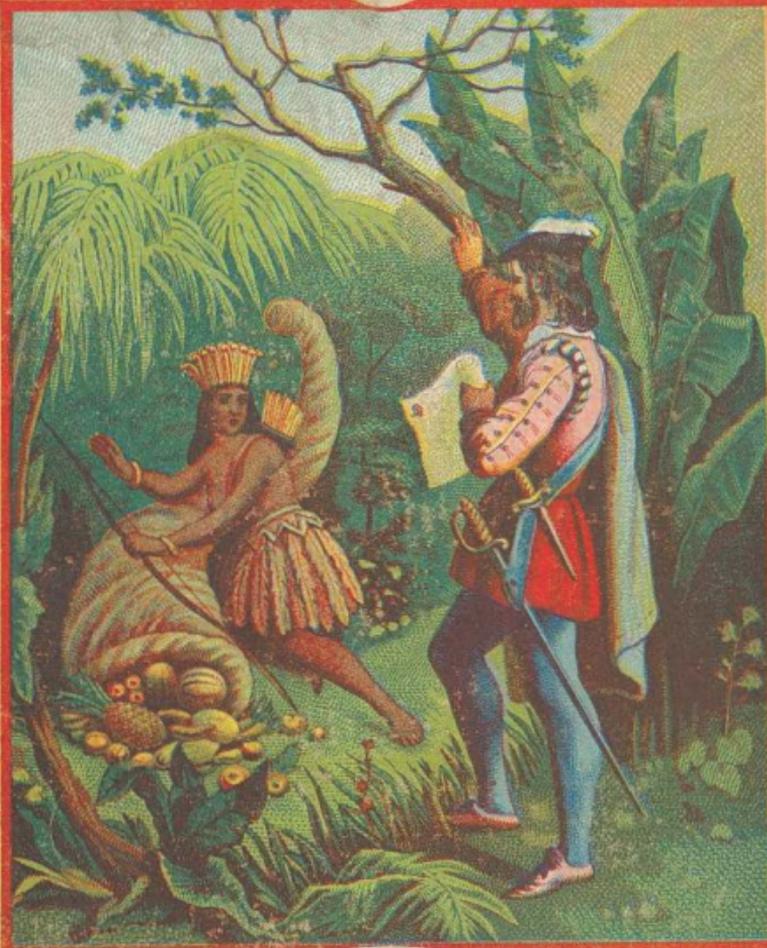
L.F. MANTILLA

Cuba
S. Domingo
Guatemala
Honduras

LIBRO DE LECTURA

Nº 2

Puerto Rico
Salvador
Nicaragua
N. Granada



MEJICO

Costarica
Peru
Chile

REPUBLICA

ARGENTINA

Ecuador
Bolivia
Venezuela

URUGUAY

PARAGUAY

Edicion

1888

Excelsior

L
E-9
65.



00003327

LIBRO DE LECTURA

N.º 2.

4456

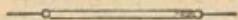
LIBRO DE LECTURA

N.º 2.

POR

LUIS F. MANTILLA

PROFESOR DE LENGUAS EN ESPAÑA, CUBA Y NUEVA YORK.



5588

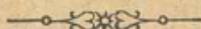


BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

1888.

Biblioteca 118 X 174 Maestros

LIBRO DE LECTURA N.º 2



Á LOS MAESTROS.

LA experiencia de algunos años nos ha hecho conocer todas las ventajas de aplicar el método explicativo á la lectura, y creemos de nuestro deber recomendarle á todos los maestros, al ofrecerles este librito destinado á las escuelas primarias.

Dicho método no solo contribuye á hacer de la lectura un ejercicio agradable al niño, sino que tiene grande y beneficiosa influencia en todos los estudios á que se dedique en los años posteriores.

Para dar una idea de la extension que puede darse á dicho método, escogerémos el cuentecito que lleva este encabezamiento « la niña del vigía. »

Muy natural es que el niño, al leerle, desee saber lo que es un *fanal*: y no ha de limitarse el maestro á definirle la palabra, sino que debe entrar en la descripción del aparato, en la explicacion de sus ventajas, y aun en la historia de su invento.

Despues que se le haya divertido con la narracion condúzcasele á terreno mas árido, si bien cumple al buen instructor traerle á él sin violencia y de una manera agradable.

Pregúntesele qué quiere decir *barruntos*: responderá que no lo sabe, y quizá que es la primera vez que oye tal palabra. No se dé por vencido el maestro, pues suele el niño ser de suyo presuroso en confesar

su ignorancia, cuando cree que el maestro está dispuesto á evitarle el trabajo de pensar un poco. Hágasele leer todo el periodo, y casi puede asegurarse que al fin dará con la significacion de la palabra.

¿Por qué, al definir la palabra *calzada*, no se le ha de hablar de la célebre « Calzada de los Gigantes, » y lo mismo siempre que se tropieze con la palabra que recuerde algun objeto, ó algun hecho digno de mencion?

Que defina siempre los sinónimos : v. g. : pregúntesele si es lo mismo una *calzada* que una *muralla*, si *muralla* significa lo mismo que *muro*, y si todo *muro* es una *pared*.

La palabra *marea*, que se emplea en el cuento, da materia al maestro para entrar en una sencilla explicacion del fenómeno.

Las voces *olas*, *rocas* y *arrecifes* ofrecen tema para una discusion, no menos grata al maestro que al alumno.

El verbo *bramar* aplicado al viento puede enseñarles la fuerza de los calificativos, y el maestro les hará buscar algunos para los nombres que él designe.

No se tenga reparo alguno en señalar los defectos que cometiera el escritor en tal cual pasage, en que debió haber dicho, ó pudo expresar mejor la idea del modo que sugerirá el maestro. Así se les acostumbrará á leer con reflexion, á reconocer las bellezas, y á descubrir fácilmente los defectos de un escrito.

Despues de todos estos ejercicios, conviene siempre que el niño repita el cuento, variando las frases; y hágasele que explique la idea moral que se propuso inculcarles el autor.



ADVERTENCIAS PRELIMINARES.

PARA leer bien, no basta pronunciar clara y distintamente las palabras, sino que es indispensable dar á la frase toda la entonacion que requiere su sentido: de lo contrario, no nos darémos á entender del oyente, y será la lectura un ejercicio tan enojoso al que lee como al que escucha.

Se emplean en la escritura varios signos, que teniendo cada uno una funcion especial, marcan las pausas que debemos hacer en la lectura, y la entonacion que debe darse á las palabras.

Estos signos son: la *coma* (,): el *punto y coma* (;): los *dos puntos* (:): el *punto final ó redondo* (.), y el *paréntesis* (). Estos marcan las pausas, y para denotar la inflexion de la voz se usa en la escritura del *signo de interrogacion* (?): del *de admiracion* (!): de los *puntos suspensivos* (....).

Hay además otros signos que tienen otros usos, y son:

La *diéresis ó crema*, que se usa para disolver un diptongo: v. g., süave; ó para hacer sonar una vocal muda, v. g., vergüenza.

El *apóstrofo* (') que se usó antiguamente para indicar la elision de una letra, v. g., l' alma.

El *guion* (-) que sirve para dividir al fin del renglon

una palabra que no cabe en él entera, y tambien para separar á los interlocutores de un diálogo, evitando así la repeticion de sus nombres.

Las *comillas* ó *virgulillas* que se emplean para denotar un trozo que se copia de algun autor, ó para marcar las palabras á que se quiere dar una fuerza particular: v. g. Bufon ha dicho: « el estilo es el hombre. »

El *asterisco* (*) se emplea para llamar la atencion del lector hácia la palabra ó sentencia á que precede, para lo que suele tambien servir la manecilla (☞). El asterisco se usa tambien para remitir al que lee á una nota al márgen, ó al pié de la página.

Los *calderones* (¶) se empleaban antiguamente como signatura de los pliegos preliminares de una obra, y no hace mucho tiempo para señalar los párrafos; pero hoy se usa en su lugar de este signo (§).

• • • • •

Pasemos ahora á los otros signos de puntuacion, que son de mayor importancia por cuanto sirven para indicar las pausas y la entonacion de la voz, á fin de dar á la frase la fuerza que requiere.

La *coma* (,) es una brevisima pausa, y de tal importancia, que mal colocada varía muchas veces completamente el sentido de la frase, como puede observarse en el ejemplo siguiente. Tocaba á un trágico novel decir á otro, en presencia de un cadáver: *señor, muerto está: tarde llegamos*. Tal, al ménos, habia sido la in-

tencion del autor del drama; pero en vez de tan solemnes palabras, el auditorio oyó este ridículo apóstrofe: *señor mnerto, esta tarde llegamos*. Este ejemplo bastaria para probar la necesidad de una buena puntuacion en todo escrito.

El *punto y coma* (;) es una pausa de mas duracion que la coma, que nos dá tiempo para respirar, y á veces para cambiar el tono de la voz.

Los *dos puntos* (:) denotan una pausa mayor que la del *punto y coma*; pero no tanto que el que nos oiga crea terminada la idea que se va desenvolviendo.

El *punto final* es el signo que denota una pausa completa, é indica que pasamos, ó á hablar de diverso asunto, y entónces empezamos á escribir lo que sigue en el renglon siguiente, ó que nos es preciso tomar respiro para continuar sin cansarnos.

El *paréntesis* () se emplea para separar palabras ó frases que aunque en conexion con la anterior, interrumpen su sentido. Las palabras encerradas dentro del paréntesis deben leerse en tono mas bajo que las que le preceden y siguen.

Las *puntos suspensivos* (.) indican que hay algo omitido, porque lo ya dicho es bastante, ó porque se puede fácilmente adivinar lo que de propósito callamos.

El ejemplo siguiente tomado del Quijote nos dará á conocer el valor de todos estos signos.

« Pero esto importa poco á nuestro cuento: basta que en la narracion dél no se salga un punto de la verdad. Es pues de saber que este sobredicho hidalgo,

los ratos que estaba ocioso (que eran los mas del año) se daba á leer libros de caballerías con tanta aficion y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administracion de su hacienda; y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballería »

El *signo de interrogacion* (?) denota que se hace alguna pregunta, y cuando el periodo interrogatorio es largo, se escribe al principio en sentido inverso (¿): v. g.

« ¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? »

Este *signo* (!) llamado *exclamacion*, expresa que la oracion lleva el tono de admiracion, terror, dolor ó cualquier otro vehemente afecto. Al principio de la frase se usa en sentido inverso (¡):

« ¡Oh, tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser cronista de esta peregrina historia! »

En toda frase interrogativa hay una ó mas palabras que deben pronunciarse en un tono mas alto que las otras; y son ordinariamente aquellas sobre las cuales el que escribe quiere llamar la atencion : v. g. :

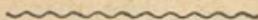
« ¿Irme yo con él dijo el muchado, *mas?* »

« Pero este mi amo ¿de *qué* obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y mi trabajo? »

En toda frase que lleve el signo de admiracion y sea muy larga, hay que ir bajando progresivamente la voz hasta el fin. Si la frase es corta, ó lleva la fuerza de execracion, despecho, etc., entonces se elevará el tono de la voz, esforzándola al pronunciar la palabra que exprese la vehemencia de esos afectos : v. g.,

¡Oh *cómo se holgó nuestro buen caballero* cuando hubo hecho este discurso, y *mas* cuando halló á quien dar nombre de su dama!

¡Válgame Dios, y *quién* será aquel que buenamente pueda contar la *rabia* que entró en el corazon de nuestro manchego, viéndose parar de aquella manera!



PRIMERA PARTE



LAS MALAS COMPAÑIAS.

DESPUES de algunas semanas de trabajo, logró un labrador sembrar un campo de trigo; pero apenas comenzaron á asomar las primeras briznas, vinieron unos cuervos y las arrancaron. Se propuso entónces, hacer una horrible matanza ó un buen escarmiento en los primeros que sorprendiera destruyendo su sembrado.

Tenia nuestro labrador una cotorra muy parlera y traviesa que andaba libremente por todas partes, aunque siempre medrosica, no osaba alejarse mucho de la casa; pero un día que su amo la habia regalado con unas sopas de vino, se sintió con valor suficiente para arrostrar los peligros que siempre habia temido tanto.

Un paso tras otro y sin decir palabra, se metió por entre la espesa yerba, y despues de una jornada mas larga de lo que parecia consentir su torpe y penoso andar, llegó á los trigos donde los cuervos hacian entónces sus correrías, devastando á picotazos la cosecha del pobre labrador. Este, que los vió de léjos, cogiendo su escopeta se acercó silenciosamente hasta tenerlos á tiro. Descargó entónces el arma, y corrió inmediatamente á ver el efecto.... En medio de cadáveres, tendida en el suelo, con las plumas de las alas en desórden y una pata quebrada, yacia la pobre cotorrica dando lastimosos gritos.

Cogióla su amo y la llevó consigo á su casa.

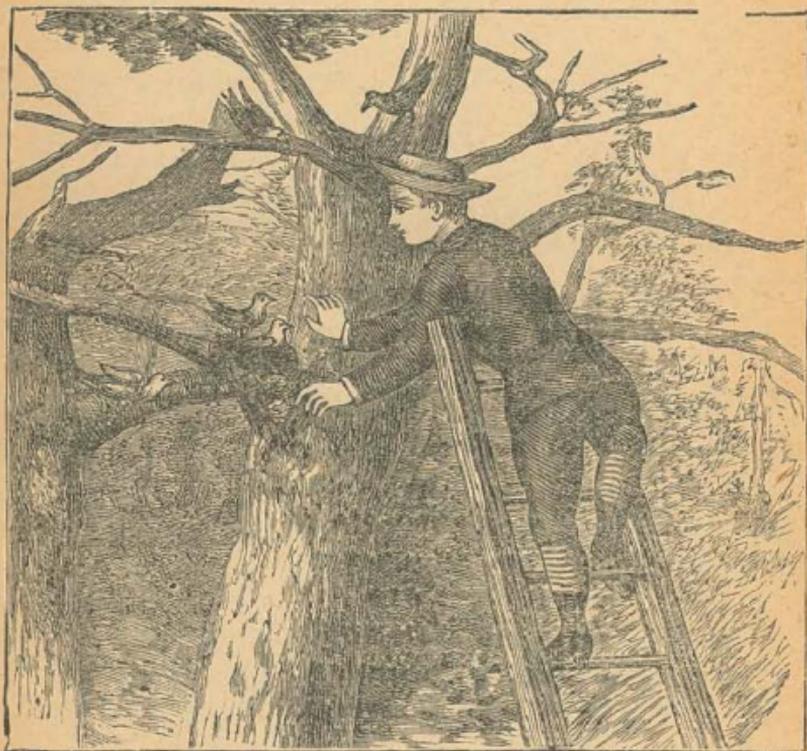
¿Qué fué, papá? digeron los niños afligidos al verla tan mal parada. ¿Quién ha herido á nuestra cotorrica?

Yo, hijos míos, dijo el padre, aunque no de intento. Estaba en compañía de los malvados cuervos, y le ha tocado parte del castigo que estaba destinado para ellos. Así suele suceder á los que no evitan y huyen las malas compañías, que siempre son perjudiciales á los que las frecuentan, tocando muy amenudo al inocente, la pena y castigo que merece el culpado.

Vendaron los niños la quebrada pata; en pocas semanas la cotorra pudo caminar por todas partes, pero cuentan que jamás olvidó la leccion que habia tan caramamente aprendido.

LA DESOBEDIENCIA.

REPETIDAS veces habia dicho á Ernesto su madre, que era crueldad robar nidos de pájaros; pero lo olvidó un dia que con otros compañeros se paseaba por los campos. Uno de



ellos le señaló un nido colocado en una rama muy alta, á la cual era, por consiguiente, muy difícil llegar.

Ernesto fué á buscar una escalera, y apoyándola en el tronco del árbol, comenzó á subir; y ya tenia el nido á la

mano cuando, faltándole un pié, cayó en tierra y se rompió un brazo.

A sus gritos y á los de sus compañeros acudió la madre, y en viéndola el lastimado niño, exclamó: bien merecido lo tengo, mamá: todo esto me sucede por no haber seguido tus consejos.

Ya veis, niños, cuán de cerca sigue el castigo á la culpa, y cómo las faltas, sobre todo la desobediencia á los padres, suelen tener fatales resultados.

FÁBULA.

EL MUCHACHO Y LA FORTUNA.

A LA orilla de un pozo
 Sobre la fresca yerba
 Un incauto mancebo
 Dormía á pierna suelta.
 Gritóle la Fortuna;
 ¡Insensato, despierta,
 No ves que ahogarte puedes
 A poco que te muevas?
 Por tí y otros canallas
 A veces me motejan
 Los unos de inconstante
 Y los otros de adversa.
 Reveses de fortuna
 Llamais á las miserias:
 ¡Porqué, si son reveses
 De la conducta necia?

T. DE IRIARTE (*Esp.*)

Á MI MADRE EN SUS DIAS.

Si el primer dia que viví
 En tí, dulce madre, fué,
 Razon es que yo te dé
 Los dias que me diste á mf.
 Hoy quiero pagarte así
 Lo que tu seno me dió;
 Mas no puede un hijo, no;
 Porque, ¡con qué pagará,
 Si aun dando dias solo da
 Lo mismo que recibió?

A. MARROQUIN (*N. Granada*).

BUENOS CONSEJO Á LOS NIÑOS,

GRABAD en vuestra memoria los siguientes consejos, y que influyan siempre en todos los actos de vuestra vida, para que alcanceis el dictado de *buenos* que vale mas que el de *grandes*.

El primer acto, al levantaros por la mañana, sea rendir gracias al Dador de todo bien por la vida que os concede, y prometedle emplearla en algo útil y beneficioso á los demás.

Comenzad, entónces, con ánimo las tareas cotidianas y que no haya contratiempo ni obstáculo alguno que venza vuestra perseverancia, si se trata de cosa que valga la pena de alcanzarse por medio de esfuerzos. Ni la amenaza, ni el temor os haga nunca cejar ante el cumplimiento del deber.

Si teneis, y siempre debéis tener, un *objeto noble* en mira, consagrale todas las potencias de vuestra alma, no lo hagais solo por obtener alabanza.

Asid un hierro hecho áscuas ántes que coger un centavo que no sea vuestro ni se os deba.

Sed indulgentes con las faltas del prójimo, si bien implacables con las vuestras. Guerra sin cuartel á todas las pasiones que os están continuamente estimulando á la práctica del mal.

Antes morir por la verdad, que vivir por mantener la mentira.

No os lanceis á un peligro innecesario; pero jamás esquivéis el riesgo, cuando os lo exija un deber.

La lectura es el alimento del alma; no le negueis á la vuestra este sustento, que os dará siempre fuerzas y consuelo en las circunstancias apremiantes de la vida. Sed, empero, muy cautos en la eleccion de los libros, no sea que encontreis el tósigo donde creais hallar el remedio.

No perdais ánimo en el infortunio, ni cobreis demasiada confianza en la prosperidad. ¿Brilla el sol en el firmamento de vuestra vida? Regocijáos, y haced á los demás participantes de vuestro gozo.

¿Cubren nubes el sol de vuestra existencia? Tened fé y esperanza, que los nublados se disiparán, y volverán los dias claros y serenos.

Añadid diariamente algo al caudal de vuestros conocimientos; pero no adquirais sabiduría que ensoberbezca y que no os haga mejores y mas virtuosos.

Vuestro modo de proceder con los demás será el modelo de la conducta de ellos para con vosotros.

Jóvenes sois aun, á la virtud debeis las primicias de vuestros años, y lo que hagais ahora será vuestra herencia en los años posteriores.



LA LECCION DE LA ARAÑA.

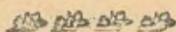
TENIA Lucia que acompañar á su madre á una visita; pero habiendose desgarrado el nuevo traje que tenia puesto aquel dia, fué necesario, siendo ya tarde, dejarla para mas adelante.

Este contratiempo irritó á la niña, que atribuyó á su mala fortuna la ocurrencia sucedida, y se deshizo en quejas contra la fatal suerte que siempre se interponia en todas sus empresas.

Su madre la tomó de la mano y atrajo su atencion á una arañita, que en aquellos momentos estaba afanosamente ocupada en tender su tela, en el mismo lugar donde la escoba de la criada habia barrido otra que ella habia acabado aquel mismo dia.

Aquella tela, dijo la madre, que la pobre araña habia construido á costa de trabajo y tiempo, fué destruida esta mañana y á duras penas pudo librarse de la escoba de María, la pobre tejedora: sin embargo, hija mia, observa cómo sin perder el tiempo en inútiles lamentos, y sin dar quejas al aire, nuestro animalito se ha puesto de nuevo á la obra, y con su perseverancia é industria, tiene ya casi concluida una habitacion tan perfecta como la anterior. ¿Por qué no sigues su ejemplo en vez de quejarte de los males, no te pones á remediarlos, ya que no los has evitado de antemano?

Comprendió la niña la justicia de estas observaciones, y que si en vez de lanzar suspiros y dirigir acriminaciones á la fortuna, se hubiera puesto á zurcir su traje, ni hubiera dejado de hacer su visita, ni tenido que perder su tiempo en inútiles lamentos.



LA MODERACION.

Como son los niños inclinados á los extremos en todas las cosas, conviene que aprendan á ser moderados, es decir, á no excederse nunca en la satisfaccion de sus necesidades, apetencias y deseos.

Sé moderado en el comer: ni te exciten los manjares mas sabrosos y mejor condimentados á exceder la medida de tu apetito, ni te ocupes con demasiado empeño de lo que debas comer para satisfacer la golosina. « No solo de pan vive el hombre, » dicen los Sagrados Libros.

Aprende á moderar el apetito: no te haga salir del órden la tentadora apariencia de los manjares, que á vueltas del placer quedan al paladar, arruinan muchas veces la salud y destruyen por lo tanto el cuerpo.

Sé moderado en el dormir: no adquieras el mal hábito de quedarte en cama hasta el sol salido, ó de dormir durante el dia: que es costumbre, una y otra, dañosa á la salud del cuerpo y provecho del alma.

Sé moderado en el hablar: el que mucho habla, mucho yerra, dice un proverbio nuestro, y añadiremos mucho fastidia, pues es necesario gran caudal de instruccion, verbosidad, y hasta una voz simpática para que no cansemos al que nos oye. Habla solamente á tiempo, y calla cuando no debas hablar.

Sé moderado en el juego, que si bien es ejercicio provechoso al cuerpo al par que descanso para el ánimo, se convierte en vicio cuando se lleva al exceso; y ello te prueba que en todo debes guardar un justo medio.



PERSEVERAR EN LA OBRA.

ERA dueña Carolina de una hermosa pajarera llena de canarios tan domesticados, que si les abrian la puerta salian volando y despues de revolotear algun tiempo por el cuarto, volvian á entrar de nuevo en su prision.

Un dia su hermano Luis trajo á casa un carrito de hojalata, que compró en una juguetería.

¿No te parece, dijo Carolina, que podemos enseñar á los canarios á tirar de este carrito?

No lo dudo, dijo Luis; pero es menester primero haceros de arneses que les sirvan.

De una cinta azul hizo Carolina una especie de collera, y con hebras de hilo las sopandas y demas arreos. Acabada la obra, aderezó Luis uno de los canarios y le unció al carrito. Grandes esfuerzos hacia el pajarillo por volar; pero como el peso del

carro no se lo consintiera, se puso á darsaltos, y logró al fin arrastrarlo por todo el cuarto.

Despues de haberse divertido un rato, desuncieron el canario, que voló inmediatamente á su jaula: sometieron otro á la misma prueba, y así sucesivamente enseñaron á todos á tirar del carro.

El principio de todo trabajo es difícil y penoso, mas por nuestra ignorancia que por las dificultades que en sí tiene: pongamos algo de nuestra parte, y el obstáculo no nos parecerá tan insuperable como creíamos.

EL PAJARILLO PRISIONERO.

¡CANTAS ó lloras, pajarillo amable,
 Entre esas rejas ¡ay! de alambre fiero
 Que á eterno cautiverio te condenan?
 ¡Cantas ó lloras de la suerte instable
 El vario giro ó el volar ligero
 Con que ya feroz pasa, ya serena?
 ¡Cuál me cubre de pena
 El verte así tranquilo por un lado
 De la jaula mirar el alto cielo,
 Levantar tu corona sin recelo
 Y ocultar la patita sosegado
 Entre la blanca pluma!
 No así tranquila en la lejana bruma
 Dará su llanto al viento
 Tu tierna compañera, revolando,
 Al arroyuelo, al valle importunando
 Con su sentido acento.
 Gemirá sin cesar desde el instante
 En que pérfida *liga*
 Te cautivó y á viudedad la obliga

Y á lastimosa queja suplicante.
 Oye el dulce reclamo
 Con que te llama desde el verde ramo;
 Mas ah! que no te mueve su tormento,
 Y én tu prision contento
 Olvidaste ya el nido, los hijuelos,
 El valle, el prado, y aun los libres vuelos;
 —¡ Y sigues ay! trinando?
 Dime si cantas ó si estás llorando?

G. G. PIÑERES (*N. Granada.*)

UNA ACCION NOBLE Y GENEROSA.

Hace poco presenciarnos una accion de un niño, que merece recordarse, como leccion y ejemplo, á los que miran con culpable indiferencia, si no desprecio, las personas agobiadas por el peso de los años, ó desfiguradas por el rastro de las enfermedades.

Apeóse de un ómnibus en las inmediaciones del paradero de un camino de hierro una anciana, que segun era la prisa que se daba, creia no llegar á tiempo de tomar los carros.

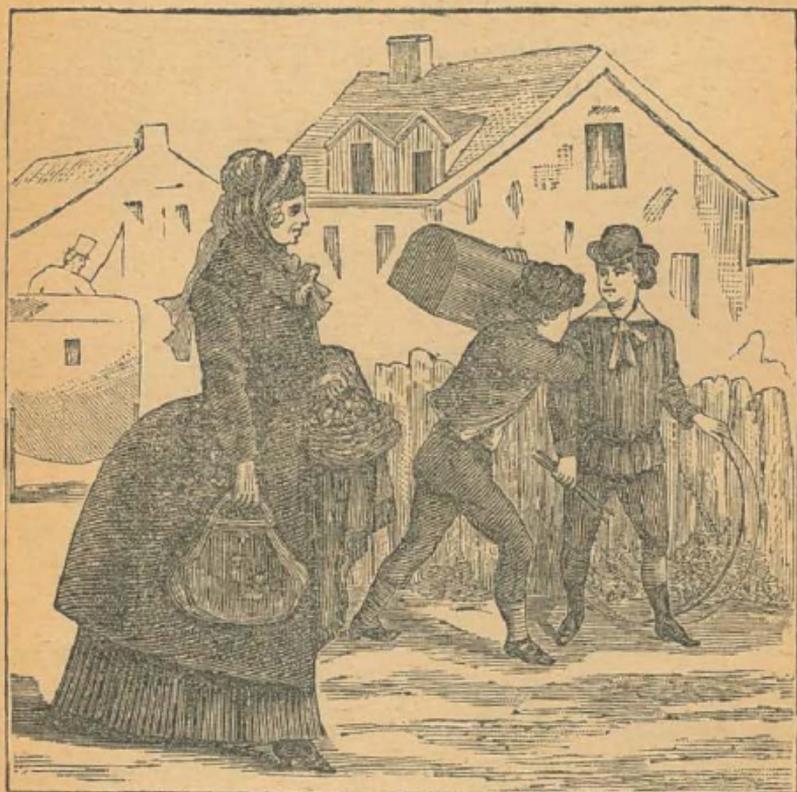
Llevaba una maleta de viaje en una mano y un cesto en la otra; además en el techo del ómnibus tenia un baul, que el cochero echó á tierra, luego que la buena mujer salió del carruaje.

Llena de impaciencia miraba á todos lados en busca de algun mozo que tomara sus efectos, y los llevara al inmediato paradero.

En esto, dos niños como de unos doce años que jugaban en la calle con sus areos, se acercaron, y adivinando uno de ellos la urgencia de la anciana, dió su arco al compañero, se echó á cuestras el baul, y llevó en un momento al carro de equipajes.

Quería la buena señora pagar al chico su trabajo, pero él no quiso admitir ninguna recompensa, y volvió gozoso á continuar su juego en la plaza.

Sencilla por demas es esta accion, pero, ¡qué contraste tan



notable no forma con la conducta de una mayoría de jóvenes, que no ven en la vejez y debilidad mas que materia de burla y diversion!

Á MI PADRE EN SUS DIAS.

CUANDO feliz tu familia
Se dispone, caro padre,

Á solemnizar la fiesta
 De tus plácidos natales;
 Yo el primero de tus hijos,
 También primero en lo amante,
 Hoy lo mucho que te debo
 Con algo quiero pagarte.
 ¡Oh! cuán gozoso repito
 Que tú de todos los padres
 Has sido para conmigo
 El modelo inimitable.
 De mi educación el peso
 A cargo tuyo tomaste,
 Y nunca en manos ajenas
 Mi tierna infancia fiaste.
 Amor á todos los hombres,
 Temor á Dios inspiraste,
 Odio á la atroz tiranía
 Y á las intrigas infames.
 Oyé, pues, los tiernos votos
 Que por tí Fileno hace,
 Y que de su labio humilde
 Hasta el Eterno se parten.
 Por largos años el cielo
 Para la dicha te guarde
 De la esposa que te adora
 Y de los hijos amantes.
 Puedas ver á tus biznietos
 Poco á poco levantarse,
 Como los verdes renuevos
 En que árbol noble renace
 Cuando al impulso del tiempo
 La frente sublime abate.
 Que en torno tuyo los veas
 Triscar y regocijarse,
 Y entre cariño y respeto
 Inciertos y vacilantes,

Halaguen con labio tierno
 Tu cabeza respetable

J. M. HEREDIA (*Cuba*).

LA PRIMER ACCION DE GRACIAS ¹.

DESPUES de muchos meses de una grave enfermedad que la puso á las puertas de la muerte, y gracias al cuidado de su madre, pudo Anita recobrar la salud, cuando la primavera revestia los campos con todas sus galas y primores.

En un caluroso día del mes de Mayo, la amorosa madre llevó á la aun delicada niña al jardín por la primera vez. Las flores ostentaban toda su belleza, y las frutas pendían de los árboles agobiados bajo el peso de ellas.

Sentóse la madre en un poyo del jardín, y estrechando tiernamente á la niña entre sus brazos, derramaba lágrimas de placer. Respondía afectuosamente Anita á sus caricias, y volviéndose á su madre, la dijo enternecida: ¡qué hermoso es todo cuanto aquí vemos, madre mia!

— Y ¿sabes tú, hija mia, preguntó la madre, quién es el autor de tantas maravillas, y á quién debes el gozo que experimentas en contemplarlas?

— A quién sino á tí, amorosa madre mia? ¿Acaso hay en la tierra quien me ame mas que tú?

— En la tierra, no, hija mia; pero sobre ella existe un amor mas grande que el mio. A él debes la vida que disfrutas y los placeres que te hacen amarla. Aprende, pues, hija mia, á adorarle en las portentosas obras de sus manos.

Levantó la niña la vista como en demanda de ese ser á quien tanto debia; pero los rayos del sol deslumbraron sus ojos y la obligaron á ponerlos en tierra. Suspiró tristemente

y dijo: Ay mamá! yo no puedo todavía comprender lo que tú me dices.

No te aflijas por eso, pobre niña, dijo la madre, algun dia verás mas claro. Basta por ahora que tu primer tributo de gracias haya sido atribuir al *mas grande amor* que conoces, la creacion de tantas maravillas, y que en tu pueril error, abrases á tu madre miéntras que la idea de Dios llena tu agradecido corazon.

EL ARCO ÍRIS.

LA ronca tempestad con voz de trueno
Anuncia al mundo destruccion y ruina;
El viento abaté la soberbia encina;
El rayo rasga de la nube el seno.

Muéstrase el Iris de hermosura lleno;
La tempestad se ahuyenta repentina;
Se despejan el cielo y la colina,
Y el mar ostenta su esplendor sereno.

Cuando la duda asalta nuestra mente,
Cuando el dolor el pecho nos devora,
Nos envia el Señor Omnipotente
Un rayo de la fé consoladora,
Que presto infunde al corazon doliente
Dulce creencia y calma bienhechora.

MÁRCOS ARBÓNIZ (*Méjico*).

EL CAMINANTE HAMBRIENTO.

UN viajero teniendo que atravesar el desierto, colmó su saco de sabrosas frutas y otros víveres, para que no le escasearan durante su jornada.

Los primeros dias iba gozoso y alegre, y en vez de detenerse á recoger los frutos que la naturaleza ofrece en todas partes para alivio del viajero, seguia su camino alimentándose de lo que llevaba en la alforja.

Al cabo de pocos dias llegó al desierto: ya no habia mas árboles que diesen frutas ni manantiales que brotasen agua; solo se veia una extensísima llanura cubierta de arenas recalentadas por un sol abrasador, que excitaba una sed insaciable. Nada de esto aterraba á nuestro caminante, mientras requiriendo su alforja la veia henchida de comestibles, y comia y bebia siempre que sentia el menor estímulo de hambre y sed.

Pasaron dias y vinieron noches, y él veia disminuirse el peso de la alforja, sin que por eso redujese su racion diaria. Al fin consumiéronse las provisiones cuando estaba á la mitad del viaje, y allí fueron lamentos y llantos sin que nadie los oyese. Despues de muchas horas de sufrimiento, no pudiendo satisfacer el hambre ni la sed, espiró el pobre caminante, y las arenas del desierto movidas por un viento impetuoso, cubrieron su cadáver.

Niño, tú eres tambien caminante en la jornada de la vida, en el camino á la eternidad. Ahora es el tiempo de recoger frutos y atesorar sabiduría; pero si el trabajo te aterra, y malgastas la primavera de tus años, llegarás al término de tu destino pobre de sabiduría y virtud, y mas infeliz aun que el pobre caminante que pereció de hambre y sed en el desierto.

EL DEBER DE PERDONAR.

LA maestra de la escuela, donde se educaban Elena y Rosa, ofreció un premio á la que presentase el mejor cuadro en los próximos exámenes; y como las dos niñas tenían igual disposición para el dibujo, era todavía dudoso cuál de las dos habria de obtener el premio. Faltando ya pocos dias para el de los exámenes, se les permitió que continuasen su trabajo en la escuela despues que terminaban todas las lecciones.

Una de esas tardes, pasando Rosa por el cuarto tropezó con la carpeta en que trabajada Elena, y derramó un tintero sobre el dibujo que esta tenia ya casi concluido.

Encendióse en cólera Elena y la dijo en tono airado: tú lo



has hecho de intento para que no se me dé el premio. Jamás mientras viva, te perdonaré.

¿Cómo puedes creer tal cosa? dijo Rosa aflijida y asustada.

Tú saber que ha sido una casualidad, ¿porqué no has de perdonarme? Por nada de este mundo hubiera hecho yo accion tan villana como la de privarte intencionalmente del premio que mereces.

Elena no prestaba oídos á las disculpas, y salió prescipientamente del cuarta.

Estas dos niñas habian sido condiscípulas por mas de tres años, y siempre se habian amado mucho. Se sentaban en carpetas inmediatas, estudiaban las mismas materias, y jamás desavenencia alguna habia interrumpido la buena amistad que se profesaban.

Tenia Elena un carácter iracundo é intolerante: Rosa por el contrario, era niña que se hacia amar de todos por su buena índole y deseo de complacer á los demás. Amaba con predileccion entre sus condiscípulas á Elena, y al separarse de ella en esta ocasion, dejándola con palabras de ira en los labios, su pobre corazon sufría horriblemente. Echóse el velo á la cara para ocultar sus lágrimas, y tomó pausadamente el camino de su casa.

No dejaba de conocer Elena que habia procedido mal: su conciencia la acusaba de haber sido sobrado injusta y de haber dicho mas de lo que sentia; pero la cólera no la dejaba oír la voz de sus remordimientos. Al llegar á su casa se quejó de una fuerte jaqueca, y se sirvió de este achaque para retirarse mas temprano á su cuarto.

Allí tomó un libro del estante, y al abrirle tropezó con estas palabras: «si tú perdonas á los que te ofenden, tu Padre celestial tambien te perdonará á tí.»

Cerró bruscamente el libro, y lo tiró sobre la mesa, diciendo entre dientes: no, no puedo perdonarla:

Aquella noche Elena, por la primera vez en su vida, se acostó sin recitar las oraciones que siempre acostumbrada ántes de entregarse al sueño.

A la mañana siguiente, al salir de su cuarto y al ver una criada que pasaba por la sala, le preguntó si ya su mamá se habia levantado,

Su mamá de V., respondió la criada, no está en casa. La Señorita Rosa ha muerto. Cuando volvía ayer de la escuela á su casa, un caballo desbocado la estropeó de tal modo que solo vivió media hora despues de la ocurrencia. Luego que lo supo su mamá de V., fué á ver á la pobre madre, y con ella ha pasado toda la noche.

Elena se lanzó fuera de la casa y pocos minutos despues se hallaba en la de la pobre niña.

Oh mamá, dijo echándose en los brazos de su madre, será posible?... oh no.... no lo creo....

Querida Elena, dijo su madre, desgraciadamente no te han engañado. Nuestra Rosa ha ido á aumentar el número de los ángeles del cielo. Ven á ver cuán bella está, aun sin el color de la vida.

Con trémulos pasos siguió Elena á su madre, y creyó que su corazon habia cesado de latir cuando vió á su ya perdida amiga yaciendo en una tumba cubierta de flores. Tal dulzura habia en sus facciones y tal inocencia en la sonrisa de sus labios, que nadie la hubiera creído muerta, sino sumida en un apacible sueño.

Sin articular palabra y con los ojos bañados en lágrimas, contemplaba Elena á la amiguita que el día anterior habia visto llena de vida, cuando su madre la llevó aparte y la dijo: hija mia, sus últimas palabras fueron: decid á Elena que siempre la quise mucho, y que jamás tuve intencion de privarla del premio. Ayer no quiso oirme; pero estoy segura que hoy creará las palabras de una moribunda.

Al punto Elena dió suelta al llanto y corriendo á arrodillarse ante la tumba de Rosa, exclamó: perdóname, queridísima Rosa..... perdona mi injusticia.... la memoria de mi crueldad para contigo, me acompañará toda la vida.

Elena es hoy madre de familia, y siempre que enseña á sus hijos una cartera con un dibujo manchado, se le saltan las lágrimas á los ojos, y les dice: no permita el cielo, hijos míos, que recibais jamás una leccion tan terrible como la que á mí me enseñó el deber del perdonar,

LA DISCORDIA.

¿HABEIS visto alguna vez una fuentecilla de agua que brota casi imperceptible de la superficie de la tierra? Socávala al principio, formándose un estrecho cauce; pero segun va avanzando se hace este mas profundo, y cobrando fuerzas á medida que corre, llega á abrirse un ancho paso formando al fin un impetuoso rio que arrastra árboles, derriba peñas y lucha hasta con el mar que le opone la barrera de sus olas.

No de otro modo las disputas, que suelen nacer de una pequeña causa, van adquiriendo insensiblemente grandes dimensiones, hasta terminar en fatales resultados.

Juan y Jorge empezaron á disputar sobre un cortaplumas, que uno de ellos habia perdido, con estas palabras:

Jorge. — Siempre que uses algo mio, no te olvides de volverlo á poner donde lo hallaste. ¿Dónde está mi cortaplumas?

Juan. — Mal puede decirtelo quien no lo ha visto ni tocado.

Jorge. — ¡Cómo! ¿no recuerdas que te lo presté ayer?

Juan. — Sí; pero tú te olvidas que lo has estado usando esta mañana.

Jorge. — No es verdad: yo no lo he visto desde que te lo presté ayer.

Juan. — Te repito que olvidas que lo has estado usando esta mañana.

Jorge. — Es falso cuanto dices, pues fué ayer cuando estuve labrando con él un pedazo de madera.

Juan. — Debieras ser algo mas medido en tus palabras, sabiendo á lo que puede exponerte ese tono altanero é insultante.

Yo no podré deciros cuál de los dos niños habia perdido el cortaplumas; pero sí que tanto el uno como el otro pudo haber evitado la disputa que ha enardecido sus ánimos y entibiado su amistad. Debieron haber tenido muy presente que las palabras descompuestas no producen jamás mas resultados que despertar la cólera, y sobretodo destruir la paz, que es el mas apetecible de los bienes de este mundo.

- Á DIOS.

SEÑOR, en el murmullo lejano de los mares,
Oí de tus palabras la augusta majestad,
Oílas susurrando del monte en los pinares
Y en la de los desiertos callada soledad.

Tu voz cruza en las brisas y en el perfume leve
Que brota á los columpios de la silvestre flor;
Tu sombra entre las aguas magnífica se mueve,
Tu sombra, que es tan solo la inmensidad, Señor.

Tú diste á la esperanza las formas de una fada;
Purísima inocencia le diste á la niñez;
Si diste sed al hombre, le diste la cascada,
Si hambre, en cada espiga la aprisionada mies.

Y el niño y el anciano te llaman en su cuita,
Y acaso en sus delirios el reprobó también;
Te llaman los lamentos de la viudez proscrita
Y el trovador que llora: « Jehová, te dice, vén. »

Tu nombre en el espacio lo escriben los cometas
Con cifras misteriosas que el hombre no leyó,
Porque jamás supieron ni sabios ni poetas
El inmortal arcano que en ellas se encerró.

ABIGAIL LOZANO (*Venez.*).



EL SALVADOR DE GERTRÚDIS.

Dos hermanas llamadas Amanda y Gertrúdis se divertían una tarde jugando con Turco, magnífico perro que todos apreciaban por su lealtad y por el cariño que profesaba á las niñas, á quienes siempre acompañaba en sus paseos por el campo.

Cansadas de jugar, se sentaron sobre la yerba y Gertrúdis dijo á su hermana, « Paréceme, Amanda, haber oído decir que Turco me salvó una vez la vida, y quisiera yo saber cómo y cuándo fué.

Puedo satisfacer tu curiosidad, respondió Amanda, y te referiré el caso.

Hace siete años, cuando tú no tenías mas que uno, vivíamos á la orilla de un pequeño rio que vierte sus aguas en otro mucho mayor. Las tormentas de aquel verano hinchieron este de tal modo, que rebosó de sus márgenes arrastrando con ímpetu árboles, puentes, casas y cuanto se oponía á su carrera. Papá, temiendo cupiera igual suerte á nuestra casa, se

preparó á abandonarla cuanto ántes, e irse con toda la familia á un monte que allí cerca se elevaba.

Miéntras recogiamos nuestros efectos, se te puso á tí dentro de un gran cesto cubierto de ropas en un puentecito de tablas cerca de la casa, y Turco, mostrando la mayor inquietud, se echó á tu lado.

Pocos momentos despues, oyendo un espantoso ruido, nos asomámos á la puerta, y vimos con terror que las aguas se elevaban impetuosamente y amenazaban inundar toda la casa: ya nada podia salvarnos sino una precipitada y pronta fuga.

Papá me tomó en brazos, y saliendo apresuradamente á buscarte, vió que la corriente habia arrancado las tablas del puente donde te habia dejado. No habia que perder tiempo: subian las aguas con tal precipitacion, que tuvimos que refugiarnos á toda prisa en el vecino monte.

Entónces salió papá corriendo en busca tuya, y jamás olvidaré las cuatro horas de mortal ansiedad que pasámos esperando su retorno. Calcula, por lo tanto, nuestro gozo cuando le vimos venir trayéndote en sus brazos, acompañado de Turco que daba saltos de alegría. Llorábamos de placer, miéntras que tú te sonreias inocentemente.

Cuando el exceso del gozo se lo hubo consentido, papá nos refirió los pormenores de tu milagrosa salvacion. La corriente del desbordado rio arrastraba impetuosamente la tabla con la cesta donde tú estabas, y el perro, sobrenadando en ella, iba dando lastimeros aullidos, como si quisiera llamar la atencion de la gente que estaba en las alturas. Viendo al fin que nadie acudia á socorrerte, Turco se lanzó al agua, y haciendo presa de la tabla, comenzó á arrastrarla á una isleta que habia en medio del rio: despues de luchar vigorosamente contra la corriente, quedó la tabla presa y detenida entre unas matas. Comenzó de nuevo el perro á dar aullidos, y acudiendo en un bote la gente que le oia, te encontraron en el cesto, y trajeron á la orilla.

A poco llegó papá reclamándote, y al fin te trajo al monte donde nos habia dejado.



VOLTAMAD Y SU CABALLO.

DURANTE un violento huracan en el cabo de Buena Esperanza un buque rompió sus amarras, y fué á estrellarse furiosamente contra los arrecifes. La tripulacion saltó al mar, y trataron todos de salvar las vidas montados en las rotas berlingas y aparejos.

Azotaba el viento con tal furia, que ningun bote podia acercarse á recoger á los pobres marineros.

En este tiempo, un habitante de la colonia llamado Voltamad, hombre ya entrado en años, llegó en su caballo al lugar de la catástrofe. Lleno de compasion á la vista de aquellos infelices que luchaban con la muerte, y conociendo la intrepidez de su caballo y su habilidad en nadar, se propuso ir á socorrer á aquellos desgraciados.

Apeóse, hizo oler á su valiente corcel ciertas esencias, montóle de nuevo, y se lanzó con él á las olas.

Al principio se le vió desaparecer entre ellas; pero poco

despues caballo y caballero estaban cerca del naufragado buque. Recogió dos hombres, y los trajo salvos á la costa.

Repitiendo la peligrosa espedicion varias veces, logró salvar la vida á catorce personas; pero ya el caballo no podia resistir mas, y una formidable ola, azotando á Voltamad, hizo perder el equilibrio haciéndole caer al agua para no volver á aparecer. El caballo poco despues ganó la costa.

Este acto de filantropia y valor heróico llenó de admiracion á los colonos: erigieron una estatua á Voltamad, y señalaron una magnífica pension á sus hijos.

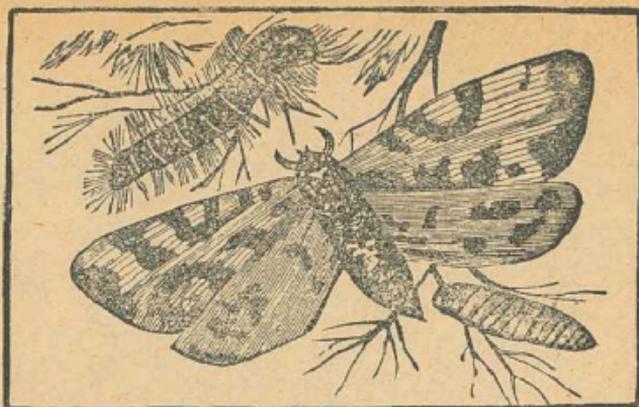
LA GOTA DE AGUA.

HAY niños que apénas nacen,
De toda prudencia agenos,
Libres quieren discurrir,
Y gobernarse ellos mismos;
Sin cuidar que la natura
Con procederes discretos,
Dió viveza al débil niño
Y á la virilidad seso.
Á esos que quieren ser
Fenómenos en el suelo,
Creyéndose hombres maduros
Infantes siendo inespertos,
Que quieren llegar al fin
Sin haber tocado el medio,
Para leccion y consulta
Les voy á contar un cuento.
Del mar sonante las ondas
Agitólas rudo viento,
Salpicando con sus aguas
La arena y riscos morenos

Que en la Punta¹ á trechos ciñe
 La furia del mar inquieto.
 Por acaso en la alta grieta
 De lejano risco al viento,
 Cayó clarísima gota.
 De la mar viéndose léjos,
 Al fin, soy libre, dijera;
 Miraré desde este asiento
 Besar á mi padre el mar
 La roca donde me veo.
 Sin que sus olas me envuelvan,
 Veré el azul de los cielos,
 Veré el verde de las hojas,
 Veré los demás objetos
 De que está por Dios formado
 Este anchísimo universo.
 Ya soy libre..... al fin del mar
 No sufro el capricho inquieto,
 Tan pronto subiendo al aire,
 O hasta el fondo descendiendo.
 Pero el sol al otro día
 Radiante salió y sereno,
 Al risco lanzó sus rayos
 Y pronto se vido seco,
 Y la gota pereció,
 Que no estaba en su elemento.
 Así sucede a los niños:
 Sus padres son su consuelo:
 Y si vivir quieren solo
 Sin su ayuda y su consejo,
 Perecen como la gota
 Que no estaba en su elemento.

A. BACHILLER (*Cuba*).

(1) Castillo á la entrada del puerto de la Habana.



EL GUSANO Y LA MARIPOSA.

UNA mañana de verano muy temprano, cuando el sol comenzaba á derramar sus rayos sobre los campos, y los pájaros gorgeaban alegremente en la enramada, un verde gusanillo, arastrándose por un sombrío sendero, iba buscando su alimento cotidiano. Tenia este hermoso insecto sobre el lomo siete brillantes fajas de colores, y otras tantas manchas redondas á cada lado, con diez y siete patitas que movia lentamente.

Al mismo tiempo un pajarillo salió de la maleza, tambien en busca de alimento, y á haber visto al gusanillo hubiera podido satisfacer en un momento su apetito matutino; pero como el insecto no ignoraba que tenia á la vista un enemigo, no hizo movimiento que llamase su atencion y se mantuvo inmóvil hasta que le vió salir volando. Torció entónces su camino hácia un añoso árbol á cuyo pié estaban esparcidas algunas tiernas hojas; y sin duda eran estas el alimento que habia estado buscando el gusanillo, pues inmediatamente se detuvo sobre ellas y empezó ó roerlas.

Por muchos dias permaneció allí el animalito, contento con su alimento y calentado por los rayos del sol; pero al fin abandonó el árbol y estuvo vagando por todas partes hasta que tropezó con un viejo poste todo lleno de agujeros. Allí se puso á fabricar su habitacion, y la hizo tan perfecta como la que la araña construye para sí con tanta paciencia como industria,

Todo el día estuvo el animalito colocando sus hilos de seda uno á uno, y ántes de amanecer ya tenia concluida una casa en la que quedó encerrado.

Era esta habitacion larga y angosta, cerrada por ambos extremos, y estaba pendiente del carcomido poste por unos pocos y delgados hilos: no tenia puertas ni ventanas, y nadie hubiera podido adivinar cómo se habia metido, ni cómo podria salir de ella aquel animalito.

Cerca de un mes estuvo encerrado en su escondrijo, sin salir á buscar alimento ni calentarse al sol; pero en un dia muy caluroso, hubo un pequeño movimiento en el interior de la casita, y sus paredes empezaron á crugir y á abrirse poco á poco.

Abierto uno de los extremos, salió, no el verde gusanillo, sino un insecto de graciosas formas, con alas salpicadas de bellísimos colores. Permaneció un instante sobre el poste para calentarse: y abriendo despues sus dos brillantes alas voló al traves de los campos hasta llegar á un jardin, donde se puso á revolotear entre las flores.

Pero ¿qué se hizo del verde gusanillo? Se ha transformado en la bella mariposa, gozando en este cambio de una vida mas libre y mas feliz. No de otro modo, el hombre, qué arrastra sobre la tierra una misera existencia, dejará en ella el cuerpo que aprisiona el alma, y esta al fin volará á otras regiones para disfrutar eternamente de goces inefables.





LA AMISTAD DEL POBRE.

Dos niños llamados Pablo y Juan eran vecinos de un mismo pueblo. El primero vivía en una elegante quinta: tenía caballos, coches, criados y su única ocupación era ir á la escuela y estudiar sus lecciones.

El padre de Juan, por el contrario, era pobre y no tenía más que un pequeño terreno que le producía escasamente para el sostenimiento de su familia. Su hijo le ayudaba levantándose todos los días muy temprano, así para llevar las vacas al campo como para pastorear unos cuantos puercos; pero siempre que sus ocupaciones se lo consentían, su padre le enviaba á la escuela, según se lo había aconsejado el cura del lugar.

La primera vez que Juan se presentó en la escuela, los niños de familias ricas se burlaron de su tosco traje: solo se le acercaban para mofarse de él, y ninguno de ellos quería tenerle á su lado.

Juan, comparando su vestido con los de sus condiscípulos, comprendió que era su podre traza y aspecto la causa de tanto desprecio, y se le saltaron las lágrimas á los ojos.

Pablo, viendo llorar al pobre niño, se movió á compasion, y acercándosele le dijo: No te aflijas; yo me sentaré siempre á tu lado. Esta muestra de bondad hizo derramar á Juan lágrimas de gozo por haber al fin hallado quien le compadeciese.

No puedo verte llorar así, continuó Pablo; vamos, yo te prometo ser tu amigo: jugarémos siempre juntos, y te defenderé de los compañeros si intentaren maltratarte.

Enjugó Juan sus lágrimas, y tomandola mano del compasivo niño le dijo: yo tambien seré tu amigo, y ¡ojalá pueda algun dia pagarte el bien que hoy me haces!

LA AMISTAD DEL POBRE. — CONTINUACION

Poco tiempo despues, yendo un dia Pablo á su casa, tropezó con una banda de ladrones, que viéndole bien vestido, se propusieron robarle cuanto llevaba encima, y con ese intento le llevaron á un bosque inmediato, y allí le dejaron completamente desnudo.

Era ya de noche, y no es de contar el miedo del pobre niño en aquella espantosa soledad, sin saber dónde se hallaba, ni qué camino tomar para salir del bosque. Cuando creyó que los ladrones estaban muy léjos, y despues de dos horas de terror, comenzó á pedir auxilio á grandes voces.

Entretanto el padre, justamente alarmado por la ausencia, y despues de haber aguardado por mucho tiempo la vuelta de su hijo, salió con los criados en su busca, dejando á la pobre madre en la mas terrible angustia.

Habiendo preguntado por todas partes y recorrido en vano la aldea y sus contornos, llegó á temer que su hijo se hubiese ahogado en el rio, y volvió á su casa en la mas grande afliccion.

Juan, al ir á acostarse, aquella noche, rogó á Dios con lágrimas que protegiese á su amiguito: y de tal modo le preocupaba su suerte, que no pudiendo conciliar el sueño, se decidió al fin á salir de casa en busca de su perdido amigo.

Después de haber recorrido todos los lugares que ámbos frecuentaban, llegó á las doce al cementerio del pueblo; y apesar del terror que le inspiraba aquel lúgubre recinto, saltó sus tapias y se puso á llamar á voces á su amigo; pero solo el eco repetía las últimas palabras, como si quisiera burlarse de su angustia.

Salió de este lugar, y se encaminó al bosque gritando á cada paso ¡Pablo! ¡Pablo! conforme se internaba en la espesura. No habia corrido mucho, cuando oyó la desmayada voz del pobre niño que decia: «aquí estoy.»

Corrió Juan al punto de donde salía la voz, y se encontró con su amigo tendido en el suelo y en un completo desfallecimiento. Ayudóle á levantarse: quitóse sus vestidos para cubrirle con ellos, y echándose en hombros, salió precipitadamente del bosque y fué corriendo á deponer su preciosa carga á los piés de los aflijidos padres.

No hay para qué pintar el gozo de estos, y la alegría del niño al verse otra vez en el seno de su familia.

Cuando hubo desahogado toda la efusion de su alegría, volvióse el padre de Pablo á Juan, y le dijo: mil pesos habia ofrecido al que encontrase á mi perdido hijo: tuyos son, valiente niño, y recibe además el mejor potro de mi cuadra.

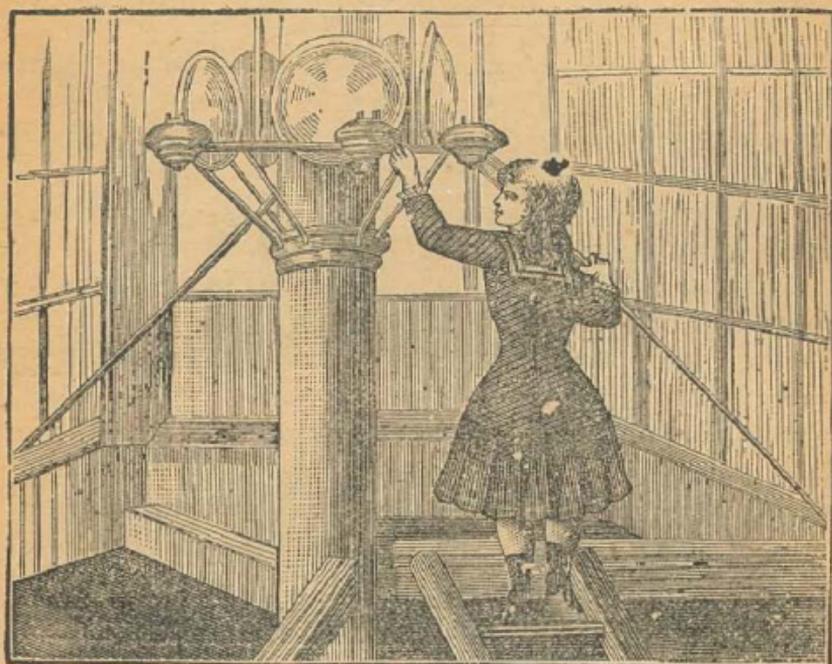
Pero por qué? preguntó Juan entre triste y ofendido.

— Como prueba de nuestro agradecimiento por haber salvado la vida de mi hijo, y como un recuerdo de este por tu generosa accion.

— No, señor, dijo Juan; yo no quiero nada: he hecho lo que debia y he pagado una deuda. Pablo es mi único amigo entre mis condiscipulos, el único que no se avergüenza de serlo, uo obstante mi pobreza.

Nada pudo reducir al niño á recibir la mas leve muestra de reconocimiento.

Pablo jamás olvidó lo que le debía: y fueron tan buenos amigos en los últimos años de su vida como lo habían sido en el tiempo de su infancia.



LA NIÑA DEL VIGÍA.

MARIQUITA estaba sola en la torre del fanal. La noche se acercaba, y había barruntos de tempestad, pues ya se veían las olas estrellarse contra las rocas y el viento bramar alrededor de la torre.

El padre de Mariquita, después de haber preparado las lámparas para que estuviesen listas cuando llegase la noche, y teniendo que comprar algunas provisiones, había cruzado la calzada que unía la torre á la costa.

Estaba aquella construida sobre rocas y arenas, y solo podía pasarse dos ó tres horas durante el día, pues todo el tiempo restante estaba cubierta por las aguas que crecían con

la marea. Por esto el padre se apresuró á salir para volver ántes que oscureciese.

Dos ó tres hombres de mala traza, ocultos detrás de un peñasco, expiaban los movimientos del padre de María. Eran *raqueros*, gente que vive del saqueo de los buques que naufragan en las costas. Sabiendo ellos que los muchos barcos que habian de pasar aquella noche se estrellarían contra los arrecifes, si el fanal no les advertia el riesgo, y que entónces tendrían ellos una buena presa, se propusieron apoderarse del vigía.

Llegado que hubo este á la costa, salieron los raqueros de su escondrijo, y le derribaron al suelo: atáronle de pies y manos, y le dejaron bajo la custodia de dos hombres mientras los demás se dirigian á la costa.

María, entretanto, esperaba impaciente la vuelta de su padre. Dieron las seis, y ella no ignoraba que pronto la marea subiría. Dieron las siete: miró á la costa, pero no vió á su padre. A las ocho ya la marea llegaba al borde de la calzada: solo las cimas de las mas altas rocas se descubrian sobre la superficie de las aguas, y muy pronto todo desa pareció debajo de ellas.

¡Padre mio!! exclamó la acongojada niña como si pudiera ser oída, ¿has olvidado á tu hijita?

A este tiempo se acordó que era hora de encender las lámparas; pero ¿qué podia hacer la pobre niña estando las mechas demasiado altas para su estatura?

Cogió unos cuantos fósforos é hizo luz; probó si con la escalera podia alcanzar al lugar, y aunque la puso sobre una mesa, vió que aun le faltaba todavía un poco para llegar á las mechas.

Ya iba á sentarse descorazonada y affigida, cuando se acordó de un gran libro en que su padre acostumbraba á leer; trájole, y colocándole al pié de la escalera, la elevó lo suficiente para poder encender las mechas.... Los rayos de luz de las lámparas se derramaron sobre la superficie de las aguas, ya embravecidas por la tempestad, y los buques pudieron evitar aquella noche el peligro que les amenazaba.

Á la mañana siguiente, pusieron los raqueros en libertad al vigía, quien, como ya la marea había bajado, se vió muy pronto en los brazos de su hijita, y le oyó contar los trabajos que había pasado aquella horrible noche en la torre del fanal.

 AMISTAD

CUANDO de acerbos penas
 El corazón encuéntrase oprimido,
 Y al ímpetu feroz de las pasiones
 La mísera razón resiste apenas:
 Cuando de adversa suerte perseguido
 Se mira el hombre sin cesar, y en tanto
 Ni un rayo de esperanza lisonjera
 Se ofrece á su cansada fantasía,
 Ni es ya un consuelo á su dolor el llanto:
 Quién le muestra la dulce simpatía
 Que tanto el triste ha menester? Y á su pecho
 ¿ Quién vuelve á restituir la antigua calma?
 ¡ Santa amistad, tú sola!
 Tú, que de fausto y pompa despojada,
 En el hogar del misero te escondes,
 Y por el infortunio alimentada
 Á la voz del dolor siempre respondes.
 Tú, que un lazo indisoluble uniendo
 Dos almas virtuosas, sus placeres
 Compartiendo redoblas, compartiendo
 Sus penas las mitigas. Sí, tú eres
 El bálsamo que el cielo en su clemencia
 Destinó para el alma dolorida;
 Dulce consuelo de la triste vida;
 Premio de la virtud y la inocencia.
 Nunca las almas viles, depravadas,
 Á tu influjo benéfico se abrieron:

Tus leyes sacrosantas despreciadas
Por su codicia vil — vendidas fueron.
Finge tus formas el traidor y tiende
Al incauto su mano insidiosa,
Brindándole su afecto tierno y puro;
Mas luego que seguro
Mira su triunfo, pérfido le vende!
Miserable! tu cruel alevosía
No ha de quedar impune; descubierto
Será tu crimen; á la luz del día
Parecerá tu nombre acompañado
De epítetos infames; de tu lado
Todos huirán; ni pienses que á cubierto
Quedarás del justísimo castigo,
Porque vivas del mundo retirado:
Te roerá las entrañas la conciencia
Por doquiera que arrastres tu existencia.

Envidiable destino
El de aquel que abrasarse el pecho siente
En tu fuego divino,
Dulce amistad! y que su amor ardiente
Mira de igual amor recompensado.
¡Cuán alegres las horas, cuán serenas
Que en plática sabrosa embelesado
Pasa olvidando hasta sus mismas penas!
¡Oh breves horas de dulzura llenas!
Ni yo las trocaria
Por cuantas juzga el vulgo codicioso
Manantiales del bien. La simpatía
La virtud y el amor — en que se afianza
Tu divino poder — son mas hermoso
Tesoro á mi ambicion y mi esperanza.
¡Feliz quien pone en tí su confianza

Y quien sabe gozar de tus favores !
 ¡ Eterna execracion á los traidores !
 Santa amistad ! si yo por un momento
 Á mis votos faltare, haz que me vea
 Del mundo odiado, y para mas tormento
 Que hasta caro amigo infiel me sea.

M. MUÑOZ CASTRO (*Venez.*).

EL INFORTUNIO NO ES SIEMPRE UN CASTIGO.

ARMANDO acompañado de su padre se paseaba por las calles de la ciudad, deteniéndose de cuando en cuando á ver los objetos que se ofrecian al público en las vidrieras de las tiendas. De repente suelta la mano de su padre, y se lanza corriendo á la acera opuesta.

Busca el padre el objeto que habia causado tanto terror á su hijo, y solo ve un pobre mendigo sin piernas, que se arrastraba sobre sus manos cubiertas de unas manoplas de cuero.

Dirigióse pausadamente al lugar donde le esperaba su hijo, y le preguntó qué le habia hecho huir tan precipitadamente.

— ¡ No ves, papá, dijo Armando, aquel pobre que se arrastra por el suelo ?

— Sí, hijo mio, pero mas veo en él objeto de compasion que de terror.

— Pero ¿ no sabes, replicó el niño, que Dios lo ha castigado así por haberlo su madre maldecido ?

— ¿ Quién te ha dicho semejante cosa ? preguntó el padre.

— María, nuestra criada, respondió el niño, me ha dicho que esos hombres que se arrastran de ese modo, llevan consigo las maldiciones de sus madres.

— Terribles serian, hijo mio, las consecuencias de semejante maldicion, si hubiera madre que deseara males á sus hijos, y Dios que oyera tan horribles votos. Véncese, pues, esa

tu culpable repugnancia, y vé á decir á aquel desgraciado que vaya todos los sábados á casa á recibir algun socorro.

Acercóse el niño temblando al pobre inválido, y cumplió con el encargo de su padre.

El sábado siguiente, viendo al mendigo en el zaguan, el padre vino con su hijo á darle la limosna.

¿Qué accidente os ha puesto en ese triste estado? preguntó al pobre.

¡ Ah señor! respondió este, muchos años hace que sufrí esta desgracia, y la llevo con resignacion porque me recuerda que he cumplido con uno de los deberes mas sagrados.

Cómo así? preguntó el padre.

Despues de la muerte de su marido, dijo el pobre, quedó mi anciana madre en la mayor pobreza, y como mi hermano mayor tenia una aficion desmedida al vino y á las cartas, y ninguna al trabajo, yo solo con el mio la mantenía pobremente. Poco despues, habiendo mi hermano cometido un gran crimen, se vió precisado á huir de la justicia, y á buscar refugio en un país extranjero. Desde entónces me fué imposible hallar trabajo, porque todos lo rehusaban al hermano de un ladron y asesino.

¿Qué habia de hacer? Estaba á la sazón un oficial reclutando gente para la guerra, y como ofrecian una buena prima, me enganché sin permiso de mi madre. Recibido el dinero, se lo entregué á ella y partí para la guerra. En la primer batalla, una bala de cañon me llevó las dos piernas: fuí conducido al hospital y cuando, despues de curado, se me dió la licencia absoluta y volví á mi ciudad natal, ya mi madre habia dejado de existir. Falto entónces de medios, é inhabilitado para el trabajo, he tenido forzosamente que recurrir á implorar la caridad del público.

¿Y vuestro hermano? le preguntó el padre. Mi hermano, respondió el mendigo, hizo en California una fortuna colosal, y está establecido en ese punto gozando de las mayores comodidades y tal vez feliz, si puede serlo el que siente el peso de una conciencia criminal.

Cuando se fué el mendigo llevó el padre á Armando á su gabinete, y le dijo: hijo mio, espero que hayas salido del error en que estabas. Ya ves que no son siempre las desgracias de la vida el castigo de los hombres, ni la buena suerte que á muchos toca, el premio de las virtudes.

¡Desgraciado de tí si no tienes mas estímulos para ser virtuoso que la recompensa que se recibe sobre la tierra! No: los dones de la fortuna no son siempre el premio de la virtud, como tampoco del mérito y del talento. En el discurso de tu vida verás que nada en la abundancia el que reunió caudales por infucos medios, mientras el laborioso artesano no tiene, despues de muchos años de trabajo, con que alimentar á sus hambrientos hijos. Cuenta tambien con que verás, muy amenuado, al sabio gemir en la miseria, y tal vez implorar la caridad del ignorante.

Así andan las cosas de este mundo, hijo mio, pero no olvides jamás que existe otro mejor en, que la virtud y el mérito hallarán la mas cumplida recompensa.

LAS CONSECUENCIAS DE LA IRA.

LUCIANO habia obtenido de su padre que le cediese, para cultivarlo él mismo, un lugar en el jardin: y gozaba tanto con semejante ocupacion, que á ella dedicaba todo el tiempo que le permitian sus estudios.

Un dia de primavera, al ponerse el sol y despues de haber trabajado mucho tiempo, se sentó sobre la yerba, y contemplaba con placer y orgullo el fruto de sus afanes y fatigas.

La luna que salia trayendo consigo el silencio interrumpido solo por el murmullo del riachuelo vecino, la frescura del aire que arrebatava á las flores su fragancia, el reposo y quietud en que entraba la naturaleza toda, tenian tan hechizado al jóven jardinero, que no podia ni queria dejar aquel lugar.

Ocurríansele los mas tiernos pensamientos, y experimen-

taba su espíritu la tranquilidad y calma que parecían entonces disfrutar todos los seres.

Decíase á sí mismo: mañana voy á ofrecer á mi madre un hermoso ramillete de estas primicias de mi jardín, y cuando aquellos árboles produzcan, ofreceré sus frutos á papá, que me ha ayudado á plantarlos.

Al dia siguiente se levantó muy de mañana, y dirigiéndose al jardín, encuentra abierta la puertecilla que el dia anterior se habia olvidado de cerrar. Entra, y lo primero que ve es una gallina escarbando con las patas la tierra de un cantero de flores.

¡Ah pícara! grita Luciano encolerizado, ahora verás: y diciendo y haciendo, le dispara una pesada piedra. Ella, des-pavorida, sale huyendo, y él la persigue arrojándole cuanto le viene á las manos. Trata el animal de volar por encima de la cerca, á tiempo que Luciano armado de un palo le dispara un golpe, que desmandado, cae sobre una planta destrozando varios ingertos. Mas encolerizado aun, la acosa con furor, y ella busca asilo debajo de un rosal. Sacude Luciano el rosal con violencia para hacerla salir, y cae á tierra una lluvia de botones. La gallina sale cacareando, huye, revolotea, y sin aliento va al fin á refugiarse dentro del follage de unos tulipanes y jacintos. Luciano, corriendo por sobre las lechugas y demas legumbres, no desmaya en la persecución; pero la gallina, que le ve venir, mueve sus alas, y al hacerlo deshace flores y desparrama hojas; corre, vuela, y hallando abierta la puerta del jardín, escapa al fin por esta. Persíguela Luciano, y hubiera dado buena cuenta de ella, á no haber tropezado con su padre que salia en aquel momento al patio, para averiguar la causa de aquel ruido.

Al ver á su hijo con el palo en alto, encendido el rostro en ira y respirándola por los ojos, le pregunta: ¿por qué así tan airado con esa gallina, hijo mio?

Luciano. — Esa maldita me ha echado á perder todo mi jardín: lo ha puesto todo en el mas completo desorden.

El padre. — Bien se me alcanza tu indignacion, hijo mio,

pues sé por experiencia propia cuán doloroso sea perder en un momento el fruto de muchos afanes y fatigas... Vamos á ver, que tal vez el mal no sea tan irremediable.

(Entran ámbos en el jardín)

Luciano. — Mira, papá, este cantero.

El padre. — Veo que con las patas ha abierto un hoyo; es probable que buscara algún gusanillo para alimentarse. Pero de esas hojas, que están esparcidas por allí, no se han jamás alimentado las gallinas.

Luciano. — Ella se metió allí cuando yo la perseguía, y al salir.....

El padre. — Ya..... comprendo....¿ pero esas lechugas y coles? Nadie sino tú pudo haberlas pisoteado de ese modo, y los demás estragos se deben, sin duda, á ese palo que aun tienes en las manos. ¿Qué ha hecho, pues, la gallina, hijo mio? Solo un pequeño hoyo, y no te ha echado á perder ni una sola flor. Pero dime; ¿cómo entró aquí ese pobre animal?

Luciano. — Ayer tarde me olvidé de cerrar la puerta, y....

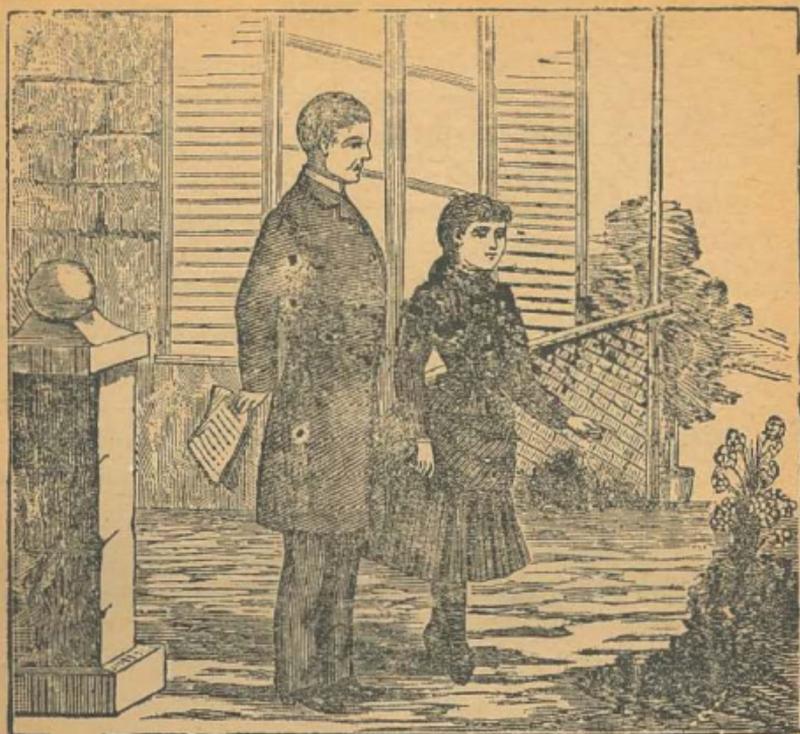
El padre. — Mira, Luciano, cuan injusto, es el que se deja cegar de la ira, pues acusa á los irracionales de lo que él solo ha tenido culpa.

Luciano. — Pero, papá, al ver á la gallina escarbar al rededor de esas flores que deseaba tanto ofrecer á mamá.....

El padre. — ¿Y quién te impidió, Luciano, realizar los deseos de tu buen corazón? ¿Quién ha privado á tu madre del placer que le esperaba, y á tí mismo de la parte que en ello te hubiera tocado? ¿La gallina?

Hijo mio, los arrebatos de la cólera son un obstáculo, muy amenudo, de las mejores intenciones, y bastan siempre para sofocar los mas nobles impulsos de nuestro corazón.

Luciano, desde aquel dia, viendo las huellas de su furor en el jardín, nunca entraba en él sin avergonzarse y sin recordar las palabras de su padre.



EL GERANIO.

Inés. — Papá, dime, ¿por qué este geranio, no medra como las demás flores del jardín? Lo planté al mismo tiempo que ellas, y aunque he tenido mas cuidado con él que con las otras, no le veo crecer, y siempre sus hojas se mantienen amarillentas. Todavía no ha dado ni un solo boton.

El padre. — Tal vez no le habrás dado el cultivo que necesita.

Inés. — Oh sí, he hecho cuanto el jardinero me dijo.

Hace tan mala figura en medio de esas otras plantas tan verdes y cubiertas de flores, que á veces me vienen impulsos de arrancarla de raiz.

El padre. — Yo no haria eso, hija mia, sino separaria la tierra que rodea sus raices, la trasplantaria á otra mas blanda,

la regaría diariamente y tal vez entónces crecerá mejor.

Inés. — Aunque ya he hecho todo lo posible, papá, voy á probar de nuevo, porque quiero ser perseverante.

El padre. Tienes que serlo, hija mia, siempre que quieras llegar á término de cualquier empeño.

Hizo Inés cuanto su padre le habia aconsejado, y acabada la obra, vino a sentarse á su lado en la glorieta.

Inés. — Verémos á ver ahora si la planta no crece ni produce flores, y pierda yo mi tiempo y mi trabajo.

El padre. — Los padres, Inés, experimentan muy amenudo con sus hijos lo que tú con esa planta. Tómanse gran trabajo en cultivar el corazon é inteligencia de sus hijos, y no es raro hallar niños que no corresponden á las esperanzas de sus padres. ¿Qué es peor? tener una planta que no crece, ó ser padre de un niño que tampoco crece?

Inés. — El crecer no depende del niño, papá; él crece sin saberlo, ni poner nada de su parte, á ménos que no sea enano.

El padre. — No aludo, hija mia, á un crecimiento material sino al progreso mental y moral. El niño que apesar de todos los esfuerzos de sus padres, no se hace instruido y bueno, puede muy bien compararse á tu geranio, con la única diferencia, que una planta no crecerá por causas que no dependen de ella; miétras que el niño sí es siempre responsable de no hacer progresos. Es una desgracia tener una planta raquítica en un hermoso jardín; pero no es de compararse con la de tener en la familia un niño de ninguna instruccion y de alma mezquina y depravada.

Inés. — Nunca se me habia ocurrido comparar un jardín de plantas con una familia de niños; pero veo que hay bastante semejanza entre ámbas cosas, y que podemos recibir lecciones aun de las mismas flores.

El padre. — Por supuesto que sí; y miétras estés ocupada en cultivar y educar tu planta, quiero que contraigas el hábito de meditar sobre las lecciones que ella pueda darte.

Inés. — En primer lugar, debo procurar que no sean

vanos todos los trabajos que mis padres y maestros se están tomando; pero dime, papá, ¿qué es menester hacer para progresar mental y moralmente?

El padre. — Debes procurar retener los conocimientos que adquieras, y así progresará tu inteligencia, ayudada además de la observación, el estudio, el comercio con las gentes cultas é instruidas. Ahora, para progresar moralmente, procura siempre obrar bien, conocer tus deberes, y estar siempre cierta de que los cumples. Si así lo hicieras, serán fructuosos los esfuerzos de tus padres y maestros.....

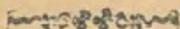
Inés. — Y llegaré á ser útil como una planta; pero no me has dicho aun cómo puede uno llegar á *florecer*.

El padre. — Cultivando tus buenos sentimientos, hija mía. Sé afable, bondadosa, compasiva é indulgente. Un carácter apacible da á la persona el mismo hechizo que la flor comunica á la planta.

En este momento llamaron al padre de Inés, y ella quedó abandonada á sus propias reflexiones. Meditó sobre lo que había oído, y se propuso hacer en adelante todos los esfuerzos posible para cultivar su inteligencia al par de sus buenos sentimientos.

No tardó en alegrarse de no haber arrancado el geranio, pues había dado materia para tan valiosas lecciones, y le dejó, en medio de las otras plantas, aun cuando no creciera, para que le recordase siempre la resolución que había tomado.

Continuó cultivando su jardín años tras años con el mayor cuidado; pero á la vez no olvidaba el cultivo de su inteligencia y corazón: así, cuando hablaban de su jardín, decían que era ella la mas hermosa de sus flores.





EL TRIUNFO DE SOFÍA.

ERA Sofía la niña mas pobre de nuestra escuela; usaba un vestido de percal, delantal de género muy basto y zapatos de suela gruesa. Muerto su padre, no le habia quedado á la pobre viuda medios de poder pagar la educacion de su hija; pero Sofía iba por la mañana temprano á la escuela, barria el salon de estudio, sacudia el polvo de las carpetas, y así pagaba á la maestra la instruccion que recibia.

En vez de tener compasion de la pobre huerfanita, casi todas las niñas de la escuela no perdonaban medio alguno de herir su delicadeza y poner á prueba su paciencia; pero muy luego tuvieron que arrepentirse de proceder tan injusto.

Habiendo un dia llegado demasiado tarde á la escuela, se puso á sacudir el polvo de las carpetas, cuando Julia, Catalina y yo entrámos en el salon de estudio, y quisimos divertirnos un rato á costa de la pobre niña.

Una de nosotras le rasgó el vestido, otra le tiraba de los

cabellos, y la tercera le sacudia el plumero en la cara. Llevábalo todo la niña con paciencia, y solo sentía que siendo ya tarde, llegara la maestra y se enfadase al ver que no había concluido su trabajo.

Catalina, viendo que la carpeta de la directora no estaba cerrada con llave, quiso abrirla, y revisar los objetos que había dentro; pero Sofía se interpuso diciendo que de ningún modo permitiría semejante atrevimiento.

¡Ya quisiera yo ver, dijo Catalina, que una pordiosera como tú, me impidiese hacer lo que yo quiero!

Empezámos las tres á dar de empellones á la pobre Sofía, y en la refriega, Julia dió con el codo al tintero que estaba en la carpeta, y lo vació completamente sobre ella.

Soltámos el brazo de Sofía, y quedámos mudas y sin aliento á la vista del daño hecho. Justamente en aquel momento entró la maestra, y viendo que Sofía esponjaba la tinta, atribuyó á torpeza suya aquel desastre, y aun la amenazó con echarla de la escuela si en adelante no demostraba mayor cuidado y esmero.

Sofía, con las lágrimas en los ojos, estaba á punto de contarle todo, cuando se detuvo un momento, y dijo: señora, ha sido una casualidad, y en adelante tendré mas cuidado.

Salió entónces en busca de agua y de otra esponja para acabar de limpiar la carpeta.

Esta noble y generosa conducta de Sofía nos hizo una profunda impresion. De comun acuerdo fuímos á ver á la maestra, y le contamos que nosotras habíamos sido las causantes de aquel daño, y cuando Sofía volvió al cuarto, la pedimos perdon por las mortificaciones que la habíamos hecho sufrir.

No despreciemos nunca á los que han sido ménos favorecidos que nosotros por la fortuna. Muchos afanes tiene que sufrir el pobre, y es exceso de crueldad aumentar sus padecimientos, ya que no podemos aliviarlos.



Á UNA NIÑA LLORANDO POR UNAS FLORES.

SONETO.

APÉNAS niña, y el intenso duelo
Te llena el corazón de sinsabores;
Y mil gotas de llanto, los fulgores
De tus ojos enturbian con un velo ?

Quien te hace padecer insulta al cielo.....
Por qué lloras?... Qué anhelas?... Quieres flores?...
Pues yo te las daré; pero no llores!.....
No llores, alma mía; y si en el suelo

No hallas quien bese la nevada seda
De esa tu frente que al amor convida;
Si no hay en él quien abrazarte pueda,

Ven á mi seno; y beberé, mi vida,
Esa lágrima tierna que se queda
De tus húmedos párpados prendida.

PANTALEON TOVAR (*Méjico*).

LOS NIÑOS PERDIDOS.

EN una hermosa mañana del mes de Junio, dos niños llamados Eduardo y Emilia salieron de su casa para ir á la escuela. Vivian á la falda de una montaña como á cosa de una milla del pueblo donde estaba la escuela, y aunque habia una espesa selva entre ámbos puntos, no tenian sus padres recelo alguno en dejarlos ir solos, porque ellos conocian otro camino mas largo sí, pero ménos peligroso.

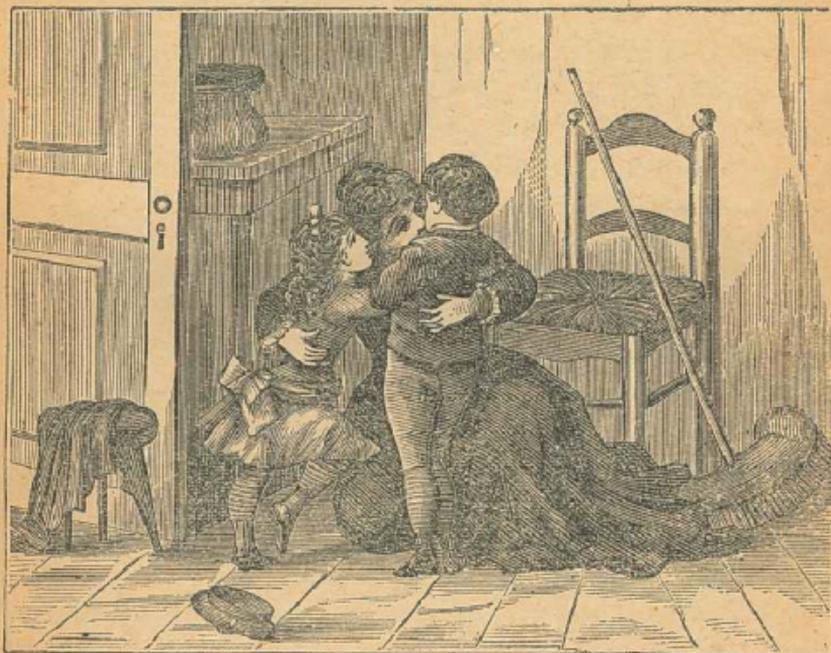
Siempre al bajar la montaña les habia llamado la atencion un pequeño lago que se divisaba en lontananza, rodeado por un bosque, que no parecia estar muy distante.

Eduardo habia querido varias veces ir á verle, y como el

dia convidaba con la calma y serenidad de su cielo, se propuso satisfacer entonces su deseo.

Era de opinion Emilia que siguieran el camino de la escuela; pero tan vivas fueron las instancias de su hermano para que le acompañase, que al fin se decidió á hacerlo.

Desviándose del camino de la escuela y atravesando breñas y matorrales, seguian la direccion del punto en que



se veía el lago; pero por mas qué caminaban, no veian acortarse la distancia que los separaba de él. Apesar de esto no desistian del propósito, y siguieron caminando hasta que el cansancio los obligó á detenerse para cobrar nuevas fuerzas.

Mas vale, Eduardo, dijo Emilia, que volvamos atrás, y tomemos otra vez el camino de la escuela.

Ya no podemos llegar á tiempo, respondió Eduardo. Vamos al lago: volveremos á casa á la hora de costumbre, y ni papá, ni mamá, sabrán lo que hemos hecho.

No me agrada el plan, dijo Emilia, pues se trata nada ménos que de engañar y desobedecer á nuestros padres, que nos creen á estas horas en la escuela.

¡Vaya! qué bobería, dijo Eduardo: les diremos que fuimos al bosque á coger frutas para el maestro, y que habiéndonos perdido no pudimos llegar á tiempo á la escuela. No temas: yo lo arreglaré todo.

Emilia siguió á su hermano pero de muy mala gana, y no estaba tampoco Eduardo del todo satisfecho, porque sabia que obraba mal: sin embargo, se puso á silbar mientras se emboscaba en la selva.

Después de haber caminado mucho, y llegando á una altura desde donde se divisaba el lago, le vieron aun tan lejos como la primera vez que les ocurrió la idea de ir á verle. Caminaron dos horas mas; pero siempre le veian á igual distancia, y entónces cayeron en la cuenta de lo mal que hicieron, creyéndose tan cerca.

No era muy facil hallar otra vez el camino de su casa, pues nada habia que los guiase en su retorno, y el cielo, ántes tan sereno, ya empezaba á encapotarse. Ignorantes del rumbo que debian tomar, siguieron la primera senda que encontraron, y ella los condujo al pié de un gran peñasco, donde se detuvieron para reposar un poco y recobrar sus cansadas fuerzas.

Sentóse Emilia sobre una piedra, y cubriéndose el rostro con las manos, se puso á sollozar.

Qué tienes? la dijo Eduardo.

¿No ves que nos hemos extraviado, respondió Emilia, y que ya no podemos volver á casa?

No temas, hermana mia, dijo Eduardo, ya encontraremos otra vez nuestro camino.

— Todo esto nos sucede, Eduardo, en castigo de la desobediencia á nuestros padres.

Lo sé, dijo el niño; pero soy yo y no tú el culpable, y duéleme sobre manera haberte metido en este aprieto, y mas que nada haber tenido la intencion de engañar á nues-

tros buenos padres; pero tratemos de salir de esta selva ántes que la tempestad nos coja en ella.

Siguieron su camino, pero despues de vagar mas de cuatro horas creyendo que seguian la direccion de su casa, volvieron al mismo peñasco, donde se sentaron otra vez á descansar, y como ya estaban rendidos de cansancio, no tardaron en quedarse profundamente dormidos.

La media noche sería cuando despertó Emilia, y dirigiendo la vista al rededor, vió que le rodeaba la mas completa oscuridad. Oíase solamente el estridor del grillo y el susurro de las hojas movidas por el viento. Horrorizada iba ya á despertar á su hermano, cuando oyó á lo léjos la voz de su padre que gritaba ¡Eduardo! ¡Eduardo!

Despertó este al oír su nombre y con toda la fuerza de sus pulmones gritó: aquí estamos, papá.

Acudió muy pronto el padre, y tomando en brazos á entrámbos niños, los sacó corriendo de la selva y llevó á su casa.

¡Imagínese el gozo de la madre cuando vió volver á su marido trayendo consigo á sus dos niños!

Eduardo y Emilia confesaron su falta, y dijeron que habian sido justamente castigados de su desobediencia, con los terrores que habian pasado en la selva aquella horrible noche.

LA CONFORMIDAD CON LA SUERTE.

Hay niños que no están contentos con la suerte que les ha cabido: tales eran Alicia y Cornelia. Era la primera hija de padres pobres que vivian del trabajo de los campos, mientras que la segunda era hija de un rico hacendado, que poseía muchas tierras cerca de la humilde casa de los padres de Alicia.

Cornelia, de resultas de una grave enfermedad habia que-

dato baldada, y hacia mucho tiempo que no podia caminar.

Un sábadó por la tarde, despues de acabada la escuela, la madre de Alicia la dió permiso para ir á coger flores por los campos, y ella, tomando una cesta, salió gozosa con ánimo de pasear y recorrer todo el valle y todo el bosque. Aquí, se paraba á la orilla de un rio para escuchar los trinos de algun pajarillo: allá, corria á arrancar una flor para



llenar su cesta: cerca, se detenía á recoger tal cual objeto que atraía su atención, y léjos, daba caza á una ligera mariposa que huía burlando sus esfuerzos.

Saliendo al camino real, despues de haber recorrido todo el valle, vió un elegante carruaje, en que iba una niña de casi su misma edad. Guiaba los caballos ricamente enjaezados, un cochero vestido de lujosa librea. Cuando á la niña se le antojaba una flor ú otro cualquier objeto, el cochero detenía inmediatamente los caballos, y el lacayo

que ocupaba la zaga del coche, corría presuroso á satisfacer el capricho de la señorita.

Alicia, que observaba todo esto, se sintió el corazón oprimido de tristeza, y prosiguiendo su camino apesarada, entró caritriste y abatida en la humilde casa de su madre.

— Qué tienes, hija mia ? la dijo esta cuando la vió entrar y tirar á un lado el cesto con las flores. ¿ Acaso no te has divertido en tu paseo ?

No, mamá, dijo Alicia. Cuando mas gozosa estaba, me encontré con la señorita Cornelia que iba en su carruaje, y viéndole tan feliz, con un lacayo y cochero que la obedecian en todo mientras que yo, pobre de mí, iba á pié y tan solita, comprendí que era yo una muy desdichada niña.... Nunca volveré á pasear por aquel sitio.

La semana siguiente, la madre de Alicia la llevó á hacer una visita á la de Cornelia. Despues de los primeros momentos de la conversacion, preguntó á la madre de Cornelia que tal le habia ido á su hija en el paseo del sábado pasado.

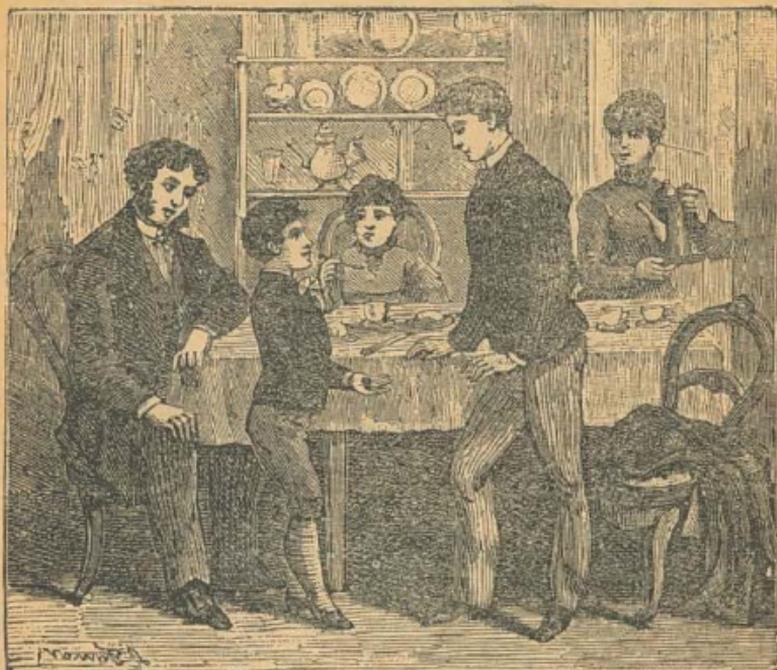
— Parece que no se divirtió mucho, dijo la señora, y fué, segun me dijo, por haberse encontrado con una niña de su misma edad, que con una cesta corría por los campos á donde quiera que le llevaba su antojo, miéntras ella, metida en el carruaje, no podia tener semejantes goces. Cuando llegó á casa, y el criado la puso en el sofá, se echó á llorar amargamente, asegurando que nunca volveria á pasear por aquel sitio.

¡ Cuántas veces envidiamos la felicidad de otro, cuya triste suerte, si fuese conocida, seria mas de compadecerse que de envidiarse !

LA ONZA DE ORO.

CUANDO yo tenia solamente ocho años de edad, mis padres, que eran muy pobres y tenian muchos hijos, me entregaron al señor Gómez, hacendado que poseia algunos terrenos en el pueblo de mi nacimiento. Este señor, aunque de un ca-

rácter muy severo, era generalmente respetado por la rectitud de sus principios, y muy querido de todos los del pueblo porque era muy caritativo con los pobres. Ocupábame en los trabajos que mis pocas fuerzas consentían, sin pagarme sueldo alguno, si bien en ocasiones muy solemnes



solía regalarme unos pocos reales que nunca llegaron á sumar un medio peso.

Mas de tres años hacía que le estaba sirviendo sin haber visto jamás una moneda de oro, cuando la casualidad me hizo tropezar con la primera. Un sábado, yendo al pueblo á un mandado de mi amo, me llamó la atención un bultito que esmeradamente envuelto en un pedazo de papel yacia en medio del camino. Apoderéme de él, y en abriéndole para ver su contenido, cayó al suelo un objeto, que al dar sobre una piedra produjo un sonido semejante al del acero sobre un cuerpo duro.

Recogile y púseme á contemplarle cuidadosamente: era amarillo, redondo, relumbraba y tenia grabadas unas figuras

en uno y otro lado. Mientras lo frotaba con los dedos, se me ocurrió que podría ser una moneda de oro de gran valor.

Apénas lo hube sospechado, cuando la metí precipitadamente en el bolsillo; miré á todos lados para ver si alguien me habia visto, y era tan grande mi miedo de perder aquel tesoro, que no me atrevia á sacar la mano del bolsillo ni á dejar en él la moneda.

Cada vez que me encontraba una persona en el camino, apretaba el puño donde tenia la onza, y si me miraba, ya creia ver en ella al perdidoso que reclamaba lo que habia perdido.

Cuando llegué á casa fuí á acostarme; pero pasé toda la noche temiendo que algun ladron que me hubiese visto en el camino, viniera á forzar la puerta y á arrebatarme mi dinero. Amanecí calenturiento y muy nervioso.

Cuando al otro dia me encontré con el señor Gómez, y me dijo, « Pedro » temblé como un azogado, esperando que continuara, ¿ dónde está la moneda que te encontraste ayer, y que guardas como si fuera tuya?; pero mi amo me dijo simplemente: vé á ver al tio Vicente, y dñle que quiero hablar con él.

Sentíme aliviado de un horrible peso. Salí de casa, y cuando creí que nadie me veia, saqué mi moneda, y me puse á contemplarla; pero era tanto lo que sufría que casi me pesara la buena fortuna del hallazgo, si no creyera que aquella angustia habia de pasar.

El tio Vicente no estaba en casa, y yo me volví á la de mi amo. Ya cerca de ella, ví á un alguacil que venia en direccion opuesta, y al instante se me ocurrió que andaba en buscamia para meterme en la cárcel: amedrentado, salté una cerca, y allí me estuve escondido hasta que le perdí de vista. Entónces, entré corriendo en mi casa.

El señor Gómez me recibió con severo aspecto. Ahora sí que estoy perdido, me dije á mi mismo; lo ha sabido todo y va á registrarme: pero mi amo solamente me regaña por lo que habia tardado, y jamás me habian parecido sus palabras mas amables, y sus reprensiones ménos severas.

Estuve todo el día trabajando con la onza en el bolsillo, sin dejar de registrarlo de cuando en cuando para ver si la habia perdido: tan grande era la angustia y la zozobra, que deseé mil veces no haber encontrado aquel dinero.

Por la tarde fui á casa del tío Vicente que prometió ir al otro día á ver á mi amo. Cuando volvía á la hacienda, ya habia oscurecido, y cada objeto del camino me parecia un ladron apostado que iba á lanzarse sobre mí, y arrebatarme mi tesoro.

A la mañana siguiente vino el tío Vicente con uno de sus hijos á almorzar con mi amo.

Era aquel buen viejo un pobre trabajador, padre de una numerosa familia sostenida difícilmente con el fruto de su trabajo diario; pero como era un hombre honrado, todos le proporcionaban trabajo, y aun solian pagarle mas que á los otros jornaleros.

Mientras almorzaban, volviéndose el tío Vicente á mí amo, le preguntó si no sabia la desgracia que le habia sucedido. El señor Gómez contestó que no.

Figúrese V., le dijo el pobre aldeano, que hace noches perdí la primera onza de oro que habia podido reunir en toda mi vida. La tenia envuelta en un papel, y seguramente se me caeria al suelo al sacar el pañuelo del bolsillo. Advertí la pérdida cuando vine á casa: recorrí todos los lugares donde habia estado aquel día, pero ya álguien la habia cogido. ¡Buen provecho le haga, y quiera Dios que su conciencia no le atormente mas de lo que vale aquella pieza!

Al oír estas palabras no pude contenerme: saqué la moneda y con mano temblorosa se la presenté al tío Vicente diciéndole: ¿no es esta la moneda de oro que V. ha perdido?

El tío Vicente y el señor Gómez me miraban con asombro; y despues de una breve pausa, me preguntó mi amo dónde y cuándo habia encontrado la moneda.

Entónces lo confesé todo, y creyendo que el señor Gómez iba á castigarme severamente, me eché á llorar.

No llores, me dijo mi amo tocándome suavemente el hom-

bro; eres un honrado muchacho que ha vencido una tentacion muy poderosa. Sigue siempre de este modo, y si nunca llegas á ser rico, jamás te faltará la felicidad de una conciencia pura.

Empeñóse el tio Vicente en que yo me quedase con el dinero; pero lo rehusé decididamente y jamás me ha pesado de mi resolucion.

Desde aquel dia tuvo el señor Gómez conmigo todas las atenciones de un padre, y como no tenia familia, me dejó al morir muchas onzas semejantes á la del tio Vicente.

EL BAUTISMO.

Á MI SEGUNDO HIJO RECIEN NACIDO.

I.

VEN, y en las vivas fuentes del bautismo
 Recibe, oh niño, de cristiano el nombre;
 Nombre de amor, de ciencia, de heroismo,
 Que hace en la tierra un semidios del hombre.

Los hombres que esas aguas recibieron
 Con su espíritu y brazo subyugaron
 La inmensa mar que audaces recorrieron,
 Los mundos que tras ella advinaron.

Potentes mas que el genitor de Pálas,
 Al rayo señalaron su camino;
 Y á los vientos alzandose sin alas,
 Siguiéron sin temblar su torbellino.

Ellos al Leviatan entre cadenas
 Sacan de los abismos con su mano.

Y pisan con sus plantas las arenas
Del fondo de coral del océano.

Cristianos son los que esas formas bellas
Con que el Criador engalanó á Natura,
Obligan á vaciar sus blandas huellas
En instantánea nítida pintura.

De un hilo con la curva retorcida
Los cabos juntan de un inerte leño....
Y el secreto perturban de la vida,
Y agitan al cadáver en su sueño!

Y tú también, también eras cristiano,
Tú que dijiste contemplando el cielo:
« Ya mis ojos no alcanzan, pobre anciano;
Yo rasgaré del firmamento el velo. »

Y en el aire elevando dos cristales,
Vuelta á Vénus la faz, puesto de hinojos,
Los ojos que te hiciste fueron tales
Que envidiaron las águilas tus ojos.

Y era cristiano aquel que meditando
En el retiro de modesta estancia,
Sin afán, sin error, pesó, jugando
Los planetas y el sol en su balanza.

II.

Oh prenda de mi amor, dulce hijo mío!
Cuando en edad y para el bien crecieres
(Y en el gran Padre Universal confío
Vivirás para el bien lo que vivieres:)

Serio entonces quizá, meditabundo,
De ardor de ciencia y juventud llevado,
Quieras curioso visitando el mundo
Juzgar lo que los hombres han fundado.

Conocerás entónces por tí mismo,
Verán tus ojos, palparán tus manos,
Lo que puede el milagro del bautismo
En los que el nombre llevan de cristianos.

Si! do naciones prósperas hallares
Sujetas solo á moderadas leyes
Que formaron senados populares
Y que obligan á súbditos y reyes:

Do al hombre vieres respetar al hombre
Y á la mujer como su igual tratada,
Modesta y libre, sin que al pueblo asombre
Viva fiel sin vivir esclavizada:

Do vieres generosos misioneros,
Sin temor de peligros ni de ultrajes,
Abandonar la patria placenteros
Para llevar la luz á los salvajes:

Do vislumbrares púdicas doncellas
De oscuro hospicio entre las sombras vagas,
Curando activas con sus manos bellas
De los leprosos las hediondas llagas;

Do puedas admirar instituciones
Que abrigan al inválido, al desnudo,
Que amansen al demente sin prisiones,
Que hacen al ciego ver, y hablar al mudo:

Do vieres protegido al inocente,
Castigado al perverso con cariño,
Respetado el anciano inteligente,
Asegurado el porvenir del niño:

Allí do hallares libertad y ciencia,
Misericordia, caridad, justicia,
Dominando del pueblo la conciencia,
De la industria calmando la codicia:

Allí do respetándose á sí mismo
Vieres al hombre amar á sus hermanos,
Podrás clamar: « ¡Honor al Cristianismo,
Que estos no pueden ser sino cristianos! »

J. EUSEBIO CARO (*N. Granada*).

EL CUENTO DEL ABUELO.

TOMANDO el fresco á la puerta de una hermosa casa de campo estaba sentado un anciano; aunque los años habian emblanquecido sus cabellos, no habian podido quitar el color de la juventud á sus mejillas.

Miraba complacido á sus nietezuelos que acababan de llegar de la escuela: el mayor, de doce años de edad, jugaba con su perro, mientras una de las niñas cogia flores para hacer un ramillete, y otra leia en un libro. Una niñita como de unos tres años, se habia subido á las rodillas del anciano y le acariciaba cariñosamente.

Despues de haber jugado un rato, dijo el niño: abuelito, ¿por qué no nos cuentas un cuento?

Sí, sí, repitieron en coro las niñas, dejando la una sus ramilletes, y cerrando la otra el libro en que parecia estar leyendo con la mayor atencion.

—Sí, abuelito, referenos uno de esos cuentos que tu sabes contar con tanta gracia, dijo la del ramillete.

Estoy dispuesto á complaceros, dijo el abuelo, pero ¡qué clase de cuento quieren VV.?

Un cuento de hadas, respondió la niña que justamente acababa de leer uno.



Siempre les piace á las niñas oír semejantes consejos porque están llenos de sucesos maravillosos, dijo el anciano.

—Cuéntanos algo de batallas y guerras, replicó entónces el niño.

—Sentaos aquí alrededor; dijo el buen anciano, y os contaré algo que ni tiene los portentos de un cuento de hadas, ni los horrores de las guerras y batallas.

Los niños se acercaron, y el abuelo comenzó la siguiente narracion.

Hace muchos años que en la isla de Sto. Domingo vivía una familia rica, poseedora de una finca con muchos esclavos y tierras, y vivía feliz porque era humana con sus negros, hospitalaria con los extranjeros y caritativa con los pobres.

Tenían los dueños de aquella finca un hijo á quien amaban como á primogénito y único, sucesor de su nombre y heredero algun día de los caudales que habían allegado con el trabajo de sus negros.

Contaba el niño muy pocos años cuando una desgracia visitó por primera vez á aquella familia, privándola de la cariñosa madre. Esta, en sus últimos momentos recomendó muy especialmente el hijo que dejaba, á una negra ya anciana, que había pertenecido á sus padres, asistido á su madre en sus últimos catorce años de completa ceguera, y á quien todos respetaban, porque jamás hubo sierva mas fiel á todos sus deberes. Tenía ella dos hijos; pero desde el momento que, en el lecho de la moribunda, ofreció atender al hijo de su ama mas que á los suyos propios, se consagró exclusivamente al cuidado del pobre huerfanito.

Al poco tiempo ya el niño se había acostumbrado á mirarla como si fuera su propia madre, y bien pudo decir despues, cuando llegó á ser hombre, que el cielo le había dado la mas cariñosa de las madres.

Adormecíale la negra al son de las canciones de su país, y no perdonaba medios de inspirarle los mejores sentimientos, ayudándole á ello la buena índole y dócil condicion del niño.

Un día empezaron á correr rumores de que los negros se habían levantado en una finca lejana, degollando á sus amos, arrasando los campos, y dirigiéndose en muchedumbre á todos los ingenios y cafetales para arrastrar consigo á las dotaciones. Pocos días despues se vió venir una horda de aquellos salvages en direccion de la finca que conocemos, y apenas tuvieron tiempo los blancos de salir en busca de refugio á las malezas y á los bosques.

Qué se hizo del dueño, nadie ha podido saberlo, y sólo puedo dar á VV. noticias del niño y de la negra.

Apénas invadieron la finca los desalmados salvages, la negra tomó en brazos al niño, y con mas ligereza de la que consentian sus miembros cansados por los años, corrió al bosque inmediato: entróse en su espesura, y no creyendo aun seguro al aterrado niño, se fué á la orilla del mar y le escondió en una cueva.

Al dia siguiente salió de su escondrijo en busca de sostenimiento para su protegido, y continuó así por muchos dias esperando que las tropas vinieran á reducir los esclavos al órden y á la obediencia de sus amos.

Un dia, acercándose á una loma que dominaba la vega donde estaba situada la finca, vió los campos, las fábricas reducido todo á cenizas, y por un negro supo que eran los salvages dueños de todo, y que los blancos huian por millares en busca de seguridad á otras tierras.

Esta noticia la obligó á tomar una resolucion, y costeando la orilla del mar, llegó á un puerto donde la vista de muchos blancos la dió ánimo para acercarse y tratar de obtener informes de su amo. Todos no pensaban mas que en dejar la tierra; y la buena anciana aceptó la oferta que le hizo una señora de embarcarse con ella para la vecina isla de Cuba.

No sin dolor y sacrificio se decidió la buena negra á dejar la tierra que consideraba como su patria: pero era necesario salvar la vida al hijo de su ama, y se embarcó inmediatamente para Cuba.

Durante el viaje, el niño se hizo muy pronto amar de la buena señora, que tuvo por él todos los oficios de una madre, y que como á hijo le acogió en su casa luego que llegaron á la Habana. Sin embargo, no olvidó nunca nuestro niño á su cariñosa salvadora, porque bien sabia que nadie le amaba como ella.

Hablábale la negra algunas veces de la madre que él habia perdido, y á ella debió el pobre huerfanito el haber conservado toda su vida una imagen confusa de su buena madre y un débil recuerdo de los primeros años de su infancia.

Jamás salió de los labios de aquella anciana palabra que no

fuese santa y de provecho para el niño; palabras que formaron su carácter, y que despues, ya hombre, tuvo muy presentes en las circunstancias apremiantes de su vida.

Enseñóle á tener fé, y á dejar siempre lo futuro al cuidado de una sabia Providencia.

Cuando el niño comenzó sus estudios de colegio, se complacia la buena anciana en ver sus adelantos, ó á lo ménos, le escuchaba atentamente cuando hablaba sobre los nuevos conocimientos que adquiria.

Así pasaron unos pocos años y la anciana bien sabia que ya habia vivido demasiado.

Hijo mio, solia decir al niño, de un momento á otro has de perderme, y entónces..... Dios sabe lo que será de tí. Solo, en un mundo que no conoces todavia, quién sabe la suerte que te aguarda? Tal vez tendrás que sufrir mucho en este mundo; — pero nunca te abandones á la desesperacion, y recuerda que vela sobre tí una Providencia que siempre te ha amparado y protegido.

Entristeciase el pobre huérfano, porque bien se le alcanzaba que de un momento á otro debia esperar uno de los mas tremendos golpes que puede sufrir el corazon humano.

Un dia, viendo que la buena anciana tardaba en salir de su cuarto mas de lo que tenia de costumbre, entró en él para despertarla, ó inquirir la causa que la tenia en cama hasta tan tarde. Púsose á llamarla, y como no recibiese respuesta, se acercó al lecho para sacudirla..... Era en vano..... ella dormia el sueño de la muerte.....

Aquí corrieron lágrimas por las mejillas del abuelo; los niños tambien lloraron, y despues de una breve pausa, terminó así el narrador :

Desde entónces, el jóven, no ya el niño, viajó tierras, sufrió náufragos, padeció todo linage de males, pero nunca le faltó la proteccion del Cielo, y ha vivido lo bastante para contar á sus nietos la historia de los años de su infancia.

Miraban los niños á su abuelo con los ojos arrasados en lágrimas; todo aquel dia estuvieron tristes, y soñaron aquella

noche que la buena anciana desde el cielo les enviaba su bendición.

Á MI MADRE.

¡Ah! qué dolor iguala al que sentimos
Cuando vemos cadáver macilento
El cuerpo de la madre que quisimos,
Arido el seno que nos dió alimento,
Adonde tantas veces nos dormimos,
Al blando arrullo de su suave acento
Muda la boca, inmóviles los brazos,
Pródigos en cariños y en abrazos!

Una madre! una madre! es la primera
Blanca estrella de amor que pura brilla
Junto á la cuna y en la incierta esfera,
Do vaga incierta la niñez sencilla.
La voz que en el dolor nos dice: Espera!
Puerto de salvacion, última orilla,
Adonde llega el náufrago del mundo,
Para aguardar la paz del moribundo.

Una madre es la luz, es la existencia!
Es el único amor que no concluye,
Que dentro el corazon como una esencia,
Que purifica, esparramando fluye.
Cuando abate el pesar toda creencia,
Jamás esta creencia se destruye;
Y queda en nuestras almas tan asida,
Que parece la yedra de la vida!

Do quiera siempre igual, conmigo viene
 Como celeste incógnita armonía,
 Tu nombre el corazon grabado tiene,
 Y lo tiene tambien fantasía.
 Él será el eco postrimer que suene
 En mis murientes labios, madre mia!
 Y será en mi sepulcro, relicario
 Que guardarán mi losa y mi sudario!

GUILLERMO MATTA (*Chile*).

LA ORACION POR TODOS.

I.

Vé á rezar, hija mia. Ya es la hora
 De la conciencia y del pensar profundo:
 Cesó el trabajo afanador, y al mundo
 La sombra va á colgar su pabellon.

Sacude el polvo el árbol del camino,
 Al soplo de la noche; y en el suelto
 Manto de la sutil neblina envuelto,
 Se ve temblar el viejo torreón.

Mira! su rueda de cambiante nácar
 El occidente mas y mas angosta;
 Y enciende sobre el cerro de la costa
 El astro de la tarde su fanal.

Para la pobre cena aderezado
 Brilla el albergue rústico, y la tarda

Vuelta del labrador la esposa aguarda
Con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
Uno tras otro fúlgido diamante;
Y ya apénas de un carro vacilante
Se oye á distancia el desigual rumor.

Tode se hunde en la sombra: el monte, el valle,
Y la iglesia, y la choza, y la alquería;
Y á los destellos últimos del día
Se orienta en el desierto el viajador,

Naturaleza toda gime; el viento
En la arboleda, el pájaro en el nido,
Y la oveja en su trémulo balido,
Y el arroyuelo en su correr fugaz.

El día es para el mal y los afanes:
He aquí la noche plácida y serena!
El hombre tras la cuita y la faena
Quiere descanso y oracion y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños
Conversan con espíritus alados;
Y los ojos al cielo levantados,
Invocan de rodillas al Señor.

Las manos juntas, y los pies desnudos,
Fé en el pecho, alegría en el semblante,
Con una misma voz, á un mismo instante,
Al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa
 Sobre su cama volarán ensueños,
 Ensueños de oro, diáfanos, risueños,
 Visiones que imitar no osó el pincel

Y ya sobre la tersa frente posan,
 Ya beben el aliento á las bermejas
 Bocas, como lo chupan las abejas
 Á la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala
 Esconde su cabeza la avecilla,
 Tal la niñez en su oracion sencilla
 Adormence su mente virginal.

¡Oh dulce devocion, que reza y ríe!
 ¡De natural piedad primer aviso!
 ¡Fragancia de la flor del paraiso!
 ¡Preludio del concierto celestial!

II.

Vé á rezar, hija mia. Y ante todo
 Ruega á Dios por tu madre; aquella
 Que te dió el sér, y la mitad mas bella
 De su existencia ha vinculado en él.

Qué en su seno hospedó tu jóven alma,
 De una llama celeste desprendida;
 Y haciendo dos porciones de la vida,
 Tomó el acíbar y te dió la miel.

Ruega despues por mí. Mas que tu madre
 Lo necesito yo.... Sencilla, buena,
 Modesta como tú, sufre la pena,
 Y devora en silencio su dolor,

Á muchos compasion, á nadie envidia,
La vi tener en mi fortuna escasa :
Como sobre el cristal la sombra, pasa
Sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos..... ni lo sean
Á tí jamás!..... los frívolos azares
De la vana fortuna, los pesares
Ceñudos que anticipa la vejez;

De oculto oprobio el torcedor, la espina
Que punza á la conciencia delincuente,
La honda fiebre del alma, que la frente
Tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,
Conozco al mundo y sé su alevosía;
Y tal vez de mi boca oirás un día
Lo que valen las dichas que nos dá.

Y sabrás lo que guarda á los que rifan
Riquezas y poder, la urna aleatoria,
Y que tal vez la senda que á la gloria
Guiar parece, á la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
Y cada instante alguna culpa nueva
Arrastra en la corriente que la lleva
Con rápido descenso al atahud,

La tentacion seduce; el juicio engaña;
En los zarzales del camino deja
Alguna cosa cada cual: la oveja
Su blanca lana, el hombre su virtud,

Vé, hija mía, á rezar por mí, y al cielo
Pocas palabras dirigir te baste;
« Piedad, Señor, al hombre que criaste;
Eres Grandeza; eres Bondad; perdon! »

Y Dios te oirá; que cual del ara santa
Sube el humo a la cúpula eminente,
Sube del pecho cándido inocente,
Al trono del Eterno la oracion.

Todo tiende á su fin: á la luz pura
Del sol la planta; el cervatillo atado,
A la libre montaña; el desterrado,
Al caro suelo que le vió nacer.

Y la abejilla en el frondoso valle,
De los nuevos tomillos al aroma:
Y la oracion en alas de paloma
A la morada del Supremo Sér.

Cuando por mí se eleva á Dios tu ruego.
Soy como el fatigado peregrino
Que su carga á la orilla del camino
Deposita y se sienta á respirar.

Porque de tu plegaria el dulce canto
Alivia el peso á mi existencia amarga
Y quita de mis hombros esta carga,
Que me agobia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea
En esta noche de pavor, el vuelo
De un ángel compasivo, que del cielo
Traiga á mis ojos la perdida luz.

Y pure finalmente, como el mármol
Que se lava én el templo cada dia,
Arda en sagrado fuego el alma mia,
Como arde el incensario ante la Cruz.

III.

Ruega, hija, por tus hermanos,
Los que contigo crecieron
Y un mismo seno exprimieron,
Y un mismo techo abrigó.

Ni por los que te amen sólo
El favor del cielo implores:
Por justos y pecadores
Cristo en la Cruz espiró.

Ruega por el orgulloso
Que ufano se pavonea,
Y en su dorada librea
Funda insensata altivez.

Y por el mendigo humilde
Que sufre el ceño mezquino
De los que beben el vino
Porque le dejen la hez.

Por el que de torpes vicios
Sumido en profundo cieno,
Hace ahullar el canto obsceno
De nocturno bacanal.

Y por la velada vírgen
Que en su solitario lecho,
Con la mano hiriendo el pecho,
Reza el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas,
En cuyo pecho no vibra
Una simpática fibra
Al pesar y á la afliccion.

Que no dá sustento al hambre,
Ni á la desnudez vestido,
Ni dá la mano al caido,
Ni dá á la injuria perdon.

Por el que en mirar se goza
Su puñal de sangre rojo,
Buscando el rico despojo,
Ó la venganza cruel.

Y por el que en vil libelo
Destroza una fama pura
Y en la aleve mordedura
Escupe asquerosa hiel.

Por el que surca animoso
La mar, de peligros llena;
Por el que arrastra cadena,
Y por su duro señor.

Por la razon que leyendo
En el gran libro, vigila;
Por la razon que vacila;
Por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos
Los que penan y trabajan;
Y de todos los que viajan
Por esta vida mortal.

Acuérdate aun del malvado
Que á Dios blasfemando irrita.
La oracion es infinita:
Nada agota su caudal.

IV

Hija! reza tambien por los que cubre
La soporosa piedra de la tumba,
Profunda sima adonde se derrumba
La turba de los hombres mil á mil:

Abismo en que se mezcla polvo á polvo,
Y pueblo á pueblo; cual se ve á la hoja
De que al añoso bosque abril despoja
Mezclar la suya otro y otro abril.

Arrodilla, arrodillate en la tierra
Donde segada en flor yace mi Lola,
Coronada de angélica aureola;
Do helado duerme cuanto fué mortal;

Donde cautivas almas piden preces
Que las restauren á su sér primero,
Y purguen las reliquias del grosero
Vaso, que las contuvo, terrenal.

Hija! cuando tú duermes, te sonries,
Y cien apariciones peregrinas
Sacuden retozando tus cortinas;
Travieso enjambre, alegre, volador

Y otra vez á la luz abres los ojos,
Al mismo tiempo que la aurora hermosa
Abre tambien sus párpados de rosa,
Y dá á la tierra el deseado albor.

Pero esas pobres almas!..... si supieras
Qué sueño duermen!..... su almohada es fria:
Duro su lecho; angélica armonia
No regocija nunca su prision.

No es reposo el sopor que las abrumba;
Para su noche no hay albor temprano;
Y la conciencia, velador gusano,
Les roe inexorable el corazon.

Una plegaria, un solo acento tuyo,
Hará que gozen pasajero alivio,
Y que de luz celeste un rayo tibio
Logre á su oscura estancia penetrar;

Que el atormentador remordimiento
Una tregua á sus víctimas conceda,
Y del aire, y el agua, y la arboleda,
Oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo con pavor secreto
La sombra ves que de los cielos baja,
La nieve que las cumbres amortaja,
Y del ocaso el tinte carmesí:

¡En las quejas del aura y de la fuente
No te parece que una voz retiña,
Una doliente voz que dice: « niña,
Cuando tú rezes, ¿ rezarás por mí?

Es la voz de las almas. Á los muertos
Que oraciones alcanzan, no escarneco
El rebelado arcángel, y florece
Sobre su tumba perennal tapiz.

Mas ay! Á los que yacen olvidados
 Cubre perpetuo horror, hierbas extrañas
 Ciegan su sepultura; á sus entrañas
 Árbol funesto enreda la raiz.

Y yo tambien (no dista mucho el dia)
 Huésped seré de la morada oscura,
 Y el ruego invocaré de un alma pura
 Que á mi largo penar consuelo dé.

Y dulce entónces me será que vengas
 Y para mí la eterna paz implores
 Y en la desnuda losa esparzas flores,
 Simple tributo de amorosa fé.

¿Perdonarás á mi enemiga estrella,
 Si disipadas fueron una á una
 Las que mecieron tu mullida cuna
 Esperanzas de alegre porvenir?

Sí, le perdonarás! y mi memoria
 Te arrancará una lágrima, un suspiro
 Que llegue hasta mi lóbrego retiro
 Y haga mi helado polvo rebullir.

ANDRÉS BELLO (*Venez.*).

Á MIS JÓVENES LECTORES.

Amigos míos: seguramente, y en mas de una ocasion, habréis deseado saber lo que pasó en el mundo en las épocas que no vieron vuestros padres y abuelos, y con gusto oiríais la relacion de los hechos que entónces tuvieron lugar. Supongo que no ignorais los primeros acontecimientos del

mundo, así como todos los de aquellos tiempos en que hombres inspirados por Dios obraban maravillas y dirigian los destinos de un pueblo escogido. Pero bien comprendéis que aun os queda por saber cuanto concierne a las otras naciones que poblaban la tierra.

El estudio de la *Historia* puede satisfacer curiosidad tan justa. Estudio es ese que requiere tiempo, aplicacion y buena memoria; y como quiera que es de gran extension, debeis empezar por la parte que se refiera al país que os vió nacer, donde aun existen los objetos que recuerdan esos tiempos ya pasados. Mas como los sucesos de vuestra patria están íntimamente enlazados con los de los demas países de la *América*, que hablan vuestra lengua y tienen el mismo origen, teneis tambien que saber cuanto se refiera á estos.

Ninguno de vosotros ignora que esta parte del mundo llamada *América* fué descubierta por *Cristóbal Colon*. La historia de este hombre extraordinario, sus viajes y descubrimientos es de lo que nos proponemos hablaros en el capítulo siguiente

VIAJES DE COLÓN Y DESCUBRIMIENTO DE LA AMÉRICA.

NACIÓ Colon en la ciudad de *Génova* el año de 1435. Era su padre un cardador de lanas, profesion que en aquella entonces república traficante en todo género de manufacturas, se consideraba noble y de ningun modo humilde.

Hizo sus primeros estudios en la universidad de Pavía, y se dedicó con tal provecho á las ciencias auxiliares de la navegacion, que á los catorce años de edad pudo comenzar á hacer sus primeros viajes por el Mediterraneo. Navegando despues en algunos buques de su nacion, tuvo varios encuentros con los piratas que entonces infestaban aquellos

mares, y en mas de uno dió muestras el joven navegante de su valor en los combates. En uno de ellos, incendiada la galera en que iba, se vió obligado á arribar á *Lisboa*, náufrago y en la mayor pobreza.

Fijó su residencia en este punto, donde se casó al poco tiempo, ocupándose para llenar las obligaciones de su nuevo estado en vender mapas y cartas de marear que él mismo diseñaba. El padre de su mujer, marino como él y hombre de gran instruccion, poseia una biblioteca rica en libros de geografia y en curiosos documentos, que Colon estudiaba con gran aplicacion, deleitándose en leer las descripciones que algunos viajeros hacian de tierras situadas al Oriente del Continente asiático, donde abundaba el oro y otros objetos que se estimaban mucho por su escasez en Europa. Estos indicios, y la conviccion de que la tierra era redonda, le inducian á creer que navegando hácia el Oeste se podia llegar á aquellas regiones por un camino mas corto que el hasta entónces conocido.

Despues de estudiar mucho y meditar aun mas sus argumentos, y careciendo de medios para acometer una empresa tan costosa como la de armar una espedicion para llegar á esas tierras, se aventuró á solicitar una audiencia del rey de Portugal *Don Juan II*, cuyos marinos habian ya hecho algunos descubrimientos en las costas del Continente africano. Oyóle aquel monarca: y si bien le parecieron muy fundadas las razones del marino genovés, no quiso prestarle el auxilio que pedia sin ántes consultar á los sabios de su reino. Colon expuso á estos sus argumentos y razones; pero como todos las juzgaron contrarias á las leyes físicas que conocian y á las tradiciones religiosas que veneraban, aquel rey no se atrevió a darle el apoyo que exigia.

Entónces, pobre y ya entrado en años, determinó Colon ir á ofrecer sus servicios á los reyes *Fernando é Isabel* que á la sazón reinaban en España.

Acompañado solo de su hijo, pues ya la madre habia muerto, entró en España y vino á pedir hospitalidad al monas-

terio de *la Rábida*, situado en las inmediaciones del puerto de *Palos de Moguer*. Era su prior *Juan Perez de Marchena*, hombre tan docto en ciencias como rico de virtudes, que muy pronto cobró afecto al extranjero y obtuvo toda su confianza. Informado de su proyecto, y aprobando el propósito de llevarlo á término, le dió cartas para *Hernando de Talavera* que era el confesor de la Reina desde que Fray Pedro se habia retirado á la soledad de su convento.

No le fué muy fácil á Colon conseguir una audiencia de aquellos príncipes; pero, al fin, despues de mucho esperar, y por medio de algunas personas de valimiento, logró presentarse ante los Reyes y exponerles los argumentos en que se fundaba para creer posible el llegar, por un camino mucho mas corto, á aquellas tierras visitadas por algunos viajeros europeos.

Entusiasmó á *Isabel* con la idea de ver el estandarte de la cruz llevado á regiones desconocidas y remotas; pero el rey *Don Fernando*, mas prudente ó ménos generoso que su esposa, ordenó, ántes de tomar partido alguno, que un Consejo examinase los argumentos y razones del marino genovés.

Los sabios y teólogos, ante quienes compareció Colon, condenaron todas sus proposiciones como opuestas á la revelacion de los Sagrados Libros y á la ciencia de los Santos Padres.

Entónces Colon, engañado otra vez en sus esperanzas, se puso en viaje para ir á ofrecer sus servicios al rey de Francia que le habia invitado á venir á su corte; y ya habia dejado la de España, cuando Isabel envió tras él un mensajero que le alcanzó en el camino y le trajo de nuevo á su presencia.

Decidióse al fin la magnánima Reina á aceptar la responsabilidad de la empresa, y como estuviese entónces el erario muy escaso de fondos por la guerra que se hacía á los moros de Granada, ofreció ella empeñar sus joyas para costear los gastos de la expedicion.

Mas consolado vuelve Colon al monasterio de la Rábida, y el prior Marchena le presenta como compañeros á los mari-

nos *Martin Alonso* y *Vicente Yáñez Pinzon* que le ofrecen sus caudales para llevar á cabo la empresa.

Al fin, despues de ocho años de inútiles esfuerzos, luchando siempre con la ignorancia y vana ciencia, habia logrado Colon ver realizados sus deseos. Púsose á su disposicion tres carabelas: buques pequeños de dos palos que cargaban una vela latina y el otro una cuadrada, armadas tambien de remos para cuando la calma hiciera inútil el uso del velámen. Noventa hombres tripulaban estas embarcaciones llamadas *la Santa Maria*, *la Pinta*, y *la Niña*.

El 3 de Agosto de 1492, salió Colon del puerto de Palos con rumbo al O. y designio de pasar la longitud de las mas remotas islas que los navegantes habian visitado por aquella parte.

Perdidas de vista las costas de España, uno de los buques comenzó á hacer agua, y fué preciso arribar á las Canarias para hacer los reparos necesarios.

Colon, lleno de impaciencia, apénas estuvo el buque en estado de hacerse á la vela salió del puerto, y no bien habian perdido de vista estas últimas tierras del mundo conocido, comenzaron los tripulantes á creer que se engolfaban en un océano sin límites, en cuya inmensidad iban á perecer infaliblemente.

Valióse Colon de toda su elocuencia para infundirles valor y confianza: pero pronto un fenómeno desconocido hasta entónces vino á resucitar en todos el terror. La brújula experimentaba trastornos que no habian observado jamás los navegantes, y ya creyeron que iba á faltarles la única guia que podia indicarles el rumbo de las tierras que buscaban, ó la vuelta á la patria de la que ya los separaba una gran distancia. Colon halló razones para tranquilizar sus animos, y por lo pronto quedaron ellos satisfechos.

Presentábanse amenudo por la proa nieblas engañosas que nuestros navegantes tomaban por la apetecida tierra, hasta que venían los rayos del sol á disiparlas, dejando ver solamente la vastisima extension de aquel océano.

Después de algunos días se vieron venir flotando sobre las aguas, plantas, yerbas y aun nidos de pajaros: indicios todos de que ya la tierra no estaba lejos; pero como pasaban días, y ella no se presentaba á sus ojos, se revolvieron contra Colon, amenazandole con la muerte si no volvia el rumbo á España. Él les prometió acceder á sus deseos, si en el término de tres días no veían la tierra que buscaba.

El 12 de Octubre, poco después de la medianoche, se oyó al fin el grito de « tierra: » y ya no fué una visión fantástica la que vieron al rayar el día, sino una costa hermosa, cubierta de frondosos árboles y poblada de habitantes.

Revistióse Colon de las insignias de su autoridad: desembarcó con los suyos; besó respetuosamente la tierra que habia sido por tanto tiempo objeto de sus votos y deseos, y tomó posesion de ella en nombre de los Reyes Católicos, Don Fernando y Doña Isabel,

Sus conmovidos compañeros cayeron de rodillas pidiéndole perdon por las pasadas murmuraciones y amenazas.

Clavóse allí una cruz, y todos prosternados, entonaron cánticos de alabanza, y rindieron tributos de gracias al Sér Supremo.

Los naturales, hombres diferentes en color á todos los conocidos hasta entónces, los miraban desde lejos con silenciosa admiracion, sin comprender lo que veían; pero imaginando después que aquellos hombres eran séres sobrenaturales enviados por su padre el Sol á la tierra, depusieron el temor y se acercaron á contemplarles con la mayor confianza.

Esta primera tierra descubierta fué bautizada por Colon con el nombre de *San Salvador*.

Ansioso por descubrir todo el continente cuyas primeras costas creía haber visto, siguió rumbo al S. O. y el 27 de Octubre vió una tierra que llamó *Juana* (Cuba), cuyas costas recorrió suponiendo ser las del continente asiático.

Después de detenerse en sus puertos, y reconocer sus costas, viendo tierras al S. E. dirigió la proa á ella y descubrió la tierra que llamó *Española* en recuerdo de España, su patria adoptiva.

Ya entónces creyó que debia volver á España á dar parte de sus descubrimientos. Mayores peligros le esperaban en su regreso de los que habia escapado en su venida: los vientos le fueron contrarios; uno de los Pinzones se separó con su bu-



que, esperando llegar primero á España para arrebatarle la gloria del descubrimiento, y finalmente al llegar á las Azores, los Portugueses se negaron á permitirle la entrada en los puertos de la isla.

Dirigióse á Portugal, y arribando al puerto de Lisboa, envió desde allí noticia á la reina Isabel desu vuelta y del buen éxito de la expedicion. Llegado á España, se encaminó inmediata-

mente á Barcelona, donde entónces estaban los Reyes Católicos.

Hízosele una recepcion régia, y la reina le colmó de honores, nombrándole Almirante de las tierras descubiertas y por descubrir, con grandes privilegios para sí y sus descendientes. Preparóse entónces la segunda expedicion que salió de Cádiz el 25 de Setiembre de 1493. De esta y de las que le siguieron nos ocuparemos ahora muy sucintamente, reservándonos hacerlo con mayor extension al tratar en capítulo aparte de cada uno de los países descubiertos. Siguió Colon rumbo al S. de las tierras ántes visitadas, y descubrió á *Puerto Rico, Jamaica, Guadalupe*, y las islas que llamó las *Once mil Virgenes* y que hoy conocemos con el nombre de *Pequeñas Antillas*.

En el tercer viaje descubrió la isla de *Trinidad*, cerca de las bocas del *Orinoco*, y recorrió las costas del verdadero continente americano desembarcando en varios puertos y tratando con los indigenas. Despues volvió á la Española, donde habia dejado á su hermano. En el cuarto y último viaje descubrió las costas del continente desde un cabo que llamó *Gracias á Dios* hasta un puerto que por su belleza y seguridad nombró *Portobelo*. Fundó allí la primera colonia que puso al mando de su hermano. En el año 1509, salieron dos expediciones, una de tres buques y trescientos hombres al mando de *Alonso de Ojeda*, y otra de sei buques con setecientos hombres á las órdenes de *Diego de Nicuesa*. Dióse al primero para su gobernacion todo el país llamado *Nueva Andalucia*, que se extendia desde el cabo de *la Vela* hasta el golfo de *Darien*, y el territorio comprendido desde este punto, hasta *Gracias á Dios* llamado *Castilla de Oro*, se dió á *Diego de Nicuesa*. Opusieron los naturales una vigorosa resistencia á sus invasores; solo en un encuentro murieron mas de setenta españoles, y los que quedaron se establecieron en *Santa Maria*, en el golfo de *Darien*, á las órdenes de *Vasco Núñez Balboa* á quien nombraron su caudillo.

Hizo Balboa frecuentes incursiones en el país: sometió á varios caciques, y sabiendo por los naturales que á muchas

leguas al S. habia otro mar y territorios donde se hallaba el oro en abundancia, se puso en marcha con ciento noventa hombres (1° de Setiembre de 1513) y despues de veinticinco dias de grandes fatigas, atravesando un país montañoso, lleno de rios y poblado por tribus belicosas, vió, desde la cima de



una alta montaña, el extensísimo mar que baña las costas occidentales de la América. Acercóse á él, y metiéndose en sus olas hasta el pecho, tomó posesion de aquel vasto oceáno en nombre de sus Católicos Soberanos.

Volvió Balboa á Santa Maria, y pidió refuerzo de mil hombres para conquistar el país que habia descubierto; pero el rey habia ya nombrado por jefe de la espedicion á *Pedrarias Dávila*,

gobernador de Darien, y celoso este de Balboa, le hizo prisionero bajo pretexto de insubordinacion, y le condenó á muerte.

En 1515, *Juan de Solis*, al frente de una expedicion, siguió las costas del continente hácia el S., y el primero de Enero vió un rio que llamó *Janeiro*: siguiendo mas al S. descubrió la espaciosa bahía que forma la desembocadura del *rio de la Plata*.

Habiendo desembarcado con intencion de penetrar en el país, fueron Solis y sus compañeros bárbaramente asesinados por los naturales.

Una expedicion al mando de *Francisco de Córdoba*, que se dirigió al E., descubrió la península de *Yucatan* en la que no pudo establecerse por la tenaz resistencia que le opusieron los indígenas. Siguiendo al O., llegó á los diez y seis dias á la bahía de *Campeche*. Desembarcando Córdoba con los suyos para hacer aguada, fué tan furiosamente atacado por los habitantes, que quedaron en el campo cuarenta y siete españoles, teniendo el resto que acogerse apresuradamente á sus buques.

A pesar de este descalabro, salió otra expedicion de Cuba al mando de *Juan de Grijalva*, que siguiendo rumbo mas al E. que Córdoba, costeó un fértil país, bien poblado, con casas de piedra que le recordaron tanto á su patria que le puso el nombre de *Nueva España*. Volvió Grijalva á Cuba despues de haber tocado en varios puntos de la costa.

Hasta aquí se os ha referido con mucha brevedad los primeros descubrimientos de los españoles en América; pero ya debemos cumplir la promesa que os hicimos de hablar de estos mismos hechos con mayor extension, y lo harémos en los capítulos siguientes.





CUBA Y SANTO DOMINGO.

DESPUES de descubierta la isla que llamó San Salvador, gobernó Colon al O. en demanda de la tierra donde los naturales le decian abundaba el oro: y el 27 de Octubre, ántes de anoche-
cer, se hallaba á la vista de sus costas. Entró el 28 en un her-
moso rio que llamó *San Salvador*, y la tierra toda denominó
Juana en honor del Príncipe *Don Juan*, hijo de los Reyes
Católicos.

Á la vista de aquella costa tan limpia, sin bajos ni arrecifes,
en que venian á morir tranquilamente mansos rios, al ver
aquellos montes cubiertos de verdura, aquel cielo tan azul,

Colon exclamó lleno de entusiasmo: « *esta es la tierra mas hermosa que ojos hayan visto.* »

El 29 siguió rumbo al O., y descubrió un río que llamó *de la Luna* y otro al que puso por nombre *Puerto y Rio de Mares*, navegando río arriba hasta que halló el agua dulce. Encontróse con una poblacion compuesta de chozas, cuyos habitantes, iguales en todo á los de San Salvador, le recibieron con grandes muestras de respeto y de confianza. Repartió entre ellos sonallas, avalorios, cascabeles y otras bujerías, recibiendo en cambio pedazos de oro que aquellos habitantes parecian tener en poca estima. El 30 salió de este puerto, descubriendo un cabo que llamó *de las Palmas*, y despues de recorrer las costas, surgió de nuevo en el *puerto de Mares* para carenar sus buques (1° de Noviembre). Desde allí envió una embajada al príncipe de aquellas regiones que suponía ser el *Gran Can de Tartaria*, y los mensajeros *Rodrigo de Jerez y Luis de Torres* volvieron dando noticia de haber hallado una poblacion como de cincuenta casas y mil habitantes, que los recibieron como á gente bajada de las regiones celestiales. Trajeron los embajadores algunos frutos y aves del país, y no el codiciado oro; lo que hizo creer á Colon que aun no habia dado con la rica *Cipango* del veneciano *Marco Polo*. Allí por la primera vez vieron los españoles á los indios *tomar zahumerios de unos rollos de hojas encendidas*, que no era otra cosa que el tabaco, producto del país que constituye hoy uno de los grandes elementos de riqueza que exporta á todas las naciones del mundo civilizado.

El 12 de Noviembre salió en demanda de la isla *Babeque*, nombre que repetian los indios como el de un país abundante en oro, y que Colon suponía demoraba al E., descubriendo en su ruta el cabo que llamó *Cuba*. Los vientos le obligaron á tomar puerto, y el 14 surgió en uno sembrado de islas que nombró la *Mar de Nuestra Señora*, y despues en otro al que dió el nombre de *Puerto Príncipe*.

Hízose á la vela de nuevo, y despues de navegar algun tiempo con viento contrario y léjos de la costa, volvió otra vez á la *Mar de Nuestra Señora*. De allí siguió costeano la tierra, des-

cubriendo puertos y cabos, á los que puso nombres hasta la punta de *Maisí* que llamó *Alfa y Omega*, considerándola como el fin del continente.

El 5 de Diciembre vió tierra al S. E. y gobernó hácia ella.

No ménos bella que Cuba, ni ménos rica en vegetacion apareció la tierra que descubrió el 6 de Diciembre: desembarcó en una pequeña bahía que llamó *San Nicolás*, y siguiendo despues rumbo al N. llegó á un puerto al que puso el nombre de *Concepcion*. Encontró allí habitantes muy parecidos á los de Cuba y no ménos hospitalarios. Vivian en tribus bajo jefes que llamaban *caciques*, quienes con la mayor confianza vinieron á bordo de los buques españoles y aun les ayudaron á desembarcar sus efectos. El estampido de las piezas de artilleria puso tal espanto en ellos, qué creyeron á sus huéspedes disponedores del rayo de los cielos. Colon estableció allí una colonia compuesta de treinta y nueve castellanos al mando de *Rodrigo de Arana*, para que guarneciesen el fuerte que dejó construido cuando salió para España el 4 de Enero de 1493.

Despues de mil trabajos en que se vió muy próximo á ver sepultado en el océano el secreto de sus descubrimientos, llegó á las costas de España en el mes de Marzo.

Estando á la sazón los Reyes Católicos en Barcelona, tuvo Colon que dirigirse á esa ciudad para dar cuenta de su viaje y presentar las muestras que traía de las riquezas de los países descubiertos.

Recibiósele con extraordinarias demostraciones de júbilo, y quedaron los Reyes y el pueblo admirados á la vista de las riquezas y curiosidades naturales que acreditaban la importancia de las tierras descubiertas.

No hubo ahora obstáculo ninguno en darle los auxilios necesarios para armar una nueva expedicion.

A los seis meses salió del puerto de Cádiz con una flota de diez y siete velas y mil quinientos hombres entre soldados, aventureros que iban en busca de fortuna, y misioneros que iban á predicar el Evangelio á los indígenas. Llegó dicha es-

pedición á la Española el 22 de Noviembre, pero ; cuán triste fué el espectáculo que se presentó á la vista de Colon al llegar á la colonia que habia dejado establecida, y de la que esperaba los mejores resultados para el reconocimiento del pais y trato con sus habitantes !

El fuerte habia sido arrasado, y los colonos asesinados por las tribus del *Cibao*, cuyos caciques tuvieron que acudir á las armas para oponerse á las depredaciones de aquella guar-nicion.

Levantó Colon una ciudad á la que dió nombre de *Isabel*, y un fuerte en los montes de *Cibao*, donde debian empezar á beneficiar las minas. Nombró á su hermano *Diego* gobernador de la colonia, y se hizo á la vela para nuevos descubrimientos el 24 de Abril de 1494.

El primero de Mayo llegó á una gran bahía que nombró *Puerto Grande* (*Guantánamo*), surgiendo despues en la inmediata de Santiago de Cuba. Diciéndole los naturales que al S. demoraba un país abundante en oro, gobernó á él, y descubrió la isla de *Jamaica*; pero como los habitantes le diesen una acogida muy distinta de la de los de Cuba, volvió á las costas de esta, y despues, siguiendo rumbo al O., atravesó por entre la multitud de isletas que llamó *Jardines de la Reina*, y que hoy se nombran *Laberinto de las doce leguas*. Sin perder de vista la costa, siguió todo el litoral de la costa del S. de la isla hasta la punta que hoy se llama de la *Fisga* en la ensenada de la *Broa*. Persuadido de que recorria las costas de un continente, á pesar de lo que oia decir á los indígenas, hizo extender á un escribano que le acompañaba un acta que declaraba ser tierra firme la region descubierta.

El 13 de Junio descubrió la isla de *Pinos* que llamó *Evangelista*; pero temiendo los escollos que abundan en el mar que la circunda, y viéndose además escaso de provisiones, torció rumbo á Cuba y arribó á la desembocadura del rio *Jatibonico*, donde hizo celebrar la primer misa que se dijo en aquella isla (6 de Julio de 1494). Miraban los indios sobre-cogidos de respeto las augustas ceremonias, y al terminarse

estas se adelantó uno de sus ancianos y dirigió al Almirante la siguiente alocucion: « me parece que acabas de hacer una obra buena, porque has adorado á tu Divinidad. Aunque segun dicen has venido de tierras extrañas con gran armamento á conquistar muchos pueblos y países, no por eso te envanezcas. Sabe que hay en la otra vida dos puntos á donde van las almas: el uno lleno de goces y ventura se destina á los que fueron buenos: en el otro, tenebroso y horrendo, gimen los malos. Si tú eres mortal, y temes los eternos castigos, no hagas mal á los que no te lo hicieron, y cuenta con que serás recompensado. » Así el salvaje, emplazando al injusto á otro tribunal, reconocia la infalibilidad de una Justicia suprema.

Despues de cinco meses de ausencia, pasados en recorrer las costas de Cuba, volvió Colon á la Española para presenciar nuevas calamidades. Resistian tenazmente los indios á sus invasores y tuvo que darles batalla, en la que, apesar de ser aquellos superiores en número, tuvieron que ceder á la disciplina de los europeos y á la superioridad de sus armas. Condenados á las minas los prisioneros, se enviaron á España, como esclavos, trescientos de entre ellos; pero la generosa Isabel les devolvió la libertad, y aun ordenó que en adelante atrajesen á aquellos desgraciados á la fé cristiana, no con el rigor sino por medio de la persuasion y del halago.

En este estado de cosas fué llamado Colon á España para responder á los cargos que se le hacian, y tuvo que dejar el mando de la colonia á su hermano *Bartolomé*.

Apénas se habia ausentado, empezaron discordias entre los españoles; y aprovechándose de ellas muchos caciques tomaron las armas: pero tuvieron al fin que ceder despues de una vigorosa resistencia.

Vuelto Colon de España, trató de ajustar las disensiones, apaciguando los ánimos, pero su conducta halló censores y enviaron desde España á *Bobadilla* para sucederle en el mando. Dando este oidos á las calumnias de los sediciosos, se apoderó de Colon, y cargándole de grillos le embarcó para Es-

pañía. Indignóse el pueblo de Cadiz á la vista del respetable anciano tratado como un criminal, y la Reina, que estaba entonces en Granada, sin aun examinar el proceso formado contra él, mandó que le quitasen inmediatamente los grillos y le tratasen con las mayores consideraciones de respeto; ordenando además que se enviase para reemplazar á Bobadilla, á *Nicolas de Ovando* que salió con una flota de treinta y dos buques y dos mil quinientos colonos. Colon se embarcó para su cuarto viaje en 19 de Mayo de 1502.

Despues de un viaje tempestuoso llegó á la Española con sus buques en muy mal estado, y escasísimo de víveres. Como Ovando le negase asilo en sus costas, se vió obligado á refugiarse en una rada oculta de la isla, y permanecer allí hasta que el tiempo le consintiera darse de nuevo á la vela. Saliendo al fin de este punto, costó una tierra abundante en oro y perlas, y desde el rio *Veragua* mandó á su hermano Bartolomé á explorar aquellas regiones donde debian abundar las minas. Atacáronle los indigenas con tanta desesperacion é inesperado brio, que dieron muerte á un gran número de españoles, y Bartolomé, despues de mil trabajos, volvió á reunirse con su hermano.

De vuelta á la Española y á la vista de sus costas, perdieron tres carabelas, y los vientos le obligaron á arribar con sus destrozados buques á una bahía de la isla de *Jamaica*.

Allí estuvieron algunos meses, y como las provisiones se agotasen, empezaron los compañeros de Colon á murmurar palabras de descontento. Determinó entonces enviar noticias á Ovando de su triste situacion por medio del valiente *Diego Méndez*, que en una canoa de indios habia de atravesar las cincuenta leguas de mar que median entre Jamaica y la Española.

Entre tanto amotináronse algunos de los compañeros de Colon, que estaba á la sazón enfermo, y aun le habrian asesinado si no le hubiera defendido heroicamente su hermano Bartolomé.

Al fin, llegó el auxilio que habia pedido á Ovando, pudo

Colon volver á la Española, y allí estuvo algun tiempo hasta que salió para España. El dia 7 de Noviembre desembarcó en *San Lúcar de Barrameda*.

Al poco tiempo despues de su llegada murió la Reina Isabel, y falto Colon de tan generosa protectora, se vió reducido á tal extremo de miseria que no tenia ni aún con que pagar la posada donde tomada alojamiento. En vano acudió al rey Fernando, y como conociera que se acercaban sus últimos instantes, se preparó á dejar este mundo con la resignacion de un buen cristiano.

En Mayo de 1506, murió en Valladolid y se le hicieron funerales régios. Despues de haber estado sus cenizas en algunas catedrales de la Península, fueron trasladadas a Sto. Domingo y de allí á la catedral de la Habana, donde hoy reposan, esperando un monumento que el mundo todo debe á su memoria.

Despues de su muerte, trataron los españoles de conquistar y someter los países descubiertos, obra que empezó en la Española Nicolas de Ovando, y que llevó á efecto en Cuba, ya declarada isla, despues de bojeada por *Ocampo*, *Diego Velázquez de Cuellar*.

Os hemos referido los principales sucesos del descubrimiento de las islas que hoy llamamos *Grandes Antillas*, y bien comprendéis que aun queda mucho por decir.

Estas islas, situadas en el *Seno Mexicano*, no ceden en riqueza territorial á ningun país del mundo, y Cuba, sobre todo, es considerada como la Reina de ellas por sus riquezas, y como el Jardín del mundo por la hermosura de su cielo y la belleza de su clima.

Produce en abundancia la caña que dá el azúcar, tan apreciada en todos los mercados: el café que no cede en calidad al de la Arabia, y el tabaco que no tiene rival en todo el mundo. No carece su suelo de riquezas minerales: abundan sus bosques en preciosas maderas de construccion, plantas medicinales, árboles que rinden valiosas substancias, y otras mil riquezas que no se han explotado aun. Aves de todos los

colores y matices anidan en sus florestas, y ninguna fiera, ni reptil venenoso se abriga en la espesura de sus bosques. Sus rios, aunque de breve curso, bastan para regar sus fértiles campiñas. Sus limpias costas forman espaciosas bahías, que ofrecen seguridad y buen anclage á buques de gran porte.

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE MÉXICO.

EN 1518, habian ya descubierto los españoles la mayor parte de las islas del Golfo Mexicano; las costas septentrionales del continente S.: habian fundado colonias en la Española, en Cuba y en Darien; pero si bien unos pocos aventureros se habian internado tierra adentro, y varios navegantes habian visto las costas de otras nuevas regiones, unos y otros no habian hecho mas que tomar posesion nominal de los territorios sin fundar en ellos colonia alguna.

Las noticias enviadas por Grijalva al gobernador de Cuba de la existencia de una region mas civilizada y mas rica aun que las hasta entónces descubiertas, decidieron a Velázquez á armar una espedicion con el objeto de hacer la conquista de esos tan importantes territorios. Pero conociendo Velázquez que él carecia del valor y habilidad que tamaña empresa requería, quiso escoger entre los suyos quien reuniendo dichas cualidades fuese al mismo tiempo instrumento dócil de sus futuros planes de ambicion.

Sus secretarios le recomendaron á *Hernan Cortés*, soldado que habia venido con Ovando en la espedicion que este condujo á la Española, y que habiendo pasado despues á Cuba se habia distinguido á las órdenes de Velázquez en la conquista de esta isla.

Aprestada la espedicion, salió Cortés de Santiago de Cuba el 18 de Noviembre de 1518, con rumbo á la colonia de Trinidad situada en la misma isla, donde debia surtirse de armas y abastecerse de las provisiones que necesitaba para el viaje.

Apénas habia llegado Cortés á este punto, cuando Velázquez, que no tenia en él la mayor confianza, le envió orden de entregar á otro el mando de la armada y de volverse inmediatamente á Santiago de Cuba; pero no era Cortés hombre de retraerse de un empeño cuando ya habia comenzado sus planes: y así, sin obedecer las órdenes del gobernador, se hizo á la vela para el puerto de la Habana, donde esperaba reclutar mucha gente y obtener provisiones.

Cuando llegaron los emisarios de Velázquez, para oponerse á su salida, ya Cortés se habia dado á la vela con una expedicion de once buques que conducian quinientos ocho soldados, ciento nueve marineros y operarios, gente toda aventurera y decidida.

Despues de tocar en varios de los puntos reconocidos por Grijalva, llegó á *San Juan de Ulúa* donde salieron á recibirle en canoas y con séquito de muchos, dos indios que demostraban ser personas de rango y distincion entre los suyos.

Por medio de una india que tenia abordo llamada *Doña Marina* supo Cortés que eran los tales mensajeros súbditos del poderoso *Moteczuma*, rey de aquellas vastísimas comarcas, y que venian en nombre de su dueño y señor á inquirir las causas que traian á los extranjeros á sus costas, y á ofrecerles, si les era menester, el auxilio que necesitaba para continuar el viaje.

Cortés les hizo decir que era portador de una mision de la mayor importancia para su rey y para el país todo, y que despuesieran todo temor, pues no intentaban hacer mal ninguno á aquella tierra.

Admitido Cortés á presencia de los gobernadores de aquellas provincias, les dijo que su rey *Don Carlos*, el mas poderoso monarca de los países situados al Naciente, le enviaba á *Moteczuma* con una embajada, cuyo objeto sólo debia comunicar á él en persona, y que por lo tanto deseaba ser llevado á su corte. Esforzáronse los gobernadores en disuadirle de semejante empeño, haciéndole ver la dificultad de obtener acceso á tan alto y poderoso soberano.

Observando Cortés que algunos de aquellos indios copiaban sobre lienzos las naves, los caballos, soldados, armas y otros objetos que habian llamado su atencion, y sabiendo que todo esto habia de ser llevado á Motezuma, quiso tambien que este tuviese noticias de los poderosos medios de que podia disponer para hacer la guerra. Hizo que sus tropas se formasen en linea de batalla, que maniobrasen algun tiempo, haciendo cacolear los caballos, y al fin mandó descargar las piezas de artilleria que habia sacado de sus buques. El destrozo que estas causaron en los árboles, y el estruendo que produjeron, puso tal terror y espanto en aquellos hombres, que la mayor parte se dejaron caer en tierra, imaginando que eran sus huéspedes seres sobrenaturales que habian bajado de las regiones donde se fabrica el rayo.

Á los pocos dias se presentaron nuevos embajadores de Motezuma, trayendo presentes para Cortés de telas finas de algodón, que bien pudieran competir con las mas ricas sedas, en las cuales se veian pinturas de animales hechas con plumas de todos colores, y con tal arte que en nada cedian á las obras mas perfectas del pincel europeo; pero nada llamó tanto la atencion como los artefactos de oro y plata labrada, y sobre todo un globo de oro macizo que representaba el Sol y otro de plata que figuraba la Luna.

Mostróse Cortés muy satisfecho con estos presentes; pero á la intimacion de los mensajeros de que se retirase con sus tropas, respondió que no podia hacerlo sin tener ántes una entrevista con el soberano.

Tanta obstinacion despertó las sospechas de los indios, y se apercibieron entónces á luchar contra los invasores extranjeros.

Estando las cosas en este estado, algunos de los compañeros de Cortés se amotinaron pidiéndole se volviese á Cuba; pero aquel intrépido jefe pudo tranquilizar los ánimos de tal modo que casi todos al fin se decidieron á seguirle y correr su aventurada suerte.

Resolvió entónces mover sus tropas cuarenta leguas mas al

N. donde habia un puerto muy cómodo y seguro, un suelo mas fértil, y un lugar mas adecuado para fundar una colonia.

Trazó allí el plano de una ciudad á la que dió nombre de *Villa Rica de la Vera Cruz*.

Al trasladarse á este punto los españoles habian pasado por algunos territorios, y Cortés habia sabido con la mayor satisfaccion que sus habitantes vivian descontentos del gobierno de Motezuma. Trató entónces de atraerlos á su devocion, prometiéndoles libertarlos del yugo de su tirano, para lo que les dijo era preciso que se reconociesen vasallos del poderoso rey que lo habia enviado á aquellas tierras. Hiciéronlo ellos de muy buen grado, y siguieron su ejemplo algunos otros territorios.

Por este tiempo envió Cortés un buque á España para que se informase al Rey de sus descubrimientos y de los progresos que hacía en la conquista del país, suplicándole le confirmase en la autoridad que hasta entónces habia ejercido.

De nuevo se amotinaron algunos de sus compañeros pidiendo volverse á Cuba, y comprendió Cortés que le era imposible mantener su autoridad si no quitaba á los descontentos toda esperanza de abandonar aquella tierra. Determinó barrenar y echar á pique todas las naves que tenia, para que asi quedasen aquellos quinientos hombres encerrados en un territorio enemigo, poblado por belicosos habitantes, que en la guerra no perdonaban á sus sanguinarios dioses.

Dirigiéndose Cortés á *Zempoala*, destruyó los ídolos que se veneraban en sus templos, derribándolos de los altares con gran escándalo de sus adoradores, que sobrecojidos de terror no se atrevieron á oponerle resistencia.

Abastecido de víveres que le dió el cacique de *Zempoala*, entró en el territorio de *Tlascalala* cuyos habitantes le opusieron todas sus fuerzas sin alcanzar ventaja alguna sobre la disciplina de las tropas y la superiodidad de las armas españolas. Consultaron á sus sacerdotes, y como estos les dijese que aquellos hombres, siendo hijos del Sol, eran solo invencibles durante el dia por el auxilio que recibian de su padre, dispusieron atacarlos por la noche; pero Cortés estaba muy apercibido,

y cuando acometieron los indios su campamento, fueron rechazados con gran desastre. Formaron entónces un tratado de paz, y como mantenian odio implacable á los Mexicanos, se comprometieron á dar á Cortés auxilio para ir contra el tirano Motezuma.

Seis mil guerreros tascaltecas se juntaron á su ejército y siguieron con él hácia *Cholula*, ciudad célebre por un templo que consideraban como la residencia de sus dioses. Descubriendo que los habitantes tramaban un plan para destruir sus tropas, Cortés los castigó con la mayor severidad y siguió su marcha para la capital que solo distaba unas veinte leguas.

Al acercarse á ella se le presentaron mil personas de distincion, segun demostraban sus ricos mantos de algodón adornados de vistosas plumas, anunciándole la venida del Emperador.

Presentóse este llevado en hombros de sus nobles en unas andas de oro bruñido: seguian despues cuatro dignatarios debajo de un palio hecho de plumas verdes con adornos de plata, precedidos de tres majistrados con varas de oro que levantaban de cuando en cuando para que el pueblo se postrase en tierra. Acompañábale tambien un séquito de doscientas personas adornadas de preciosas plumas, que caminaban con los ojos puestos en la tierra en señal de respeto.

Recibióle Cortés con muestras de respeto y aceptó la invitacion que le hizo de alojarse en un antiguo palacio que le tenia de antemano preparado.

Estaba México situada en un extenso valle rodeado de altas montañas, por cuyas pendientes bajan las aguas que forman los varios lagos é islas donde está fabricada la ciudad, cuyos barrios comunican entre sí por medio de algunos puentes y calzadas de gran extension.

Los españoles vivian descontentos temiendo que los mexicanos cortasen estos puentes y los dejaran encerrados en la ciudad donde, en caso de ataque, la superioridad de sus armas nada les valdria contra la multitud de sus enemigos. Para destruir sus temores se propuso Cortés apoderarse de la persona del Emperador por medio de un ardid,

Cuando se le presentó Motezuma á hacerle la visita de costumbre, le dijo que para convencer á sus soldados de la buena armonia que existia entre los dos, era preciso que viniese á habitar los cuarteles de los españoles, donde se le trataria con todos los honores y respetos debidos á su rango y poderío.

Accedió el Emperador, no sin repugnancia y temor, á los deseos de los españoles, y desde aquel dia se tuvo por prisionero y cautivo entre sus enemigos.

Un suceso inesperado vino entónces á oponer obstáculos á los planes de Cortés. Diego Velázquez, queriendo castigar la insolencia del caudillo que fundaba una colonia independiente de su mando, envió una expedicion al mando de *Pánfilo de Narváez*, para que se apoderara del rebelde, le mandase á Cuba cargado de grillos y terminara él la conquista de los países que aquel habia descubierto.

Sabedor Cortés de la llegada de la expedicion, dejó ciento cincuenta hombres en México para mantener su autoridad, y con el resto, que no pasaba de doscientos cincuenta, salió al encuentro de Narváez. Negóse este á entrar en negociaciones de paz: Cortés se vió obligado á acudir á las armas, y Narváez tuvo que rendirse á discrecion.

Convinieron la mayor parte de los soldados de este en unirse al vencedor, quien con ellos se puso inmediatamente en marcha hácia México, cuyos habitantes habian tomado las armas y atacado á la guarnicion española, destruyendo además los bergantines que tenian en el lago.

Encontró gran resistencia en los mexicanos, los cuales mostraron un valor y entereza que no esperaba Cortés; y en tal aprieto le pusieron, que quiso probar lo que valdria la presencia de Motezuma para calmar los irritados ánimos.

Cuando los mexicanos avanzaban á atacarle, hizo que aquel monarca, revestido de todas las insignias de su autoridad, saliese á arregar al pueblo; escuchóle este con respeto, pero al oirle hablar de paz se enfureció hasta el punto de lanzar contra los españoles una lluvia de dardos y de piedras, una de las cuales, hiriendo al monarca en la frente, le derribó en

tierra sin sentido. Llevado á sus habitaciones, y viendo que no solo era instrumento de los planes de sus enemigos, sino objeto de odio y desprecio de sus súbditos, el infeliz monarca se dejó morir de hambre.

Con su muerte entendió Cortés que la salvacion de sus tropas estaba en la retirada, y despues de haber luchado aun contra las numerosas fuerzas que le oponian, salió de la ciudad y se encaminó á Tlascala, donde al fin entró despues de una marcha hostigada siempre por los habitantes de los territorios que iba atravesando.

A pesar de tantos descalabros no abandonaba Cortés el propósito de conquistar el imperio mexicano, y como se hiciese de nuevas tropas que llegaron como refuerzo á la expedicion que habia mandado Velázquez contra él, se puso en camino para la capital, bien abastecido de todos los medios para lograr su empeño.

A la muerte de Motezuma, y despues de la de *Quettlavaca* su hermano, subió al trono *Guatimozin*, sobrino y yerno del desgraciado Motezuma, guerrero bien conocido por su valor y decision por la causa del imperio.

Los españoles ocuparon el lago con bergantines que construyeron á toda prisa, y pusieron estrecho sitio á la ciudad, cortándole todas sus comunicaciones.

Defendióse Guatimozin de todos los ataques sucesivos que le dieron los sitiadores, y aunque penetraron estos con todas sus fuerzas en la ciudad, tuvieron que retirarse inmediatamente con gran pérdida de gente, y dejando además muchos prisioneros.

Al fin, sabiendo Cortés que los sitiados estaban muy escasos de víveres, estrechó el sitio y atacó la ciudad por varios puntos penetrando hasta el centro de ella.

Entónces los jefes y los nobles aconsejaron á Guatimozin que abandonase la ciudad y se retirase á una de las provincias, desde donde podia continuar la guerra contra sus enemigos. En la fuga fué hecho prisionero, y Cortés, instigado por los suyos, tuvo que someterlo al tormento para que revelase

donde tenia ocultas sus riquezas. Como viese que uno de sus ministros, sometido tambien á la tortura, iba ya á revelar lo que sabia, le dirigió una mirada de desprecio, reconviniéndole con estas palabras: « ¿por ventura estoy yo en un lecho de rosas? » Intervino Cortés y rescató aquella víctima de la mano de sus enemigos.

A pesar de haber caido la ciudad en poder del sitiador, hicieron aun los mexicanos grandes esfuerzos por conquistar su independencia; pero vencidos en todos los encuentros, tuvieron al fin que someterse.

Suponiéndose que Guatimozin mantenía relaciones secretas con los conspiradores, se le sentenció á muerte y fué ahorcado en presencia de sus súbditos que hasta entónces habian venerado á sus reyes como seres sobrenaturales.

Después de tantas hazañas, crueldades y conquistas fué llamado Cortés á España, y privado de su autoridad murió pobre en un pueblo de las cercanías de Sevilla.

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DEL PERÚ.

EL buen éxito de la expedición de Cortés y la gran cantidad de oro que este habia hallado en aquellas regiones, eran incentivos suficientes para que nuevos aventureros ardiesen en deseos de adquirir fama y riquezas en otros países no ménos ricos, segun aseguraban algunos que se habian acercado á ellos.

La colonia del istmo de Darien era el mejor punto de partida para nuevos descubrimientos, y ya por los años de 1522, habia salido con ese objeto una expedición al mando de *Pascual de Andagoya*, que llegó hasta el Puerto de *Piñas* y volvió á Panamá trayendo noticias de la opulencia de los nuevos territorios, que habia tenido que abandonar por el mal estado de su salud.

Por los años de 1524, tres hombres formaron el plan de

arriesgar sus vidas y haciendas en la empresa de conquistar esas regiones que los indios señalaban como las mas abundantes en oro. Era uno de ellos *Francisco Pizarro*, aventurero de oscuro linaje, pero de un valor á toda prueba. No ménos intrépido que este, y tambien de pobre cuna, era *Diego de Almagro*, que se le asoció en la empresa con *Hernando de Luque*, vicario de Panamá, el cual podia ofrecer á ámbos el auxilio de sus caudales.

Obtenido el permiso de *Pedrvarias*, salió primero Pizarro del puerto de Panamá con ciento doce hombres, y poco despues Almagro con un refuerzo de setenta mas.

Despues de sufrir increíbles contratiempos, tanto en el mar como en las costas donde desembarcaron, vieron al fin un territorio muy diferente de todos los que hasta entónces habian descubierto. El país estaba muy bien cultivado, y los naturales vestian telas de algodón adornadas profusamente de oro y plata; pero, como estaba muy poblado de habitantes, creyeron los aventureros que eran muy escasas sus fuerzas para oponerlas á aquellas numerosas tribus.

Conviniéron en enviar á Almagro á Panamá en demanda de refuerzos y que Pizarro se quedara esperándolos en la isla del *Gallo*.

El nuevo gobernador de la colonia de Darien *Pedro de los Rios* prohibió á Almagro que reclutase gente y aun envió órdenes á Pizarro de volverse á la colonia.

Entre tanto este y sus compañeros sufrían todas las miserias imaginables; pero no obstante, cuando llegó el emisario del gobernador, se negó Pizarro á obedecer sus órdenes y no faltaron quienes se decidiesen á seguir su misma suerte. En la isla *Gorgona* sufriendo todo linaje de males estuvieron estos esperando cinco meses el auxilio que *Luque* y Almagro debian enviar desde Panamá á su desamparado socio.

Habiendo al fin llegado los buques que estos le mandaron, se embarcó Pizarro, y despues de pasar por los puntos que ántes habian visitado, desembarcó en el puerto de *Tumbex*, situado en las costas del *Perú*.

Las riquezas del suelo, el lujo de los habitantes, la magnificencia de sus templos y otros edificios le hicieron creer que habian llegado á la tierra de *Ofir* que los Sagrados Libros llaman el país del oro.

Los presentes enviados al gobernador, y las noticias que le dió Pizarro de las riquezas de las tierras que habia descubierto no fueron parte para que Pedro de Rios dejase de poner obstáculos á una nueva expedicion, y entónces resolvieron los tres armadores de la primera acudir al rey para obtener auxilios.

Determinaron que Pizarro fuera á España á defender su causa, y saliendo este de la colonia, llegó á Sevilla á principios del verano de 1528.

El oro y todo los objetos que acreditaban las riquezas del país y la industria de sus habitantes decidieron al rey á dar á Pizarro todo el apoyo que necesitaba para sus nuevos descubrimientos, y aún le nombró Gobernador y Capitan General, ademas de agraciarse con los títulos de Adelantado y de Alguacil Mayor.

Cuando Pizarro llegó á Panamá, encontró á Almagro tan exasperado por su conducta, que estaba valiéndose de toda su influencia para frustrar sus planes y preparar por su cuenta una expedicion.

Alarmado por las consecuencias que pudiera tener semejante oposicion, Pizarro trató de aplacarle cediéndole el título de Adelantado, y así pudo conseguir que uniesen sus esfuerzos para la conquista de los territorios descubiertos.

Salió al fin la expedicion de Panamá en Enero de 1531, con direccion al puerto de Tumbes donde habian visto tantas maravillas en su viaje anterior; pero las corrientes y los vientos les obligaron á entrar en la bahía de *San Mateo*, donde desembarcó Pizarro dirigiéndose inmediatamente á los países situados al S. En la provincia de *Coaque* recogieron tanto oro, que pudo enviarse á Almagro una cantidad considerable para reclutar mucha gente.

Con ellos pudo Pizarro continuar su marcha por la costa, y cerca del rio *Piura* fundó la colonia de *San Miguel*.

Gobernaban á la sazón aquellas extensísimas regiones dos *Incas* (nombre que vale tanto como príncipes) llamado el uno *Atahualpa* y el otro *Huascar*: ámbos hermanos, pero de distintas madres y mantenían guerra entre sí porque cada uno pretendía ser el legítimo heredero de los vastos dominios de su padre *Huayna Capac*.

Atahualpa había vencido á *Huascar*, y le tenía prisionero en una fortaleza del imperio.

Pizarro supo con gran placer estos desórdenes por mensajeros que le envió *Huascar* pidiéndole auxilio contra *Atahualpa*, á quien llamaba rebelde y usurpador de su trono. Contento de la coyuntura que le ofrecía la suerte, reunió Pizarro sus tropas, y dejando una pequeña guarnición en San Miguel, penetró sin obstáculo en los reales de *Atahualpa*, que le recibió con muestras de la mayor cordialidad.

La entrevista fué acompañada de grandes ceremonias por parte del Inca. Sentado este en un trono cubierto de oro y adornado de plumas y piedras preciosas, era llevado en hombros de cuatro de los principales oficiales de la Casa real, á quienes precedían cuatrocientos hombres, los funcionarios del gobierno, y un numeroso séquito. El ejército todo, compuesto de mas de treinta mil hombres, estaba formado en línea de batalla en llanura.

Entrado que hubo el Inca en el campamento español, *el Padre Valverde*, capellan de la expedición, se puso á explicarle los misterios de la religión cristiana y concluyó exigiendo del Inca que reconociese estas verdades y sometiese su autoridad á la del rey de España.

Atahualpa le respondió que él era dueño legítimo de los dominios que había heredado de sus antepasados, cuya religión tampoco estaba dispuesto á abandonar. Preguntó á *Valverde* donde estaban consignadas las doctrinas que había predicado, y como este le contestase presentando su breviario, el Inca lo tomó y con el mayor desprecio lo arrojó al suelo. Al momento los españoles, llenos de ira, se lanzan

sobre los desapercibidos indios, é hicieron gran carniceria de ellos, quedándose con Atahualpa de prisionero.

Este príncipe por su libertad ofreció dar tanto oro cuanto bastara para llenar hasta la altura de su mano las paredes de su prision que tenia veintidos pies de largo y diez y siete de ancho. Apresuráronse los peruanos á obedecer el mandato de su rey de enviarle todo el oro que pudieran reunir; pero ántes de que pudiese este llevar á efecto su promesa, se deshiciéron de él sus enemigos condenándole á ser quemado en una hoguera. Conmutósele despues la pena en la de garrote, en consideracion á haber abrazado la fé cristiana en los momentos de ejecutarse la sentencia.

Despues de la muerte de Atahualpa, Pizarro invistió del poder real á *Manco Capac*, hermano de Huascar, que fué coronado como soberano de Cuzco; pero los gobernadores de muchas provincias se declararon independientes, y dividieron entre sí el extensísimo imperio de los Incas.

Las grandes cantidades de oro que Pizarro habia enviado á Panamá estimularon á muchos aventureros á embarcarse para el Perú, y con ellos pudo aquel jefe apoderarse de Cuzco y de todas las riquezas que encontraron en esta capital.

Entretanto *Benalózar*, que habia quedado de gobernador en S. Miguel, salió con una expedicion para apoderarse de Quito, y despues de atravesar altísimas montañas, cruzar impetuosos rios, y luchar con la tenaz resistencia que por todas partes le oponian, logró hacerse dueño de aquella importantísima ciudad.

Pacificado el interior y habiendo llegado con considerables refuerzos *Fernando Pizarro*, hermano del conquistador, pudo este dirigirse á la costa y fundar, en 1534, la ciudad de *Lima* que es hoy la capital del Perú.

Entretanto Almagro se dirigia á la conquista de *Chile* y salian expediciones para algunas de las provincias distantes que no se habian aun conquistado.

Los peruanos, creyendo muy reducidas las tropas que defendian á Cuzco, fueron en número de doscientos mil á

sitiar esta ciudad defendida por ciento setenta españoles.

Tal bravura y disciplina mostraron los peruanos al mando de Manco Capac, que al fin se hicieron dueños de una parte de la ciudad, y se habrían apoderado de toda ella si, cuando los españoles estaban en el mayor aprieto, no se hubiera presentado Almagro con sus tropas delante de Cuzco. Este, habiendo sido nombrado por el rey gobernador de Chile, reclamaba aquella plaza como parte del territorio de su gobierno, y así los hermanos de Pizarro que la ocupaban, no sabían si considerarle como amigo ó enemigo.

Almagro derrotó á los peruanos, y despues por sorpresa se apoderó de la ciudad que defendían los hermanos de Pizarro. Este desde Lima les envió refuerzos contra los peruanos; pero cuando les llegaron, ya la ciudad se hallaba en poder de Almagro.

Pizarro entónces entró en negociaciones con este rival tan poderoso; mas cuando vió á sus hermanos fuera de peligro, se negó á cumplir todo lo pactado y reunió sus tropas para presentar batalla á Almagro. Vencido este y hecho prisionero fué condenado á muerte.

Ya entónces creyó Pizarro, que podia seguir tranquilo sus planes de conquista. *Valdivia* penetró en Chile y fundó la ciudad de *Santiago*. *Gonzalo Pizarro* que sucedió á Benalcázar en el gobierno de Quito, recibió órden de conquistar los territorios al E. de los Andes.

Con trescientos y cincuenta hombres atravesó aquellas cordilleras, y despues de sufrir mil contratiempos y calamidades que destruyeron un gran número de sus tropas, llegó á las orillas del rio *Napo*, donde construyeron una barca para explorar el territorio que bañaba. Embarcáronse en ella unos cuantos á las órdenes de *Orellana*, quien se propuso seguir el curso de aquel rio, aunque tuviese que dejar á los demás adandonados en aquella espantosa soledad.

Despues de atravesar tres mil millas de una region desconocida y bien poblada de belicosos habitantes, salió al océano

y de allí siguió rumbo para España, donde al llegar publicó una maravillosa relacion de su viaje y de sus descubrimientos.

Entre tanto, sus abandonados compañeros volvieron con Gonzalo Pizarro á Cuzco, donde supo este que los partidarios de Almagro habian asesinado á su hermano Francisco y declarado jefe del gobierno al hijo de su rival.

La Corte de Castilla que tenia noticias de esas disensiones nombró gobernador á *Vaca de Castro*, con órden de reducir á la obediencia á todos los rebeldes.

Cuando llegó se vió obligado á darles batalla: derrotólos y cayendo en su poder el jóven Almagro fué decapitado.

Restablecióse entónces por algun tiempo la tranquilidad, hasta que Gonzalo Pizarro, poniéndose á la cabeza de una insurreccion, se dirigió á Lima donde tenia su corte el virey *Núñez Vela*. Al llegar á esta ciudad supo que este habia sido depuesto del gobierno por su Audiencia y que le habian enviado prisionero á una isla de la costa.

Pizarro obligó á los jueces de la Real Audiencia á que le nombrasen á el Gobernador y Capitan General del Perú; pero entre tanto el virey, puesto en libertad por el oficial que debia conducirle á España, habia desembarcado en Túmbez y reunido sus parciales.

Salióle al encuentro Pizarro, le derrotó, obligándole á refugiarse en Quito, y no pudiendo defender esta ciudad, tuvo el virey, que retirarse á la provincia de *Popayan*. Allí recibió auxilios para volver contra Pizarro; pero este le venció, y haciéndole prisionero le hizo condenar á muerte.

Sabedora la corte de España de semejantes desórdenes, dió á *Pedro de la Gasca* autoridad ilimitada para reprimir á los revoltosos y restablecer el órden.

Con sus medidas conciliadoras y pacificas logró Gasca mas de lo que hubiera alcanzado haciendo valer su autoridad con el rigor. Declaráronse por él muchos de los partidarios de Pizarro, y como ofrecia un perdon general, se acogieron á el muchos á quienes el temor del castigo mantenía en las filas de los revoltosos.

Vanos fueron todos los esfuerzos de Pizarro para ganarse un hombre tan celoso de su deber, y al fin se decidió á no admitir mas árbitro que su espada.

El virey se le opuso con sus tropas, y en los momentos de empeñarse la batalla, abandonaron todos á Pizarro y quedó este á merced de Gasca. Al dia siguiente le hizo decapitar, lo mismo que á algunos cabecillas, si bien mostró gran generosidad con una gran parte de los revoltosos.

Despues de afirmar la autoridad real y hacer mucho en bien del país, volvió Gasca á España, llevándose consigo el amor y aprecio de todos los buenos, y la satisfaccion de haber pacificado el país revuelto por aquellos ambiciosos.

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE LAS COSTAS DEL NORTE DEL CONTINENTE SUR.

EL primero de Agosto de 1498, Colon, en su tercer viaje, navegando mas hácia el S. que en los anteriores, y despues de descubrir la isla que llamó de la *Trinidad*, siguió las costas del continente teniéndolas por las de una isla de gran extension; pero pasando por el estrecho que forma aquella con el islote del *Gallo*, las impetuosas corrientes que se oponian á su paso, le hicieron sospechar que aquel rio (*Orinoco*), que se lanzaba con tanta violencia en el mar sin confundir sus aguas, debia recorrer un territorio mas extenso que una isla.

Por los indigenas supo que aquella tierra se llamaba *Paria*, y á la pregunta que les hizo de las regiones donde existia el oro, respondieron ellos señalando las comarcas que demoraba al O. Navegó entónces en esta direccion visitando muchas islas, á todas las cuales puso nombre; pero impaciente por volver á la Española, donde temia que hubiesen nacido nuevos disturbios, no se detuvo mucho tiempo en estos territorios.

El 30 de Agosto llegó á *Ozama*, en la Española, y ya hemos visto los desórdenes que habian ocurrido en esta colonia durante el tiempo de su ausencia.

Envió Colon á España cartas geográficas con descripción de las regiones descubiertas, y á *Alonso de Ojeda*, que se hallaba á la sazón en Castilla, se dió permiso de equipar cuatro bajeles con destino á ellas. Levó anclas en el *Puerto de Santa Maria* el 20 de Mayo del 1499.

Acompañábale en esta expedicion un marino natural de Florencia llamado *Américo Vespucio*, hábil en delinear cartas geográficas y marinas.

Despues de tocar en *las Canarias*, llegó Ojeda á las costas del continente, navegando mas de 200 leguas á lo largo de ellas, hasta el puerto que hoy se llama *Chichirivichi*. Aqui le hicieron los indios una vigorosa resistencia al desembarco, y tuvo que trasladarse al *Puerto de la Vela* de donde pasó despues á la isla de *Curazao* que llamó de los *Gigantes*, porque los naturales le informaron que existian en ella hombres y mujeres de estatura colosal.

Dirigiéndose de allí á un promontorio que no estaba muy léjos, vió una poblacion compuesta de casas costruidas sobre estacas clavadas en el agua, y los españoles, recordando á Venecia, dieron á aquel mar el nombre de *golfo de Venecia*, que despues se cambió en el de *Venezuela*, con el cual hoy se conoce todo el territorio que los naturales denominaban *Coquibacoa*.

Siguiendo la costa entró en el hermoso lago que llamó de *San Bartolomé*, y que hoy conocemos con el nombre de *Laguna de Maracaibo*. Sin detenerse mucho tiempo en este punto, siguió la costa hasta llegar al cabo de la Vela, de donde dirigió rumbo á la Española, llegando á ella el 5 de Setiembre de 1499. De allí se hizo á la vela para España.

Américo Vespucio publicó á su llegada una relacion del viaje de las tierras descubiertas, y como estaba llena de aventuras y sucesos extraordinarios, tuvo tal circulacion en Europa, que empezó á darse á todo el continente el

nombre del marino que describía los viajes hechos por sus costas.

En su cuarto viaje descubrió Colon todo el litoral del continente desde el cabo *Gracias à Dios* hasta *Portobelo*. Desembarcó y aun penetró en el territorio con la idea de encontrar un paso que le condujese á las costas de un océano desconocido.

Aquí fundó el establecimiento de *Veragua* que al año siguiente encargó á su hermano el Adelantado Don Bartolomé Colon; pero hostigado este por los indios, tuvo al fin que abandonar la tierra y retirarse á la Española con sus buques.

Poco despues de haber partido Ojeda de España, los pilotos *Per Alonso Niño* y *Cristóbal Guerra* salieron con una carabela que conducia treinta y tres hombres, y tomando el mismo rumbo que habia seguido el Almirante en su último viaje, desembarcaron en la provincia de Paria y en varios territorios que Ojeda no habia reconocido: allí estuvieron cambiando sus bujerías por varias perlas, pues el oro era muy escaso y el poco que encontraron de muy mala calidad. Mas como los indígenas le dijese que lo habia á seis soles de distancia, dirijieron el rumbo hácia el O. hasta llegar á una bahía que llamaron *puerto Cabello*, por ser sus aguas tan mansas que no tuvieron necesidad de emplear amarras para los buques.

De allí pasaron á Chichirivichí, donde los naturales, irritados por lo que ya les habia sucedido con Ojeda, se opusieron á su desembarco obligándolos á refugiarse en la isla de *Curiana*. Satisfechos con las muchas perlas que habian recogido, determinaron volverse á España en Agosto de 1500.

Vicente Yañez que habia acompañado á Colon en su primer viaje y su sobrino *Arias Perez* recorrieron tambien las costas del continente hasta el golfo de Paria; pero en ninguno de estos puntos fundaron establecimientos ni colonias.

La mas famosa de todas las expediciones fué la que salió al mando de *Rodrigo de Bastidas*. Viendo que los otros

navengantes solo habian llegado hasta el cabo de la Vela, se propuso reconocer todos los territorios que demoraban al O. de este punto. Entró en las bocas del *Magdalena*, visitó varios puertos, y terminó sus descubrimientos en la bahía de *Nombre de Dios*, donde por opuesto camino habia Colon dado fin á los suyos.

En 1508, la corte de España confirió á Ojeda el gobierno de la parte comprendida entre el cabo de la Vela y el *golfo de Urabí*, y á *Diego de Nicuesa* el de la que sigue hasta el cabo de *Gracias á Dios*. La primera se llamó *Nueva Andalucía*, y la segunda, por sus riquezas, *Castilla de Oro*.

Ojeda fué derrotado en el combate de *Turbaco* en el que murió su segundo *Juan de la Cosa*; pero con el auxilio que le envió *Nicuesa* pudo al fin vencer á aquellos indios.

Estas expediciones, sin embargo, no tuvieron grandes resultados, y con los pocos aventureros que escaparon de la venganza de los indios se formó una colonia en Darien al mando de *Vasco Núñez de Balboa*.

Ya hemos visto cómo este, en 25 de Setiembre de 1513, descubrió el océano Pacifico.

Durante su ausencia habia llegado á Darien una poderosa expedicion de 1500 hombres al mando de *Pedrarias Dávila*, que vino de España acompañado de personas de alto rango, entre ellas *Fray Juan de Quevedo* que fué el primer obispo de *Tierra firme*.

Carecia *Pedrarias* de las dotes indispensables para llevar á cabo las sabias instrucciones del *Consejo de Indias*, y bien pronto se enagenó los ánimos de sus subalternos, sobre todo despues de la injusta sentencia de muerte que pronunció contra *Vasco Núñez de Balboa*. Le acusaron en la Corte y se ordenó su *residencia*: pero por el influjo de sus amigos se vió al fin absuelto de todos los cargos que le hacian.

Vuelto á Darien determinó establecer una colonia sobre el Pacifico y trasladándose á sus costas fundó á *Panamá* en 1518.

De este punto salieron varias expediciones por los años de 1522 y 1525. Por el N., Rodrigo de Bastidas fundó á *Santa Marta* (1525), y *Pedro de Heredia* á Cartagena (1533). Este prosiguió la conquista de la provincia, venciendo á algunas tribus indias, recibiendo la voluntaria sumision de otras, y fué uno de los conquistadores de mas mérito que vinieron á colonizar y gobernar estos países.

Grandes esfuerzos se hicieron para conquistarlos, hasta la expedicion que condujo *Don Pedro Fernández de Lugo*. Organizó este una que puso al mando de *Gonzalo Jiménez de Quesada* (1536), quien despues de sufrir mil penalidades y ejecutar hechos á cual mas heróicos, llegó á fundar en 1538, la ciudad de *Santa Fé*, hoy *Bogotá*. Natural de Granada en España, y hallando en la sábana de Bogotá gran semejanza con la campiña de su patria, dió á la comarca el nombre de *Nueva Granada*, que aun conserva.

Sabiendo que en el territorio de *Neiva* se encontraba mucho oro se dirigió á él; pero tales calamidades hubo de sufrir que salió del país dándole el nombre de *Valle de la Tristura*. Derrotó á los indios *Panches*, y sometió al fin toda aquella comarca.

Por este tiempo *Sebastian de Benalcázar* habia salido de Quito con una expedicion para estas regiones, y á pesar de Pizarro que envió contra él á *Lorenzo de Aldana*, siguió su marcha victorioso, destruyendo á los indios que se le oponian al paso, y castigando á los españoles que le disputaban su autoridad.

La Córte de España habia dado permiso para colonizar la provincia de Venezuela á unos comerciantes alemanes llamados los *Welzáres*, y estos habian celebrado un convenio con *Antonio Alfinjer* y *Jorge Espira* para la conquista y colonizacion de los países situados al S. de los ya descubiertos.

Alfinjer, despues de una expedicion en que recogió bastante oro, fué muerto en un combate con los indígenas, á quienes habia tratado con la mayor crueldad. Su teniente

Juan de San Martín, que le sucedió en el mando, se volvió á *Coro* sin obtener mejores resultados que su antecesor.

Jorge de Espira, que habia salido despues de *Alfínger* con cuatrocientos hombres, tuvo que sufrir en sus viajes tantas calamidades, que determinó volverse al punto de donde habia salido, con sus tropas diezmadas por el hambre y por las armas de los indios.

Su segundo *Frederman* quiso continuar por cuenta propia los descubrimientos, y despues de sufrir todo linaje de males, logró atravesar las cimas de *Pascote* y los páramos de *Sumapaz*, hasta llegar á *Pasca* despues de mas de tres años de peregrinacion.

De allí se dirigió á Santa Fé cuando justamente llegaba á esta ciudad *Sebastian de Benalcázar* con la espedicion que habia salido de *Quito*. Creíanse los tres conquistadores con igual derecho á aquellos territorios, y tal vez hubieran venido á las manos si los eclesiásticos no les aconsejaron que fueran los tres á la corte á hacer valer ante ella sus derechos.

Partieron con este objeto, pero al llegar á España se encontraron que el rey habia concedido el gobierno de aquellas comarcas al Adelantado *Don Luis Fernández de Lugo*. *Benalcázar* tuvo que conformarse con el gobierno de *Popayan*: negaronse sus derechos á *Quesada*, y *Frederman* volvió al Nuevo Mundo en busca de nuevas aventuras y mejor fortuna.

Estos fueron los principales conquistadores de los territorios que hoy forman las repúblicas de *Nueva Granada* y *Venezuela*.



DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE LOS TERRITORIOS
DEL RIO DE LA PLATA.

EN 1516, *Juan de Solis*, Gran Piloto de Castilla, salió de España para continuar los descubrimientos de *Vicente Yáñez Pinzon* en el *Brasil*. Despues de descubrir el rio *Janeiro* siguió la costa hasta encontrar una espaciosa bahía donde desembocaba un ancho rio; pero no quiso seguir mas adelante por temor de las rocas y escollos con que tropezaba á cada paso.

Antes de volverse con sus buques para ir á dar cuenta de sus descubrimientos, se embarcó en un bote con objeto de acercarse á la costa, desde donde los habitantes, ofreciendole presentes, parecian convidarle á saltar en tierra. Acompañado de unos pocos y sin tomar ningunas precauciones, desembarcó en las orillas del rio, y se fué en pós de lo salvajes que á medida que él se les acercaba se iban retirando á la espesura de sus selvas.

Allí le mataron á flechazos, y cuentan algunos historiadores que, encendiendo un gran fuego, le asaron y comieron á la vista de los que habian quedado, esperándolo en el bote.

El 1° de abril de 1526, el veneciano *Sebastian Gaboto* ó *Cabot* visitó esta bahía descubierta por Solis, y construyendo un fuerte dejó allí una parte de sus seiscientos hombres, enviando otra al mando del Capitan *Juan Alvarez Ramon* á navegar por el rio *Uruguay* y reconocer todo el territorio.

Gaboto, por su parte, llegó hasta la confluencia de los rios *Paraguay* y *Parana*, y siguiendo el curso de este último, tuvo que vencer á los indios *Agaces* que con trescientas canoas se oponian á sus buques. Esta victoria le valió la amistad y alianza de lo *Guaranies*, enemigos de los *Agaces*, y con su auxilio pudo internarse tierra adentro recogiendo en ella tanta plata, que se dió desde entónces á aquel rio el nombre de este metal.

Gabot se dirigió á España, dejando en el fuerte del *Espiritu Santo* algunas tropas al mando de *Nuño de Lara*. Esta guarnicion pereció en poco tiempo por sus continuas luchas con los indios y con los Portugueses que tenian establecimientos muy cerca de aquel punto.

Entónces quiso la Córte de España establecer colonias en el Rio de la Plata, y Cárlos V. nombró á *Don Pedro de Mendoza* Adelantado y Capitan General de todas las tierras que descubriera hasta el mar del S.

El 1° de Setiembre salió este de Sevilla con catorce navíos que conducian una colonia de mil doscientos individuos, gente toda de rango y de nobleza.

Tocando en las *Canarias* y en las islas del *Cabo Verde*, llegaron al fin á la costas del Brasil.

De aquí partieron en demanda de las de la Plata, y despues de visitar varios puntos de ella, llegaron á un pueblo situado en las bocas de aquel rio, cuyos habitantes corrieron á refugiarse en los bosques al ver que los extranjeros desembarcaban en sus costas.

Mendoza pasó á la otra parte del rio y puso los cimientos de una ciudad que llamó *Buenos Aires*, por lo saludables que eran los que allí corrian.

Habiéndosele acabado los viveres, se vió Mendoza obligado á enviar algunos de sus soldados al interior para hacerse de ellos; pero los indios le oponian tantos estorbos que tuvo que mandar á su hermano con tropas para castigarlos.

Los salvajes en gran número le presentaron batalla, y aunque murieron muchos de ellos, los españoles tambien experimentaron grandes pérdidas, y entre ellas la de *Don Diego de Mendoza*, hermano del General. Una de las armas que usaban aquellos indios eran bolas de piedra atadas a un cordel muy largo que lanzaban á las piernas de los caballos para derribarlos por tierra.

Entre tanto los españoles sufrían todos los horrores del hambre, viendose obligados á alimentarse de los mas in-

mundos animalejos, despues de haber consumido hasta los cueros de sus cabalgaduras.

Aprovechándose los indios del triste estado en que se hallaban sus enemigos, embistieron la ciudad, y por medio de flechas que llevaban en sus extremos materias combustibles, quemaron las casas y además los cuatro navíos que estaban anclados á un cuarto de legua de la ciudad.

Ya de los dos mil quinientos colonos que habian salido de España solo quedaban unos doscientos cincuenta.

Mendoza, dejando una guarnicion en la plaza, se embarcó con cuatrocientos hombres para navegar rio arriba y descubrir las comarcas de sus márgenes.

A los dos meses de viaje se encontró con un pueblo de indios donde fué bien acogido, y allí estuvo cuatro años hasta que volvió á Buenos Aires con objeto de embarcarse para España.

Dejando por Capitan General de la colonia á *Juan de Ayolas*, se hizo á la vela, y murió en el viaje.

En 1537 el Rey mandó una expedicion de 200 colonos al mando de *Alfonso Cabrera* que llegó á Buenos-Aires en el año 1539.

Allí encontró á los ciento sesenta que habia dejado Mendoza al mando de Ayolas, y con tan buen refuerzo pudo este embarcarse en los bergantines y seguir rio arriba hasta uno llamado *Parabol* (Paraguay), en el que estuvieron algun tiempo cambiando baratijas que llevaban con los víveres de que estaban muy escasos.

Despues desembarcó en otros varios puntos, donde le recibian algunos indios amistosamente y otros haciéndole una tenaz guerra, hasta que llegaron á una ciudad (*Lampere*) cuyos moradores los esperaban con las armas en las manos. Despues de una vigorosa resistencia tuvieron que rendirse los sitiados, y como este hecho se verificó en el dia de la *Asuncion* del año 1539, dieron este nombre á la ciudad.

Siguieron despues el rio Parabol y con la ayuda de los indios *Carios* devastaron el país que habitaban los *Aigiais*.

Halagado por todas estas ventajas, el Capitan Ayolas salió de la Asuncion con trescientos soldados, y despues de navegar muchos dias, llegó á un pueblo donde oyó hablar de algunas remotas comarcas muy ricas de vegetacion y abundantes en oro y animales: pidióle guias para entrar en ellas, y cuando los indios le tuvieron en los bosques, se lanzaron de improviso sobre él y sus soldados dando muerte á todos.

Á la noticia del desastre de Ayolas, los Españoles eligieron por jefe á *Domingo Martínez de Irala*. Recorrió este todos los territorios bañados por el Parabol y el Parana, y dejando á *Antonio de Mendoza* en el fuerte *Corpus-Christi*, situado en las comarcas pertenecientes á los indios *Timbues*, se volvió á Buenos Aires.

Los Timbues hostigaban continuamente aquella guarnicion, y en una emboscada murieron quinientos españoles y entre ellos el capitan Mendoza, teniendo el resto que abandonar el fuerte y volverse á Buenos Aires.

Hacia esta época llegó de España con cuatro naves que conducian cuatrocientos hombres *Alvar Nuñez Cabeza de Vaca*, nombrado por el rey Adelantado y Capitan General de la colonia. Sin tratar este de disputar á Irala la autoridad que ejercia en esta, alcanzó grandes ventajas sobre los indios, muchas de cuyas tribus se le sometieron voluntariamente.

La mayor parte de los descubrimientos hechos en su tiempo se debieron á los capitanes *Gonzalo de Mendoza* y *Hernando de Ribera*. Vuelto este de una espedicion en que habia recogido gran botin, y como quisiese el Adelantado privarle de una buena parte de él, se amotinaron las tropas que mandaba, y al fin se vió obligado el General á abandonar sus pretensiones.

Esta debilidad le hizo objeto del desprecio de sus soldados, y acusandosele de haber dado injusta muerte á los habitantes de la isla de *Suracuisis*, le prendieron y enviaron en un buque á España, nombrando en su lugar á Domingo de Irala.

Manifestóse bien pronto el descontento entre los partidarios

de este y su rival, y aprovechándose de la discordia, los indios *Carios* se alzaron contra los españoles, que al fin pudieron reducirlos á la obediencia con el auxilio que les prestaron otras tribus salvajes.

Despues de derrotarlos completamente, volvió Irala á la Asuncion, donde estuvo dos años esperando en vano que llegase algun navío de España: determinó entónces internarse en los territorios en busca de oro y plata, y subió el Parabol hasta unas noventa y dos leguas de Asuncion, dejando en este punto á cincuenta españoles al mando de *Francisco de Mendoza* con provisiones para dos años.

Despues de recorrer Irala trescientas setenta y dos leguas de una extensísima comarca poblada por varias tribus, llegó á un pueblo donde salieron á recibirle algunos indios que hablaban la lengua castellana. Por ellos supo que aquellos territorios eran los límites del vireinato del Perú; y al poco tiempo recibió cartas del virey *Don Pedro de la Gasca* que le mandaba, en nombre del rey y so pena de la vida, que no pasara mas adelante, sino esperase sus órdenes en el pueblo de los *Machea*. Ya hemos visto en la historia del Perú que este país estaba revuelto por Pizarro, y temia el virey que los recién llegados vinieran á aumentar el número de los parciales de aquel rebelde.

Irala envió mensajeros á Lima donde estaba Gasca; pero este no quiso de ningun modo recibirle, reiterándole la órden de abandonar el territorio.

Finalmente, despues de un viaje de año y medio, volvió Irala al punto de donde habia salido, donde durante el tiempo de su ausencia habian nacido discordias de alguna consideracion.

El capitan *Diego de Abreu* ó *Abrego* se habia alzado contra Mendoza, y habiéndole hecho prisionero, le hizo dar muerte. Sabiendo que Irala se acercaba á la Asuncion, reunió sus tropas para recibirle como á un enemigo. Sitió aquel la plaza y la puso en tal aprieto, que Abreu se vió obligado á abandonarla y retirarse con los suyos al interior,

desde donde pensaba continuar la guerra. Por espacio de dos años estuvieron luchando estos dos partidos, hasta que al fin se avinieron é hicieron paces. Asesinado Abreu poco despues, *Ruiz Diaz Melgarejo* se propuso vengar su muerte, y por algun tiempo estuvieron los españoles luchando los unos con los otros. No obstante, los sucesores de Irala continuaron las conquistas de los paises que este habia descubierto, y merece mencion particular entre ellos *Don Juan Nuñez de Prado* que sometió las tribus que poblaban el territorio conocido bajo el nombre de *Tucuman*.

Estos son los hechos principales del descubrimiento y conquista de los territorios que formaron el Virreinato de la Plata, y que constituyen hoy las provincias de la República Argentina y del Paraguay.



SEGUNDA PARTE

MÁXIMAS ÚTILES DE MORAL.

I.

TEME á Dios, honra á tu padre y madre, respeta á los amigos, y la religion cristiana añade: perdona á los enemigos. El que pone en disputa, si es necesario respetar á Dios y honrar á los padres, mas necesita de castigo que de instruccion. Demasiado viva y sensible es la voz de la naturaleza sobre estas obligaciones, para poder dudar sériamente sobre ellas.

II.

Jóvenes, aprended á respetar á los ancianos como á vuestros padres, y cederles el lugar en todas las ocasiones. La antigüedad profana reputaba por reo á un jóven que no se levantaba cuando llegaba un anciano á su presencia. ¡Qué apreciable sería ver renacer estas costumbres antiguas!

III.

Si alguna vez cayeres en la tentacion de contradecir y porfiar con algun anciano, acuérdate de aquel antiguo adagio que dice: *Buey cansado asienta firme el paso:* y otro que dice: *La raposa vieja no cae en la trampa.*

IV.

No huyas la compañía de los ancianos: su presencia te acostumbrará á ser circunspecto en tus palabras: y su prudencia á corregir las faltas que ocasione tu poca experiencia. La experiencia les da luces que tu juventud aun no puede suministrarte.

V.

Portáos en todas vuestras acciones como si las hiciéseis á vista de muchos testigos; y en cualquiera cosa que hagais, tened presente la muerte. Dios está cerca de vosotros y con vosotros. Sí, Lucilo, el sagrado espíritu está en nosotros para ser nuestro conservador y testigo de nuestras buenas ó malas acciones: nos trata como le tratamos: conténgaos, pues, su presencia en cualquiera ocasion que os halláreis en tentacion de cometer algun delito. Bien podeis ocultar á los ojos de los hombre vuestros excesos; pero no podréis ocultarlos de la vista de Dios, que os conoce mejor que vos mismo os conoceis.

VI.

Hombre jóven, procura enriquecer tu entendimiento con útiles conocimientos, para gozar en tu vejez tan apreciable tesoro. Aprende en el estudio de la sabiduría el fin que te debes proponer, y haz provision de virtudes, que te ayuden á pasar con dulzura los tristes años de tu senectud: una vejez tranquila y agradable es el fruto de una vida pasada en paz, pureza y laudables ocupaciones. A un jóven que se abandona á sus pasiones, le espera, si vive largos años, una vejez triste y llena de amargura.

VII.

Hijo mio, ahora que aun se conserva puro tu corazon, lléuale de buenos sentimientos, trata con hombres buenos,

Un vaso conserva por mucho tiempo el olor del primer licor que se echó en él. Las primeras impresiones son de mas larga duracion: motivo porque los sabios tiemblan al considerar la mala educacion que se da á los hijos en el siglo presente.

VIII.

Tened por regla inviolable de vuestra conducta el no hacer cosa alguna que ofenda vuestra conciencia, y de que os podais avergonzar. Estad persuadidos que el mayor de los males es preferir la vida á la virtud, y perder por mucho apego á la vida, aquella que sola puede hacernos felices. El primer delito es el que mas cuesta: pero salvadas una vez las murallas que hasta entónces habia mirado con respeto el pudor, ya no se guardan límites para seguir los excesos: ¿me daréis un hombre que se haya satisfecho con un solo delito?

IX.

¡Cuántos, repasando los años que pasaron en una vida libertina, han dicho, y dicen con amargura de su corazon: ¡Ah, que no pensásemos allá en nuestra juventud como pensamos ahora! ¿Es posible que ya no puedan volver aquellos primeros años al presente, en que hemos mudado de sentimientos? ¡Pesares ciertamente muy sólidos, pero muy tardíos! Prevenidlos, hijos míos, por una sabia conducta, por la mas grande docilidad, por la mas escrupulosa atencion á las instrucciones de vuestros maestros. Los antiguos querian que sus hijos mirasen con tanta veneracion á sus directores y ayos, como á su mismo padre, y pensaban con juicio. Un preceptor puede decir, y con razon, al padre de su discípulo: vos sois su padre por naturaleza, y yo por mis lecciones: vos habeis hecho un hombre, y yo he formado un ciudadano.

X.

No os dejéis arrastrar de la pasión en palabras ni obras: dejad enfriar los primeros ardores, detened el primer ímpetu. Rara vez se hacen bien las cosas obrando precipitadamente, y muchas veces mal: mas puede el tiempo, dice un autoi con su muleta, que Hércules con su maza.

XI.

Hacéos señor de vuestras pasiones, si no quereis que os tiranicen; dáos prisa á encadenarlas, para reprimir su impetuoso ardimiento. Haced la resistencia al mal en su principio. porque llega tarde el remedio cuando la enfermedad está ya muy adelantada. Es mas fácil vencer la primera debilidad, que desarraigar un hábito vicioso. Si por desgracia caeis en alguna falta, no tardeis en corregirla: los extravíos de la juventud nunca suelen ser demasiado breves.

XII.

Un jóven que oculta sus faltas á su director, es imprudente, pues se priva de los sabios consejos que le daría para su enmienda. Es un enfermo que no quiere sanar.

XIII.

Huir el vicio, es ya una especie de virtud: no hacer locuras, es empezar á ser sabio; pero no basta no hacer el mal, es necesario obrar bien:

XIV.

Arrepentirse del pecado, es casi ser inocente. No está muy léjos del camino de la virtud, el que se arrepiente de haberle dejado. Haced un esfuerzo para ser bueno. Una obra bien empezada, está ya medio hecha. El que dilata el vivir bien, se parece á aquel rústico que, encontrando en su viaje un rio, cae en la simpleza de esperar á que corra toda el agua para pasarle.

XV.

Nunca es fuera de tiempo volver á las buenas costumbres, mas vale tarde que nunca. Cuando un libertino deja sus desvarios, para caminar por las sendas de la virtud, puede decir con un antiguo: he pasado mis años estériles de buenas obras; hoy es el primer día de mi vida: hoy empiezo á vivir. En efecto, la disolucion de costumbres es un estado de muerte; es el sepulcro de la razon, que se halla sofocada con el tumulto de las pasiones.

XVI.

A cuantas personas criadas en la virtud se les podria decir: habeis empezado mejor que acabais: vuestros últimos años en nada se parecen á los primeros: la primavera de vuestra vida y el otoño no se corresponden. Poco importa empezar bien; el punto está en acabar bien: al fin de la carrera se consigue la corona.

XVII.

Ningun hombre se hace malvado de repente: así el vicio como la virtud tienen sus grados: unas faltas ligeras despreciadas, inducen á otras mayores, estas ocasionan otras mas considerables; y el corazon con esta repeticion de excesos se endurece, y por fin llega á beber como agua la iniquidad: y lo que regularmente sucede, es venir á parar el malvado en una muerte trágica.

XVIII.

De poco sirve domar una pasion, dejándose tiranizar de las demás; no está sano y bueno el que padece alguna enfermedad que necesita curacion: debe el hombre trabajar por sujetar todas las pasiones al yugo de la virtud.

XIX.

El que medita un delito, se hace tan culpable como si ya

le hubiese cometido. No basta para ser bueno no hacer mal, es preciso no tener voluntad de hacerle. El temor puede detener la mano del malhechor, pero solo á la virtud pertenece detener la voluntad, y prohibirla hasta los menores deseos; y esto es lo que nos hace puros á los ojos de Dios, que registra nuestro corazon, y nos juzga por él.

XX.

El primer castigo del delincuente es el no poder justificarse á sí mismo en lo interior de su conciencia, aun cuando se vea absuelto por todos los hombres. ¿Y qué mayor suplicio ni tormento, que llevar dia y noche en su corazon un interior testigo de su delito? y por esto el hombre malo jamás puede ser feliz, porque siempre es él mismo su primer y mas cruel verdugo.

XXI.

Ni mas ni ménos; dicho célebre entre los antiguos; todas las cosas tienen ciertos límites, de los que no se debe salir, sino apartándose del camino derecho. La virtud consiste en un medio igualmente distante de los dos extremos en que se halla el vicio. La virtud deja de serlo, cuando toca en algun extremo.

XXII.

Es propiedad del necio no conocer el medio en las cosas; huye de un vicio, y se precipita en el opuesto. Temeroso Cleando de ser avariento, se hace pródigo. Damon, por no parecer supersticioso, hace ostentacion de incrédulo.

XXIII.

Conozco el bien, y lo apruebo, aun cuando cometo el mal: no es pues la virtud una quimera, en todas partes tiene su aprecio y estimacion: todos la respetamos aun en medio de nuestros desórdenes. Por mas que el impío la ultraje, la rinde

homenaje á pesar suyo cuando toma su capa para cubrirse, como el vicio toma prestados sus colores para agradar.

XXIV.

La verdadera virtud no busca otro teatro en qué lucir, que el de la propia conciencia: incapaz de exponerse á vergonzosos desprecios, brilla con su propia luz, que ninguna sombra puede oscurecer. El verdadero virtuoso no solicita el parecerlo; bástale el testimonio de su conciencia, y éste le recompensa abundantemente de los desprecios de los malos: por el contrario, el vicioso siempre vive descontento de sí mismo.

XXV.

Solo el amor de la virtud aparta al hombre honrado del vicio; al malo el temor del castigo; pero como esté seguro de que no se sabrá, caerá en los mayores excesos. El primero posee la realidad de la virtud; el segundo, solo las apariencias. El hombre verdaderamente virtuoso, lo es en todas partes, y con todo género de personas: el hipócrita es en todo diverso; su bondad, si así puede llamarse, depende de las circunstancias.

XXVI.

No hay, en mi dictámen, hombre que aprecie mas la virtud y la siga con mas curso, que el que por no hacer traicion á su conciencia, ha perdido la reputacion de hombre de bien. En ciertas sociedades y compañías no es fácil cumplir impunemente con sus obligaciones. Se estima, me dirá alguno, la virtud: es verdad, no por eso goza de mas conveniencia, ni tiene ménos enemigos el hombre virtuoso.

XXVII.

No debe el hombre buscarse fuera de sí mismo. Es preciso dejar que hablen los demás, y hacerse superior al *qué dirán*.

cumpliendo con su obligacion, y haciendo cada uno lo que debe. Miéntras el vicio tenga sectarios, que será siempre, tendrá censores la virtud.

XXVIII.

« Procura estudiar en conocerte á tí mismo: » oráculo bajado del cielo que debia grabarse en la memoria de todos, y en cuya meditacion se debia pensar mucho, especialmente cuando se trata de tomar estado. Es muy universal la curiosidad de saber cómo está formado el mundo, y son muy pocos los que tienen la curiosidad de averiguar y examinar cómo están ellos hechos; de esta omision nacen las innumerables faltas que se cometen en la eleccion de los diversos estados y profesiones.

XXIX.

No hay cosa mas fácil que formar proyectos; pero esto solo importa poco. La dificultad está en la ejecucion: esta es la grande obra y el trabajo. Antes de obrar es preciso deliberar mucho sobre la eleccion de los medios conducentes para conseguir el fin. Á poco que desconfieis de las propias luces, consultad con otro; porque se va á aventurar mucho cuando se quiere abundar en su proprio sentido: dos ojos ven mas que uno solo; y son intempestivas é inútiles las precauciones despues que ha sucedido el mal: es cerrar el redil despues que escapó el lobo. Mas acertado es prevenir con la prudencia ó consejo los sucesos fatales, que remediarlos despues de sucedidos. El mejor consejo, se dice comunmente, es la experiencia; en hora buena; ¿pero tienen todos esta experiencia? regularmente viene tarde.

XXX.

Algunas veces la demasiada prudencia es una visible imprudencia. Ninguna cosa precipita muchas veces mas en el peligro, que el demasiado cuidado en evitarle. La

deliberacion debe ser lenta, pero la ejecucion pronta. Si está hecha la resolucion, y están á la mano los medios para la ejecucion, no hay en qué pararse, manos á la obra, aprovechad los instantes de la fortuna: porque si se dejan pasar, no se vuelven á recoger tan facilmente: en la tardanza está el peligro.

XXXI.

Adonde fueres haz como vieres: en Roma como en Roma; y en otra cualquier parte como allí; es decir; el sabio se acomoda á vivir segun los usos y costumbres de cada país ó pueblo, sin vituperarlos, ni atraerse sobre sí los ojos del pueblo por la singularidad de su porte.

XXXII.

Nunca hables en bien ni en mal de tí mismo; porque la vanidad te hará despreciable, y la humildad afectada te hará sospechoso. Una buena accion contada por un extraño, te producirá alabanzas y aplausos: y referida por tí, pierde casi todo su mérito.

XXXIII.

No alabes tus ocupaciones, ni vituperes las de los otros: sigue tu gusto é inclinacion, y déjame á mí seguir el mio. Lucilo sólo estima á los literatos, y Cleon sólo hace aprecio de los militares: los dos se engañan; porque cada profesion tiene su mérito, y aunque por diferentes caminos, todas igualmente conccrren al bien de la sociedad.

ANÓNIMO.

PENSAMIENTOS Y AFORISMOS.

QUIERES penetrar la sociedad? — Véte á la soledad. — La soledad es el foco que permite mejor la vision.

Desde que se hacen comparaciones, jamás se ha hecho

una como esta: « los hipócritas son sepulturas blanqueadas. » Es nada ménos que de Jesucristo. Las de Alejandro Manzón son por el estilo.

Escribir es escoger, — hablar es dejar correr.

La vida, bogar bogar, y á la orilla ahogar.

La Religion, — verdadera piedra filosofal que hasta la escoria la convierte en oro, la desventura en alborozo. Sin ella no hay amor, y sin amor, es la tierra un yermo espantoso, no ya un valle de lágrimas, que es mil veces preferible, pues las lágrimas se enjugan y es bueno que se viertan.

Los males, así físicos como morales, verdaderos bienes que nos dispensa la Providencia; sin ellos no desplegaría el hombre toda su fuerza latente, y por lo mismo sería ménos virtuoso: así los males son favores especiales, privilegios apetecibles, pero que no deben apetecerse porque ya el apetito degenera en vanidad.

Nuestro siglo no es el de oro, sino el del oro,

El matrimonio sin hijos, — no sólo árbol sin fruto, sino terreno donde no pueden nacer ciertas plantas, ni medrar las cosas que en él viven. Pero nunca hay yermos ni esterilidades para las almas religiosas, en quienes el mal es gérmen de bienes inefables y sin cuento.

¿ Por qué se queja el hombre de la vida? — Engaños, desengaños; dolores, consuelos; que son placeres mas dulces que los de primera mano. ¿ No es esta la ley de naturaleza? Rosas y espinas, claro y oscuro. — De qué se queja, pues? Si se cierra una puerta suelen abrirse dos. Pero se quiere el placer, el placer y el placer siempre y doquiera, sin interrupcion, y el placer físico. ¿ Para qué? para tocar la saciedad y la enfermedad y la flojedad física y moral.

¿Cuál es la mayor de las alegrías? — La primera la

produce la vista del objeto amado, la segunda, el retorno de la salud (hablo en el orden moral y físico); tercera, el acabamiento de la obra; cuarta, el regreso á la patria. N. B. — El amor paternal ó maternal va incluso en la vista del objeto amado. El ganar una victoria por un general lo va en el número tres.

La doctrina del sacrificio es la madre de lo poco que somos. Dígalo el Gólgota.

Aunque son pocos los buenos *buenos*, no son tantos los malos como vulgarmente se cree. Esta creencia honra y deshonra á la humanidad. Hónrala, porque se funda en el amor y aprecio del bien grabado en nuestros corazones; deshónrala, porque vende á la legua la flaqueza de su razon ó el predominio de las pasiones.

La envidia no se pone en zancos (eso queda para su parienta la vanidad) para alcanzar ó exceder al árbol del mérito, sino que lo rebaja y lo corta: — todo en ella es negativo.

Así como nacen especies contra especies en el mundo físico, v. g., gatos contra ratones: — así nacen especies sociales, v. g., veraces contra hipócritas, — y hasta individuos. Quién carece de su antagonista natural?

Ayer. — « Mire usted, señora, que se desnucan esa cabra: » — « No es mia » me contestó la mujer. — Yo podía haberle replicado: « ni mia tampoco, y sin embargo he avisado á Vd. » pero hubiera sido echarle en cara que yo tenia alguna religion y ella ninguna. — Entre tanto el animalito se desenredó, y yo quedéme pensando sobre mi tema: la falta de religion en nuestra época hasta en las clases mas infimas, y en el género femenino, — que es lo mas lamentable. — A cada paso tambien se tropieza con la falta de amor entre los hombres, — *reunidos, no asociados — hombres, no hermanos!* Hasta cuándo, señor!

La criatura mas vana, y la que ménos debiera envanecerse:

el hombre! Siempre que hace algo grande se revela una fuerza extraordinaria que hay en él, y á las primeras de cambio el convencimiento de su nada y su fragilidad. -- Y en medio de todo el torbellino de las pasiones, de la grandeza, ó de la flaqueza, -- se levanta la razon á hacerlo sentir y conocer.

¡Admirable providencia! no mandar Dios grandes trabajos á las almas pequeñas!

La infancia gusta de oír la historia, la juventud de hacerla, la vejez de contarla. He aquí enlazadas las tres edades, armonizadas entre sí y con el mundo.

Nada mas contrario á la imparcialidad que la indiferencia. Por eso el amor y el odio hacen formar algunos juicios exactos.

Ríete, pero examina. -- El burlon siempre tiene su fondo de incrédulo; cuanto mas se sincere, ménos fiáte de él.

Mas se piensa en un dia de soledad que en ciento de sociedad.

El amor es la elevacion de todas nuestras potencias á la última potencia. -- Donde no hay amor, todo es dolor.

Es la mujer una barquilla que navega entre los escollos de la frivolidad y la exageracion, siendo solo la verdadera idea de su sér la estrella que puede llevarla á salvamento.

Guarda en lo mas profundo de tu pecho, como en preciosa redoma, el talisman con que has de conjurar las tempestades de la vida: -- tu inocencia.

El cielo quisiera yo por ambiente para nuestras bellas, mas ya que es tan deletéreo el aire que respiran, enseñémoslas por lo ménos á sanearlo y purificarlo. El mundo es un libro que se lee á pedazos, pero es menester encuadernarlo, quemándole ántes algunas hojas, y poniéndole otras en limpio.

El trabajo es la roca en que se asienta la *proptedad*.

Buscar el remedio de los males que afligen al cuerpo social fuera de la familia y de la propiedad, es matar al enfermo para curarle.

La Religion es el alma del Alma; así que incluye se sobrepone á todos los principios internos y externos de moralidad, pero todos ellos juntos no la pueden incluir ni reemplazar.

Hay una fuerza motriz mas prodigiosa que el vapor y la electricidad — la voluntad; pero ni esta ni otra alguna puede hacer milagros sin la concentracion y el aislamiento.

Espinoso apostolado es la enseñanza; que no hay ápostol sin sentir la fuerza de la verdad y el impulso de proparla.

¡Ay de la juventud si no siente el estudio como una religion!

Las ciencias son rios que nos llevan al mar insondable de la Divinidad.

Sembremos *fè*, y brotarán á raudales la esperanza y la caridad.

Es la verdad fuego tan tenaz, que por mas que se empeñen en ahogarla tanto mas se enciende y mas terreno gana.

Instruir puede cualquiera; educar, solo quien sea un evangelio vivo.

Antes quisiera yo ver desplomarse los astros todos del firmamento que ver caer del pecho humano el sentimiento de la justicia, sol del mundo moral.

JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO (*Cuba*).



LA IMPIEDAD ES CAUSA DEL DESCONTENTO INDIVIDUAL Y SOCIAL.

PASAN los tiempos, y con ellos los hombres, mas la verdad inmóvil observa los giros de su mísera carrera hasta verlos precipitarse con pasos vacilantes en el abismo de la eternidad, dejando signos indelebles de que solo convinieron en la impotencia. Sí... No hay duda... La voz unisona de los sepulcros eleva al cielo la triste confesion de la flaqueza humana, y las bóvedas celestes arrojan sobre los mortales el eco aterrador que los detiene y enerva en sus locas empresas é infaustas ilusiones. Este aviso de la Divinidad fija nuestra atencion en un mundo subterráneo donde yacen los ídolos del amor, los objetos del odio, los despojos del guerrero y las cenizas del sabio, las víctimas del poder inicuo y los mismos poderosos, que todos, sí, todos en perpetua calma advierten á los ilusos que sobre ellos caminan, que la verdad está en lo alto, es una é inmutable, santa y poderosa. origen de la paz, y fuente del consuelo, que habita en el seno del Sér sin principio, y causa de los seres.

Así pensaba yo, mi caro Elpidio, en unos terribles momentos, en que mi espíritu, angustiado por la memoria de los que fueron y no son, meditaba sobre la historia lamentable de los errores humanos, de los funestos efectos de pasiones desenfrenadas, de los sufrimientos de la virtud siempre perseguida, y de los triunfos del vicio siempre entronizado. Recorriendo al través de los siglos los anales de los pueblos, el orbe nos presenta un inmenso campo de horror y de exterminio, donde el tiempo ha dejado algunos monumentos para testimonio eterno de su poder asolador, y humillacion de los soberbios mortales. Mas entre tantas ruinas espantosas se descubren varios puntos brillantísimos, que jamás oscurecieron las sombras de la muerte; véñse, querido Elpidio, los sepulcros de los justos, que encierran las reliquias de aquellos templos de sus almas puras, que

volaron al centro de la verdad, cuyo amor fué su norma, y por cuyo influjo vivieron siempre unidos y tranquilos. Sobre las losas que cubren estos sagrarios de la virtud, resuelven sus imitadores el gran problema de la felicidad, y arrojan miradas de compasion sobre los que, fascinados por miseras pasiones, corren tras sombras falaces, y burlados se dividen, divididos se odian, y odiados se destruyen.

Por qué, me decia yo á mí mismo, por qué unas ideas tan claras, y unos ejemplos tan nobles no atraen á todos los hombres hácia el verdadero objeto del amor justo? Por qué no siguen la majestuosa y palpable senda de la felicidad? Por qué esparcen la muerte los depositarios de la vida? por qué aborrecen los que nacieron para amar? por qué cubre la tristeza unos rostros en que debe brillar la alegría? Qué causas funestísimas convierten la sociedad de los hijos de un Dios de paz, en inmensas hordas de ministros del furor? Ah! mi amado Elpidio, estas interesantes preguntas hallaron muy pronto su respuesta. Véanse estampadas sobre las ruinas de tantos objetos apreciables, las huellas de tres horribles mónstruos que los derrocaron, y que aun corren por todas partes inmolando nuevas víctimas. Véanse la insensible impiedad, la sombría supersticion, y el cruel fanatismo que por diversos caminos van á un mismo fin, que es la destruccion del género humano.

Estos mónstruos han sido el constante objeto de mis observaciones, he procurado seguir sus pasos, observar sus asechanzas, notar sus efectos, y descubrir los medios que emplean para tantas atrocidades. Bien se echa de ver que estas tristísimas meditaciones deben haber llenado mi alma de amargura, y como la amistad es el bálsamo del desconsuelo y la comunicacion de ideas el alivio de las almas sensibles, permíteme que deposite en la tuya los sentimientos de la mia, y que en una serie de cartas te manifieste los resultados de mi investigacion. Ocupémonos por ahora de la Impiedad.

Si la experiencia no probara que hay impíos, no podria la razon probar que puede haberlos. Cuando la naturaleza

inspira el amor, y este va necesariamente hácia las perfecciones, con mas fuerza que el acero al vigoroso iman, ó que los cuerpos celestes hácia el centro de su circulacion; cómo puede dejar un Sér perfectísimo de atraer la voluntad humana, y por qué anomalía inexplicable puede esta convertir en objeto de odio el bien por esencia? Pero no, el supuesto es imposible, el hombre nunca odia al Sér supremo, si bien en su delirio procura disimular los sentimientos de su espíritu. He aquí una de las pruebas mas evidentes de que la impiedad es un mónstruo, puesto que sus operaciones contrarían la naturaleza, que puede ser desatendida pero jamás conquistada. Observa, mi amigo, que entre la multitud de los impíos hay varias clases, porque el error es el principio de la division, pero jamás se encuentra uno que, confesando la existencia del Sér infinito, y principio de toda bondad, pretenda odiarlo. Procuran unos cohonestar sus desvaríos negando que existe el mismo sér que siempre los ocupa, y cuyas perfecciones los acometen por todas partes, y en todos momentos; mas ellos pretenden desconocer su origen, por llevar á cabo unas ideas que jamás pudieron satisfacerlos; semejantes á un demente que por extraña manía no quisiese levantar los ojos de la tierra, y viéndola toda iluminada dijese « no existe el sol. » Confiesan otros que hay un sér supremo, pero quieren que reciba sus órdenes, que todo sea conforme á sus ideas, que todo halague sus pasiones, y concluyen por confesar un Dios que no es Dios, un infinito limitado, un Sér supremo sujeto al capricho de sus criaturas. Hay otros que obstinados en sus vicios confiesan que hay un Dios, y que ha dado una ley; mas movidos por una horrible desesperacion, no quieren obedecerle, y renuncian á su felicidad eterna.

Entremos en la consideracion del terrible estado del espíritu humano en los tres casos que acabamos de exponer, y veremos que la impiedad es mas una corrupcion que una ignorancia. Por mas que diga el impío que no sabe si hay Dios, es muy fácil descubrir que él no sabe que no le hay,

quedando de este modo convencido de que su asercion positiva de la *no existencia* del Sér supremo no es el resultado de un convencimiento. Tenemos pues que el ateismo no puede pasar de una duda, y que darle el carácter de una doctrina fundamental y norma de operacion en el mas importante de todos los negocios, no puede ser sino efecto de pasiones desarregladas. Considerémosle ahora en estado de mera duda, y verémos que es puramente negativa, puesto que se funda en la imposibilidad de percibir el objeto y no en su repugnancia. Es cierto que el impío afirma que repugna un sér sin principio, pero advirtamos que él tiene que admitir una materia eterna, ó un mundo que empezó á existir sin tener causa que lo produjese, ó que se dió la existencia á sí mismo ántes de existir; de modo que operaba sin existir, puesto que se supone que se dió la existencia, lo cual es una operacion infinita. ¿Puede haber algo mas repugnante que una materia eterna? Puede darse una ficcion mas ridícula que la de un sér operando ántes de existir? Solo un desvarío del entendimiento humano puede servir de excusa á tan repugnantes aserciones, pero jamás un sano juicio podrá abrugarlas. Queda pues desvanecida toda duda. El sér sin principio no repugna, puesto que el mismo impío que pretende probar su repugnancia admite una materia eterna, y publica con este aserto que no le convence su argumento, y que solo le mueve su pasion.

Dejemos pues á la miseria humana seguir su delirio, cúbrase de todos modos el horrendo cáncer que devora el corazon del impío, no pretendamos convencerle, él lo está para su tormento. Un mal corrido velo deja percibir los signos de la inquietud, y entre las ponderaciones de un profundo saber, se escapan algunas dudas, cual chispas de un volcan reprimido. Figúrate un orgulloso piloto que habiendo hecho gran ostentacion de su pericia, empieza á dudar de sus cálculos, y á temer la proximidad de un peligro cierto, que en vano pretende suponer imposible; mas por una obstinacion lamentable no quiere confesar su error, ántes da pábulo á una infundada esperanza, fruto de su

vanidad, y se entrega á la suerte, que ya por signos bien sensibles indica que ha decidido su ruina. Observalo confuso y pensativo, ora silencioso y triste, ora iracundo y arrojado, ya procurando disimular su agitacion, ya dando pruebas evidentes de ella: los libros no dicen lo que él quiere, y la naturaleza dice abiertamente lo contrario; el tiempo, juez inflexible, va muy pronto á dar su direccion, y los que le han confiado el precioso tesoro de sus vidas, empiezan á dudar unos, á temer otros, y muchos á decir abiertamente que los lleva á la muerte. Agitado por el temor y el remordimiento, procura separarse de todos esperando que una idea feliz, un acaso inesperado pueda sacarlo con honor de tanta empresa, y otras veces, no hallando en la soledad el consuelo, va á buscarle entre sus desgraciados compañeros á quienes procura alucinar de mil maneras. Sus preguntas le embarazan; sus miradas, cual penetrantes saetas penetran hasta su corazon; siéntese inclinado á abrirlo, para desahogar su pena, mas al momento se acusa de debilidad y precipitacion; hace un esfuerzo de despecho, que él llama de heroismo, y determina aparecer siempre sereno, sea cual fuere el lastimoso estado de su espíritu. ¿No es la imágen que acabo de presentarte la del hombre mas desgraciado sobre la tierra? Pues tal es la imágen del impío. Compárala con el original y te convencerás de su exactitud.

¿No ves con cuánto empeño procura obtener sufragios? Pues no es otro su objeto sino encontrar probabilidad en sus ideas, por su difusion. Reconoce su debilidad, y para callar las inquietudes que ella le causa, quiere convencerse á sí mismo, probando que es un recelo infundado, pues no es probable que muchos entendimientos perciban del mismo modo, sin que haya sólidas razones para esta unidad. No es por cierto el amor de sus semejantes el que le mueve con tanta constancia no, su fin es otro. Los hombres, segun los principios de la impiedad, no son mas que instrumentos, de que debemos servirnos sin cuidarnos mucho de ellos, y los impíos saben por su propia conciencia que los que se

les asemejan no pueden ser de alguna utilidad. Por otra parte, si todo termina con la vida, y la felicidad consiste en pasar contentos los pocos días que estamos sobre la tierra, porqué tanto empeño en convencer á los hombres del error de sus ideas? La felicidad en tal caso es un término relativo, y si el piadoso la encuentra en su piedad, por qué privarle de ella para que sea feliz? No es esta una contradicción palpable? Los hábitos llegan á formar parte de la naturaleza, y el impio conoce que es imposible, ó por lo ménos muy difícil, que los sentimientos religiosos nutridos desde la infancia no produzcan una terrible agitación en el alma de sus prosélitos, y que los golpes del remordimiento no pueden permitir que continúe la serenidad momentánea que pueda conseguirse á fuerza de capciosos argumentos y vanas reflexiones. No es pues la felicidad de los hombres el objeto de tantos esfuerzos.

¿Qué interés, me dirás, puede tener el impio en fingir que no cree? Por qué hemos de suponerle agitado por esos terribles remordimientos? Mas justo sería confesar que, dotado de un *espíritu fuerte*, ha vencido las preocupaciones que introdujo la ignorancia y confirmó la malicia. Ah! querido amigo, con estas y otras reflexiones semejantes han procurado alucinar á muchos, empezando por alucinarse á sí mismos. Bastaría responder que del mismo modo se disculpa el fanático, el supersticioso, y el hipócrita. Todos aseguran, y aun prueban, que su conducta solo les proporciona sufrimientos, pero ¿no es cierto que á veces se encuentra un interés en sufrir? ¿Esa misma victoria sobre las preocupaciones, ese mismo título de *espíritu fuerte*, esa superioridad sobre los demás hombres, no son un interés, y muy marcado? Sucede con los espíritus fuertes como con los duelistas, que van á batirse haciendo esfuerzos para contener el temblor, y afectan una serenidad de que carecen.

PEBRÓ D. FÉLIX VARELA (*Cuba*).

EL DOLOR.

Si solo hubiera dolores físicos para la humanidad, podría pensarse que por una ley fatal, luego que la materia adquiere esa organización que se llama vida, está condenada á una cadena interminable de miserias, y sería entónces preciso preferir la naturaleza inerte y muerta de la piedra á la perfecta existencia de los seres animados. Si solo hubiera dolores físicos, parecería que la naturaleza, impotente para que tornaran á la nada gastándose, deteriorándose y consumiéndose por el dolor. ¡Triste camino! Brotar de la nada, aspirar la plenitud de la vida para iría sintiendo decaer, languidecer, extinguirse como la llama que sucumbe azotada por los vientos. Si no hubiera mas que dolores físicos, podríamos exclamar entristecidos: « no hay mas vida que la materia. » Entónces ¡adios esperanza, adios risueñas ilusiones! No concibiendo mas fin que la nada, cuando el dolor nos agobiara, cuando no halláramos nada que lo calmara, el suicidio sería el único puerto que se presentara á un sér que quisiera abreviar el número de sus días miserables.

Pero hay dolores íntimos en que no toma parte la materia, dolores punzadores, terribles, que desgarran el corazón que martirizan la mente, que hieren esa facultad misteriosa de sentir que existe en nuestro ser. Dolores mas crueles que los puramente materiales; pero en cuyo mismo exceso de amargura hay un plácido consuelo. El dolor moral es la revelación elocuente de la existencia del alma, de su inmortalidad, de su grandeza, y enciende la esperanza sincera de una vida mejor, exenta de pesares y de sufrimientos.

El dolor físico cansa, destroza el cuerpo, le quita las fuerzas para sufrir. En las penas morales, aun en el fondo del abatimiento, lo mismo es que vislumbre la fé, que se siente nuevo brío en el ánimo para luchar con la adversidad,

para considerar como pasajeros los males de este mundo, y entregarse confiado á los dulces halagos de la esperanza. Recobrada una vez esta fuerza por el espíritu, vengan en buen hora todos los dolores; no nos vencerán, que se estrellarán contra el muro invencible de nuestra fé; venga la muerte misma, no nos hará temblar; la recibiremos sonriendo como el ángel que corta las ligaduras que nos sujetan á la prision de la materia!

Si nuestra mansion en la tierra no es mas que una rapida peregrinacion; si el dolor que nos hiere no es mas que una prueba de que el alma puede salir victoriosa, como el oro sale mas puro del fuego, ¿por qué inclinar abatida la frente, por qué decaer y gemir, y perder la fé cuando nos asaltan las penas en el mundo? Luchar con la adversidad, es un hermoso destino. En la desesperacion y en el abatimiento hay cobardía. ¡Ah! No solo son fugaces los placeres; lo son tambien los dolores; y al desprenderse las almas de este mundo, no llevan nada de sus miserias ni de sus martirios. Ánimo; pues, corta es la vida: no haya mas que ese llanto que desahoga el corazon; pero robustézcase el espíritu con la esperanza. Es tan breve la jornada, está tan próximo el término de la vida, que por lleno de abrojos y de espinas que encontremos el camino, podemos atravesarlo sereno, aguardando consuelo y reposo al tocar el lindero de dos mundos.

Cierto es que el dolor, acompañado de helados desengaños, marchita las ilusiones de ventura, desvanece como leves vapores los deliciosos ensueños que arrullan la mente en los primeros y brillantes dias de la juventud. Pero, ¿existe la ventura en la tierra? Si son mentira tan bellas ilusiones, y el alma, cuando palpa la realidad, aun suspira vagamente por una ventura mayor que la que ántes soñaba, esperémos encontrarla en otra parte, y pensemos que los dolores no son mas que una prueba de la virtud.

¡Ilusiones de amor y de virtud, que halagan lo mas espiritual de nuestro ser!!.... ¡Humo, nada!!.... Nada en este

mundo; pero el alma existe, bien lo dicen sus martirios y sus tormentos; el alma sobrevivirá al cuerpo que decae y se carcome, y entónces, sí, entónces podrá elevarse á una region de eterna bienandanza, ligera, ufana, libre como el ave que rompiendo su prisión, vuela gorgeando á las florestas que la vieron nacer.... Sí, entónces cesarán los tormentos, no vendrá la negra nube de la duda á oscurecer el horizonte, y el alma gozará de placeres infinitos.

En el dolor, en ese dolor que llega á lo mas íntimo del alma, que se siente cuando se desgajan las mas doradas ilusiones, cuando se reciben los mas amargos desengaños, cuando se encuentra el horror de la materia en las pasiones que se creian mas generosas; en ese dolor que se sufre cuando se pierden seres queridos, cuya separacion convierte en desierto el Universo; en ese dolor profundo, horrendo, es sin embargo donde se conoce que hay algo superior en nuestro ser; que el espíritu que nos anima es una emanacion de Dios, que tiene que volver al foco luminoso y purísimo de que se desprendió, para formar con él un todo de amor y de armonia en otro mundo, en que el espíritu no es ya el cautivo de la carne....

No debe, pues, decaer el ánimo ante el dolor. Las penas son fugaces como los placeres. Ni el desamor, ni el desencanto, ni la desdicha, ni la opresion, ni las miserias todas de la vida, tienen poder que resista á la fuerza de la esperanza y de la fé. Esperar y creer... he aquí el consuelo para todos los dolores....

Si en este mundo no probáramos el acíbar de crueles sufrimientos, no gustaríamos ni comprenderíamos todo el deleite que traen consigo las horas fugaces del placer; ni sabríamos los mil tesoros que tiene la sensibilidad, tesoros que llegan á hacer preferir el sufrimiento á dejar de sentir. El genio, esa virtud de la inteligencia, necesita para llegar á su crecimiento y desarrollo, probar la adversidad con todos sus rigores. ¿Qué virtud hay que no se acrisole y se purifique en medio del dolor? La virtud en medio de

la felicidad no necesita esfuerzo para existir; pero si sale triunfante de la prueba del dolor, se engrandece y se hace sublime y meritoria.

Aceptemos el dolor como una prueba en esta prergrinacion de la vida; y consuélenos que es la mas viva revelacion de nuestra inmortalidad y de la existencia de un Sér infinito que no puso en el corazon la llama de purísimos deseos para que se extinga sin pábulo, sino para que se encienda en un mundo de amor infinito. El llanto mitiga los dolores. La esperanza es su consuelo.

FRANCISCO ZARCO (*México*).

EL MAGO DE AGUAS-BUENAS.

LA del alba seria cuando encaminaba yo mis pasos hácia las cuevas de Aguas-buenas, con objeto de oír una vez mas al famoso Mago que las habita. Al reflejarse en mi espíritu las risueñas escenas de que viene acompañada en medio de los campos la aparicion del Sol sobre el horizonte, me infundian nuevo aliento para continuar en mi propósito. Llegué por fin á la boca del antro, y no que me imputase el haber desatendido los sábios consejos de aquel venerable anciano, sino que la misteriosa soledad en que se oculta, su voz grave, y la severa elocuencia de sus palabras sobrecogen siempre mi fantasía con imágenes terríficas. Mas al recordar que bajo tan extrañas é imponentes exterioridades abriga un corazon amigo de los hombres y una mirada lúcida para leer los secretos de lo futuro, que así despiertan nuestra curiosidad como burlan nuestros proyectos, depuse todo temor, cesó mi irresolucion y con paso firme penetré en su lóbrega morada. Á la débil luz de una linterna que habia tomado para no extraviarme en sus tortuosas galerías, pude reconocerlas: eran de piedra caliza, ora estrechas, ora espaciosas, y ya se alzaba el techo, sostenido por una multitud de columnas, á una altura considerable, ya

descendía hasta permitir apenas el tránsito de una persona. Á la vista de aquellos grupos de columnas, de aquellos multiplicados cruceros y ojivas, no pude ménos que traer á la memoria las catedrales góticas, pensando que los primitivos cristianos, obligados por la persecucion á celebrar su culto en el seno de las catacumbas, habrían bebido allí la idea de una nueva arquitectura.

Apénas tuve tiempo para proseguir en mis reflexiones, porque al entrar en una especie de rotunda que se desarrollaba en forma de anfiteatro, y de cuyo techo pendían las estaláctitas cristalizadas semejando una cascada de diamantes que se hubiese detenido en su caída, me encontré con mi estraño huésped! Vestía una túnica talar y un casquete cónico que aumentaba su corpulencia, sus cabellos blancos como la nieve se deslizaban por los hombros y venían á confundirse con su hermosa barba sobre su robusto pecho; sus ojos vivos y penetrantes eran signo seguro de la actividad de su pensamiento. No muy léjos se descubrían, sobre anchas mesas y largos aparadores, redomas, retortas, alambiques, telescopios y otros instrumentos de Alquimia y Astrología.

Al verme, fijó en mí sus miradas, me contempló algunos instantes y al cabo pronunció estas palabras:

« No te esperaba. La voz de la verdad siempre es amarga para los hombres. Yo que me aparté del tráfago del mundo, donde imperan la adulacion y la ipocresía, para tributarle un culto silencioso en el fondo de esta gruta, no titubeé en hablarte hace un año conforme á sus augustas prescripciones, y dudaba que volvieses á oír sus severos fallos. »

¡Ah! le contesté: sin duda alguna olvidais vuestras propias palabras. Ciertamente « la verdad es amarga, pero ella sola rejuvenece el alma! solo el que le abre paso hasta su corazón puede sanar las heridas de la conciencia, y rehabilitarse á los ojos de la razon. »

Teneis en mí un ejemplo, si me es permitido proclamarlo. Vivía en el ocio, puestos en desprecio todos mis deberes,

pero vuestros sanos consejos, descorriendo el velo que cubria mi entendimiento y mostrándome la senda que habia de seguir, han conseguido transformar al vano y muelle jóven á quien los dirigisteis, en hombre reflexivo y laborioso. Sí, el trabajo que con tan sublime elocuencia encaricésteis, ha bastado para extender en la doble esfera del espacio y del tiempo el círculo ántes estrecho de mis ideas, haciéndome gustar los inefables placeres del espíritu y de la conciencia satisfecha consigo misma: el trabajo ha bastado para proporcionarme la dulce satisfaccion de sostener una familia numerosa, ya velando por la educacion de los pequeños, ya sirviendo de apoyo á la desvalida senectud de mis buenos padres.

Por eso he vuelto aquí á manifestaros mi ardiente reconocimiento y á suplicaros nuevos consejos.

« Veo que mis lecciones produjeron saludable efecto, y sólo temo que te falte constancia para continuar por el camino que has... » No, le interrumpí. Permitidme: probé los disgustos, las miserias y el hastío de la ociosidad, así como tambien he gustado las consideraciones, la abundancia y el contento interior que acompañan al trabajo, y nunca, nunca, vivid seguro de ello, abandonaré este para caer en la primera.

Por el contrario; si supiéseis hasta donde remonta ahora el vuelo de mi ambicion, quizá me calificariais de temerario! Cuando he sabido que Guttemberg, Colon, Keplero, Cervántes, Franklin, y tantos otros, á quienes la fortuna no sonrió en la cuna, lograron con su constancia adquirir un alto puesto en la admiracion de la posteridad; cuando contemplo lleno de júbilo cómo aumenta el poder de mi inteligencia por el ejercicio de sus facultades, he llegado á soñar, ¡lo creeréis! que mi pobre nombre podria ir mas allá de la tumba.... No es mas que una vision; pero vision que viene á confortarme y á sembrar de flores ese camino de que queriais hablar.

Animóse en aquel instante la austera fisonomía del Mago que habia permanecido hasta allí impasible; sus hermosos ojos despidieron una luz vivísima, y sin dejarme proseguir,

exclamó: « Bien reconozco mi raza; esto es, perteneces á la escogida porcion de la humanidad que, comprendiendo los altos destinos para que ha sido criado el hombre, léjos de encerrarse en un egoismo estéril, con fé en el bien, se esfuerza por ser útil á sus semejantes, primero en el apartado seno de la familia, despues en medio de la sociedad en que vive, y finalmente por una aspiracion superior, en el círculo mas vasto, y por decirlo así, indefinido, de las generaciones que están por venir. No seré yo el que te tache de temerario, ni ménos el que censure tus elevadas aspiraciones, que sé por experiencia que en todos nuestros propósitos la meta debe colocarse bien distante, porque casi siempre no nos es dado recorrer sino una corta fraccion del camino. Tu fin es bueno. Vé, pues, impávido hácia él sin que te arredren ni las ruines murmuraciones de la envidia, ni el temor de no recibir la recompensa con que intentarán algunos desalentarte. Tal vez puede esta tardar, pero al cabo suena siempre la hora de la reparacion y la justicia. ¿No ves á Cervántes? Ciertó que fué desconocido en su época, pero la posteridad ha sabido desquitarse con ilimitada profusion de aquel indigno desaire...»

J. J. DE ACOSTA Y CALBO (*Puerto Rico*).

EL CENZONTLE.

LA noche está silenciosa: un cielo azul recamado de estrellas ofrece á la mirada investigadora multitud de mundos, de astros resplandecientes que giran en el espacio impelidos por la accion que les ha dado la voz poderosa del Criador.

Árboles seculares, plantas y arbustos, forman en la superficie de la tierra grupos de sombras ó de estátuas, que mudas parecen vigilar el reposo augusto de la naturaleza.

Un lago trasparente, circundado de flores y de aromas, yace tranquilo y adormecido bajo el follaje de los sauces, reflejando en sus puras aguas el cielo iluminado, y la faz

resplandeciente de la Luna que descorre el velo de blancas nubes donde se ocultaba.

¿Qué hace el mundo tan místico y silencioso, en esta hora sublime en que el cielo aparece como el santuario de las maravillas de Dios, en que la naturaleza se muestra con toda la profusion, con todo el arte maravilloso que no es dado al entendimiento describir?

El sueño ha rendido al hombre, que fatigado de los ardores del sol pasó su día en el rudo trabajo.

La juventud deslumbrada y gozosa, se precipita en el salón á recoger una mirada, una palabra, una sonrisa que cree ser el augurio de su felicidad mientras va á posar su ardorosa frente en los mullidos almohadones.

El sabio, encerrado con su lámpara, estudia, medita, quiere romper el velo del porvenir, quiere comprender los arcanos de la existencia, en tanto que el hombre de negocios arregla sus cálculos y labores hasta que el vértigo los arranca de allí y se apodera de sus ojos.

El anciano descansa en su lecho; pide á su memoria recuerdos de otro tiempo, repasa su historia, deplora sus desengaños, se enfada con sus dolencias y cuenta á veces las horas de la noche, anhelando porque el día venga á sacarle de su insomnio y sus pensamientos.

En medio de esa somnolencia fascinadora, de este letargo universal en que el mundo entra, suelta su canto alegre y variado el tierno *cenzontle*, y parado sobre una rama dirige á la noche sus sentidas y armoniosas notas, como para demostrar que no falta en la naturaleza quien entone un himno de alabanza en aquella hora misteriosa en el fondo de la soledad mas profunda.

Infatigable en su canto, ya imita el de las otras aves, ya busca y articula sonidos nuevos, amorosos y tiernos, tan contento y satisfecho como si el mundo lo escuchara, como si en aquel silencio tuviese que formar un coro dulce y solemne para dirigir sus plegarias al Hacedor Supremo del Universo.

Retenido y preso el *conzontle* por la avara curiosidad humana, teniendo por espacio una jaula estrecha donde se halla confinado, allí cumple con su mision armoniosa, allí canta el majestuoso silencio de la noche, allí repite sus notas musicales, sonoras y melifluas unas veces en que todo lo olvida, y tristes en otras cuando quizá lamenta su cautividad y la perpétua ausencia amorosa á que se le condena.

El sentido musical del *conzontle* se conmueve, se desarrolla, se embebece cuando escucha otros sonidos armoniosos, queriendo luego formar coro con ellos.

¿Por que ha lanzado la Providencia á nuestros campos desiertos esta avecilla cantadora, de plumaje humilde y oscuro, que así despierta en la noche el corazon con sus sonidos? ¿Será que viene á suplir en esas horas de silencio, con su armonía y canto, el sentimiento del hombre que se adormece, que se embriaga, que se fascina, que bajo las sombras del sueño se olvida perezoso de que la Providencia no descansa, no retrocede y sigue su obra misteriosa, mientras el mortal queda inactivo y abandonado en un lecho que vienen á herir los rayos del sol...?

El *conzontle* ha sido arrebatado de su nido, aislándolo de todos los séres de su especie, y sustrayéndolo de su hogar formado en el ramaje de un arbusto; ha sido llevado al centro de las populosas ciudades, y al pequeño cortijo para que celebre con sus cantos el fausto, el brillo y la elegancia, ó viva sencillamente bajo el rústico techo del aldeano: la hermosura no se ha desdeñado de buscar en sus trinos melodiosos la distraccion y el placer, acariciándolo y sustentándolo con su blanca y delicada mano; y él, en pago de todo esto, donde quiera que ha ido, aislado y prisionero, allí ha hecho resonar sus cadencias variadas y sentimentales; pero siempre con mas fuerza, con mas soltura y amor cuando se halla libre en los campos; callando únicamente al pasar el cambio de su pluma que lo enferma y entristece, ó al acercarse el invierno que deseca las flores y envejece momentáneamente la Naturaleza.

S. C. (México).

EL ÁRBOL DE BUEN PASTOR ¹.

En la márgen de un riachuelo pedregoso cuyo humilde lecho ceñían altas y escarpadas riberas, se levantaba una robusta encina. Lástima daba ver el árbol gigantesco que en la planicie hubiera puesto en las nubes su copada cima, crecer sin gloria en áspero y profundo barranco. ¿De qué servía que sus ramas se extendieran á gran distancia en derredor del tronco? ¿De qué servía que sus flores, desprendidas por el viento, formaran en su pié gran y mullida alfombra? Ningun pastor buscó en su sombra abrigo contra el fuego abrasador del mediodía, ni jamás oyera el tierno departir de dos amantes, ni los alegres sonos de las danzas campestres, ni la voz grave y solemne de los ancianos, ora en pastoril concurso el premio adjudicasen del canto, ora en dulce coloquio, ricos de experiencia, corta vida y llena de tormentos predigesen al vicio; larga carrera de paz y de consuelos prometiesen á la virtud. Desde la vereda marcada en el borde de la hondonada, deshojaban las cabras las ramas extremas de su copa, y hacían fuegos con sus despojos los niños de la aldea; y por eso, si algun extranjero le admiraba á pesar de su humilde posición, los hijos de aquella tierra decían: ¿cómo puede ser grande el árbol cuyas flores y frutos cogen nuestros hijos pequeñuelos y nuestros rebaños en lo mas elevade de su cima?

Ostente en mala tierra un bello corazón sus flores, sus frutos de oro un alto ingenio. ¡Troncos sin sávia perecerán marchitos,avecillas sin nido morirán sin canto, sin plumaje, ó como tú, bella encina, desconocidos por la ignorancia, vivirán sin lustre entre breñas, sin honor entre abrojos!

Cortemos este árbol inútil, dijose un dia Damis, su dueño; daráme su producto cuando ménos dos cabras y una oveja:

(1) Obsequio á la memoria del difunto Presbítero Dr. J. Cecilio Avila, á cuyo amable cuidado debe Carácas la conservacion del saman de Catuche.

Aumentaré con las primeras mi rebaño y daré la otra, de flores y de cintas adornada, á Emira bella. Y alegre, ufano con tan feliz idea, pensando en su pastora y cantando, empezó á bajar la pendiente.

« Caigan, decia, tus ramas y tu tronco á los golpes repetidos de mi hacha, encina antigua, y envidien tu destino los árboles que en bosques y praderas descuaja el huracan, ó los que viven para resistir sus embates y mueren viejos entre injurias y afrentas. No morirás, no, sin recuerdos, sin gloria. Cuando Emira enlace con sus brazos el albo cuello de mi ovejilla, cuando amorosa acaricie su pulido vellon pensando en mí, entónces bendeciré tu memoria, y junto con mi amor la guardaré por siempre en mi pecho.

« Trinad dulcemente, pajarillos que anidáis en su ramaje: soplad vuestro mas dulce aliento en derredor, auras embalsamadas que dáis fresco á su sombra, voz á sus hojas; muera vuestro amigo entre caricias como el niño que del regazo maternal baja al sepulcro. »

Así cantó Damis; y acababa apénas, cuando una voz grave y sonora hirió sus oidos. Acercóse para ver al que cantaba y reconoció al pastor Cecilio, oráculo de la aldea, honor y gloria de la comarca. Sentado al pié de la encina, reclinada sobre el tronco la venerable cabeza, elevaba al cielo sus ojos ya apagados por la edad, puros como su alma bella, dulces y tiernos como su santo corazon; y así decia:

« Yo he visto el fuego consumir las ciudades y abrasar las campañas: yo he visto la tierra conmovida estremecerse con fragor y derribar los templos y palacios soberbios y las cabañas humildes: yo he visto las guerras extranjeras y las disensiones intestinas agitar sobre los pueblos sus teas homicidas y apagarlas en sangre; y cuando los niños inocentes jugaban con las piedras de los techos dorados y de las bóvedas santas, cuando los reyes perecian en los suplicios, cuando las naciones se retaban á muerte, vi tambien, arbol amigo, que el huesped de tu ramaje cantaba alegre y seguro en su guarida, mientras crecias

grande y hermoso como los hijos de las selvas, modesto como todo lo que es hermoso y grande. »

« Yo ví tu tronco en su infancia, pequeño aun y flexible, crecer con trabajo en pobre tierra: yo te ví solitario y sin apoyo alzar al cielo la frente marchita y sin adorno del huerfanillo abandonado. ¡Bendita sea la mano que protegió tu vida! Yo te ví despues fuerte, erguido, feliz, cual si te hubiera conservado una madre, cual si te amara una hermosa; y á proporcion que los años han ido deshojando una á una las flores de mi vida, las tuyas nacen mas bellas y fragantes en cada primavera. ¡Bendita sea la voluntad que te hizo hermoso y el poder que te hizo fuerte, árbol amigo! »

« Gústame verte elevar y crecer, jóven aun, cuando yo cano y débil desciendo y muero ¡y ayer no mas nací! Cavaráse en tu pié mi sepultura y grata sombra á mi lápida humilde darán tus ramas, y aceptarás agradecido los últimos amores del que no tuvo en la vida hijos ni esposa. ¡Vivas mil años y otros mil, encina bella, y conceda el cielo verdor eterno á tus hojas, dichosa libertad al pajarillo que forme su nido en tu ramaje, céfiros blandos á tu copa hermosa, fresca lluvia y tierra amiga á tus raices. ¡Jamás el cierzo ó el ábrego sañudos te marchiten, ni traidor gusano te deseqe royéndote el corazon! »

Así cantó el anciano. Acercándose luego á Damis: huérfano, le dijo, conserva el árbol solitario del barranco: él es tu hermano. Ven á mi cabaña: vivirás conmigo y tuyo será cuanto poseo. Yo os adopto: á tí para la corta vida que me resta; á él para despues de la vida.

La voluntad de Cecilio fué cumplida. Sus despojos mortales fueron depositados al pié de la encina, que los habitantes de la aldea llamaron despues el árbol del buen pastor. Es fama que desde entónces gozó la encina de una constante primavera, y que una multitud de flores de exquisita fragancia, nacidas espontáneamente alrededor de la tumba, embalsamaban el aire, sin jamás marchitarse. Decian los

pastores que el alma del buen anciano al subir á lo alto habia pasado por aquellas flores, comunicándoles una pequeña parte de su perfume divino, y que el silencio de la noche se oian debajo del árbol suavísimas é inefables armonías, que no eran sino los ecos de su voz celestial.

RAFAEL M. BARALT (*Venez.*).

MESENIANA.

ADIOS.

CUANDO presiento que no habré de veros mas, triste, con la pluma en la mano, deseara de cuanto piensa el alma y siente el corazon, condensar una idea digna, que llevarais por todas partes como un diamante, en memoria de mi amistad.

Al dirigiros este ADIOS, amiga mia, lo dirijo á vuestra familia entera, de quien sois la mas fiel é ideal expresion; porque nombraros, es nombrar á los vuestros, de cuyo amor vivís; y vuestro nombre debe ser un nombre de familia que se perpetúe para recuerdo de cuanto hay bello y hermoso sobre la tierra. La ROSA pende de su tallo y juntos deben recibir mi homenaje.

Las almas vulgares gritarán: ¿por qué llora este insensato á los que no se acordarán de él? ¿Por qué siente, como poeta, la belleza del genio, en el pais del egoismo? ¿Por qué se enagena al celebrar esas brillantes mentiras, el talento y la virtud? Dejadme con mis locuras, buenos amigos. ¿Desde cuándo no sentir ó ser ciego fué motivo de aplaudirse? Dejadme decir un ADIOS!!!

Os váis. Adios: lazos que en mi ilusion, solo en mi ilusion sin duda, osé estrechar, van á romperse. Nada dura siempre bajo la inconstante luna; cuanto habitaba con nosotros, florece y se marchita pronto. Partis: veréis otras flores, oireis otros pájaros que no harán resonar los cantos

de vuestra patria: tendréis tambien otros amigos... que no os amarán tanto. Soñaba que sería muy doloroso dejar el país en que se nació: el sol pasa mas allá del mar y de la tierra; la ola no queda en la ribera solitaria; las tempestades atraviesan el espacio; y yo decía, el hombre solo no ha nacido para vagar: feliz en la tierra de sus padres, su familia y amigos encierran su cariño y no aspira sino á vivir tranquilo, y dejar sus restos en los sitios queridos que habitó, donde los rieguen con lágrimas los que le amaron. ADIOS!!!

Sois una flor dulce, bella y pura: no sé por qué, al miraros, se apodera la melancolía de mi corazon. En mi arrebató quisiera poner mis manos sobre vuestra frente, y consagraros á la dicha, rogando al cielo os conserve siempre dulce, bella y pura. ADIOS!!!

Cuando la tarde venga, que los últimos rayos del sol se despidan en el ocaso, triste, pensativo, volveré mis inciertos pasos á los lugares que dejáis. Otra voz que la vuestra me responderá: tal vez me dirija á extraña fisonomía para suplicarle me deje ir adentro á meditar y llorar, á BUSCAR LÁGRIMAS Y RECUERDOS. Á la claridad de la luna que se mece en el espacio, contemplaré los árboles que plantaron vuestras manos, el copado pino, el sáuce soñador, y tantas flores que fueron vuestras amigas. Ay! sobre su faz marchita, ya se notará la ausencia de vuestra mano; el aire agitará suavemente los árboles que responderán suspirando: las rosas se dirán al oído cuentos melancólicos, miéntras la gemidora paloma olvidará su nido por ir en pos del amoroso reclamo, que no ha de oír mas. Acaso me figure vuestra ondeante vestidura en la sombra de algun árbol, y crea escuchar vuestra voz en el sonido dulce del apacible Guaire. ADIOS!!!

Alegres en tanto á las orillas de Hudson, jugaréis placenteras, olvidadas de los que lloran. Tambien iré yo, y no tarde, á un país muy lejano, donde hay mas bellos astros, aires frescos y ligeros, perfumes, sonidos armo-

niosos, rios corrientes de alegría, coros alegres de angeles. Cuando mis párpados se cierran para siempre, yo lo sé, una mas dulce luz vendrá á anunciarme un dia que no tendrá fin... donde se ven para no separarse nunca los amigos. ADIOS!!

Sí, dulce amiga, cuando baje á la tumba oscura, yo iré lentamente á decir os mi ADIOS, á ese pais helado que preferís. Pensad, señora, que soy yo quien os hablo, cuando oigáis una voz que os diga: « No me olvidéis. » Al escucharla, os parecerá el ruido del viento, y no haréis caso: volveréis á oirla, y exclamaréis: « ES UN GEMIDO.... ¿SERÁ LA VOZ DE LA ALONDRA QUE SE QUEJA? Despues no me oiréis mas. ADIOS!!! ADIOS!!!

JAUN VICENTE GONZÁLEZ (*Venez.*)

IMPRESIONES DEL CAMPO.

I.

HE pasado en el campo dias! de soledad y de paz que quisiera grabar en mi memoria. ¡Cuántas impresiones inefables ha experimentado en ellos mi alma! — Es preciso que escriba, ántes que me abandonen del todo, para que, confiadas al papel, pueda yo otra vez encontrarlas; porque si es verdad que muy pronto ha de llegar para mí como para todos llega, y mucho ántes de que se le espere, el tiempo en que la vida no ha de ser sino recuerdos, este será uno de los mas dulces sobre que guste detenerse y reposar mi espíritu fatigado. Nada importa la rudeza del bosquejo: tracemos sin orden estas lineas, como traza ó anota para su cartera el transeunte, sin detenerse, los rasgos de un paisaje lleno de interés que la casualidad le hizo ver, el nombre de un bienhechor á quien debió hospitalidad, la fecha de un dia feliz. — Las imperfecciones y los errores tienen tambien su hermosura en la historia íntima del corazon.

• • • • •

Las noras de solaz y abandono que he vivido en compañía de los bosques y sus sombras, de las fuentes y las montañas, han aliviado mi alma del peso de sus dolores, y han disipado ante mis ojos densas tinieblas de tristeza.

Claridades divinas de melancolía, diáfanos y vaporosos reflejos, crepúsculos del cielo, han iluminado á mi alrededor y sobre mi cabeza regiones vastas y sublimes. El velo de las pasiones mezquinas de la vida ha caído ante los espacios de la fantasía, ante los dominios ilimitados de esos sentimientos que nos arrebatan hácia lo alto, emanaciones de otro mundo, mas durables tal vez que la humanidad, y que, sin duda, no perecen aquí con nosotros. Á mis meditaciones solitarias se han abierto por fin en toda su serenidad y magnificencia, despues de larga noche de amargura, esos horizontes dilatados, en que gustamos desaparecer llevados por el éxtasis; hácia los cuales vuela presuroso á confundirse con el Pensamiento eterno nuestro espíritu embriagado, convertido en un himno mudo de admiración y amor.

Hay en el campo una poesía tierna y sublime, llena de paz, querida del corazón como el aliento maternal: hay en él palabras consoladoras que oímos embelesados como las primeras conversaciones del hogar á vuelta del destierro. Dolor de muerte sería cada latido de nuestra sangre, si alguna vez no reposáramos sobre el seno de esa poesía, si alguna vez no bebiéramos en ella las bendiciones del cielo...

Yo he sentido la mirada de Dios dentro de mí mismo, y la he encontrado presente por todas partes animando la creación. He creído respirar un aire nuevo que no era el mismo de la tierra; ese aire de animación y pensamiento, que á veces viene á mezclarse con nuestra atmósfera y que es como la esencia de toda vida, que el poeta llama inspiración, y los árboles saludan vistiéndose de flores, que el amor condensa en un suspiro, en una oración el sentimiento religioso, y la caridad en una lagrimal!

II.

¡Qué dulce es delirar ante las visiones que halagaron en el Paraíso los sueños del primer hombre, reclinados sin inquietudes en el descanso de una de esas peñas que guardan el arroyo al nacer, como custodios atentos á los juegos de la infancia, ó debajo de esas grutas encantadoras, retretes de vagas meditaciones, vestidas con el hermoso ropaje de verdura que tejen para ellas las plantas y enredaderas primogénitas de las aguas!

¡Qué dulce es dejar correr el pensamiento de embeleso en embeleso, de imagen en imagen, de uno en otro ensueño, asociadas nuestras reflexiones, esperanzas, recuerdos ó deseos, en toda su espontaneidad, en todo lo vago del idealismo, á las armonías ruidosas de la cascada, á las melodías indefinibles de las montañas; y sentir allí, en medio de un mundo de ideas é impresiones que se suceden y enlazan, cómo nuestro espíritu, restituido á sus elementos, y cual si despertara en sus primitivos climas, crece y multiplica sus percepciones, y se convierte en el eco de tantos ecos, inteligente, vário y prolongado, al cual van á reunirse los mil conciertos que la naturaleza exhala al viento á llenar el espacio, esos himnos interminables, que parecen la respiracion musical y cadenciosa de la tierra animada en la plenitud de su alegría!

Ninguna poesia, escrita ó hablada, es mas que pálido reflejo, copia truncada y muerta de esotra poesia viviente, que pasa y renace y se canta á sí misma, sin cesar, bajo todo bosque; poesia que tiene mas solemnidad, sentidos mas profundos, suavidad mas llena de encantos, virginidad mas seductora, bajo los árboles gigantes y primitivos y al lado de las fuentes, con que la mano misma de Dios ha enriquecido el suelo de la América el mismo dia en que creaba para el hombre, que no habia de merecerlos, los jardines del Eden.

III.

A veces viene estrecho todo espacio á las impresiones que

dilatan nuestro ser: hay momentos en que ninguna compañía basta á nuestros dolores, ó en que todo lo que nos rodea pone estorbo á los vuelos de nuestra alma. Entónces pedimos á la soledad lo que el mundo nos niega, campo para nuestras meditaciones, consuelos para nuestras penas; y sentimos que solo la naturaleza puede recibir en su ancho seno y alimentar con su aire siempre libre, siempre puro, el corazón agitado por las grandes pasiones. Las ciudades, en momentos tales sofocan, su aire mata: y delante de la naturaleza vemos bien que los hombres no valen los árboles, ni los palacios las montañas.

Y es por eso que el sentimiento ha consagrado al campo el culto de su ternura mas profunda y ha llevado siempre á él sus últimos y mas sublimes afectos. Es por eso, sin duda, que al morir pedimos un árbol para nuestro sepulcro, y pensamos que bajo sus ramas, inclinadas sobre nuestros despojos, dormiremos mejor sobre el polvo el sueño de la muerte.

Tenemos razon. El campo es el asilo de toda tristeza; él recoge nuestros suspiros y lágrimas mas queridas; él tiene ecos y misteriosas simpatías para nuestras mas altas inspiraciones: él ha presidido y solemnizado los primeros himnos que ha enviado el hombre hácia su Dios, y es tambien bajo sus bosques solitarios que la religion ha levantado mas tarde templos, desde donde suben al cielo, como el perfume mas puro de la tierra, las oraciones del desgraciado, para quien la vida no es sino amargura y proscricion. El árbol de la tumba representa así lo que hubo en nosotros de mas íntimo: es como un amigo de quien no hemos querido despedirnos cuando nos hemos despedido ya de todo, cuya sombra todavia necesitamos mas allá de la existencia: interpuesta esa sombra entre nuestra memoria y la muerte, creemos vivir en ella algunos dias mas y retardar la hora del olvido, del mismo modo que, protegidos por sus influencias bienhechoras, al atravesar por las ingratas sendas del mundo, pudimos alzar del abatimiento nuestro espíritu y detener léjos de nosotros las desesperaciones del dolor!

IV.

Feliz aquel que puede asociar á los campos su morada! En ellos corre la vida deleitosa y suave, como se desliza, ignorada, la corriente pura y cristalina bajo las sombras del bosque: respírase en ellos la inocencia y la libertad ingénua de las primeras edades, en que el espíritu de Dios habitaba con los hombres; y con ellas se enaltecen y ensanchan los sentimientos generosos, los nobles instintos, las grandes concepciones.

Estos tesoros de virtud y de sensibilidad, alma de nuestra alma, luz divina que guía á los hombres en los senderos de la verdad hácia la conquista de su rehabilitacion, los habia perdido la humanidad desde que olvidó demasiado la naturaleza para consagrarse á las ciudades; y ha sido la naturaleza quien ha podido restituírseles de nuevo, obedeciendo sin duda á una voz de la Providencia, vigilante siempre sobre su grande obra, el dia en que ella hizo brotar sobre la tierra, al paso de un peregrino del océano, sus mas hermosos edenes en el continente que pisamos; creacion abundante de toda sávia, lozana y llena de riquezas, de perfumes y esplendores como un pensamiento del Eterno recién convertido en realidad; creacion virginal y magnífica coronada con un cielo brillante, imágen de su porvenir, y cuyo destino ha sido el de derramar sobre el mundo su juventud á torrentes en los aires de sus montañas que han de recorrerlo entero regenerándolo todo, cual áuras, retardadas en su seno por algunos siglos, de aquel primer soplo de lo alto, que al principio de los tiempos encendió los soles en medio de los espacios!

Los que hemos nacido en el Continente Colombiano, y vivimos bajo los rayos de su radiante sol, amamos los campos, los rios, las montañas, los bosques, como amamos la libertad que es hija suya, como ama la mañana todo lo que respira, como ama el condor los aires, y las plantas el rocío. Afánense, en buen hora, en pedir asilo á las ciudades aquellos para quienes la existencia es ruido, aquellos á

quienes nada dice la soledad y se duermen fastidiados delante de sí mismos: busquen ellos en el calor ajeno, como el enfermo cerca de un fuego artificial, la vida que les falta: la agitacion, la fiebre acaso puedan comunicar aun á sus cansados miembros y á sus corazones gastados, la efímera llama y el vigor aparente de una vitalidad facticia. Mas los que sentimos un calor que nos pertenece, los que tenemos una vida, una alma que circula con nuestra sangre, los que dentro del pecho sentimos un corazon nuevo que palpita por algo y tiene sed de emociones y necesidad de espacio, bendigamos el campo, saludemos con todo nuestro amor ese templo que habita el mismo Dios y que ostenta en sus maravillas y encantos la majestad de su autor, palacio animado de la inspiracion, sobre el que los cielos derraman; en todo momento, raudales de nueva vida sobre la luz que cruza sus esferas, sobre sus aguas y sus vientos.

V.

Mucho debemos á su paz y á su belleza.

Quando hay lágrimas en el corazon, ¡cuán dulcemente se derraman si puede nuestra cabeza descansar sobre el tronco de un árbol en el seno del retiro! Si la tristeza eclipsa la esperanza y nos encierra en la lóbreguez de su noche fria, el murmurio de una fuente, que huye sin saber adónde, es tan grato, tan consolador, como es tierna y apacible la voz inteligente de una hermana que comprende y divide nuestras penas,...

Quando es amor toda nuestra alma, ¡qué de deleites inexplicables nos envian los bosques á quienes llevamos nuestras confianzas! En ellos, ¡cuán fácil y voluptuosamente remontamos y nos perdemos, cual la nube desprendida de la tierra, en el cielo brillante de nuestras visiones y rios!.... Parece, entónces, que nuestro pensamiento, reunido en sus mas aéreas concepciones á lo que tiene de mas puro nuestra sensibilidad, se desata, como si fuera un eco de la

palabra omnipotente, en mil creaciones divinas: creemos ver la imaginacion convertirse en un ángel de luz, tomar las formas de una vírgen y atravesar con nosotros espacios ilimitados de los colores mas suaves y poblados de las revelaciones mas sublimes.

VI.

Hay dos existencias en cada existencia humana. Por la una pertenecemos á la vida; por la otra nos asociamos á Dios. La una es del tiempo: busca lo que tiene límites; lleva consigo la conciencia anticipada de que en la muerte está su término, y podria decirse que esta idea que empaña su lustre y debilita su fuerza, la sigue como la amenaza constante de un enemigo invisible ó como la sombra permanente de un eclipse moral. Es la otra de la eternidad: tiene sed del infinito hácia el cual nos empuja con fuerzas irresistibles; ahonda el pensamiento, depura y sublima la sensibilidad, se corona con la fantasía, nos inspira indiferencia ó desden por la muerte, y tras sus tinieblas nos señala brillantes los verdaderos dominios del porvenir, haciéndonos ver que no son sino una sombra suya sin cuerpo los que creemos divisar por entre nieblas ántes de llegar al término de la vida.

La tierra tiene dos teatros tambien para esas dos existencias. — LA SOCIEDAD: LA NATURALEZA. — La primera ha dado á la Historia sus páginas llenas de las mil pasiones de un dia, ininteligibles para el siguiente, de ruinas sucesivas, de lágrimas y de sangre; la Poesía, inspirándose de la segunda, ha cantado lo que hay en el corazon de universal, de alto en el pensamiento, de inmortal en nuestras almas.

En la una encontramos la exposicion triste de nuestras debilidades y miserias, de nuestra vanidad y locura, hecha al través de los siglos por el Genio de la fatalidad, ese viajero sombrío de las ruinas; miéntras en la otra nos sentimos vivir con la vida de los que pasaron, como si la Providencia, amando las generaciones todas con el mismo amor, atando

unos á otros todos los hombres como hermanos en un mismo destino supremo, quisiera recoger en las palabras y en el alma del último de nosotros, al espirar los tiempos, el sentimiento divino que ella puso como un rayo de su gloria en los instintos mas profundos de todas sus criaturas.

Ese rayo de gloria, bajo cuya influencia y calor germinan y fructifican las semillas del bien, y que para nuestras miradas interiores es una promesa, una revelacion luminosa de una existencia mejor, tiene irradiaciones y prestigios, profecias mas dilatadas, allí donde los hombres no hemos alcanzado á borrar las impresiones de la mano eterna, donde los ruidos de nuestra vanidad no han profanado y ahuyentado los espíritus del cielo, donde toda piedra, toda hoja de árbol, toda corriente, es un testigo de las magnificencias inagotables del que todo lo formó de sí mismo.

FRANCISCO ARANDA Y PONTE (*Venez*).

AL PASAR SU CADÁVER ¹

EL otro dia encontré en la calle á uno de esos jóvenes que uno suele tratar de tiempo en tiempo cuando lo permite la casualidad, y con quien se tiene placer en cambiar algunas palabras. — Era una de esas figuras hermosas que recuerdan el tipo sajón en su mas completa virilidad: alto, robusto, fuerte, gallardo, blanco como el mármol, sonrosado como un caracol y además era modesto, bueno, bien educado, rico y feliz. — ¡Qué os parece ese hombre? dije al separarme de él á otro con quien me reuní mas adelante. He ahí un ejemplo consolador de que la fortuna conserva sus escogidos en este mundo: ese es uno de los pocos que tienen en su mano la copa llena de todas las abundancias de la vida!

(1) Con motivo de la sentida muerte del excelente joven cubano, Domingo Aldama y Fonts, á quien la naturaleza habia prodigado á manos llenas sus mas valiosos dones — *Nota de su maestro L. F. M.*

Y me fuí: transcurrieron escasamente dos semanas, y hoy por la mañana me llamó la atención un carro fúnebre que pasaba por una de las calzadas de la capital. ¿A quién conducían en aquel carro? Al vigoroso, al atleta, al joven, al hermoso, al rico, al feliz. ¡Oh inestabilidad de las cosas de la tierra! ¡Oh miseria de los destinos humanos! Limitado es el término de los años del hombre, exclamé repitiendo una de las quejas de Job; contados están ¡oh Dios! sus meses en vuestra presencia, señalados tenéis los términos de su vida y de ellos no podrá pasar!....

Después me dejé arrastrar por el curso común de mis ideas y reflexioné sobre aquel suceso y sus relaciones. Un mortal que desaparece es un rayo de luz que se apaga, una gota de agua que se evapora, una cosa que se va porque no hace falta en el gran mecanismo de la totalidad de los mundos. Pero ¿qué? y ¿no queda un vacío en el lugar que ocupaba? ¿No podrá extrañarse porque sea necesaria una ausencia tan inesperada? Ah! eso se examina y se comprende en las casas y á las familias toca saberlo. Yo puedo decir de mí que cuando veo estas cosas tiemblo, y que no se puede ser madre, ni padre, ni hermano, ni amigo, ni hombre sensible, sin tener suspendida sobre el alma una espada; porque la experiencia me enseña que no hay nada durable en el polvo terrestre, porque ahí tenéis que todo vigor es una debilidad, toda grandeza es una miseria, toda dicha es una mentira, todo ser que se mueve y que piensa es un condenado que marcha á su fin, y todos nosotros y los que vendrán después de nosotros seguimos la misma suerte, y á todos nos espera lo desconocido, y todos seremos enclavados en una cruz!

¿Me preguntáis acaso cuál es el motivo que me ha hecho sufrir este estremecimiento espontáneo? No lo sé. O mas bien dicho, sí, lo sé; lo conozco, lo siento: toda hoja que cae y toda juventud que se postra, todo lo que declina, todo lo que perece me grita al oído: — « Renunciad toda esperanza los que aquí entráis » — y después ¿qué quereis

que pase en estas horas aciagas por la mente de un mortal sino una sombra, cuando vienen á repetir en ella mil veces todos los ecos de la memoria el horriblemente doloroso monólogo de Hamlet? Qué! esa belleza, y esa potencia intelectual, y ese corazon y todo eso que se va á poner para siempre debajo de la tierra, podia ser encerrado en un ataúd y conducirse en un carro y pasar por delante de mí, y no inspirarme una meditacion ni dejarme una pena?

Nacido en el regalo, creció en el contento y no vió de cerca mas que un lado de las cosas: tuvo un deseo y lo satisfizo; no tropezó en el camino con obstáculos; nada tenia que pedir y tenia mucho que dar: estaba corriendo el instante bueno y un porvenir apacible se transparentaba para él tras un velo color de rosa, pero ¡ay! el sol adelanta un paso mas y se marca en el cuadrante otra hora. Antes sobraba mucho y ahora falta todo: ya no hay abrigo para hacer cesar el frio, ya no hay fresco en la atmósfera para moderar el calor: no hay aguas para templar la sed, no hay lechos cómodos en que axtender el cuerpo, ni almohadas suaves para reclinar la cabeza atormentada; hay un aire de que todos toman parte y él no puede respirar, todos ven la luz, y él está en la oscuridad, todos oyen y él ensordece; hélo ahí enfermo, yerto, pálido, cadáver! ¡Oh contraste doloroso! ¡Oh desenlace comun de los dramas que se representan aquí abajo! El que atraia por su belleza empieza á causar horror, el que hace poco agradaba por su aseo, repugnará en breve por su corrupcion, el que estaba tan acompañado se ha quedado solo; enteramente solo, solo para siempre!

¿Qué deciais vosotros sobre la felicidad, y la riqueza y todos los accidentes favorables de la existencia? ¿Qué era lo que hablábais como envidiando la posicion ajena? La muerte ha entrado en ese palacio, y la multitud generosa que transita por allí alza la vista y tiene lástima de sus moradores: el último hombre del pueblo que sabe que al entrar en su modesta casa ha de encontrar al fruto de

su amor, no trocaría por nada ese gran placer por ese gran dolor que debe haber sufrido el que se acostó llorando en una noche sin sueño y se levantó sin reposo echando de ménos á su primogénito. Preguntad á ese mortal qué es lo que desea; preguntadle si está conforme con su suerte y os repetirá las tristes palabras del desterrado de Jersey: — « yo hubiera querido ir feliz por un estrecho camino y no ser mas que un hombre que pasaba llevando á su hijo de la mano! » Y si tal es la queja del varon fuerte, cuál será el ruego de la mujer débil! ¡Ay de las madres! bienaventurados los vientres que no concibieron, bienaventurados los que no sembraron para dar alimento á los gusanos del sepulcro!

Hé aquí una historia de todos los dias. Se sabe con anticipacion que todo esto va á suceder, que sucederá inevitablemente y! cómo se olvida uno de un porvenir que está tan próximo! — Teneis una salud magnífica, decia yo hace unos quince dias á ese mismo que ahora poco llevaban en ese ataúd; si este bien, este tesoro, este inestimable beneficio que poseeis se pudiera vender en el mercado de la sociedad en que se comercia con todo, yo me daría por muy bien servido de poder entrar con vos en un cambio. Y él se sonreia satisfecho de la armonía de los elementos de su fuerza y de la aparente prolongacion de su enérgica vitalidad; se sonreia, y ya iba herido, ya estaba sentenciado, ya tenia puesto el pié en el primer escalon de la eternidad! — Si en lugar de jugar así con lo desconocido, si en lugar de poner mi confianza en lo que no presenta seguridad alguna, le hubiera yo dicho: todo eso no vale nada: tú me estás hablando por la última vez; tú estarás de aquí á quince dias debajo de la tierra; despídete de lo que te rodea, dile adios á la juventud, á los estudios, á la alegría, al baile, á la música, al amor ¿qué hubiera respondido este desgraciado? Habria desdeñado mis palabras imaginando que yo jugaba con la mentira, y sin embargo esa hubiera sido la mas positiva de las verdades que él hubiera oido en este mundo!

Eso de dormir en la tumba es terrible. ¡Qué silencio! ¡qué oscuridad! ¡qué frío! Estar allí acostado inmóvil, entre una caja, bien cubierto, sin accion, sin ideas, sin pasiones, y haber sido dos ó tres dias ántes un sér que andaba por todas partes, que tenia una casa, una familia, amigos: que hablaba, que reia, que abarcaba tantas cosas bajo el ángulo visual, que soñaba, que sentia, que era, en fin, uno como nosotros y.... estar así! Ah! y cuando luego se piensa en lo que es un cadáver! ¡Qué asqueroso cambio! ¡Qué repugnante hinchazon de la carne! ¡Qué marcas azules y verdes y negruzcas sobre la pálida piel! ¡Qué portentosa multitud de gusanos entrando y saliendo en el cuerpo! ¡Pasar así de repente los tejidos á nuevas combinaciones químicas y ser en último resultado un poco de agua, de ácido carbónico y qué sé yo que otra cosa! Y desaparecer y andando los tiempos perderse para siempre en la memoria de los que nos sobreviven! ¡Oh vanidades inútiles! ¡Oh trabajos sin recompensa! ¡Oh miserias de la vida!

Los que te acompañaron al Cementerio, volvieron, hicieron unas cuantas ceremonias, pronunciaron unas cuantas palabras de uso constante, y se separaron. Enciende la naturaleza sus lámparas del cielo y los hombres iluminan sus moradas y sus ciudades; se conversa, se baila, se canta se ama, y pronto los intereses mundanos echan á un lado tu recuerdo. Unos cuantos arrojaron fuera de la vida unos despojos que iban á servir de estorbo y nada mas; han transcurrido algunos instantes, y ya es tiempo de restablecer las cosas á su nivel: cada cual va á su lecho y reposa; y tú, infeliz! que ayer dormiste besado y acariciado en tus aposentos llenos de luz, ahora estás envuelto en la mas densa de las sombras, entregado á los misteriosos habitantes de lo desconocido y empiezas á pasar tu primera noche debajo de la tierra!....

J. C. ZENEA (*Cuba*)

28 de Agosto de 1864.

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL COLEGIO
« EL SALVADOR » DE LA HABANA.

Diffícil tarea, Señores, año tras año y en idénticas circunstancias llenar esta obligacion que nos hemos impuesto, de decir algunas palabras en materia de educacion, y mas difícil aun, porque, recorrido el campo en todas direcciones, parece que no nos queda otro recurso que el de repetir lo que ya en anteriores actos hemos manifestado, defraudando con una mera reproduccion las esperanzas de los que desean oírnos.

Diffícil, en verdad; pero el concurso de tantos corazones reunidos aquí por el amor mas digno, la presencia de esa juventud interesante que espera ansiosa estas palabras, dictadas por el mejor de los deseos, el recuerdo cada vez mas vivo del que en espíritu está siempre entre nosotros *, este lugar donde tantas veces le oimos inculcando sus severas máximas de justicia y de sumision al deber, y la imperiosa voz de mi conciencia, hacen venir las frases al labio sin vacilar, y con el convencimiento de que no he de repetir lo que en épocas pasadas haya dicho.

¿ Por qué esta sencilla fiesta, cuyo programa jamás varia, atrae siempre tantas personas? ¿ Qué interés despierta en ellas, que así vienen á ocupar este recinto, para presenciar lo que han visto tantas veces, para oír tal vez lo que oyeron no hace mucho? ¿ Qué causas explican tan singular ejemplo de constancia? Aquí no hay mas que unos cuantos niños que estudian, y unos pocos hombres dedicados á dirigirlos, estudiando con ellos, en la soledad, sin pretensiones, tratando de fortalecerlos y de colocar en sus corazones y en sus inteligencias algunas buenas semillas, para que con los frutos que ellas produjeran sustenten sus almas en este tránsito de la vida, y no se vean expuestos á ceder á las

* El eminente cubano Don José de la Luz y Caballero, hombre que unió á todos los vastos conocimientos de un Humboldt las virtudes todas de un Sócrates. L. F. M.

tentaciones por falta de alimento. Esto es lo que siempre ha habido aquí, lo que siempre habrá. ¿Qué motivo, repito, aviva ese interés que todos muestran? Uno solo, siempre el mismo, y siempre nuevo y enérgico como el sentimiento que le dá ser: la contemplacion de esos hombres tiernos, sucesores mañana de los que aquí estamos, y á quienes, ántes de entregarles este noble caudal de la humanidad, preparamos para que puedan, mejores que nosotros, continuar la sagrada obra que representa la vida de tantos siglos, el afan de tantos hombres, la esperanza de tantos miserables, la fé de tantos fuertes, la caridad de tantos corazones generosos que consumieron su existencia en proporcionar á sus hermanos presentes y á sus hermanos venideros los inefables consuelos de la ciencia; de la ciencia, hija del espíritu humano, en cuyo infinito regazo se explican y se armonizan todas las diversas aspiraciones de la humanidad.

Y qué les enseñamos? Cómo comprendemos esa preparacion? Todos nuestros esfuerzos se dirigen á encender en ellos, no ese amor estéril á la verdad que se manifiesta en vanas exclamaciones de admiracion; sino ese fuego de vida que estimula la voluntad á realizar lo que la inteligencia conciba como bueno, y la conciencia apruebe como deber; ese ardor con que huimos de las tinieblas y con que buscamos la luz, y que reconoce como primera condicion para llegar á esos resultados, el santo amor al trabajo. Aquí se penetran de que toda esa ciencia que apenas vislumbran, ha nacido de los afanes del hombre, que esos mismos afanes son los que la humanidad pasada exige, y los que la futura espera de ellos, para que no sufra retraso la obra que á su vez se les ha de confiar. Aquí, por último, comprenden que tienen la obligacion de ser obreros, y no espectadores aficionados, que ántes estorban que son de provecho con sus ineficaces deseos.

¡Benditos mil veces los que nos han traído á este punto de adelanto, y benditos tambien los que con ánimo fuerte emprendan esa carrera, donde hallarán infinitas angustias á trueque de algunos triunfos!

Es muy frecuente encontrar en la sociedad hombres, que podrian llamarse *adoradores* de lo bueno, que reconocen la excelencia de la virtud, que entonan á cada paso entusiastas himnos en loor de los principios eternos de justicia y de verdad, que repiten de mil modos sus aseveraciones de amor á la humanidad y que desean con todo el ardor de la mas completa conviccion, que las costumbres, las leyes, las instituciones, todos los actos del hombre fuesen la realizacion de esos consoladores principios que admiran y preconizan.

Verdad es, que estos hombres, admiradores t ericos de lo bueno, desmienten con muchos de sus actos lo que sus labios predicaban; mas no se crea, sin embargo, que un espíritu de hipocresía los mueve; léjos de ello, repito, desean ardientemente ver sus ideas pasar á la esfera de los hechos; pero débiles de espíritu, no son capaces de ponerse en lucha abierta con lo que la generalidad practica, y ya por no llamar la atencion,   porque otros lo hacen,   por respeto á estos intereses   á aquella preocupacion,   por otros muchos pretextos tan mezquinos como aquellos, ultrajan la dignidad humana, poniendo al cuerpo en pugna con el espíritu y adjudicando al primero la victoria.

El que tiene la firme creencia de hacer lo que debe, y se equivoca, es disculpable; pero estos, que á sabiendas y contra su íntimo deseo practican lo que no deben, no por ser débiles pueden evitar la responsabilidad que sobre ellos cae; ni las razones de conveniencia con que pretenden aquietar su conciencia excusan su timidez.

Otros hay, más prácticos que los anteriores, que desconociendo los medios de llegar con seguridad al goce de lo justo y verdadero,   mas bien, influidos por las mismas razones que intimidan á los primeros, suplen el valor con la astucia, y estiman lícitos, actos que en lo íntimo de su alma repugnan, con tal que, bajo ciertas apariencias de moralidad, conduzcan, segun ellos creen, al buen fin á que aspiran. Los caminos tortuosos (y supongo siempre las mas

sanas intenciones) nunca serán los caminos de la verdad y de la justicia: si el espíritu se acostumbra á considerar lo falso sin horror, rebaja la estacion de la verdad, y llega lógicamente á transacciones, en las que de seguro el augusto carácter de la última quedará maltratado, y su valor quebrantado.

Aspiramos, pues, á formar hombres enérgicos, que evitando los dos escollos que acabamos de señalar, cuando reconozcan que los hechos no están de acuerdo con la ley, cuando vean claro en su conciencia que lo que han considerado en completa armonía con ella, repugna á su espíritu, lastima las convicciones, y está, en una palabra, en oposicion con los principios racionales de la moral y del derecho, tengan el valor, no solo de reconocerlo en sus palabras, sino tambien de ajustar sus actos á lo que sea legitimo, sin presentar el espectáculo de una lastimosa divergencia entre la voluntad y el entendimiento, que hasta cierto punto autorizaria la reprobada máxima de la justificacion de los medios en gracia de la legalidad del fin que se proponen alcanzar. A la ley no se llega sino por la ley misma.

Muchos son los trabajadores, diversas las fuerzas, distintas las aspiraciones, diferentes los medios y el resultado es uno. ¡Admirable Providencia! De tiempo en tiempo aparece un inspirado, y la humanidad dominada y unificada apresura el paso en pos de él; pero no por eso deja cada inteligencia de ser independiente y original en su desarrollo y en sus manifestaciones. Los discípulos no pueden ser imitadores serviles de sus maestros, los que copian no pueden adelantar la obra de la humanidad. Platon y Aristóteles no son el eco fiel de Sócrates.

Tratamos, pues, de que comprendan nuestros alumnos que cada hombre lleva consigo cuanto necesita para recorrer el espacio de su vida; que cada uno se basta á sí mismo, para que puedan en su dia exclamar como el sabio:

omnia mea mecum porto. Cuando se llega á este convencimiento, las influencias exteriores pierden todo su valor, y en lugar de sujetarnos á las circunstancias, estas se doblan á nosotros y se someten á nuestra voluntad: las buenas leyes pierden su imperio en una sociedad pervertida, así como de entre los hombres buenos no pueden nacer obras de reprobacion.

Hombre fuerte es aquel que procura, sin descuidarse un momento, armonizar sus actos con su conciencia, y libre de todo temor, procede á su propia reforma sin cuidarse de lo que piensen ó de lo que hagan los demás, porque las faltas del mayor número no pueden excusar las del individuo.

Mas á la severidad con sus propias acciones, debe agregarse el espíritu de amor y de moderacion para con sus semejantes. La experiencia de las dificultades que encontramos para vencer nuestras inclinaciones, para dominar nuestros instintos, el recuerdo de nuestras horas de desesperacion y de desfallecimiento, al tratar de despojarnos de hábitos y de opiniones que nos fueron queridas, engendra ese espíritu de amor y de templanza de que habla el apóstol, espíritu que conquista el respeto y el aprecio de los demás, aun cuando en nuestra conducta vean la censura de sus actos, espíritu en fin que aumenta nuestra esfera de accion, porque la verdad no se impone y la violencia jamás será medio eficaz de persuasion.

Hombre fuerte es aquel que no hace lo que no debe hacer, sea cual fuere la sociedad donde se encuentre; es aquel que no trata de cumplir á un mismo tiempo con su conciencia y con su interés, porque ámbos quedarían mal servidos; ántes bien tiene el valor de sacrificar el segundo á las exigencias de la primera, no dominado por extrañas influencias, sino fortificado por sus convicciones. Hombre fuerte es en fin, el fundador de este Colegio, á quien vísteis siempre, abrasado en el amor de la humanidad y tolerante con todos, severo sin embargo consigo mismo, sin separarse en toda su vida de la senda de la verdad.

Hemos concluido las tareas de este año; serán fecundas si llevais la conviccion de que cada uno tiene en sí los recursos necesarios, en la forma peculiar á su personalidad, para llevar á término con buen éxito el combate de la vida. No hay pues motivo para que busqueis fuera de vosotros mismos; podeis ser virtuosos en medio de los vicios; el respeto de la sociedad se adquiere por el valor intrínseco, mas si los placeres, las preocupaciones reinantes, los intereses ú otros respetos humanos os gobernaren, sean cuales fueren las circunstancias, seréis hombres flacos, juguetes de esos mismos placeres, preocupaciones é intereses, que debiérais dominar. Ojalá, pues, digais siempre con el salmista: « Señor, tu justicia es eterna justicia, y tu ley, la verdad misma.

JOSÉ MARÍA ZAYAS (*Cuba*).

ESTÉBAN GIRARD.

EN el año 1764 salió de Burdeos, con destino á la isla de Santo Domingo, el bergantin Peregrino, á cuyo bordo se hallaba un jóven recientemente enrolado en clase de aprendiz de marinero, miembro de una familia pobre de dicha ciudad. Transcurrido que hubieron algunos años mas, despues de varios viajes de distintos lugares á otros diversos, en virtud de su constante aplicacion teórica y práctica en el arte de navegar, obtuvo el jóven mencionado el despacho de capitán de buque mercante. El haber adquirido tan pronto este documento, atendida la circunstancia de que se requerrían mayores estudios por las leyes del país, fué debido á su indeclinable perseverancia y extraordinaria fuerza de voluntad. Algunos años despues abandonó el capitán la carrera de la navegacion, en que era tan aventajado, y se avecindó en la ciudad de Filadelfia, contando ya con extensas relaciones en Santo Domingo, Nueva-York y Nueva-Orleans, y con bastantes conocimientos en la práctica del comercio,

al cual se dedicó con el mejor éxito imaginable. Jamás ha sido la fortuna tan pródiga con hombre alguno. Verdad es que tampoco ha tenido nunca mejor eleccion la caprichosa deidad para derramar sus espléndidos dones.

El que era ayer un pobre marinero, sin educacion ni porvenir, arrastrando la vida fatidica y azarosa que envuelve la miserable condicion de su ejercicio, es hoy, por su inteligencia y ejemplar laboriosidad, un opulento y poderoso comerciante y banquero, dueño del inmenso caudal de ocho millones de pesos, reunidos en corto espacio de tiempo con su ímprobo trabajo: es hoy el hombre venerable, respetado y querido de sus conciudadanos y á quien por su filantropia y eminentes virtudes se pudiera apellidar « el amigo de los hombres » como nombraba Juan Jacobo al ilustre marqués de Mirabeau.

¡Oh sabios designios de la Providencia, que no has vinculado en familia ni en heredadas categorias sociales el privilegio de la virtud y del talento!

La pluma se detiene con encanto al descender en conclusion á las consideraciones, de un órden tan elevado, que sugiere la memoria de Estéban Girard. La musa del Tiempo suspende su veloz carrera y coloca en la majestuosa frente del inmortal filántropo una corona de cívico laurel. Destruye con implacable furor los obeliscos, los monumentos todos erigidos por el orgullo, la altivez y la preponderancia del hombre; pero se postra y humilla ante la estatua encarnada de la filantropía, y se encarga de transmitir á los futuros siglos la historia monumental del apóstol de la civilizacion, de la caridad, de las virtudes todas.

Dichoso pensamiento fué sin duda el de hacer perdurable la memoria de los grandes hechos por medio de mármoles y bronces; porque, expuestos constantemente á la vista de todos, levantan el corazon, se insinúan en nuestras potencias, y en un idioma fácil y sencillo, presentan á los que han de venir el ejemplo de los que vinieron ántes.

Sin embargo, preciso es hacer un lógico y natural des-

linde entre los monumentos que recuerdan acciones virtuosas, y los que traen á la memoria, por ejemplo, sangrientos campos de batalla. La estatua del vencedor de los Dácios yace en tierra, derribada de la columna mas alta que han visto humanos ojos, y nadie se cuida de reponerla porque es originaria de una gloria destructora, la gloria del vencedor!

La biografía de Estéban Girard está traducida en todos los idiomas cultos.

¡Feliz la humanidad si hubiera muchos hombres que lo imitaran!

RAMON J. ARNAO (*Cuba*).

INTRODUCCION Á SUS POESÍAS.

Dos generaciones, puede decirse, han surcado el mar de la revolucion argentina, y como si ambas hubiesen querido fijar hondamente su destino en la memoria de los tiempos, cada una de ellas ha tenido su coro de poetas, que ha historiado su época y sus hombres con la pluma de la verdad y el sentimiento, abillantada por la imaginacion.

Enérgica, espléndida, orgullosa como los triunfos militares, como las glorias patrias que cantaba, la Musa de la independenciam es la historia rimada de su tiempo.

Triste, pensadora, melancólica como la suerte de la patria al son de cuyas cadenas se inspiraba, la Musa de la libertad proscrita y desgraciada como ella, ha puesto tambien sobre las sienes de la patria la corona de su época salpicada de lagrimas y sangre.

Las poesías de que hoy hacemos una edicion completa, pertenecen al reino de esa última, pertenecen á esos suspiros del corazon enviados desde el extranjero hasta las playas argentinas en el ala del céfiro, ó en el rayo tierno y melancólico de la luna; á esas armonias del sentimiento con que nuestros poetas revelaban la desgracia de la patria, y esperanzaban en el porvenir durante la larga noche de la esclavitud.

Peregrino siempre, hoy en unas playas, mañana en otras; pobres, desesperanzados hoy; mañana chispeantes de contentamiento y de esperanzas; sujetos siempre á lo que el destino, frio como un cálculo, queria hacer de su suerte, los poetas y los escritores emigrados no han podido, ni posible fuera, traer á su pátria obras completas y perfectas. Trabajando con los estímulos del corazon, hijos de una época tormentosa de suyo, y sujetos á una fortuna personal incierta, no han traído y depuesto á los piés de su amante comun sino un puñado de flores de todos climas y de todos tiempos; plantadas por la esperanza, combatidas por el martirio, y recogidas por la fé y el amor.

Todos, pues, han cumplido con su mision. Huérfanas y descoloridas, sin mas unidad que el sentimiento, ahí van las mias. Flores silvestres para todos, yo las amo mucho sin embargo, porque cada una me recuerda lágrimas ó esperanzas que cayeron en mi corazon en aquellos tiempos en que la vida era una lucha perpétua entre el presente y el porvenir, y de cuyo choque brotaba esa luz esplendente de poesía y de grandeza que hoy nos falta.

JOSÉ MÁRMOL (*Buenos-Aires*)

AGUA DORMIDA.

EN la inquietud inmensa del destino
 Reposar en la márgen de una fuente,
 Sin rumor, sin murmullo, sin corriente,
 Muerto cual la esperanza, no es vivir.
 No es vivir al nacido en la ribera
 Del impetuoso y turbulento *Plata*,
 Donde pasan sus aguas de carrera
 Con las olas del mar á combatir.

Bien puede ser que en tu primer mañana
 De sus celajes diáfanos ceñida,

Tenga dulzuras para tí la vida
 Doquier reclines á soñar la sien.
 Bien puede ser que anheles olvidada
 En un sueño de paz adormecerte,
 Que en el mayor silencio de la suerte
 Dentro tu corazón haya un Eden.

Y grata el agua te será adormida
 Que tu embeleso adulará serena,
 Mientras rayando estés sobre la arena
 La misteriosa cifra del amor;
 Dulce el halago del secreto asilo
 La orilla de laguna sin lamento,
 Para teñir el vago pensamiento
 De su calma inefable y tu frescor.

Donde no gima el viento, ni la brisa
 Los árboles agite enamorada,
 Deja correr las horas olvidada,
 Vive en el corazón sin recelar.
 Yo nací en la borrasca, y me complacen
 Los tumbos y el embate de las olas:
 Duerme en la orilla de tu fuente á solas,
 Yo me voy á las ondas de la mar.

JUAN C. GÓMEZ (*Uruguay*).

FRAGMENTOS DEL CANTO ÉPICO Á MAGALLÁNES

Yo amaba el mar desde mi tierna infancia,
 Su augusta soledad me arrebatava,
 Y en mirar una nave á la distancia
 Cruzando el horizonte me extasiaba.
 Contemplar de las olas la arrogancia,
 Las borrascas vencer ambicionaba;
 El mar con su llanura me atraía,
 El mar con su rugido me dormía.

Y en ansia de cumplir con el deseo,
 Que mi Dios en el alma poner quiso,
 Y sediento de un bélico trofeo,
 Yo salí á disfrutar un paraíso.
 Marino me torné: mi teatro veo;
 Las altaneras naves por fin piso;
 Y ¡vive Dios! que nunca mi palacio
 Tantos goces me dió como ese espacio.

.

Hay un Océano inmenso, transparente,
 Que sus aguas estrella en bancos de oro,
 Espejo de un eden rico, esplendente,
 Retrata su belleza y su tesoro.
 De América feliz al Occidente,
 Suspira en dulce murmurar sonoro,
 Y en las espumas de sus blancas olas
 Perlas arroja en playas españolas.

Ese mar que acaricia los vergeles,
 Que guarda la riqueza de la tierra,
 Mas fortuna al tocarlos, mas laureles
 Para el que logre descubrirlo encierra
 El paso para Oriente á los bajeles
 Sin el Cabo que al mismo Gama aterra,
 Y darle á España impulso tan fecundo,
 Que pueda audaz circunvalar el mundo.

Por llegar á ese mar, muchos marinos
 Con su muerte su nombre eternizaron;
 Los Pinzones, Solises, peregrinos
 Del infinito Oceano, lo intentaron.
 Cinco naves, Señor, y los caminos
 Que pilotos tan sabios no encontraron
 Abriré á la bandera de los Cides
 Y triunfará en el mar como en las lides.

Cinco naves, Señor, y Cárlos Quinto
 Dueño será de un colosal imperio,
 Cinco naves, y al punto su recinto
 Se unirá al esplendor de un hemisferio.
 Otro mundo á su voz, secreto instinto
 Me revela, Señor, este misterio;
 Y si valen mi vida y sus afanes,
 La da por cinco naves Magallanes.

MANUEL N. CORPANGHO (*Peru*).

LAS PALMAS.

Como la palma no es propiamente madera, como se conocerá en su descripción, y por otra parte son muchas y muy diferentes sus especies y sus utilidades, me ha parecido conveniente hablar de su género con separación. Las de dátil no se encuentran al presente en la Isla, por haberse dejado perder la semilla; pero se dieron muy bien y producian mucho, como lo testifica Oviedo. Otras hay mas pequeñas que se llaman de *corajo* ó *corozo*; que levantan seis ó siete brazas, con cuatro palmos, poco mas ó ménos, de circunferencia, vestidas por todo su exterior de unas espinas largas, negras, punzantes y muy espesas. Producen estas su fruta en racimos, grande de tres cuartas mas ó ménos pendientes de un vástago. Cada una de las frutas que son perfectamente redondas, es del tamaño de un melocoton regular. Cubrela una película verde, á modo de pergamino, bajo de la cual se halla primeramente una sustancia resinosa del espesor de los pesos duros. El ganado vacuno, que engulle estos globos con muy poca masticación, digiere esta especie de carnosidad y arroja el resto de la fruta. Porque lo que sigue es otra cobertura poco ménos gruesa; pero tan firme y consistente como el hueso del melocoton, pero de color negro, y se labran de ella al

torno cuentas de rosario y otras menudencias que sacan muy linda tez y son apreciables, á que se da vulgarmente el nombre de *collor*. Dentro de esta última tesura está la almendra, de la figura y tamaño de una avellana grande, y aunque algo mas dura para comer, es buen nutrimento de mucho y delicado aceite.

Otras palmas hay, llamadas de *cana*, de *yarey*, de *guano*, de cuya simiente pequeña se aprovechan algunas aves; pero de sus hojas, palmas ó pencas largas, de figura de abanico, se sacan muchas utilidades. De ellas enteras se cubren las casás y dura su cobija (así se dice por allá) segun el espesor que se la da, diez, doce y veinte años. La de la *cana* es hermosísima á la vista. De los dedos ó girones de estas pencas se tejen sombreros, mas estimables de unas que de otras. Tambien se fabrican árganas ó serones grandes que es de lo que nos servimos para la conduccion de todos los frutos, mercaderias y cosas que han de cargarse en cabalgaduras. Hácense también otros géneros de cestos manuales, que allí se llaman *macutos*, y en otras partes de América *abas*, de los cuales se sirven los criados para llevar y traer cuanto se necesita, como no sea cosa liquida. Todas estas especies de palma y otras ménos útiles son abundantísimas en toda la isla, con la diferencia de que en unas prevalecen mas que en otras, segun las varias naturalezas del terreno.

Pero la mas abundante y que generalmente se entiende con el nombre de palma, crece ó sube mas que ningun árbol conocido. Su duracion es de siglos; porque aunque en la parte interior ó intestina es esponjosa ó casi hueca, tiene una superficie que forma un cubo perfectamente redondo de cuatro dedos de espesor y de diez y doce palmos de circunferencia: tan sólida que solas las planchas de metal pueden ser mas duras cuando el árbol ha tomado su perfecta consistencia. El modo regular de cortar este árbol es darle fuego por su raiz. Derribado, se abre el hilo con cuñas de hierro á distancia de ocho ó diez dedos, y dá unos listones ó tablas larguísimas. Estas se labran qui-

tando aquellos filamentos, que ocupaban los intestinos de la palma, hasta reducir la tabla al espesor de un dedo, poco mas, en que tiene toda su solidez, adelgazando ó afilando las partes laterales para que caigan bien unas sobre otras en las vestiduras de la armazon ó paredes de las casas que se fabrican con ellas, y que á pesar de las continuas lluvias y ardientes soles duran muchísimos años y puede decirse que son perpétuas. Para clavarlas es menester barrenar la tabla para que no se hienda.

Fuera de esta grandísima utilidad, que sería mas ventajosa en Europa si acá se condujesen las tablas, dá la palma de que hablamos su fruto, que es el alimento con que tanto se multiplican los cerdos en toda la isla. Cada mes produce un racimo que pesa desde dos ó cuatro arrobas y mas, con un grano ó simiente del tamaño de la cereza. Al principio es verde y á proporción que madura pasa á ser amarillo, y va goteando ó cayendo sobre la tierra. Críase hasta cierto tiempo en una envoltura que llamamos *yaguacil*, y forma una especie de vasija que termina en dos puntas iguales, abierta por medio en figura de naveta. Aprécianla los cosecheros de tabaco, para forrar y beneficiar los *andullos* ó garrotes, del que se hace el rapé. Su longitud es de tres á cuatro palmos, y su diámetro como de uno y medio á dos.

Da tambien la palma cada luna, junto á su cogollo, un cortezon amarillo por dentro, y ceniciento por fuera, el cual en su mitad ó espinazo tiene el espesor de un dedo, y vá adelgazando hasta hacerse como un pergamino ordinario en las orillas laterales, que llaman *yagua*, flexible, y de que se hace mucho uso, principalmente para cubrir las casas: porque su superficie exterior escurridiza, y su textura lo hacen impenetrable á las lluvias, dándole un declive como el de los tejados. Su longitud es de vara y media poco mas ó ménos segun la feracidad de los sitios; su latitud en la parte media, de dos tercias, la cual en la parte superior se estrecha mas, y se dilata en la inferior;

pues aunque son mas anchas estas yaguas, se las quita cuatro ó seis dedos de lo mas débil en cada lado. De estas tiras ó listones se sacan los asideros para atarlas por dentro. Este utilísimo árbol se encuentra en toda la isla con muchísima abundancia, y los extranjeros, que carecen de él en las inmediatas que ocupan, solicitan y pagan á buen precio sus tablas cortezones ó yaguas. Omito la *palma del coco*, aunque su fruta ó nuez es apreciable, porque contribuiría poquísimo al comercio.

DON ANTONIO S. VALVERDE (*Santo Domingo*).

COTORRA.

ESPECIE de papagayo, poco mas de un pié de tamaño y bien contorneada; pico muy grueso, corvo y puntiagudo como el loro, tan duro y temible mas que sus garras ó uñas, de las cuales sabe usar sin ofender cuando quiere, y no se extraña, en término de posarse, suavemente en el hombro de su amiga, é introducir su fuerte pico en la boca que le brinda el alimento delicadamente, ó rendir la cabeza erizando sus plumillas y cerrando los ojos al voluptuoso orgasmo producido por el dedo de rosa que le espulga: camina por toda la casa, subiendo y bajando, ó dentro de su jaula cúelgase del pico ó de las patas meciéndose cabeza abajo y haciendo mil maromerías, si no hablando muchísimo ó cantando con aire de importancia, principalmente cuando llueve; porque la *Cotorra* es muy entendida, andariega, juguetona y locuaz: comprende bien las cosas que se le enseñan y pronuncia con bastante claridad las palabras que aplica con acierto, inflexionando su voz segun sus sentimientos y deseos, singularmente si pide algo y no se le atiende, así como entiende y obedece otras á tiempo. Pero las *Cotorras* en su estado salvaje parecen torpes y dañinas: vuelan aparejadas en tropas numerosas, ó cubren los árboles frutales, especialmente los naranjos que destru-

yen con una algarabía infernal, presentando al cazador un tiro fácil y general; aunque tan dura su vida como su carne. Confúndese el verde de su cuerpo con las hojas; pero resalta el color rojo de grana de su garganta y cuello delantero con algunas plumas debajo de las alas y del vientre, y otras azulosas y amarillas. Esta ave, propia de las Antillas, anida en los huecos de las palmas, cedros, etc., que abandonó el *Carpintero*, donde pone dos, tres y hasta cuatro huevos blancos sin el menor adorno.

MAJÁ.

CULEBRA la mas grande de todas las de la isla de Cuba, nuestro boa, que crece hasta cinco varas: su mayor latitud es por la medianía del cuerpo, adelgazando insensiblemente por ambos extremos, no tanto hácia la cabeza, que tampoco es grande, y sí la boca, con dientes encorvados para adentro: ojos centelleantes; piel de color amarillento oscureciendo por el lomo y bordada toda simétricamente de pintas y chapas color de tabaco, toda escamada. Habita escondido en los bosques y sobre los árboles, en los techos y otros parajes de las casas de campo; se traga las aves domésticas y los pequeños cuadrúpedos. Personas fidedignas han visto al *Majá* atacar á una cabra, enroscarse y quebrantarle los huesos para tragarla poco á poco dilatando mucho tiempo al llegar á los cuernos, que al fin pasaron alzando horriblemente la piel del reptil, cayendo luego á fuerza de su digestion eficacísima durante la cual el *majá* padece estupor profundo; pero su cosa mas singular es subiendo al árbol donde persigue á la *jutia*, que en vano huye á lo mas alto; si desesperada de salvacion trata de arrojarle á tierra, comprende su intencion, se enrosca y tira tras ella con la cabeza en alto, y tan á tiempo que rara vez se le escapa. Cuando el *majá* alza la parte superior de su cuerpo presenta un aspecto fiero:

algunos dicen que esta actitud y el vaho que dirige á su víctima la magnetiza ó turba, sin poder huir. El señor cura de Guamutas fué testigo de un combate entre un *majá* y un cocodrilo cuyo término fué la muerte de ámbos. Sin embargo, respeta al hombre; su mano alguna vez ha tocado casualmente al reptil que yacia en su lecho pacíficamente, y que en la oscuridad no pudo distinguir sino por la fria sensacion de su piel: solo hostigado y obligado á la d'efensa, puede ofenderle, sin inocularle veneno alguno.

ZUM-ZUM.

PAJARITO, especie de colibrí, el mas chico y precioso de todos los de la Isla, que á no ser por su cola y piquito, apenas tendria dos pulgadas de longitud; no es posible describir ni retratar con exactitud los contornos de su exíguo y aguzado cuerpo, la belleza y brillo metálico de sus colores cambiantes en sus finísimas plumas, sus alitas infatigables, sus rápidos y contínuos movimientos, su graciosa volubilidad; nuestros mismos ojos no tienen bastante perspicacia para admirarle, porque jamás se fija; siempre en el aire, expresando un silbido ténue como cuando se desprende la punta de la lengua de los labios cerrados, entreabierta la boca: ya atraviesa con la rapidez del rayo, ya se cierne sin percibirse casi su veloz aleta (cuyo zumbido originó su nombre) libando la miel de los *aguinaldos*, de los *dictamos* ó de las rosas, sin dignarse posar en parte alguna: tan silvestre, libre y fugaz que no puede existir dos dias en jaula sin morir: yo he tenido una vez la fortuna de mirarle tranquilo, inmóvil en una ramita á distancia de tres varas, por pocos minutos. Así es que la obra maestra del Señor la Sagra, con toda la perfeccion y finura de sus preciosas láminas, no ha podido retratarle; pero algo se comprenderá del físico de este *Pájaro-mosca*, agregando la pintura de su color verde dorado que tornasola de rojizo: lás alas mas os-

curas como la cola, que es larguita, ahorquillada, con reflejos violados: piquito delgado, prolongado, rosado en la mandíbula inferior y negro en la superior como la punta toda.

El *zum-zum*, sedentario en esta Isla, habita (si así puede decirse) en las cavidades formadas en las barrancas; sus pequeños nidos son dignos de admirarse por el modo y perfección de su labor: compónelos artísticamente con la lana ó seda de la *flor de la calentura*, aferrados de *casaisaco*, colocándolos en la bifurcación de las ramas.

Zum-Zum de la caravela. Juego muy usado entre los muchachos, que se sientan en rueda con las manos atrás y abiertas: otro con un pañuelo retorcido va dando vueltas por detras diciendo « *Zum-zum de la caravela, al que se duerme le doy una pela* » hasta ponerle en las manos que quiera: este se levanta entonces, corriendo tras el primero para darle con el pañuelo, diciéndole « ¡ *Martinejo!* » y le responde: « *Señor viejo* » — *¿y el pan que te di?* — *me lo comí* — *¿y el huevito?* — *en el hoyito* — *¿y si mas te diera?* — *mas comiera* — *¿y la sal?* — *en su santísimo lugar*. Entonces se sienta en su puesto de la rueda, y continua el otro ejecutando lo mismo.

E. PICHARDO ¹ (*Santo Domingo*)

CARÁCTER DE LOS GRANADINOS.

EN Nueva Granada, más que en ningún país del Viejo Mundo, está sometido el carácter físico y moral del hombre á la triple influencia de la raza, del clima y de la naturaleza del terreno que habita. La educación que modera esta influencia y que acaba muchas veces por destruir las diferencias que esta produce, todavía no se ha extendido ni pene-

¹ Aunque el Sr. Pichardo nació en Santo Domingo, ha pasado toda su vida en la isla de Cuba, y es autor de un copioso Vocabulario de Voces Cubanas.

trado en las diferentes clases de la sociedad: y de aquí nace que haya ménos semejanza entre los habitantes de tal y tal provincia que entre los súbditos ó miembros de dos naciones distintas. El habitante de las provincias montañosas de Pasto, del Socorro y de la antigua Antioquia, robusto, vigoroso, activo y emprendedor, se parece bien poco á su apático y macilento compatriota que habita los valles del Magdalena, del Cauca y del Meta; y el ágil y verboso hijo de nuestras costas se diferencia mas del hombre lento y taciturno que nace en la alta planicie de Tunja y Tundama, que un frances de un castellano.

Hay sin embargo ciertos rasgos que marcan la fisonomía moral de los granadinos, uno de ellos la hospitalidad, esa cualidad tan propia de los pueblos nuevos no depravados todavía por el egoismo de una civilizacion mal entendida. Generoso y compasivo, el granadino recibe con franca cordialidad en su casa al extranjero, parte con él el pan y le proporciona en los contratiempos los pocos ó muchos auxilios que brinda el país. En las relaciones sociales es amable, festivo y obligante: su centro es la vida de familia. Su docilidad y su deseo de complacer le hacen débil en ocasiones y poco exacto en el cumplimiento de sus promesas; lo mismo que su ciega sumision al mandato de la autoridad lo convierte á menudo en víctima de los caprichos y tropezas del que se titula superior suyo con razon ó sin ella. Para las ciencias y las artes tiene las mas felices disposiciones: todo lo comprende y todo lo aprende cuando hace un esfuerzo serio para aplicar la atencion, lo que desgraciadamente no es muy frecuente, y de ahí provienen tambien su ligereza y su imprevision. En el campo de batalla es sufrido, valiente y subordinado, tiene serenidad para combatir y no abandona jamás su puesto.

La mujer, que tanta influencia ejerce en el bienestar y aun en la Gloria de las naciones civilizadas, es en Nueva Granada el primero de sus ornamentos. Ojo y pelo negros, facciones hermosas, fisonomía dulce y animada, cuerpo ele-

gante, pié pequeño, imaginacion viva, corazon sensible, amabilidad en el trato, decoro en las maneras, tales son en lo general las cualidades de la granadina de raza española con su tinte de árabe, modificada ventajosamente por el clima intertropical. El europeo fino y bien criado que visita nuestro país, encuentra en los sencillos y cordiales goces de la sociedad de familia una compensacion por la escasez de teatros, conciertos, paseos y diversiones que por allá se compran á peso de oro, adquiridos á esfuerzos constantes y penosos.

RUFINO CUERVO (*N. Granada*).

EL SALTO DE TEQUENDAMA.

I.

EL rio Funza ó Bogotá, despues de haber recorrido con paso lento y perezoso la espaciosa llanura de su nombre, vuelve de repente su curso hácia el occidente y comienza á atravesar por entre el cordon de montañas que están al sudoeste de Santafé. Aquí, dejando esta lentitud melancólica, acelera su paso, forma olas, murmullo, espumas, y rodando sobre un plano inclinado aumenta por momentos su velocidad. Corrientes impetuosas, golpes contra las rocas, saltos, ruido amenazante suceden al silencio y á la tranquilidad. En la orilla del precipicio todo el Bogotá se lanza en masa sobre un banco de piedra, aquí se estrella, aquí dá golpes horrorosos, aquí forma hervores, borbotones, y se arroja, en forma de plumas divergentes mas blancas que la nieve, en el abismo que le espera. En su fondo el golpe es terrible y no puede verse sin horror. Estas plumas vistosas que formaban las aguas en el aire, se convierten de repente en lluvia y en columnas de nubes que se levantan á los cielos. Parece que el Bogotá, acostumbrado á recorrer las regiones elevadas de los

Andes, ha descendido á pesar suyo á esta profundidad, y quiere orgulloso elevarse otra vez en forma de vapores.

FRANCISCO JOSÉ DE CALDAN. (N. Granada).

II.

Es preciso figurarse el Tiber despeñándose por una roca escarpada tres veces mas alta que la cúpula del Vaticano, para formarse tal cual idea de este Salto... Suspendido el viajero como en el aire, entre árboles y peñas; registrando espantosas profundidades; viendo estrellarse entre una y otra roca aquel soberbio rio, y levantar al cielo nubes de espuma y torbellinos de humo, con un ruido como el de mil truenos que retumban mil veces en el hondo valle; y contemplando luego el anchuroso abismo, aquel *infierno de agua* en millares de olas que batiéndose contra millares de olas, ya caen precipitadas, ya se levantan mas enfurecidas, braman, conmueven el monte, y lanzándose unas sobre otras desaparecen como relámpagos. ¡Qué sensaciones debe experimentar el que, desde un balcon al parecer suspendido en las nubes, mira tales horrores!... Todo contribuye á la ilusion, pero nada tanto como los iris tan hermosos y variados que hacen resaltar el color de las peñas vecinas, al resplandor de la cascada y de la niebla, y la situacion del espectador que teniendo las unas á sus piés ve los otros á su cabeza... No hay quizá en el globo otro recinto en que, á un tiempo y perpétuamente, se presenten á la vista las flores y frutas de diversos climas, y tanta variedad de aves, insectos y cuadrúpedos que, atraidos de la abundancia, concurren de todas partes á esta capital de Flora.

FRANCISCO ANTONIO ZEA (N. Granada).

III.

En efecto, en las llanuras de Bogotá reina una primavera eterna, fenómeno que asombra á algunos extranjeros igno-

rantes que no alcanzan á explicárselo. Aquí todo el año hay rosas, geranios, anémonas, jazmines y las mil y mil flores que brotan bajo el cielo de las zonas templadas, sin sentirse calor sofocante ni un frío que moleste. Pero al bajar la cordillera, á medida que crece el calor cambia la vegetacion; y el que se asoma á gozar de este admirable paisaje, descubriría, si no se lo impidieran los pretiles del Salto, las palmeras, los naranjos, los entables de caña de azúcar y los trapiches del pueblo de San Antonio de Tena, á tiempo que ve las rocas de Chíncha y de Canoas coronadas por una selva de pinos y nogales, de robles y laureles. Abajo revuelan clamoreando las pintadas guacamayas y se oye la voz de los verdes papagayos habitantes de la zona tórrida; en tanto que arriba gime la paloma torcaz y se cierne en las nubes el águila altanera.

Como la catarata dista apenas cuatro leguas de la capital, es el paseo favorito de los bogotanos, y tambien ha sido visitada por muchos extranjeros... como el Barón de Humboldt en 1801, el Duque de Montebello en 1827, Pedro Bonaparte, hijo de Luciano en 1832, el barón de Litta y el Barón Gross.

En 1826, el General Bolívar, entusiasmado con tan magnífica escena, no pudo contenerse y saltó á una piedra, de dos metros cuadrados, que forma como un diente en la horrorosa boca del abismo. Á la misma piedra salté yo en una de mis excursiones, pero con esta diferencia, que el Libertador llevaba botas con el tacon herrado y yo tuve la precaucion de descalzarme préviamente: yo estaba en la fuerza de mis 18 años, y eso excusa en parte mi temeridad. Un paso falso, un resbalon habrian bastado para que no estuviera contando el cuento. Veces hay que se me erizan los cabellos al pensar en aquella barbaridad.

El ingeniero Don Domingo Esquiaqui midió la catarata con la sondalesa y el barómetro, y halló que su altura desde el nivel del rio hasta las piedras que sirven de recipiente á sus aguas es de 234 varas castellanas, ó 792 piés.

Todas las aguas de la Sabana de Bogotá no tienen otro cauce, para bajar de la Cordillera y reunirse al Magdalena, que ese gran canal de roca viva hecho por la mano de Dios.

En los meses de lluvia, que llamamos impropriamente *de invierno*, crecen los arroyuelos, los torrentes crecen, y el Funza, rey de los rios de la Sabana, sale de madre como el Eridano, y no solo inunda sus riberas, sino que forma por el lado del poniente un lago de muchas leguas de extension ... Entónces se aumentan considerablemente el volúmen de las aguas que se despeñan por el Salto; entónces el rio es una *gran manga del Diluvio*, como decia Chateaubriand hablando del Niágara; entónces es cuando los amantes de la naturaleza deben ver el Salto; entónces es cuando yo lo he visto.

EL LLANERO.

El *Llanero* ó habitante de los inmensos *llanos* de Casanare y San Martin, es el tipo mas curioso de cuantos han producido en Nueva Granada, los cruzamientos de razas favorecidos por ciertos *medios* topográficos. Es el *gaucho* granadino... No tiene á la vista nevados ni volcanes, ni colinas risueñas, ni pintorescos verjeles, ni graciosas y regulares villas ó ciudades, ni caminos y puentes, ni fábricas, ni iglesias, ni modas, ni asambleas, ni autoridades, ni policia. Sus verjeles son los bosques seculares de palmeras que vegetan llenos de pompa en las márgenes del rio. Sus caminos son las interminables llanuras del horizonte ilimitado, cubiertas de gramíneas gigantescas. Su puente es el caballo, lanzado al traves de los rios y las ciénagas, con el cual pasa por entre enjambres de caimanes y cetáceos de poderosa electricidad, ora agarrándose de la cola del animal, — el amigo del desierto, — ora manteniéndose sobre la silla ó en pelo, como una especie de triton ó sagitario. Sus asambleas son los novillos corpulentos y potros indómitos de la pampa, que recoje y

pára en campo abierto ó enlaza á la carrera con su larguísimo *rejo* de infalible precision. Su régimen de policía se reduce á incendiar en los veranos las gramíneas de sus pampas para fertilizarlas, limpiarlas de alimañas y renovar los pastos. Sus modas se reducen á poca cosa, sin necesidad de sastres... Su hogar es un rancho construido á la diabla; su iglesia es el inmenso y fulgurante cielo; su sociedad y su mundo están en el *hato* ó *rebaño*, la novia (cuando no *las*), el sable, el trabuco, el rejo, el *sandango*, la botella de aguardiente, la pampa, la floresta, el rio, el rancho solitario y la bandola. ¿Para qué mas?.....

Á caballo, con su lanza en ristre, ninguna fuerza le detiene, ningun escrúpulo le pesa sobre la conciencia; lo mismo alancea soldados enemigos que novillos gordos; lo mismo carga en llanura que al traves de las ciénegas y los rios. Todo el mundo sabe de antemano que, al pedirle su concurso militar al llanero, hay que aceptarlo con todas sus consecuencias, ¿Termina la guerra? El llanero no pide sueldos, ni pensiones, ni gratificacion ninguna, porque en el combate es un *artista* de la muerte que ama *el arte por el arte*, como cualquiera otro. Al tercer dia de la victoria, ó cuando se le antoja, dice: — « Me vuelvo á mis llanos » — y nadie le detiene, so pena de verle en rebelion ó muriendo de nostalgia. Jamás ha tenido la idea de lo que es el miedo, en términos que hasta su lenguaje lo indica, representando la idea del temor con la expresion: — « tener *asco* de alguna cosa. »

El llanero no es otra cosa que el hijo del cruzamiento entre la raza española y la indígena de las regiones del Orinoco. Moreno, delgado, membrudo, anguloso y cartilaginoso, su mirada tiene al mismo tiempo reflejos salvajes ó feroces y una expresion intermitente de candor y dulzura. Su voz es muy fuerte, como lo exige la necesidad de hacerse oír en abiertas y vastísimas pampas, siugularmente gutural, y cadenciosa y silbadora en extremo, formando un silabeo que suena á veces como los rumores del viento entre los árboles. Poeta y galanteador por excelencia, improvisa con admirable facilidad, al

son de la bandola, los mas originales romances ó redondillas, en el calor de los fandangos; y cuánto tiene es para la mujer, ó la novia á quien trata con largueza y suma ternura miéntras es fiel y bonita. En sus romances, llamados *galerones*, figura siempre un cuento heroico, en que la mujer, el novillo, el caballo, la lanza, el sable (*machete*), el combate comun ó singular, etc., excitan la inspiracion de la musa y el entusiasmo del auditorio. En esa poesia de las pampas todo es hiperbólico, prodigioso, soberanamente fanfarron y jactancioso... Tratado con dulzura es humilde como un cordero; pero ultrajado es un tigre... En una palabra, tiene todo el candor de los pastores, toda la fantástica generosidad del poeta y todas las brutalidades del salvaje.

JOSÉ MARÍA SAMPER (*N. Granada*).

LOS MINEROS.

EL beneficio de una mina participa no sé cuanto del carácter de un casual hallazgo: no lleva en sí el respeto que las leyes y la tradicion consagran al *tuyo y mio*; el vulgo cree instintivamente que porque el hombre no ha sudado la gota gorda para conseguirle; porque ha ganado esa fortuna jugando á las minas, que hasta cierto punto es lo mismo que jugar á los *chicharos*, hay un derecho á cobrarle ó quitarle el barato; y de aquí nace quizás el poco escrúpulo y harto descaro con que se le disputa al minero el goce exclusivo de su descubrimiento. Al mas incorregible *cangallero*¹ de metales, puede ser muy repugnante el robo de una talega de pesos; miéntras que ni venialmente le parecerá que peca llevándose todo un alcance de triplicada importancia.

La especie *cangallera* se divide en tres clases. El *cangallero ratero*, el *cangallero marchante*, y *cangallero patron habilitador*.

¹ En lengua minera significa el ladron de metales concentrados.

La primera es numerosa, y reina entre sus individuos el mismo espíritu de familia y de fraternidad que entre los gitanos. Tienen, como estos, un idioma suyo, un plan de señales telegráficas por cuyo medio se conocen, se tratan y se avisan, en un dos por tres, los peligros que hay al frente, el negocio que hay que hacer, ó el golpe que hay que dar. Gastan el uniforme de cotton largo, ceñidor y calzoncillos anchos y algun otro arreo de parecidas dimensiones á los faldones de nuestros actuales fraques. Antes llevaban bonetes de media lima, moño largo y *hojotas*; pero estas piezas, siendo inútiles para el *oficio*, han caido en desuso: las otras siguen vistiéndolas porque son sus principales instrumentos. Qúteseles el ceñidor y la otra pieza parecida á los faldones de fraque, los bolsillos de cotton y el mameluco corto, y harán tanta *cangalla* como si les amarrasen las manos. Cualquiera de ellos que en este punto intentase introducir reformas, sería excomulgado del cuerpo, por relajado; se le perseguiría como atentador á los fueros ó garantías de la comunidad, y solo la fuga pondria en salvo su maldecido bulto contra las zumbas, provocaciones y serios compromisos á que diariamente estaria expuesto.

El cangallero ratero no hace un misterio de su oficio, sino cuando quiere averiguarlo la justicia. Por lo demas, no se empeña en ocultarlo á nadie: su patron ó su mayordomo pueden vigilar con toda la desconfianza insultante del que custodia á un presidiario, seguros de no ofenderle. Mientras mas obstáculos se oponen á su inevitable rapacidad, mas descargada queda su conciencia con el vencimiento: así la adquisicion le parece mas legítima. El mayordomo dice en su interior al cangallero: — « Voy á que no me robas; » y este, que ve el afan del otro, responde: « Pobre chorlito, en tu primera pestañada pierdes la apuesta. »

Si por casualidad mas rara que un alcance en *veta de atraveso*, llega el ratero á ser sorprendido en el acto de hacer volar la piedra rica á alguno de sus abismales bolsillos, entónces se avergüenza y se aflige hasta dar lástima; pero

no sufre así por haber sido pillado en un hurto, sino porque su poca destreza le hará merecer las zumbas de toda la orden. Si á consecuencia de su chambonada, es apaleado por el mayordomo, todos los cofrades aplauden la zurra diciendo: *Bien hecho por torpe*; como otros dirian: *Bien hecho por ladrón ó por picaro*.

Mucho tiempo ha de transcurrir, y hábiles maniobras ha de hacer el cangallero que ha caído en una desgracia de este género, para que vuelva á merecer las consideraciones de los demas. Un hombre poco diestro es ruinoso y compromete los progresos de la industria en general, descubriendo algunos de los lances ú operaciones maestras é infalibles de su misteriosa táctica, y dando lugar á que los árgos prevengan el golpe, oponiéndole la correspondiente contra. El primer bobo que se dejó atisbar que envolvía una piedra en la manga del cotton, al tiempo de arremangársela, ha causado mas perjuicio á los intereses de esa gente, que todas las medidas tomadas contra ella por el reglamento de Chañarcillo.

Sus sesiones son públicas en las cocinas de las faenas; pero están reducidas á darse cuenta mutuamente de las maniobras mas recomendables por su resultado y limpieza, de los *marchantes* que van á llegar, de las minas en que hay beneficio *tapado*, de las otras en que sería favorable buscar concierto; y todo esto es hablado y discutido en gerigonza, y sazonado con chistes mas ó ménos groseros, que promueven carcajadas salvajes. Estas reuniones son la escuela donde los neófitos se inician en el idioma, y a poco mas andar, en toda la inmoralidad del cangallero.

Toda la casta es invenciblemente dada á la embriaguez, y mas que á la embriaguez, al juego: ántes renunciarán á la cangalla que á la práctica de estos vicios; y mucho ménos en Chañarcillo, donde la policía le ha agregado el aliciente de obligar y beber en un secreto misterioso, que en sí vale todo un encanto. Primer gusto, emborracharse; segundo gusto, infringir una ordenanza necia; y tercer gusto, reirse del juez tan bobo como la ordenanza.

El cangallero *ratero* tiene sus principios de moral á su manera. Solo la maña es reconocida por el como medio legitimo de apropiarse el metal ajeno: cualquier otro recurso es degradante, y no usado sino por la plebe de esta casta.

Antes se dejará arrancar los dientes que el secreto de sus sociedades y cómplices: la delacion es delito de infamia y de muerte.

Si va á la cárcel por jugador ó por ébrio (ya es sabido que nadie va allí por cangallero), y si no tiene con qué pagar la multa, no hay cuidado: algun hermano le adelantará dinero hasta la próxima quiebra en la Descubridora ó Valenciana.

JOAQUIN VALLEJOS (*Chile*).

¡QUIÉN TE VIÓ Y QUIÉN TE VÉ!

(Cuadro de Costumbres.)

Pocos pueblos habrán tenido una infancia tan larga y mas parecida á la decrepitud que la villa de San Francisco de la Selva, hoy ciudad de Copiapó, capital de la provincia de Atacama. Pero tambien es cierto que muy pocos harán un progreso mas rápido y mas á vista de ojo, que el que en estos últimos años le ha venido la gana de recorrer á nuestro amado rincon. Se puede decir de él lo que del niño que de repente sufre un gigantesco desarrollo: *se le ve crecer*.

Todos aquellos de mis paisanos que no quieran hacerse criaturitas de ayer, recordarán lo que era esto, treinta, cuarenta ó cincuenta años ha. Un asiento de ruinas con sus cinco ó seis trapiches.

Los algarrobos, chañares y dadines no solo dividian las propiedades unas de otras, sino que sombreaban las habitaciones é invadian los patios y las aceras de las calles. En la plaza principal crecian, segun es fama, estas plantas indigenas en la misma paz y libertad que ántes que Diego de Almagro viniese desde el Perú á alborotar este entónces silencioso valle.

Un subdelegado de los reyes católicos gobernada en toda la jurisdicción de Copiapó, precisamente como gobiernan hoy en Cañarcillos y San Antonio los subdelegados de la República: me explicaré: tenían el encargo de hacer el bien, dejándoles al mismo tiempo todo el poder, facultades y multas para obrar, si querían, el mal. El pueblo semejaba entonces un vasto monasterio de ambos sexos, en que se vivía, se comía y se dormía á golpe de campana. De madrugada les llamaba á misa el cura; á las doce del día tocaba *la agonía de las ollas* el sacristan; á la oración, vuelta á sonar la campana para que todos fuesen á bostezar en la leyenda y distribución; y mas tarde, á eso de las diez, se tocaba á la *quedada*, hora en que el subdelegado mandaba á su gente que se acostase á dormir y apagase las luces, so pena de ocho días de trabajo en el cuartel ó multa de tantos pesos. Entonces todos sabían que los pesos eran para el subdelegado; hoy nadie puede jurar que conoce, á punto fijo, el abismo donde van á parar.

En aquel tiempo, solo había algunos ricos y un hormiguero de pobres, tan pobres como Adán. Los primeros formaban la corte del subdelegado: todos eran alféreces reales, maestros de campo y compadres del mandatario: única condecoración que hasta hoy se conserva con sus preeminencias y propinas; las otras han vuelto á lo que eran, se han vuelto humo.

El solo asunto conocido por entonces por de interés público y que alcanzaba á conmover la comunidad extraordinariamente, parece haber sido el turno de aguas. Hubo autoridad apedreada por el pueblo, á consecuencia de haberlas distribuido favoreciendo á los ricos; y hubo otra que, habiéndolas repartido no al gusto de estos, necesitó de atacarles con el pueblo hasta incendiar sus sementeras, para plantear la reforma.

Las reuniones de familias poco se usaban por la noche; y solo cuando ocurría un casamiento, un óleo ú otro motivo de regocijo, armábanse algunos zaragates. El minuet ejecutado por la primera notabilidad femenina, regularmente no por la mejor moza, abría la sesión; despues de lo cual todas las demás tenían permiso para salir á sus vez, á dar ese paseo

donairoso, esa exhibición de gracias y de belleza á que se halla reducida esta magnífica antigualla. La etiqueta de romper el baile con un minuet aquella que se consideraba reina de un estrado, fué por largo tiempo un motivo de querellas contra las preferencias. Pero despues se entabló que esta prerogativa la tendria precisamente la mas entrada en años; con lo que hubo vez que ninguna quiso recibir tan disputados honores. En todos tiempos la mujer ha sido incomprensible.

El ajuar de la pieza principal de una casa consistia en un largo tarimon, con una alfombra por encima y una madriguera de *atones* por abajo; sobre el tarimon y á lo largo de la muralla, una fila de cojinillos semimoriscos con espaldares de zarara ó *zagalejo* á guisa de colgaduras. Este era el asiento exclusivo de las damas, y ningun hombre, que no fuere fraile de campanillas, podia profanar aquel sagrado.

En una de las cabeceras del estrado se arrepollaba sobre una pequeña alfombra la dueña de casa, teniendo siempre á su lado una cajuela cubierta de mosaicos de plata y de concha de perla. Al frente de este aparato se veian un escaño y varios taburetes de madera; tan propiamente madera, que solo le faltaba arraigarse y retoñarse; aquí se acomodaba el otro sexo. Debajo del escaño y taburete dormian las palomas caseras, tejian sus telas las arañas, guardaban las chiquillas sus muñecas, y las niñas sus zapatones mas usados; y como nunca pasaba por ahí la escoba, no era de admirar que saliese tambien uno que otro *chañarcito*. Completaba el menaje una mesa enorme, por lo regular de sauce, sobre la cual vivian en perfecta armonía los santos milagrosos de la familia, el *mate* y el zahumador de plata, un cajoncito de espejo, un florero bien surtido, varias baratijas, y el gato regalon de la señora.

Tal era, poco mas ó ménos. Copiapó en aquellos dias de su larga infancia. Así vegetó por cerca de un siglo, sin que la vida de sus habitantes experimentase otras crisis que las ocasionadas por algunos descubrimientos de minerales ó por los fuertes terremotos que se dejaban sentir aquí de vez en cuando.

EL MISMO.

FÁBULAS.

LA PERLA Y EL DIAMANTE.

Dijo la Perla al Diamante
 Valgo mucho mas que tú:
 De negro carbon naciste
 Y yo de la mar azul.
 Y le contestó el Diamante
 Tu mérito es muy comun.
 ¡ Siempre fuiste y serás blanca !
 ¡ Yo fui negro, y vierto luz !

ANÓNIMO (*Cuba*).

EL LEON Y LA JUNTA.

TUVIERON sus comicios cierto dia
 Algunos animales,
 Y la causa, decia
 La gentualla de aquellos arrabales,
 Era que un rey Leon los maltrataba
 Y ni pacer la yerba los dejaba.
 Habló en primer lugar un burro viejo,
 (Que en el tiempo fatal que atravesamos
 Por ser ricos los asnos ó conejos
 En la silla mejor los colocamos
 En Juntas y en Consejos.)
 Expuso los motivos del disgusto
 Y quejarse acordaron que era justo.
 En esto un zorro que viajaba mucho
 Y era en la cosa pública muy ducho,
 Que á su saber de zorro, la experiencia
 Unia de los viajes, que da ciencia;
 Dijo: Amigos, mi voz autorizada
 Dará cima feliz á la embajada.
 Hoy se presenta próspero el destino:

Reclamaré á la Côte, y de camino,
 La vida pasaré muy regalada.
 Y las cosas dispuso de tal modo
 Aquel concurso todo,
 Que muy pronto se vió mi zorro viejo
 Bien distante del dicho lugarejo,
 Con la abundancia y lujo que cumplia
 A la ricacha Junta de aquel dia.

Tocó á término luego su jornada,
 Y despues de dos mil perifraséos,
 De pesos treinta mil fué la *primada*.
 Su querella entabló: no hay mas rodeos!
 Y burlándose el Rey de la embajada,
 Dijole al fin con singular desprecio:
 ¿Que significa tu mensaje necio?
 « Andar, señor, le contestó, deseamos,
 En cuatro patas, como siempre andamos »

.
 Despues me aconsejó una experta vieja
 Que no explique jamás la moraleja!

R. Y. ARNAO (*Cuba*).

EL JUNCO Y EL CIPRÉS.

AL lúgubre Ciprés con triste acento
 El Junco melancólico decia:
 ¡Ah, qué fatal destino!
 Yo me alcé tan alegre, tan contento
 Cuando la aurora vino,
 Y ora sin fuerza, ya sin energía,
 Sobre mi tallo débil me reclino
 Y me siento morir.... ¿por qué la suerte
 La vida te da á tí y á mí la muerte?
 Y el Ciprés respondia:

El dolor es eterno, la dicha dura un día.
 — En tí simbolizaron la tristeza
 Los hombres, dijo el Junco, en mí el anhelo
 De los que aman y esperan.
 Cómo es que nunca doblas tu cabeza,
 Ni tu color alteran
 Las lluvias ni los vientos? — Para el duelo
 De aquellos que de todo desesperan
 Hay un solo color, dijo el Ciprés,
 Y si tu nunca doblegar me ves
 Mi cabeza hácia el suelo,
 Es que desprecio el mundo y miro solo al cielo.

G. BLEST GANA (*Chile*).

EL AVARO Y EL ENVIDIOSO.

EN busca de verdades y consejos
 Suelo yo revolver las cosas viejas;
 Y ha querido el destino
 Que muchas veces halle en un libraco
 Forrado en pergamino
 Lo que por nuevo nos vendió un bellaco
 En librillos de estampas y labores
 Á guisa de « Lenguaje de las flores. »
 Pues, señor y es un cuento que he leído
 Júpiter, no el tonante, el divertido,
 Tenia un genio raro;
 Y una vez se antojó, miren qué antojo!
 De llamar á un avaro
 Que creyendo ahorrar sol cerraba un ojo;
 Hombre feroz, de corazón de tagua¹.
 Hermano en fin de aquel que *aguaba el agua*.

¹ Marfil vegetal, árbol que abunda en N. Granada.

El muy taimado Jove supràdicho,
 Yo no sé si con mira, ó por capricho,
 Tambien á un envidioso
 Que era estevado, ñato y rostrituerto,
 Convocó cariñoso.
 Y para qué? dirán; si el caso es cierto,
 Para satisfacerles, nada ménos,
 Sus deseos, los malos y los buenos.
 Sentado el dios en su gentil bufete,
 Democráticamente *taburete*,
 Desechó todo ambaje,
 Y con el envidioso y el avaro
 Usó de este lenguaje
 Que nadie tachará de poco claro;
 « Pida el primero, y le daré hasta el mundo;
 Pero doble merced haré al segundo. »

Házte cargo, lector, si eres discreto,
 De si el dios me los puso en buen aprieto,
 Pues uno y otro obraba
 Por opuesta razon del mismo modo.
 El avaro callaba
 Por lograr *mas*; y por lograrlo *todo*
 El envidioso el labio no movia;
 Y Jove, el socarron, se sonreia.
 « Si no rompe uno pronto este silencio
 Á ser ahorcados ámbos os sentencio, »
 El dios dijo imponente;
 Y avaro y envidioso se miraron;
 De entrambos en la frente
 Ansia, duda y rencor relampaguearon;
 Y los dos fueron á soltar la voz,
 Y enmudecieron, viéndolo, los dos.

Ya iba á dictarse el fallo tremebundo,
 Cuando el avaro prorrumpió iracundo:
 « Mandad sacarme un ojo,
 Y así, aunque logre el doble este tunante,

De la merced que escojo, »
— « Concedo » dijo el dios.
Desde ese instante
Tiene un ojo, no mas, el avariento,
Y es ciego el envidioso. — Este es el cuento.
SANTIAGO PEREZ (N. Granada).

LA ARAÑA Y LA ORUGA.

BAJO un vaso cristalino
Suelo encerrar las orugas,
Para saber cuándo y cómo
En mariposas se mudan.
Este insecto por instinto,
Para la muerte acostumbra
Disponerse en un retiro,
Léjos del comercio y bulla.
En abstinencia perpétua,
Y con vigilancia suma
Sus postrimeros instantes
Toda su atención ocupan.
De cierto humor glutinoso
Que de sus entrañas purga
Con delgados hilos teje
Las fatales ligaduras.
Contra lo terso del vaso
Repetidas hebras cruza,
Y sobre ellas sus cenizas
Y las esperanzas funda.
Allí con impulso propio
La antigua piel se desnuda,
Y bajo el nombre de ninfa
Una bolsa lo sepulta.
Pasados algunos días,

En que el calor la fecunda,
Ya mariposa brillante,
Vuela fuera de la urna.
Observando este portentoso
Una vez, cual otras muchas,
Vi en un pequeño resquicio,
Que estaba una araña oculta,
Entre el vaso y la pared
Extendió su tela, astuta,
Con cuyo doloso arbitrio
Su efímera vida busca.
Atisbando cautelosa
Á un gusano en su clausura
Entre dientes murmuraba,
Haciéndole mofa y burla.
« ¡Qué raro tema, decia,
Á este bicho preocupa!
No come, bebe, ni duerme,
Pensando solo en la tumba.
¡Pobre diablo! con qué empeño,
Con qué calor y qué furia,
Ha tomado por oficio
Labrarse la sepultura.
Las entrañas se devana,
Y para morir madruga,
De las delicias se priva,
Y hasta el pellejo renuncia.
Yo tambien me desentraño,
Pero por la causa justa
De procurarme la vida
Y placeres que la endulzan.
Al solo nombre de muerte
El cuerpo se me espeluzna,
Su mas remoto peligro
Me hace guardar esta gruta.
Oyólo todo el gusano

Y con su voz moribunda,
Le dijo: los dos tenemos
Razon en nuestra conducta.
Tú, que otra vida no esperas
Mas que la presente, gusta
De sus placeres, y teme
Que la muerte los destruya.
Yo voy alegre al sepulcro
Y aun lo prevengo de industria,
Porque la muerte es el medio
De mejorar mí fortuna.
Ora soy gusano humilde
Que me arrastro con angustia,
Y mañana ave del cielo
Volaré por las alturas.
Lo mismo decir pudiera
Un fraile de la Cartuja
Contestándole á Voltaire
Los sarcasmos y las zumbas.
Siglo que ilustrado llaman
Las arañas de que abundas,
Aprovecha las lecciones
Con que un gusano te alumbra.

DR. GARCÍA DE GOYENA (*Guatemala*).

LOS PERROS.

No debe dudar ninguno
De mis cándidos lectores,
Que en la casa de un magnate
Haya perros á montones.
Un valiente alano siempre
Á la cadena se pone,
Y en ciertas horas se suelta

Para que la casa ronde.
Un podenco muy ligero,
Que con vivo olfato corre
Tras la liebre, cuando el amo
Sale á cazar en el bosque.
Un lanudo perro de aguas
Que con los muchachos dócil,
Si le tiran la pelota
Él la persigue y recoge.
Hasta la niña de casa
Tiene su querido gozque,
Que en sus faldas acaricia
Con envidia de algun jóven.
Despues de la cena, juntos
Bajo la mesa una noche,
Entre podenco y alano
Pasaron estas razones:
Si todos nacemos perros
Aunque con distintos nombres,
¿Por qué han de ser desiguales
Los destinos que nos toquen ?
A nosotros las fatigas
Y trabajos corresponden;
Y otros logran el regalo
Y estimacion de los hombres.
No, señor, en las fortunas
Turnemos todos conformes,
Aunque al lanudo y gozquejo
El partido no acomode.
Discutida la materia,
Resolvieron los perrotes
Con espíritu insurgente,
Remediar aquel desorden.
He aquí que el perro de faldas
Amanece atado al poste
De la puerta, y aunque ladre,

Miedo ni respeto impone.
Del tanque quiso el podenco
Sacar la pelota; hundióse,
Y al cabo salió sin ella
Tragando agua á borbotones.
Cuando el cazador azuza
Al perro lanudo y torpe,
Á la seña ladra y brinca
Y los conejos se esconden.
Y el alano corpulento
Viendo la ocasion de molde,
Sobre la niña en la cama
Con ligero salto echóse.
Ella grita temerosa,
Ocurre gente, y en donde
Buscaba tiernos cariños
Halla desprecios y golpes.
Sabedor del desengaño
Su cadena reconoce,
Y cada cual de los otros
Se reduce al viejo orden.
Nunca podrán ser iguales
Las humanas condiciones,
Mientras deban ser distintos
Los talentos y los dotes.

EL MISMO.

LOS ANIMALES EN CORTES.

DE muchos animales
Quejas sin fin y largos memoriales
Van al Leon, pidiéndole que forme
Leyes nuevas y el código reforme.
El Leon entónces de justicia lleno,

A Córtes los convoca en sitio ameno
Donde tres diputados
Por cada especie llegarán nombrados.
Apénas publicado fué este bando,
Cuando fueron llegando
El Toro ardiente, el Jaco belicoso,
El fiero Tigre, La Pantera, el Oso.
La Liebre, el Ciervo, el Gamo, el Perdiguero,
La Oveja, el Carnero,
El Marrano, el Coyote ¹,
Y despues el Pollino á medio trote.
En fin, sin excepcion, de varios modos,
Se vieron juntos todos
Desde el noble Elefante al vil insecto.
Uniéndose por su órden al efecto,
¡Con qué elocuencia grave, con qué seso
Desplegó sus talentos el Congreso!
Del valor militar habló el Caballo,
De vigilancia el Gallo;
Alaba el Perro su lealtad constante,
La castidad ensalza el Elefante,
Y aun el Asno, atenido á su experiencia,
Encomia la virtud de la paciencia.
Contra el ócio perora
La Hormiga afanadora,
Censura el mústio Gato
El paseo libre, el mundano trato;
Y hasta un Lobo político, aunque lobo,
Dijo mil maravillas contra el robo;
El Venado, el Conejo bullicioso,
La Ardilla, el Ratoncillo quisquilloso,
En la junta desplegan con destreza
Su natural viveza,
Brillando aun mas con su maligno tono

¹ Especie de lobo de Centro América.

El Zorro astuto y el picante Mono.
Después de mil debates,
En que se hablaron muchos disparates,
Se trató de plantear el ejercicio
De la virtud y sofocar el vicio,
Discurriéndose medios muy diversos
Para que los infames y perversos
Al punto desterrados
Fueran de las campiñas y poblados:
Y aunque á cada proyecto
Se le encontraba siempre algun defecto,
El Gallo al fin propuso con instancia,
Que la preponderancia
De algunos animales se quitara,
Y la ley de igualdad se decretara.
La propuesta causó grande susurro
Y aun llegó á sonreirse el mismo Burro;
Mas como un extranjero
Pasa en cualquiera parte por primero,
Distintos oradores
Agotando de su arte los primores,
Sostuviéron al Gallo de tal modo
Que inclinado quedó el Congreso todo.
Por interés los unos,
Por zánganos los otros, y por tunos,
De la igualdad sancionan el decreto,
Y luego al Rey le llevan con respeto.
Firmó S. M. y en la asamblea
Resuenan los aplausos de la idea,
Llamándola un portento
Y apostrofando al Gallo por su invento.
Salían ya, cuando un Raton casero
Vió junto á sí con ademan severo
Al Gato su enemigo,
Y poniendo al Congreso por testigo,
Ved, señor Leon, dijo:

Vuestro decreto es vano, aunque prolijo,
Pues mi Señor el Gato aun uñas tiene
Y predominio sobre mí mantiene,
Amigo, exclamó el Leon, mis animales
Se han declarado iguales;
Mas no es fácil quitarles con presteza
Lo que al nacer les dió Naturaleza
Con decretos eternos:
Por hoy mantenga el Toro sus dos cuernos,
El Mulo sus pezuñas,
El Tigre y Gato sus filosas uñas
Guarde el Lobo sus dientes
Y cada cual sus armas diferentes,
Hasta que sea pensado
El negocio, y mi reino nivelado....
Nunca se llegó á ver por experiencia;
Pero salió por fruto esta sentencia
Ningun legislador aunque profundo
Podrá igualar el mundo.

EL CIERVO Y LA OVEJA, SIENDO JUEZ EL LOBO

Ante el Lobo una queja
El Ciervo presentó contra la Oveja:
Pretendia sin forma y sin testigo
Que le debía un celemin de trigo.
La Oveja, aunque inocente,
Viendo en el tribunal tal Presidente
No contradijo el hecho;
Y juzgó el Lobo como en un barbecho;
Se la mandó pagar, fijóse el plazo,
Y la pobre salió de este embarazo.
Llegado el dia, ejecutóla el Ciervo;
Pero como iba solo,

Le respondió la Oveja: vé, protervo,
 Que mi promesa la arrancó tu dolo
 Y del juez enemigo la presencia,
 De que nada te debo, en mi conciencia,
 Voy tranquila y segura:
 Solo hace ley la fuerza miétras dura.

Id.

LA PALMA Y LA MALVA.

UNA malva rastrera que medraba
 En la cumbre de un monte gigantesco,
 Despreciando una palma que en el llano
 Leda ostentaba sus racimos bellos,
 De este modo decia: « qué te sirve
 Ser gala de los campos y ornamento,
 Que sean tus ramos de esmeralda pluma,
 Y arrebatár con majestuoso aspecto ?
 ¿ De qué sirve que al verte retratada
 En el limpio cristal de un arroyuelo
 Parezca que una estrella te decora
 Y que sacude tu corona el viento,
 Cuando yo, de quien nadie mencion hace,
 Bajo mis plantas tu cabeza tengo ? »
 La palma entónces remeció sus hojas
 Como aquel que contesta sonriendo,
 Y la dijo: « que un rayo me aniquile
 Si no es verdad que lástima te tengo.
 ¿ Te tienes por mas grande, miserable,
 Solo porque has nacido en alto puesto ?
 El lugar donde te hallas colocada
 Es el grande, tú no; desde el soberbio
 Monte do estás, no midas hasta el soto:
 Mira lo que hay de tu cabeza al suelo.
 Aunque ese monte crezca hasta el Olimpo,

Serás malva, y no mas, con todo eso.
 Desengáñate, chica, no seas loca,
Jamás es grande el que nació rastrero,
Y el que alimenta un corazon mexquino
Es siempre bajo, aunque se suba al cielo. »
 Á tan fuerte sermon, la pobre malva,
 Que no esperaba tal razonamiento,
 Calló corrida, entre bejucos varios
 Sus desmayadas hojas escondiendo.
 Á la vez asomaba el sol radiante,
 Decorando de grana el firmamento,
 Y el arroyo, las flores y las aves
 Cantaron de la palma el lucimiento.

PLÁCIDO (*Cuba*).

EL FILÓSOFO Y EL BUHO.

POR decir sin temor la verdad pura
 Un Filósofo echado de su asilo,
 De ciudad en ciudad andaba errante
 Detestado de todos y proscrito.
 Un día que sus desgracias lamentaba
 Un buho vió pasar, que perseguido
 Iba de muchas aves que gritaban:
 « Ese es un gran malvado, es un impio,
 Su maldad es preciso castigarla —
 Quitémosle las plumas así vivo. » —
 Esto decian, y todos le picaban;
 En vano el pobre pájaro afligido
 Con muy buenas razones procuraba
 De su pésimo intento disuadirlos.
 Entónces nuestro sabio, que ya estaba
 Del buho infeliz compadecido,

Á la tropa enemiga puso en fuga
 Y al pájaro nocturno dijo: — amigo,
 « Por qué motivo destrozarte quiere
 Esa bárbara tropa de enemigos? »
 — « Nada les hice — el ave le responde;
 El ver claro de noche es mi delito. »

J. M. HEREDIA (*Cuba*).

PROBLEMAS.

(De un precioso libro de problemas de aritmética para niños, en verso)

I.

Á CIEN piés de distancia cierta gata
 Vé pasar una rata
 Que se aleja pié y medio por minuto.
 El cazador astuto,
 Mejor dicho, la astuta cazadora,
 Que anda noventa piés en media hora,
 Ya con medidos pasos, ya arrastrando,
 Á la rata infeliz váse acercando.
 Á las diez comenzó la cacería;
 Y yo saber querria
 Cuál va á ser el momento
 En que comience, oh rata! tu tormento.

II.

Seis saltos de un perro.
 Equivalen á cuatro de zorro:
 Del zorro dos saltos
 Equivalen á nueve de un mono;
 Un salto del perro.

Dos del mono y catorce del zorro
 Componen cien varas;
 Lo que salta cada uno lo ignoro.

RICARDO CARSQUILLA (N. Granada)

PALABRAS QUE SE ESCRIBEN CON V INICIAL.

CON *v* escribense válvula, vaca,
 Vanagloria, vasija, venero.
 Vaticinio, valor, vocinglero,
 Vegetando, valer, vacilar.
 Y vaivenes, vedija, vascuence
 Con vasallo, varar y vecino,
 Vaina, vale con vástago, vino
 Y verdugo con vera, vaciar.
 Y viador con vehículo, vaso
 Verifica, vernal y veleta,
 Vendimiñando, vermifugo, veta
 Y vehemente, verbal y volver.
 Vasto, vega, vedar, verosímil,
 Vaque, vaile, vanguardia, vejiga,
 Y vindicta con vómito, viga,
 Vanidad, vericuetto, vencer.
 Vilipendio, veneno, vocea,
 Vate, vara, vagar, voluptuoso,
 Veinte, velo, vengar ó valioso,
 En volándas, venial y vestir.
 Viudo, viña, vereda, valúo
 Y vestigio, vetusto, vigente,
 Volantones, verano, valiente
 Vianda, vicio, verruga, visir.
 Verbo, Vénus, vergüenza, vestigio,

Muestra de un precioso tratado de ortografía en verso.

Verde, *vaya*, vapor, vérdolaga,
 Véndaval con vestibulo, vago,
 Vislumbrar con verídico y voz.
 Vil, vigilia, vorágine, verja,
 Con vosotros, violar y venablo,
 Villancico, vinagre, vocablo,
 Viérnes, *vice*, vucencia, veloz,
 Vituperio, virita, voltea,
 Vade, voto, voleo, *valido*,
 Con volúmen, violáceo, vajido
 Y viaraza, vergel, veleidad.
 Viajar, vuelo, vigésimo, vacío
 Y vacuno con vispera, vía,
 Vírgen, vírus, vitela, vigía,
 Vos, volcan, volapié, voluntad.
 Vende, vénia, vitriolo, visera
 Con verraco, vibrar y vicario,
 Vuestro, *vello* con viatico y vario,
 Veterano, violeta, *varon*,
 Viso, vena, verdad y voluble
 Con vizconde, vapula, vihuela,
 Vocacion y visita, viruela
 Vindicado, violin y vellon.
 Y visage, vulgares y vibora
 Vulnerar con vulpeja y venado,
 Vuelco, viola con víctima y vado,
 Voraz, vido con válido y vil.
 Y con víscera, vez y volátil
 Y vajilla, valar, vejestorio
 Con voltario, vigor, venatorio
 Y volante, visar, varonil

• • • • •

J. M. MARROQUIN (N. Granada).



PUENTES DE MAROMA.

..... SE pasa de un pueblo á otro por un puente llamado de *maroma* (*chimba-chaca*), que consiste en cuatro ó cinco cuerdas de tres á cuatro pulgadas de diámetro y hechas con las fibras de las raíces del *agave* (*cabuya*) que las van trenzando y añadiendo. Estas cuerdas están atadas á las dos riberas en unos grandes troncos de *molle*; tiene el puente de largo 120 piés y unos ocho de ancho: las *maromas* están cubiertas con bambúes, y aun céspedes, para darles peso; sin embargo es tan flexible el puente que parece una hama-ca, máxime cuando sopla el viento en la hoya, pues se hace impasable aun para los naturales del país que tienen costumbre de pasarlas.

Los viajeros hablan del peligro de estos puentes suspendidos en el aire, peligro que desaparece cuando pasa una sola persona con ligereza é inclinando el cuerpo para adelante. Las oscilaciones de las cuerdas son mas fuertes cuando el pasajero se hace conducir por un indio que camina con mas prontitud que él, ó cuando asustado por el aspecto del agua, que descubre al través de los intersticios de los palos, tiene la imprudencia de detenerse al medio del puente y asirse de las cuerdas que sirven de balaustrada.

Estos puentes tenían los indios ántes de la llegada de los españoles, y aun se conservan en algunos puntos de mucho concurso, como en *Santa* en el Perú, por donde pasan mulas cargadas; y la naturaleza del terreno no permite otro.

Un puente de estos no se conserva en buen estado sino durante veinte ó veinticinco años, aunque necesita renovarle algunas cuerdas cada ocho ó diez años; mas la policía está tan poco celosa del bien comun, que no es raro ver que los bambúes se rompen en gran parte, y dejen agujeros por los que puede pasar el cuerpo, y una caída es muerte segura, pues el río es muy profundo y la corriente tiene una

rapidez extraordinaria. La duracion del puente es mayor cuando la raiz de agave conserva la humedad, pues entónces parece incorruptible.

INDIOS DEL ORIENTE.

LA lengua que hablan generalmente estos indios es la *Quichua* ó peruana, que guardan con bastante pureza casi tal como refieren los conquistadores. Su poesia son fragmentos en prosa entonados al son de un tamboril que es su única música. Sus danzas consisten en evoluciones circulares, en las cuales uno de los que tocan los pitos forma la cabeza, y le siguen como en sarta los danzarines con sus tamboriles describiendo circunferencias y contramarchando en el mismo sentido despues de haber dado muchas vueltas. Solo en las festividades de los matrimonios bailan de frente un hombre y una mujer, tienen un mal violin, y alientan las cajas al son del canto. Las mujeres al bailar no levantan la cabeza, y van dando unos pasos con los piés unidos, tan unidos, tan cortos que parece no los mueven.

Aunque son cristianos tienen ideas muy imperfectas del cristianismo, y apénas, conciben un Sér supremo. A pesar del cuidado que tendrían los Jesuitas, creen en la transmigracion de las almas; así la metempsicosis, que nació en los pueblos del Asia y que fué doctrina de muchos griegos ilustres se encuentra entre los salvajes de América.

Tienen gran respeto á las propiedades de sus compatriotas, pero no sucede lo mismo con las de los forasteros: con todo dentro de poblado casi nunca roban: mas de las cargas que se les confian, principalmente si son de víveres, no tienen escrúpulo en robarse todo lo que pueden, y reconvenidos no contestan nada, sin que haya medio alguno de hacerlos responsables. Son sobre manera lacónicos en responder á lo que se les pregunta, Nunca se puede obtener de ellos una

respuesta que indique prevision ni aun seguridad; si se les pregunta, por ejemplo, *¿lloverá hoy?* contestan sin pararse « *si llueve veremos* » ó la frase, « *el cielo sabrá eso.* »

La mujer entre ellos está destinada á criar los hijos, á cuidar de las labores del campo y á otras muchas atenciones domésticas. El indio pasa el tiempo muchas veces en un estado de indolencia que da pena, ó cuando mas, se ocupa de sol á sol en andar metido por los bosques buscando cacería: no obstante, en sus viajes á pié cuando llevan carga, ó en el rio cuando sirven de bogas, es admirable la fortaleza con que sufren las privaciones. En sus viajes son siempre alegres é incansables.

Suponen que la muerte no es natural, y la achacan á sortilegios hechos por algun enemigo, lo cual es motivo de division entre las familias.

Cuando alguno enloquece, no suponen, como sucede en algunos pueblos de Asia, que está inspirado por las divinidades, ántes por el contrario, dicen que está poseido por el demonio, y lo tratan con tanta crueldad, que si no hay algun blanco que lo defienda, muere el pobre demente en medio de martirios. Creen que los negros son gentes malditas de Dios, y que el color ló deben á la carbonizacion que han sufrido en las hogueras del infierno, motivo por el cual les profesan gran antipatía. En general los indios cristianos están llenos de supersticiones y muy apegados á las tradiciones de sus mayores, las cuales conservan con cierta veneracion.

LOS INDIOS ZÁPAROS.

Él valer es la mayor si no la única de las virtudes que conocen estos indios: así han ligado su transmigracion de modo que convenga con esta idea dominante. Los *Záparos* creen generalmente que las almas de los valientes pasan á animar esos bellos pájaros de lindos plumages y de canto

agradable, como premio de su valor, y que á esta clase de aves proporcionan los bosques las mas deliciosas y sazonadas frutas, miéntras que las almas de los cobardes están destinadas á animar sucios reptiles que se arrastran por el suelo y escasamente encuentran medios de subsistir. Cuando un záparo encuentra uno de estos reptiles lo persigue hasta matarlo á palos, pues el alma de los cobardes ni metamorfoseada les inspira compasion, y no es raro oírles decir en estos encuentros « ves el alma del cobarde (que sospechan) que se ha metido en aquel reptil: » lo mismo sucede con el alma que anima á las aves hermosas, la que fácilmente presumen de quién fué, y á la vez suelen contar y recordar las hazañas del héroe que ha venido á transformarse en aquella ave, que regularmente es un pariente.

No pasarémos en silencio una de las cosas que á nuestro modo de ver llamará la atencion, y es un bejuco del cual hacen uso los *Záparos, Santa Marias, Mazanes y Anguteros* para adivinar, preveer y contestar con acierto en los casos difíciles, ya sea para dar respuestas oportunas á los embajadores de las otras tribus cuando se trata de hacer la guerra, ya para descubrir los planes del enemigo por medio de esta mágica bebida, y tomar las disposiciones convenientes para ataques y defensa, ya en caso de enfermedad de un pariente para averiguar cuál brujo lo tiene en ese estado, ya para hacer una visita amistosa á otras tribus, ya cuando les llega gente extraña como viajeros, ya, en fin, para cerciorarse del amor de sus mujeres. La operacion consiste en lo siguiente: toman un bejuco llamado *Ayahusco* (bejuco de muerto ó almas) del cual hacen un ligero cocimiento y lo bebe el indio que debe dar las respuestas ó arreglar los planes, y muchas veces lo beben todos los indios que forman el congreso. Esta bebida es narcótica, como debe suponerse, y á pocos momentos empieza á producir los mas raros fenómenos. Su accion parece dirigirse á excitar el sistema nervioso: todos los sentidos se avivan y todas las facultades se despiertan: siente vahidos de cabeza, luego la sensacion de elevarse en el aire y co-

menzar un viaje aéreo. El poseido empieza á ver en los primeros momentos las imágenes mas deliciosas, conforme á sus ideas y conocimientos: los salvajes dicen que ven lagos deliciosos, bosques cubiertos de frutas, aves lindísimas que les comunican lo que ellos desean saber. Pasado este momento, émpiezan á ver fieras terribles dispuestas á desgarrarlos les falta el vuelo y bajan á combatir en la tierra con las fieras, quienes les comunican todas las desgracias y desventuras que les aguardan. En este momento se levanta salvaje que estaba como en estupor, y procura tomar las armas, insulta á sus mayores amigos, que lo contienen á la fuerza dentro de la hamaca, hasta que se duerme, lo que no tarda mucho en suceder. Yo, por mí, sé decir, que cuando he tomado el *Ayahuasca* he sentido vahidos de cabeza, luego un viaje aéreo en el que recuerdo percibia las perspectivas mas deliciosas, grandes ciudades, elevadas torres, hermosos parques y otros objetos bellísimos; luego me figuraba abandonado en un bosque y acometido de algunas fieras, de las que me defendía; en seguida tenia sensacion fuerte de sueño, con dolor y algunas veces malestar general.

El salvaje toma el *Ayahuasca* muchas veces por placer; pero necesita de personas robustas que esten cerca para sujetarle fuertemente en una hamaca; porque si se le dejara en libertad y se apoderara de cualquier arma, tal vez no escaparia con vida ninguno de los circunstantes; tales son la furia y las bravatas que dice á los espectros malignos.

Pasado el último sueño, recoge los recuerdos que tuvo cuando veia las visiones, y segun sus supersticiones arregla las medidas que debe tomar.

M. VILLAVICENCIO (*Ecuador*).

LA INDIFERENCIA EN MATERIAS RELIGIOSAS.

LA indiferencia es la enfermedad que nos mata, el veneno que se ha inoculado en nuestras venas. Todo nos es indife-

rente: las mas severas verdades y las mas terribles revelaciones no se recuerdan sino por el predicador en los púlpitos, pero casi nunca por el cristiano en sus hogares. Y si queremos salvarnos y salvar en nuestra carne nuestra descendencia; si pretendemos adelantar el reinado de la virtud y la era de la felicidad para el mundo, es preciso que combatamos con vigor, no desde mañana sino desde hoy, no contra enemigos lejanos sino contra nosotros mismos.

Sabeis lo que produce esta inaccion de la conciencia? La muerte! Y no se puede salvar de ella sino con resoluciones enérgicas que hagan honor á nuestro nombre de cristianos.

En los *páramos* que cubren las cimas de nuestros Andes, hay terribles peligros para los viajeros. Á un frio desgarrador se junta un aire mas frio aun que azota el róstro; y.... desgraciado del pasajero que se deje sorprender por la noche en un páramo! Cuando ya sus miembros se han enervado, un sueño invencible se apodera de él, y en ese momento ni la imágen de su casa, ni el calor de su hogar, ni la idea misma de bajar á los valles, le es tan agradable como la de gozar de un momento de sueño! — sueño fatal que le sirve de máscara á la muerte: descanso falaz que no es otra cosa que la caida del cuerpo en el sepulcro y la entrada del alma á la eternidad! Entónces no hay salvacion si el viajero no toma una resolucion violenta: debe agitarse aunque sus músculos se nieguen materialmente á obedecerle. Desdichado del que reposa entónces! Al dia siguiente otros viajeros encontrarán su cadáver bajo las hojas heladas del páramo: su boca estará abierta por una risa engañosa — imágen de su última ilusion: y si entre la caravana hay alguno que se haya escapado del peligro, dará secretamente gracias á Dios que le inspiró la resolucion de luchar, y salvó su existencia.

He aquí nuestra imágen y la de la muerte que aguarda á nuestras almas: si quereis libraros, combatid con vuestra misma carne: no permitais que se apodere el sueño de vosotros, ni dejéis que huya el calor vital que debemos conservar á todo precio. El que duerme, muere! Y es triste cosa,

grangearse por un día de sueño una eternidad de vigilia, en vez de ganar un descanso infinito por un solo día de lucha.

.

El Señor grabó su nombre en nuestros corazones: despues aprendemos á llamarlo, dándole el nombre que le tiene asignado el lenguaje respectivo del individuo, y adulterando muchas veces esa grande y sublime nocion con los errores que heredamos ó con los que inventa nuestra malicia.

Sobre todo, hay una voz muy elocuente para convencernos de esta verdad: y es la de la naturaleza, el acento lloroso de la desgracia, y hasta el grito sordo y brusco de nuestras mismas pasiones. Las mas bellas palabras pronunciadas por el mas grande orador para convencernos de que no hay Dios se olvidan al momento que uno fija sus ojos en el sol, en el campo y en el hombre mismo. Tantos misterios que se encuentran, que no tienen explicacion plausible ni para el entendimiento mas agudo y perspicaz, proclaman á una el Sér sobrenatural que los formó. La naturaleza lo proclama: ese mar que se agita de una manera tan terrible y con un aparato tan solemne, que se muestra tan fiero y tan soberbio en sus tempestades, y tan humilde al llegar á una meta trazada en la movible arena, dice que hay un Sér que lo domina.....

El hombre no es feliz: la gloria, el placer y el oro no llenan sus deseos ni apagan su sed aunque son los mejores bienes del mundo. Bajo la púrpura de los reyes, la coraza del guerrero, los harapos del indigente y el manto del mercader, está siempre el corazon anhelando ese bien desconocido que jamás encuentra. El corazon humano tiene un vacío; el hombre echa oro y esperanza y laureles en ese vacío que es como el tonel de las Danaídas: jamás se llena; pero si le echa un pensamiento solo de Dios, lo colma y rebosa. Dios es la plenitud del alma: luego Dios existe.

El dolor, la indigencia y la humillacion repugnan instintivamente á la carne; pero dad estos tres males á un mártir que sufra por su Dios, y encontraréis, oh filósofos! un fenó-

meno que vosotros no poneis en los capítulos de vuestras obras — un corazón que nada más desea, porque Dios ha llenado todos sus deseos.

Coronad de laurel á un poeta en el Capitolio y de espinas á un cristiano en las Catacumbas; el segundo será tan feliz cuanto poco dichoso el primero. Es que el bien terreno no puede seducir al alma como un bien celestial.

J. M. VERGARA (N. Granada).

INVOCACION RELIGIOSA.

No seré yo, mi Dios, quien á tí llegue
Cubierto de rubor, ni quien osado
Ante tu excelsa majestad despliegue
Del pensamiento el vuelo arrebatado;
Nó: yo sabré sin que el dolor me ciegue,
Padre infeliz, con ánimo esforzado,
Imitando el zumbir de mansa abeja,
Levantar hasta tí mi humilde queja.

Si en mis labios jamás la trompa de oro
Con épica expresion sonó robusta;
Ni en bélico cantar lancé sonoro
El grito del dolor que al alma asusta.
De ternura infantil todo un tesoro
Mi númen te dirá con voz augusta,
Y en fácil rima que cantando llora
Todo el inmenso afán que me devora.

Yo te diré porqué cuando serena
La noche su amplio manto de zafiros
Despliega hermosa y de misterios llena
Á tí consagra un himno de suspiros,
De mi lira se escapan con mi pena.

En ecos de dolor ó en blandos giros
Las quejas ay! las quejas que mi pecho
Lanza en hirvientes lágrimas deshecho.

Yo te diré, mi Dios, por qué la tierra
Es desierto arenal para mis ojos,
Y el mundo todo para mí no encierra
Sino de muerte pálidos despojos;
Por qué donde paz hubo encuentro guerra,
Donde flores de amor tan solo abrojos,
Y es el eterno suspirar del viento
Mi grito del dolor y mi lamento.

Es ella, oh Dios! la hija idolatrada
Por quien palpita el corazon y gime
En triste soledad; por quien trocada
En pena mi ilusion, su sello imprime
En mi frente el dolor; y acobardada
Ante tu excelsa majestad sublime,
Ni acierta el alma á comprender ni alcanza
Mas luz ni salvacion que tu esperanza.

Ella! tan dulce al corazon, tan pura
Como el fresco rosal que Mayo enflora!
Mi luz providencial en noche oscura,
Y en horas de dolor mi blanca aurora.
Ella! que objeto fué de mi ternura,
Y causa de mis quejas es ahora,
Pálida muere, y ante el sol que nace
Cual vaporosa nube se deshace.

.

R. M. DE MENDIVE (*Cuba*)

~ ~ ~ ~ ~

FÁBULAS.

LAS OVEJAS

« LIBRANOS de la fiera tiranía
 De los humanos, Jove omnipotente,
 (Una oveja decia
 Entregando el vellon á la tijera);
 Que en nuestra pobre gente
 Hace el pastor mas daño
 En la semana, que en el mes ó el año
 La garra de los tigres no hiciera.
 Vengan, Padre comun de los vivientes,
 Los veranos ardientes;
 Venga el invierno frio,
 Y dános por albergue el bosque umbrío,
 Dejándonos vivir independientes,
 Donde jamás oigamos la zampoña
 Aborrecida, que nos da la roña,
 Ni veamos armado
 Del maldito cayado
 Al hombre destructor que nos maltrata
 Y nos trasquila, y ciento á ciento mata.
 Suelta la liebre paze
 De lo que gusta, y va donde le place,
 Sin zagal, sin redil y sin cencerro;
 Y las tristes ovejas, duro caso!
 Si hemos de dar un paso,
 Tenemos que pedir licencia al perro.
 Viste y abriga al hombre nuestra lana,
 Carnero es su vianda cotidiana;
 Y cuando airado envias á la tierra
 Por sus delitos, hambre ó peste ó guerra,
 ¿Quién ha visto que corra sangre humana
 En tus altares? Nó: la oveja sola

Para aplacar tu cólera se inmola.
 Él lo peca, y nosotras lo pagamos.
 ¿Y es razon que sujetas al gobierno
 De esta malvada raza, Dios eterno,
 Para siempre vivamos?
 « Qué te costaba darnos, si ordenabas
 Que fuésemos esclavas,
 Ménes crueles amos?
 Que matanza á matanza y robo á robo,
 Harto mas fiero es el pastor que el lobo. »
 Miétras que así se queja
 La sin ventura oveja
 La monda piel fregándose en la grama,
 Y el vulgo de inocentes baladores,
Vivan los lobos clama,
Y mueran los pastores;
 Y en súbito rebato
 Cunde el pronunciamiento de hato en hato,
 El senado *ovejuno*
 « Ah! dice; todo es uno. »

ANDRÉS BELLO, (*Venezuela*).

LA PALMA Y LA MALVA.

DE penacho gentil la sien ceñida,
 Tipo de majestad y de elegancia,
 Á pocos pasos de mi humilde choza
 Alzaba su cabeza hermosa *Palma;*
 Y á sus pies confundida entre *cadelos,*
Hediondas, cardos, índigos y zarzas,
 De la humildad emblema, disourria
 La ignorada existencia de una *Malva.*
 Una tarde, en que á solas, de Natura
 Gozaba la beldad, de mi *hamacha*

Parecióme escuchar la *Palma* altiva
Dirigir á la *Malva* estas palabras:
« ¡Triste de tí, cuya tediosa vida
En vergonzosa oscuridad se arrastra,
En medio de selváticas malezas
Á vegetar por siempre condenada!
¡Triste de tí, infeliz!... Cuando te miro
Se me desgarrá el corazón de lástima!
Las brisas juguetonas no te besan,
Las aves lisongeras no te cantan;
¡Cuán dura y solitaria y fastidiosa
Debe ser tu existencia, pobre *Malva*!
Y no te causa envidia mi ventura?
De exta estensa pradera soy la gala,
Yergo la altiva frente hasta las nubes,
Y cuanto miro aquí, yace á mis plantas.
Las aves en bandada alegres vienen
Á ensayar sus acentos en mis ramas,
Los céfiros mil besos me prodigan
Jugando con mis plumas de esmeralda.
Y el trovador que aquesa choza habita,
Al son de su melódica guitarra,
Con la esbeltez de mi elegante talle
Compara la cintura de su amada.
¡Oh! ¿no soy yo feliz? al contemplarme
¿No quisieras también ser una palma?
¡Cuánta pena me inspira de tu suerte
La ruda crueldad; desventurada! »
Así dijo la *Palma* envanecida,
Vibrando de placer sus verdes ramas,
Mientras que con humilde acatamiento
La *Malva* silenciosa la escuchaba.
Pero de pronto electrizada nube
Surcando el éter de Aquilon en alas,
Con su cresta chocó... Súbito estruendo
Los setos sacudió de mi cabaña,

Y en breve instante ¡quién pensado hubiera!
 Su corona de plumas destrozada,
 La ví tendida sobre el mustio suelo
 Al mismo pié de la asombrada *Malva!*
¡Así pasan las glorias de este mundo!
 Vosotros, que la mano sacrosanta
 De *Aquel* que rige el universo todo
 En humildosa esfera colocara;
 Cuando al *grande* mirais de la fortuna
 Los favores probar, la frente alzada,
 Su suerte no envidieis: tened presente
 El triste fin de la orgullosa Palma.

F. J. AMY (*Puerto Rico*).

EL PLATANILLO Y LA MARIPOSA.

ENTRE aquella infinidad
 De flores lindas y varias
 Que para encanto del hombre
 La mano de Dios derrama
 En el seno delicioso
 De mi hermosísima patria,
 Es sin duda el *platanillo*
 Una de las mas galanas
 Por sus brillantes matices,
 Y su figura tan rara.
 Pero, en cambio, su corola
 Olor tan ingrato exhala,
 Que el que á su olfato una vez
 La lleva por su desgracia
 Arrójala, y en su vida
 No vuelve mas á tocarla.

Cierta ocasion esta flor
 Tan linda y tan despreciada,

A una *mariposa* esquiva
 De esta suerte interrogaba:
 « Por qué, señor caprichoso,
 Teniendo yo aquesta cara,
 Y siendo mi vestidura
 Tan deslumbrante y gallarda,
 Persistís siempre en mirarme
 Con indiferencia tanta,
 Vuestro obsequio prodigando
 En otras mil que no igualan
 La perfeccion de mi forma
 Ni de mi traje las galas? »

« Señorita platanillo, »
 Con sardónica mirada
 Contestó la *mariposa*,
 « Osbervo que andais errada.
 Lo que me encanta en vosotras
 Y mis obsequios demanda,
 No es del traje la riqueza
 Ni del cuerpo la elegancia.
 Sabed que busco en las flores
 Otra riqueza mas rara:
 La riqueza de la esencia;
 Y en vos no he logrado hallarla,
 Por eso teniendo en poco
 De vuestro traje las galas,
 En otras ménos vistosas
 Voy, señorita, á buscarla. »

Así diciendo el insecto
 Y desplegando las alas
 Voló á posarse en el seno
 De una *violeta* inmediata.
 Tal es, sin duda, la suerte
 De todas esas muchachas

Que creen que con vestirse
 De ricas sedas y gasas,
 Zandunguear con perfeccion,
 Tener lindísima cara
 Y un talle esbelto y airoso
 Para cautivarnos basta:
 Sin saber que todas estas
 Cualidades valdrán nada
 Del sensato en la opinion,
 Si no van acompañadas
 De las morales riquezas,
 ¡Divina esencia del alma!

F. J. AMY (*Puerto Rico*).

LA GALLINA Y EL DIAMANTE.

I.

FUE un tiempo, tiempo airado,
 De escasez nunca vista;
 De diente acicalado.
 Y mesa desprovista
 Y boca sin bocado.

Los viejos tragantones
 Pasando fiel revista
 De cascos de botellas
 Y despensas vacías,
 Lloraban ay! aquellas
 Dulces indigestiones
 De mas felices dias.

Etéreos los amantes,
 Cual nunca interesantes,
 Con gentiles pescuezos,
 No exhalaban suspiros
 Sino luengos bostezos.

Y siendo la gazuza
Musa que tanto sabe
Que enseña el arte á un ave
Y que al molondro aguza,
Soltaron los poetas
Sus miseras muletas
De perlas y zafiros,
De rosas y azucenas:
Pampirolada rancia
Sin gusto y sin sustancia;
Y ora en sus cantilenas
Nos regalaban solo
Con suculentas cenas
Dignas del mismo Apolo:
— Viéranse allí sirenas
Y Pegasos trufados,
Compotas de ballenas,
Pirámides rellenas
De elefantes guisados;
Niágaras de escabeche,
Amazonas de leche,
Chimborazos de helados.
La humanidad doliente
Romántica vivía
De sueños y recuerdos;
No de pavos y cerdos
Como prosáicamente
Se embute todavía.
Pastores y ganados
Y aun los mismos soldados
(Dientes privilegiados)
Estaban sin raciones;
Lleno de astros el cielo,
Pingüe de polvo el suelo,
Mas los campos en pelo,
Sin agua el riachuelo,

Sin peces el anzuelo,
 Sin uñas los ladrones,
 Barrió doquier la planta
 De la feroz Carpanta.

II.

Y pasó *in illo tempore*
 Que una infeliz gallina
 Mas flaca que una espina,
 (El emplumado espíritu
 De la difunta raza,
 A juzgar por su traza)
 Iba clamando *piio*
 Con el buche vacío.
 Y aquel aire contrito
 De un ayuno infinito,
 Corriendo con el brío
 Que la prestaba el viento,
 Y alturas y hondonadas
 Y aun cosas reservadas
 Registrando á patadas
 En busca de sustento;
 Firme en su heróico intento
 De no rendirse al hambre
 Ni en el postrer calambre
 Ni en el postrer aliento,
 Mientras el noble osambre
 Prendido de un alambre
 Pueda plantarse equilibrio
 En su atrincheramiento;
 Mientras haya mandíbulas
 Y sujeto anatómico,
 Y quede un breve epítome,
 Una etcétera, un átomo,
 Ruina de ruinas

De la mas flaca y última
 De todas las gallinas:
 Porque sabrá impertérrita
 Cumplir su juramento
 De no dejar ni un síntoma
 Para contar el cuento.

Con patas, uñas, pico,
 Repartiendo mandoble
 Á diestro y á siniestro.
 Buscaba su pan nuestro
 La honrada criatura.
 Cuando entre la basura
 De un recoveco innoble
 Hace el descubrimiento
 De un diamante, un portento
 De grandor y hermosura.

Bípodo venturoso!
 Ya tu fortuna es hecha.
 Duerme satisfecha
 Sobre el laurel glorioso!

Alégrase en efecto
 A su radiante aspecto
 La escuálida gallina:
 Algun caro escondrijo
 De un alma femenina
 Relámpago de gloria
 Le alumbraba la memoria....
 Pero bien pronto dijo
 Gacha y desconsolada:
 « Oh breve regocijo!
 Oh pérfidas quimeras!
 Oh deslumbrante nada!....
 ¡Ah si á lo ménos fueras
 Un grano de cebada! »
 Y dando otra escarbada
 Volvió á enterrar colérica

La piedra malhadada.
 El momento presente
 Su precio á todo indica,
 Y cada cual le aplica
 Balanza diferente:
 Tal vez lo que mas tiento
 Del envidioso el ceño
 Trocáralo su dueño
 Por el pan del mendigo
 Que enfermo y sin abrigo
 Rinde á su puerta el sueño.
 Qué son diamantes, oro,
 Palacios, opulencia,
 Cuando es otro el tesoro
 Que busca la existencia?
 — Fantástica apariencia,
 Externo meteóro,
 Que no lavó el desdoro
 Ni al ojo quita el lloro
 Ni á la Verdad su foro
 Ni al alma su indigencia.

EL HOMBRE ES LA CONCIENCIA,
 Y solo allí segura
 Paz fundará y ventura,
 Orgullo, independencia.

R. DE POMBO (*N, Granada*).

EL MONO Y EL GATO.

TENIA el señor Don Gil,
 Hombre amigo de cucañas,
 Rebosando de castañas
 Un estupendo barril;
 Y envíanle de Tetuan
 Un mono de pocos años

Que por sus muchos amaños
Se llamó el Gran Capitan.
Entró nuestro mono un día
De don Gil al aposento,
Y ocurrióle en el momento
Una extraña fechoría:
Del barril logró sacar
De castañas un puñado,
Y en la estufa con cuidado
Echólas luego á tostar.
Alegre como unas páscuas
Da el comerlas por seguro,
Mas hallóse en grande apuro
Al mirarlas hechas áscuas;
Y notando á Zapiron
Que en blando cojin dormia
Díjole: « Ven, vida mia,
Dueño de mi corazon;
Aquí podrás eludir
El duro rigor del frio,
No tardes, amigo mio,
Tu falta me hace sufrir. »
Con zalamero ademan
Y el espinazo encorvando
Paso á paso fuése andando
El gato hácia el Capitan;
Y este de dulzura lleno
Le dijo: « acércate
Acércate y dormirás
Repantigado en mi seno. »
El buen gato la cabeza
Reclina cun donosura,
Y el mico por la cintura
Agárralo con destreza;
Y tomándole una mano
Barre con ella la estufa;

Zapiron se encrespa y bufa
 Y pide venganza en vano;
 Pues el monazo traidor
 Dice: « calla, vil gatillo,
 Y agradece que me humillo
 A aceptar de tí favor.
 Si acaso mi accion no es buena
 Al hombre debes culpar,
 Pues él me enseñó á sacar
 La brasa por mano ajena. »

R. CARRASQUILLA (*N. Granada*).

LA ELECCION DE AMIGOS.

UNA perra que habia
 Parido en un desierto
 Decíale á un cachorro,
 De aquella ventregada único resto:

— Fuerza es que cuando crezcas
 Los dos nos separemos:
 Tú buscarás entónces
 Para salir del bosque algun sendero.

Busca sitios poblados
 Y busca gente en ellos,
 Y entre la gente amigos,
 Que la suerte de un can depende de eso,

Sirve al hombre con toda
 Fidelidad y celo:
 Veráslo, si así obrares,
 Cuidar de tu regalo y tu sustento.

— ¡ Y cómo son los hombres ?
 Madre, pregunta el perro;
 — Fácil te es, le replica,
 Apénas los encuentres, conocerlos:

Hacen ellos mil cosas
 Que nosotros no hacemos;
 En dos piés andan.... — Vaya,
 Madre, no digas mas: tengo con eso.

El cachorro á ser viene
 Perro *sui juris* presto,
 Y se separa entónces
 De su madre con grande sentimiento.

Á los dos ó tres años
 Sucedió que, siguiendo
 En un bosque la caza,
 Vinieron á encontrarse nuestros perros.

Pasadas las primeras
 Pruebas de mútuo afecto
 La madre le pregunta
 Al hijo si ha observado sus preceptos.

— ¡Ay, sí, por mi desgracia,
 Respóndele gimiendo,
 Y cuán amargo fruto
 He obtenido siguiendo tus consejos!

— Cómo! acaso los hombres....
 — Ah! los hombres! no puedo
 Sin asco y repugnancia
 Acordarme de bichos tan perversos.

— Acaso tú, hijo mio,
 Con ruin comportamiento....
 — No digas eso, madre;
 Los ruines é ingratos fueron ellos.

Mi amistad ofreciles,
 No la aceptaron; luego

Me empeñé en obligarlos
 Á fuerza de servicios y de obsequios.

Cuando con gran fatiga
 Dí caza al veloz ciervo,
 O á la tímida liebre
 Ó al jabato cerdoso ó al conejo,

Siempre á ofrecerles vine
 Mi presa; y solo miedo
 Les inspiró la vista
 De los despojos que arrastré sangrientos.

Vencí sus enemigos
 Mientras ellos huyeron,
 Sin que me diesen muestras
 De gratitud ni del menor afecto,

Si meneando el rabo
 Cual usamos los perros
 Yo me les acercaba
 Para hacerles halagos y festejos,

Siempre correspondian
 Con muecas á este obsequio,
 O trepaban á un árbol
 Á colgarse del rabo y hacer gestos.

— Cómo! del rabo! dice
 La perra interrumpiendo,
 Ah! ya caigo: eran monos!
 Grandísimo simplon! buena la has hecho!

Tu suerte mereciste,
 Pues yo te dije á tiempo
 Que los amigos deben
 Buscarse entre la gente, majadero.

Si busca entre gentalla
 Sus camaradas Diego,
 No se queje de chascos,
 Que le diré lo que la perra al perro.

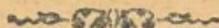
JOSÉ MANUEL MARROQUIN (N. Granada).

EL CUCLILLO.

(Del alemán, de Gellert)

A UN estornino que hastiado vino
 Del maremágnun de la ciudad
 Dijo un cuclillo: « ¡Hola, amiguillo!
 De dónde bueno? qué novedad!
 Qué se conversa de nuestro canto?
 Qué opina el mundo del ruiñeñor?
 — Todos, á una, le admiran tanto
 Que le proclaman el rey cantor.
 — Y de la alondra? — Los periodistas
 La llaman *gran notabilidad*.
 — Y de la mirla? — Varios artistas
 Encomian su alta capacidad.
 — Otra cosilla.... indiferente....
 Si usted permite, preguntaré:
 De mí, qué opina toda la gente?
 — Eso sí, amigo, decir no sé.
 Jamás el hombre mentó su nombre.
 — Ingratos! juro vengarme, si;
 Desde este instante, terco, insensato,
 Me oirán hablando siempre de mí.

R. DE POMBO (N. Granada).



FRANCISCO JOSÉ DE CÁLDAS.

... LA época mas dichosa de la vida de Cálidas fueron los años en que gozó de la plena y pacífica posesion del Observatorio de Bogotá. Digno sacerdote de la divinidad tutelar de aquel santuario elegante, consagrado fervorosamente á su culto, pasaba allí la mayor parte del dia con sus libros, con sus instrumentos, ó con la pluma en la mano, en las diversas tareas científicas á que se habia dedicado: pasaba allí tambien parte de la noche si el estado del cielo era favorable para las observaciones astronómicas; y allí le amanecía, tras de pocos ratos de inquieto sueño en su catre de camino, cuando así lo demandaba la circunstancia grave de algun notable fenómeno celeste. Un pariente inmediato y dos ó tres amigos íntimos, incapaces de abusar de su confianza, y algun jovencito que recibia de él lecciones de matemáticas, eran las únicas personas á quienes franqueaba sin disgusto la entrada de aquella su habitual residencia, en que el espíritu de orden todo lo regulaba y el menor acto de perturbacion era un crimen.

Habíale asignado el Virey, despues del fallecimiento del Sr. Mútis, mil pesos de dotacion anual como Adjunto á la Expedicion botánica en cuyo arreglo intervenia, y como encargado del Observatorio; y el mayordomo de la Expedicion le suministraba papel y algunos útiles de servicio: y entre los deberes correlativos que tenia impuestos, y que desempeñaba con escrupolosa puntualidad, era uno de ellos el de informar cada cuatro meses sobre los trabajos astronómicos y botánicos que estaban á su cargo. En cuanto á los primeros, el periodo se extendió despues á un año.

En uno de estos informes, de fecha 1° de Julio de 1809, participa Cálidas estar ocupado con empeño preferente en tres obras, á saber:

1ª « Coleccion de observaciones astronómicas hechas en el vireinato de Santafé de Bogotá desde 1797 hasta 1805, con todas las que se han verificado en el Real Observatorio astro-

nómico de esta capital desde 1806 para adelante. » El objeto de la obra era la geografía y topografía del país que comprenden hoy las dos repúblicas de Nueva Granada y Ecuador; su carta perfeccionada y completada, con una memoria especial anexa, relativa á la longitud de Quito. Nunca se apartó de la mente de Córdas este gran pensamiento favorito, cuya realizacion exigia considerable tiempo, perseverancia y paz interior: por donde quiera que viajaba, aun en las posteriores circunstancias políticas harto calamitosas, recogia con esmero materiales geográficos, topográficos y estadísticos: y en varias ocasiones presentó mapas ó cartas parciales, planos de terrenos poco extensos, y croquis de caminos, de rios, etc., á las autoridades que pedian ó necesitaban estos datos.

« 2ª Cinchografía ó geografía de los árboles de la quina, formada sobre las observaciones y medidas hechas desde 1800 hasta.... » Allí se resolvian varios problemas *botánico-económicos* para reconocer, dado un lugar de los Andes ecuatoriales, si hay quininas en sus bosques, cuáles especies se producen, y qué especie prosperará mejor por el cultivo, para designar los lugares mas adecuados á ese cultivo, etc. Todavía deseaba Córdas hacer exploraciones nuevas en los Andes del Quindío que no tenia visitados, para dar perfeccion á esta obra enteramente suya, pero no le fué posible verificarlo. Ignoramos el estado en que dicha obra quedó: y presumimos que, con título cambiado, es la *Quinología* puesta en limpio de su propia mano y firmada con su nombre, que fué vendida despues de su muerte á un extranjero por la Señora su viuda en momentos de necesidad extrema, y que rescatada como reliquia preciosa, existe hoy en poder de un compatriota nuestro, el Sr. M. M. Mosquera.

« 3ª Fitografía, ó geografía de las plantas del Ecuador comparadas con las producciones vegetales de todas las zonas y del globo entero, formada sobre las medidas y observaciones hechas en la vecindad del Ecuador desde 1800 hasta... » Formaba el fondo de esta obra la carta botánica del Virreinato, con diez y ocho grandes láminas de planos y perfiles de los

Andes ecuatoriales: estaba ella dividida en tres partes principales; plantas medicinales, plantas útiles para la subsistencia y para las artes, y plantas de aplicacion desconocida, ó vegetacion en general: y la precedia un extenso discurso sobre todos los grandes fenómenos del globo, altura, temperatura, meteoros, etc., que influyen en la vegetacion.

En 1° de noviembre remitió Cálidas al Virey la Memoria que habia redactado acerca de las refracciones astronómicas al nivel y latitud del Observatorio; dedicándosela junto con una planta á cuya flor habia puesto en su obsequio el nombre de *A. nevada*.

Ya por este tiempo (1815) era muy grave la situación de las cosas en el país, y continuó empeorándose rápidamente. Por el Sur, por el Norte y por la costa del Atlántico obraban fuerzas españolas considerables, combinando sus operaciones para la reconquista del territorio. El 6 de Diciembre fué evacuada por sus defensores la plaza de Cartagena, despues de haber sufrido un largo y riguroso asedio, y ocupada por el ejército expedicionario del general Morillo: el interior no tardó en ser invadido: las armas de la República sufrieron un gran descalabro en Cachirí, las provincias del Magdalena y las del Norte sucumbieron sucesivamente; y una fuerte division enemiga al mando del brigadier Latorre entró en Bogotá el dia 6 de Mayo de 1816. Los altos empleados, la mayor parte de las personas mas comprometidas, y algunos militares, emigraron hácia Neiva y Popayan: los restos principales de la fuerza armada se dirigieron por San Martin á los llanos de Casanare, de donde tres años mas tarde debia reaparecer victorioso el pabellon tricolor.

Cálidas fué uno de los que emigraron al Sur, con muy pocas esperanzas de salvacion, siendo una de ellas la de alcanzar á embarcarse en el puerto de la Buenaventura sobre el mar Pacífico, que se frustró para todos. Popayan estaba libre todavía; pero la accion reñida y desgraciada de la Cuchilla

del Tambo, del 29 de Junio, puso aquella ciudad á disposicion del vencedor Sámano. Córdas, su íntimo y antiguo amigo Ulloa y otros se ocultaron entónces en la hacienda de Paispamba, diez leguas distante: y allí, fueron sorprendidos y arrestados por el jefe patiano Simon Muñoz.

Personas diversas, todas veraces, refieren que al conducir el mismo Muñoz los presos á Popayan, se quedó un poco atrás con Córdas, de cuya suerte estaba compadecido y por quien le interesaban los empeños de su familia, y le ofreció salvarlo haciéndole pasar á Quito en donde gobernaba y se distinguia por sus principios de humanidad Don Toribio Móntes; pero el generoso Córdas, no habiendo podido obtener igual favor para sus compañeros de infortunio, lo rehusó, y á los pocos dias se le trajo con ellos á la capital. Juzgáronle sumariamente en consejo de guerra y fué condenado á muerte.

Tanto de palabra, con serenidad y entereza, ante ese tribunal de pura forma, como por escrito en una carta dirigida al general Morillo, Córdas hizo presente cuánto importaba al servicio de la nacion que se le conservara la vida, aunque fuese temporalmente, y aunque fuera encerrado en un castillo y con una cadena al pié, para terminar el arreglo de los trabajos de la Expedicion botánica de que él solo tenia la clave, y para completar la coordinacion de sus trabajos geográficos y astronómicos, haciendo sobre todo esto súplicas y proposiciones específicas. Algunos de los vocales del consejo fueron conmovidos hasta verter lágrimas, por el tono y la sinceridad de sus palabras, pero su comision no era dictar una sentencia sino cumplir una órden superior: dijose tambien que Morillo se inclinaba á perdonarle; y que su segundo en el mando, el general de marina Enrile, lo desvió de semejante idea.... Dejó de existir Córdas á los cuarenta y cinco años: en la flor de la edad!....

Era Córdas de estatura regular y complexion robusta: su color moreno: el rostro redondo, la frente espaciosa, los ojos negros algo melancólicos, el pelo negro y lacio, el cuello

corto: su andar desembarazado, pero lento y contemplativo. Vestia de ordinario una levita ó sobretodo de paño oscuro, que abrochaba y desabrochaba sin cesar cambiando de solapa, de manera que duraban muy poco los botones: y no dejaba de la mano un bastoncito flexible, ni de la boca un pedazo de tabaco fino torcido. Era aseado, pero no pulcro en el traje: de modales suaves, trato afable y conversacion amena.

Su carácter franco, su índole pacífica. Ni las riquezas, ni ambicion de ninguna especie, tenian para él atractivo: y fuera de la pasion por sus favoritos estudios, no ejercia imperio sobre él otra alguna. Era católico creyente y de las mas puras costumbres. Era un filósofo, en la genuina acepcion de esta palabra. Su matrimonio lo contrajo en 1810, recomendando á varios de sus amigos de Popayan que le buscasen mujer digna por sus prendas de ser la esposa de un hombre honrado; y uno de ellos, el Sr. Agustin Baraona, le propuso á su sobrina la Sra. Maria Manuela Baraona, describiéndosela fiel y circunstanciadamente, y obtuvo de ella el consentimiento cuando la hubo aceptado Córdas. Celebrado el enlace en aquella ciudad, por poder que él confirió al Sr. Antonio Arboleda, vino la novia á Bogotá. Con ella vivió en paz y con templanza satisfecho con los goces tranquilos de la medianía, y tuvo un hijo varon, Liborio, que murió en la infancia, y dos hijas que les sobreviven, Juliana y Carlota. El Congreso ha asignado á estas una pensión vitalicia por consideracion á la memoria y servicios de su infortunado padre, que no pude dejarles por herencia sino un nombre ilustre y sin manchilla.

Dia llegará, debemos esperarlo, en que el sentimiento de justicia y la munificencia nacional hagan algo mas en honra de ese nombre, cuando el mérito de Córdas sea suficientemente conocido: pudiera miéntras tanto tomarse interés en que siquiera figurase su busto con decencia en el salon del Observatorio astronómico, restaurando á su primitiva lozania ese bello edificio, lo mismo que el antiguo jardin botánico que le circundaba, y haciéndolos servir para los objetos útiles á que fueron destinados.

LINO DE POMBO (N. Granada).

EL INDIO DE LA AMÉRICA DEL SUR.

FIJEMOS primero nuestras miradas sobre el morador de nuestras costas: demos la preferencia á las del Sur, ¿cuáles son las pasiones, cuáles las virtudes, cuál el carácter del hombre que habita estas regiones? He aquí lo que he recogido en mis viajes. El indio de las costas del Oceano Pacifico es de estatura mediana, rehecho, membrudo: sus facciones, aunque no bellas, nada tienen de desagradable: el pelo negro, grueso, algun tanto ondeado, poca ó ninguna barba, la piel bronceada y mucho mas morena que la de los habitantes de la Cordillera. Sus mujeres en poco se distinguen de los hombres. La belleza, los rasgos delicados que distinguen su sexo en los demas pueblos de la tierra, aquí parece que faltan. Los pechos, la voz y un trozo de lienzo envuelto á la cintura son los únicos caractéres exteriores que las distinguen. Si los rasgos varoniles de su fisonomía las acercan á los hombres, sus ejercicios las confunden con ellos. Carga, recorre nada, navega con la misma intrepidez y valentía: va á la pesca y sigue al marido á la caza. Es verdad que no se arma, ni ataca á las fieras con valor; pero vé los combates con semblante sereno y sin extremecerse. Es verdad que hila, lava, teje, adereza el alimento, asea la casa y su familia; pero con un aire de nobleza y dignidad, con no sé qué de feroz que parece indicar que obra por necesidad mas bien que por inclinacion. Tiene el pelo suelto ó llamado hácia la espalda con un ligero trenzado; las orejas perforadas, de donde penden pequeñas arracadas. Los amores en ellos son tranquilos y manifiestan la dureza de su constitucion y de sus ejercicios. Apenas conocen los celos, esta pasion terrible que envenena todos los momentos; tan taciturnos, tan graves, tan serios en el tiempo de sus trabajos y tan pacientes en la caza, como locuaces, bulliciosos é inquietos en sus festines. En estos beben, comen y danzan sin moderacion y sin freno.

Durante tres, cuatro ó mas dias oyen con igual placer el

sonido monótono de un tambor y de otros instrumentos tan rústicos como el país. Cuando el indio rema largo tiempo, cuando derriba los árboles enormes de sus selvas, cuando está cubierto de sudor bajo ese cielo ardiente, entónces se arroja al agua y se baña con el mayor placer. Si los olores gratos son tan mortales á sus mujeres como á las nuestras cuando acaban de parir, la dieta, el recogimiento, el abrigo les son absolutamente desconocidos. El baño, el remo, los trabajos domésticos, en una palabra, todos los ejercicios de su vida en nada se alteran con el parto. Es tan generoso y pródigo de lo que produce su país, como avaro de lo que le entra de la cordillera ó viene de regiones distantes. El maiz, la yuca, el plátano y la carne de los animales silvestres son los unicos alimentos de que usa. Nada desea: contento con su destino y con su país, mira con indiferencia el resto de la tierra. Vive sin inquietudes y sin remordimientos, la muerte misma no le turba; la ve acercarse con ojos serenos y espira con tranquilidad. Este es el indio de las costas del Sur.

El mulato se distingue del indígena sin mezcla por muchos rasgos característicos. Es alto, bien proporcionado, su paso firme, su posicion derecha y erguida: su semblante serio, el mirar oblicuo y feroz, casi desnudo.... Ceñido de una fuerte cuchilla, el remo en una mano, coloca con majestad la otra en la cintura. Intrépido arrostra todos los peligros, y se arroja con alegría sobre un leño en medio de un mar tempestuoso. Acompañado de sus perros, con una lanza en la mano, recorre los bosques interminables; allí declara la guerra al tigre, al leon, al zahino y al tatabro: triunfa, y cargado de los despojos de estas fieras, vuelve orgulloso á ponerlos con desden y dureza á los piés de la que hace el objeto de sus amores. Los bosques, estos bosques amados de que saca la mejor parte de su subsistencia, hacen sus delicias y los mira como el asilo de su libertad. Aquí respira un aire embalsamado y libre, se halla independiente y todo lo tiene bajo su imperio. Las mismas fieras son para

él un patrimonio inagotable: estas son sus vacadas y sus rebaños. Sin los cuidados que exigen la oveja, la cabra y el cerdo, le prestan ocasiones de hacer brillar su ligereza y su valor. Las serpientes, estos reptiles que inspiran terror en todos los corazones, apénas conmueven el suyo. Mil veces ha triunfado de sus dardos venenosos con las yerbas que tiene á la mano y cuyas virtudes conoce. Cuando la sociedad en que vive quiere poner freno á sus deseos, cuando el jefe quiere corregir los desórdenes, entónces vuelve sus ojos á los bosques tutelares de su independenciam. Cuatro tiestos, una red, una hacha, su cuchillo y su lanza se colocan con velocidad sobre la barca, á donde le siguen su esposa y su familia: rema, atraviesa el laberinto de canales que forman los rios hácia su embocadura, se hunde despues en las selvas y se arranca para siempre de una sociedad que coartaba sus deseos ó que castigaba sus delitos. El carácter duro que le distingue lo conserva hasta en sus amores. No són los halagos, no los servicios los que le aseguran las conquistas. Un mono, un zahino, un armadillo, un pescado ofrecido con fiereza, unas miradas ménos duras, alguna vez promesas y aun amenazas son los resortes que pone en movimiento. Apénas se ha hecho dueño de un corazon, dicta leyes severas cuya transgresion castiga con la muerte, ó con las mas duras penas. Este es un tirano, aquella una infeliz.

Si comparamos á estos con el indio y las demás castas que viven sobre la cordillera, verémos que aquel es ménos bronceado, sus facciones se parecen á las de los que viven en las costas: el pelo cerdoso y absolutamente lacio. Estos son blancos y de carácter mas dulce. Las mujeres tienen belleza, y se vuelven á ver los rasgos y los perfiles delineados de este sexo. El pudor, el recato, el vestido, las ocupaciones domésticas recobran todos sus derechos. Aquí no hay intrepidez, no se lucha con las ondas y con las fieras. Los campos, las mieses, los rebaños, la dulce paz, los frutos de la tierra, los bienes de una vida sedentaria y laboriosa están derramados sobre los Andes. Un culto regulado, unos princi-

pios de moral y justicia, una sociedad bien formada y cuyo yugo no se puede sacudir impunemente, un cielo despejado y sereno, un aire suave, una temperatura benigna han producido costumbres moderadas y ocupaciones tranquilas. El amor, esta « zona tórrida del corazón humano, » no tiene esos furores, esas crueldades, ese carácter sanguinario y feroz del mulato de la costa. Aquí se ha puesto en equilibrio con el clima, aquí las perfidias se lloran, se cantan, y toman el idioma sublime y patético de la poesía. Los halagos, las ternuras, los obsequios, las humillaciones, los sacrificios son los que hacen los ataques. Los celos tan terribles en otra parte y que mas de una vez han empapado en sangre la basa de los Andes, aquí han producido odas, canciones, lágrimas y engaños. Pocas veces se ha honrado la belleza con la espada, con la carnicería y con la muerte.

F. J. DE CÁLDAS (*N. Granada*).

LA NUEVA GRANADA.

LA posición geográfica de la Nueva Granada parece que la destina al comercio del Universo. Situada bajo de la línea á iguales distancias de México y California por el norte, como de Chile y Patagonia por el sur, ocupa el centro del Nuevo continente. A la derecha tiene todas las riquezas setentrionales, á la izquierda todas las producciones del mediodía de la América. Con puertos sobre el Pacífico y puertos sobre el Atlántico, en medio de la inmensa extensión de los mares, lejos de los huracanes y de los carámbanos de las extremidades polares de los continentes, puede llevar sus especulaciones mercantiles desde donde nace el sol hasta el Ocaso. Mejor situada que Tiro y que Alejandría, puede acumular en su seno los perfumes del Asia, el marfil africano, la industria europea, las pieles del Norte, la ballena del Mediodía, y cuanto produce la superficie de nuestro globo.

Ya me parece que esta colonia afortunada recoge con una mano las producciones del hemisferio en que domina la Osa, y con la otras las del opuesto; me parece que se liga con todas las naciones, y que lleva al polo los frutos de la línea, y á la línea las producciones del polo. Convengamos: nada hay mejor situado en el Viejo y en el Nuevo Mundo que la Nueva Granada. No nos deslumbremos con las riquezas de México y la plata del Potosí. Nada tenemos que envidiar á estas regiones tan ponderadas. Nuestros Andes son tan ricos como aquellos, y el lugar que ocupamos es el primero. El Perú, arrinconado allá en una zona estéril sobre las costas del Pacífico; México, con una situacion mas feliz en los confines de la Zona tórrida y templada; pueden contar como nosotros con el numero prodigioso de rios, de estos canales cavados por la manos de la naturaleza, por donde algun dia deben correr nuestras riquezas desde el centro á las extremidades? Buenos Aires, el Brasil, la Guayana, Carácas, las provincias independientes del Norte, el Canadá, etc., no pueden venir al Sur sin correr los peligros de Magallanes, y no pueden pasar al Oriente sin visitar el cabo mas meridional del Africa, tan temido de los navegantes. La Nueva Granada tiene en su arbitrio mandar sus buques á la China y á la Europa, á la Groenlandia y Kamschatka sin tocar con aquellas puntas borascosas que tanto retardan el comercio de las naciones. Esta es nuestra situacion y estas son las relaciones que tenemos con todos los pueblos de la tierra.

EL MISMO.

PEREGRINACION DE ALPHA.

LAS selvas del Carare no ceden en riquezas de todo género á las de la hoya del Minero, y las sobrepujan en majestad. Desde que se entra en el laberinto de colinas que ciñen los tortuosos pliegues del rio Guayabito, se viaja por en medio

del alto bosque que á derecha é izquierda limita la fangosa línea del camino, siempre bajo la sombra, siempre húmedo y denso el ambiente, en términos que, disparado un tiro de escopeta, permanece quieto el humo de la pólvora largo rato, sin ascender ni disiparse. El caucho, el almendron y el ceibo, colosos de vegetacion, irguen sus copas por encima de los demás árboles, cobijándolos con sus gigantescas ramas, miéntras el tronco redondo y recto, cuya circunferencia ocupa un grande espacio, sostiene y alimenta profusion de árboles menores, enredaderas semejantes á gruesos cables, y tribus enteras de parásitas sembradas en todas las axilas de las ramas. Cuando uno de estos colosos cae desarraigado por el huracan ó minado por la vejez, abre en el bosque una ancha calle, tronchando y sepultando bajo sus ruinas cuanto alcanza y entónces el oscuro tronco forma una eminencia prolongada que se cubre de arbustos ó interrumpe la llanura con la apariencia de una larga colina: tal es la grandeza de estas ruinas vegetales, imponentes aunque postradas.

Enumerar la miriadas de animales que pueblan la selva seria imposible. Encima es un interminable ruido de aves, que ora sacuden las ramas al volar pesadamente, como las pavas y *paujies*, ora alegran el oido y la vista como los jilgueros, las diminutas *quinchas* (colibrí), ó el *sol-i-luna*, pájaro de silencioso vuelo, brillante cual mariposa, llevando en las alas la figura del sol y de la luna creciente, de donde le viene su nombre. Alrededor remueven el ramago multitud de caadrúpedos, y los inquietos *zambos* corren saltando de árbol en árbol á atisbar con curiosidad al transeunte, lás hembras con los hijuelos cargados á la espalda, y todos juntos en familia chillando y arrojando ramas secas; miéntras mas á lo léjos los *araguatos*, sentados gravemente en torno del mas viejo, entonan una especie de letanía en que el jefe gruñe primero y los demás le contestan en coro. Bajo los piés y por entre la yerba y hojarasca se deslizan culebras de mil matices, haciéndose notar la *cazadora* por su corpulencia y timidez, y la *lomo-de-machete*, de indole fiera, cuerpo vigoroso, core-

nada de cresta y armada de una sierra que eriza sobre el lomo al avistar al hombre, lo que afortunadamente sucede raras veces en ocasiones saltan de repente lagartos enormes, parecidos á las *iguanas*, y huyen revolviendo la basura del suelo: en otras nada se vé, pero se oye un sordo roznar en la espesura, y el ruido de un andar lento al través de la maleza: de continuo y por todas partes la animacion de la naturaleza en el esplendor de su abandono: y á raros intervalos, á orillas del camino y escondida, se encuentra la choza miserable de algun vecino de Guayabito, pálido y enfermizo: el hombre está de mas en medio de aquellas selvas, y sucumbe sin energía, como abrumado por el mundo físico.

ZAPATOCA.

CUENTA Zapatoca cerca de 2,000 vecinos bien aposentados en casas de teja ventiladas y limpias, distribuidas en manzanas cuyas calles empedradas se cortan en ángulos rectos. Situada en terreno abierto y cultivado, á 1723 metros de altura sobre el mar, goza de una temperatura constante de 19 á 20 grados del centígrado, de aires puros bien batidos, y por consiguiente, de clima sano, como lo testifican la larga vida de los viejos y la robustez y elevada estatura de los naturales. Tiene una buena iglesia de piedra labrada y dos capillas menores; cinco escuelas primarias, de las cuales una pública gratuita con 120 alumnos.

El viajero que llegue á Zapatoca en un dia de trabajo, juzgará desierto el pueblo, pues ni en las ventanas ni en las calles se ve gente, salvo tal cual criada que va presurosa á su mandado, y algun hombre que atraviesa las calles, atento á sus negocios: todos los demás no están visibles. Los hombres pasan la semana en las estancias cuidando y mejorando sus labranzas, ó andan en viajes de comercio por las ardientes soledades del Opon ó por los

pueblos inmediatos. Las mujeres viven encerradas en sus casas, tejiendo sombreros de *nacuma*, en cuya industria son tan hábiles, que no hay labor que no imiten, ni forma de gorra extranjera que las arredre: todo lo intentan y en todo salen bien. Es admirable la perseverancia de estas mujeres en el trabajo, pues no lo dejan de la mano desde el amanecer hasta la noche, y llegada esta, se reúnen diez ó doce en casa de una amiga, costean á escote un buen candil de aceite, y sentadas en derredor sobre esteras puestas en el suelo, siguen tejiendo parte de la noche. Si por ventura llega visita, le procuran asiento y sostienen la conversacion, pero sin alzar las manos ni los ojos del naciente sombrero, que indispensablemente debe ser rematado y blanqueado el sábado en la noche para venderlo el domingo, en ocho, doce ó treinta y dos reales, segun la figura de la obra. Llega el esperado dia, y desde temprano se las vé salir á misa vestidas de traje entero de zaraza fina, pañuelon decente, sombrero de reducidas dimensiones, fino y blanquisimo, adornado con ancha cinta de lujo, y el breve pié ceñido por el alpargate nuevo y crugidor. Ni un vestido sucio, ni un harapo de miseria mancha el cuadro animado que despues de misa forman en la plaza del mercado estas mujeres ejemplares, y la concurrencia de hombres vestidos de blanco, casi todos sin *ruana*, descollando los tostados rostros por encima de los forasteros, ninguno de los cuales les iguala en la talla, y pocos en el despejo del semblante y del ademan. Á las tres de la tarde cesa el comercio de sombreros, cuyo valor anual se calcula en 31,200 pesos, las mujeres vuelven á sus casas con manojos de *nacuma*¹ y desde entónces comienza el sombrero que habrán de vender el otro domingo. Para ellas no hay ociosidad, no hay paseos, y rara vez en el año alcanzan la diversion del baile en la noche de un dia de fiesta: sus costumbres, como ya deja inferirse, son buenas y por extremo sencillas: su trato amable y natural:

(1) La *nacuma* es una planta vivaz que crece espontáneamente en los climas templados, en forma de palmeras sin tronco. Sus hojas abanicadas y compuestas se abren á los lados de un peciolo fuerte y fibroso, que verdaderamente es el tallo multiplicado de la planta.

y en el semblante llevan la expresion de serenidad que nace del sentimiento de su valer y de la satisfaccion de no necesitar ageno auxilio para cubrir los gastos de la familia.

EL HABITANTE DE LAS CORDILLERAS Y EL DE LAS LLANURAS.

El hombre se ha llamado, henchido de orgullo, dominador del mundo físico, pretendiendo abatirlo á sus piés, como á un siervo que nada puede contra la naturaleza de su señor; pero no es así. Domina la materia, mas no por imperio absoluto, sino por incorporacion á ella, por una especie de alianza en que el hombre amolda su alma y su cuerpo á lo que le rodea, y la materia le obedece despues de haberlo sojuzgado en parte. El habitante de las Cordilleras crece musculoso y rigido como las aristas de los cerros que se oponen á su libre movimiento; es grave y lento, porque sus caminos atraviesan precipicios sobre los cuales la carrera le está vedada: es taciturno, porque desde la infancia encuentra su voz sobrepujada por el ruido bramador de los torrentes, ó amedrentada por el solemne silencio de los desiertos páramos: la grandeza del teatro le hace audaz y al mismo tiempo reflexivo: domina el espacio, y es dominado por las cosas: su vida, como el ensueño de Jacob, es una lucha permanente, de la cual sale victorioso con la frente bañada en sudor, pero modificado segun lo que le rodea.

El habitante de nuestras llanuras y tierras cálidas se mueve con facilidad de una parte para otra: el frio no le acobarda y la noche no le retrae dentro del hogar para resguardarse del pungente hielo, ántes le llama al campo con sus calladas brisas y con la espléndida iluminacion del cielo: canta y se hace locuaz para formarse un ruido viviente donde todo, hasta las aguas, murmuran apénas; su génio es confiado, imprevisivo: su carácter inconstante: sus hábitos muelles y

perezosos. ¡Para qué afanarse, cuando los árboles le brindan, y con sobra, frutos espontáneos, los ríos le ofrecen fácil pesca y la caliente tierra le abruma con sus cosechas!

MANUEL ANCIZAR (*N. Granada*).

LOS ESTRAGOS DEL TIEMPO.

ENTRE los enemigos invisibles que tiene el hombre, ninguno es tan encarnizado y poderoso como el tiempo. Un día pueblos jóvenes y vigorosos reunieron pórpidos, jaspes, mármoles, argamasas que parecían indestructibles, y construyeron monumentos que llamaron el Partenon, el Coloso de Ródas, el templo de Diana; ciudades denominadas Méμφis, Tébas, Palmira y Babilonia. Orgullosos con sus creaciones, declararon que eso duraría siempre, y desafiaron á los siglos. El tiempo al escuchar el orgulloso reto, recogió el guante y esperó. Llegada la época de las represalias, el tiempo, que tiene á su disposición todos los elementos destructores de la naturaleza, arrojó el fuego y el hierro de los bárbaros, el estremecimiento de los temblores, la lava de los volcanes sobre esas ciudades, sobre esos monumentos, y hoy día el curioso viajero encuentra confundido el polvo de aquellas creaciones titánicas con la arena primitiva del desierto.

En otra ocasión unos cuantos hombres audaces construyeron una ciudad sobre siete colinas. Ofreciendo una amplia y tolerante hospitalidad, reunieron en su recinto todas las religiones, las civilizaciones, las costumbres y las razas que estaban diseminadas en el globo. No contentos con esto, agitados por el vértigo de la expansión, conquistaron ciudades, provincias, imperios; les dieron sus leyes, les imprimieron sus costumbres, los ligaron con intereses comunes, los unieron con puentes, con carreteras; establecieron sobre ellos fortificaciones poderosas y derramaron

por todas partes para guardarlos legiones invencibles. Amasaron, fundieron y vaciaron en un inmenso molde esas grandes partes divergentes, y se llenaron de orgullo satánico al ver el gran todo, el mundo, el imperio romano, único, indivisible, poderoso, eterno. Pero el tiempo, que considera las pretensiones de los hombres á la eternidad como pretensiones pedantescas, reclutó por ahí en no sé qué climas helados esas miríadas de osos polares que la historia llama bárbaros, y les ofreció el mundo romano como un espléndido festin. Estos hambrientos comensales cayeron con estrepitosa algazara sobre el viejo coloso, se comieron ciudad por ciudad, provincia por provincia, y redujeron el inmortal imperio á una sacristía.

Siempre que el hombre en sus días de insensatez y de orgullo escribe sobre un monumento, sobre una ciudad, sobre un imperio: *esto es eterno*; el tiempo, que lo ve todo desde la eternidad, prorumpe en una carcajada homérica.

Y si las costumbres, las civilizaciones, las teogonías mas arraigadas en los pueblos han desaparecido; si el mármol, el pórfido, el granito y la argamasa antigua no han podido resistir la accion corrosiva de los tiempos, ¡con qué derecho nosotros, miserables reptiles, con nuestra deleznable armazon de músculos y nervios, con qué derecho extrañamos que cada año se lleve un giron de nuestra vida, empañe nuestras miradas, arrugue nuestra frente y nos arrebate un amigo, una amante, una ilusion ó una esperanza!

Nótese que el tiempo, siempre en guerra con el hombre y sus creaciones, trata á las obras de la naturaleza con respeto, con galantería y con amor.

Pasais en la primavera de la vida por uno de esos valles agrestes y solitarios, llenos de frescura y de belleza, que la mitología antigua hubiera poblado de faunos y de náyades; admirais el verde follaje de los árboles, la fragancia de las flores, y la transparencia de un límpido arroyo que murmura jugueton entre musgos y enredaderas; el musgo, las aguas todo lo encontrais como ántes, imágen de una eterna

juventud, pero si se os antoja, como á Narciso, miraros en las aguas del arroyo, retrocedéis espantado al veros con la frente arrugada y los cabellos blancos.

¡Quién al ver las huellas que los años dejan sobre su vida, no se ha indignado alguna vez contra el brillo constante de las estrellas, contra la pureza permanente del cielo, contra lo inalterable del sol!.....

JUAN DE DIOS RESTREPO (*N. Granada*).

JOSÉ EUSEBIO CARO.

Dos deidades imperaron en el corazón de Caro: la Patria y el Amor. Á la Patria consagró reposo y vida; el amor le dió tormentos indecibles y dichas supremas.

Discípulo de la escuela espiritualista, Caro ni ocultaba sus opiniones, ni transigia tampoco con las ajenas. ¡Con cuánta fuerza y valentía emprendió la refutación de las doctrinas perniciosas para la humanidad! Prueba de ello es, entre otras, la confutación de Bentham y los socialistas, publicada en el *Granadino*, y su obra de Moral, inédita todavía.

La rigidez de sus costumbres se pintaba en su voz, en su porte, en su mirada, en sus relaciones, en la profundidad de sus pensamientos, en el puro teson con que perseguía y continuaba una idea; y quedó estampada en sus escritos. Así es que en ellos no se ve aquella pomposa fecundidad que ahoga, como en los árboles, el fruto; ni la frívola exageración y dislocada locuela que abomba los oídos sin penetrar al corazón. Discípulo de una escuela severa, sabía que los adornos caen bien después de los pensamientos; y nunca, jamás se le ve inmolarse al epíteto ó á la rima la idea de su mente: esto por una parte, y por otra la buena, esquisita elección del argumento, harán de sus poesías un libro de oro para nuestra literatura nacional. Pues ¿cómo es posible que un hombre se sienta inflamado cuando no es grandioso el argumento de su canto? Exagerará, se afanará, logrará tal vez escribir melodiosos versos; pero todo será en balde, nunca se producirá con la verdadera elocuencia del alma; con aquella elocuencia que

á pocas líneas leídas interesa, y despues fulmina, aterra y enajena.

No quiere decir esto que carezcan las poesías de Caro de la bella locucion y del blando giro de la melodiosa lengua castellana, nó; lo que quiere decir es que Caro tenia en cuenta primero el asunto y despues el adorno: que no entregaba al papel su poesía sin haberla ántes pensado con defencion y profundidad; ni buscaba elogios frívolos y momentáneos, sino que aspiraba á que sus obras llegasen á apartadas edades, como quiera que es dote solamente de los grandes ingenios traspasar los estrechos horizontes, y volar al traves de una atmósfera limpia y despejada á los campos de la inmortalidad.

Si Caro es admirable como poeta ¡qué grande, qué imponente no se muestra en su carácter de ciudadano, de patriota, de amigo!

Los deberes no eran para Caro máximas pomposas consignadas en el eterno código de la moral: eran los datos de una ecuacion matemática que, llegado el caso, él resolvía infaliblemente. El juramento que él prestaba no era fórmula frívola y volandera, sino prenda sagrada, cadena de bronce que lo llevaba amarrado hasta la persecucion, hasta el martirio. La amistad de Caro era, como su poesía, ardiente, celosa y verdadera.

Cuando al lento revolver de los tiempos desaparezca la presente generacion, y se vean á conveniente distancia los hombres, ¡qué grande no aparecerá la figura de Caro entre las de los pocos personajes que queden en pié, caidas ya las medianías alrededor él con su lira doliente y varonil, su voz de trueno y su amor por la verdad, por la patria y por la hermosa compañera de su suerte!

Mas por ahora paz y reposo á la sombra del noble amigo de nuestra infancia y de nuestro corazon! Séale grato, como el ruido de la palma solitaria que cubre su enyerbada sepultura y salpica durante la tempestad la ola rumorosa de aquel dilatado mar, este corto tributo de nuestro amor á sus talentos y á su gloria¹! JOSÉ JAQUIN ORTIZ (N. Granada).

(1) La publicacion de las poesías de Caro. — L. M. F.

LAS TRADUCCIONES.

Lo que no puedas hermosear, no toques. — HORACIO.

DANDO gracias M. de Lamartine á un poeta inglés traductor de sus *Armonias religiosas*, le comparaba al cristalino torrente que retrata en su tersa superficie los árboles y flores de la orilla, no solo copiadas al vivo, sino embellecidas, y concluía diciéndole:

« Engañado por tu voz, en tus versos me admiro. »

M. de Lamartine trazó en pocas palabras la obligacion del traductor, y las grandes dificultades que el arte de traducir encierra.... La experiencia viene á enseñar que si es difícil formar un hermoso cuadro y son tan pocos los que llegan á merecer el nombre y la corona de grandes maestros, todavía es mas difícil hallar un hombre que pueda hacer una perfecta copia. Tanta aplicacion, tanto trabajo tanto tiempo se necesita para grabarlo primero en la imaginacion adivinando la intencion del autor en cada detalle, y vaciarlo luego en el lienzo con todas sus líneas, sus luces, sus sombras, sus tintas; con todos sus tonos y gradaciones, sus toques indefinibles á la vista y que son el alma de la expresion!

La gran dificultad, cuando se traduce, no está en comprender el pensamiento del autor: eso lo enseñan la práctica, los diccionarios, los comentarios, y en casos particulares la trabazon de unos pensamientos con otros.... Pero se necesita tanto talento, ó mayor que el del autor, para formar un nuevo molde y vaciar en él no solo los pensamientos y las expresiones, sino el tono general de la obra, el espíritu que domina en el colorido particular del estilo; ya se trate de una poesía, de un discurso oratorio, ó de una relacion histórica. Los giros que dan animacion, fuego y color al discurso, las expresiones naturales, vigorosas, delicadas, imitativas, en fin el todo de una obra, exige ser imitado perfectamente hasta en el último detalle, y sin que aparezca la dificultad con que se ha hecho.

El autor tiene á su favor dos grandes ventajas, nacidas, la una de la libertad con que puede explayarse su espíritu, huyendo de cualquier escollo, y la otra, del asunto mismo que va á tratar, en cuyo seno escoje los objetos y los colores que mas le convienen. Pero el traductor está encadenado; y obligado, como el pintor copista suele estarlo, a producir los mismos efectos con diferentes elementos o medios, es decir, con voces y frases de otro idioma. Y sucédele lo que al esclavo: la gloria, el fruto de su árduo y mal apreciado trabajo, es para el amo, para el original.

..... Se necesita primero haber sentido lo que expresa el autor, y luego doblegar la lengua propia para que le sirva de adorno y como de nuevo vestido. Las lenguas vigorosas quitan la gracia y la fuerza á los conceptos delicados, como quita el aliento el brillo del cristal, ó una mano áspera el polvo brillante de las alas de la mariposa; las lenguas débiles, por el contrario, enervan el modelo y descoloran las mas vigorosas pinceladas.

Así, pues, la cualidad esencial del traductor es el conocimiento, perfecto si es posible, del genio de las dos lenguas. Debe copiar las galas y giros del lenguaje, dejar al estilo su sello, reproducir los proverbios con proverbios; y no son pequeño escollo los modismos peculiares de cada lengua y las frases del *diccionario del pueblo*.

..... Lo mismo debe decirse de las traducciones en verso, obra en que hay tan pocos que puedan quedar airosos. Voltaire sostiene que los versos nunca se deben traducir á prosa. Los que afirman lo contrario, tratan, segun él, de ocultar un orgullo impotente; y concluye manifestando que todavía no ha encontrado un poeta tan grande que sea capaz de traducir con perfeccion. Atendido esto, y siguiendo el precepto de Horacio colocado á la cabeza de estas lineas, quién osará tocar las obras maestras de los grandes autores?...

JOSÉ JOAQUIN BORDA (N. Granada).

CÉLEBRES ROMANOS ESPAÑOLES.

(Extracto de la obra « *Cuestiones filológicas* »).

ANTES de pasar adelante, debemos dejar sentado un hecho que prueba suficientemente la natural disposicion que han manifestado en todos tiempos los españoles para la literatura y las ciencias. Cuando la Península fué dominada por los romanos produjo los mas insignes escritores, los mas hábiles políticos, los mas célebres oradores, los mejores poetas, y los mas ilustrados soberanos. En el primer siglo de la era cristiana, el gaditano Lucio Junio Moderato Columela escribió la mejor obra sobre agricultura que hay de aquellos tiempos. En el siglo anterior, la misma ciudad de Cádiz habia dado á Roma los dos Lucios Cornelios Balvos, mayor y menor, tio y sobrino, no pudiéndose ahora asegurar cuál de los dos fué el autor de las *Cartas á Ciceron*, de la *Historia de César* y del *Egeticon*, porque todas estas obras llevan el mismo nombre de Lucio Cornelio Balvo. — Porcio Latro, cordobés, fué el maestro de retórica que tuvieron Mecénas, Octavio César, Ovidio y Agripa. — Quintiliano, el famoso retórico latino, fué nativo de Calahorra. Cayo Silio Itálico, el celebrado orador y abogado, que fué cónsul en tiempo de Neron y compuso un poema épico sobre la segunda guerra púnica, nació en la ciudad que le dió su sobrenombre, aquella ciudad célebre, en donde, como dice nuestro elegfaco poeta Rioja, rodaron las cunas de oro y de marfil de los emperadores Traiano, Adriano y Teodosio. El famoso poeta epigramático Marcial vió la primera luz en la antigua Bilibilis y se educó en Calahorra. Lucio Aneo Floro, el historiador, fué nacido y educado en una de las colonias romanas de España. Marco Aneo Séneca, el retórico, y su hijo Lucio Aneo Séneca, el filósofo, fueron ambos cordobeses, como lo fué tambien el poeta Lucano. — Y no haremos mencion de los muchos sabios que produjo Córdoba la

musulmana, porque nada pudiéramos añadir sobre esto á lo que se halla al fin del capitulo XIV de la *Historia de Granada* escrita por el erudito Don Miguel Lafuente Alcántara.

ANTONIO JOSÉ DE IRISARRI (*Guatemala*).

JULIO ARBOLEDA.

(Extracto de los *Ensayos biográficos y de crítica*.)

JULIO ARBOLEDA nació en las márgenes del río Timbiquí, cantón de la provincia de Barbacóas, en la Nueva Granada, el día 9 de Junio del 1817. Sus padres tuvieron la voluntad y los medios de darle una educación esmerada... En 1828 trájole su padre á Inglaterra y púsole bajo la dirección de un caballero irlandés educado en Salamanca, el cual, ayudado por hábiles profesores, impulsó su desarrollo intelectual. Tan rápidos fueron los adelantos de Arboleda, que á la edad de catorce años ya era contado entre los mas distinguidos correspondientes del *Mechanic's Magazine*, periódico científico que por aquel entónces se publicaba en Lóndres... Circunstancias particulares, y una sobre todas muy dolorosa, la muerte de su padre, lo obligaron á regresar al país natal, al cual llevaba, como Goethe al suyo despues de su viaje á Italia, un caudal inmenso de luces y de conocimientos útiles. Se perfeccionó de tal manera en el inglés, el francés y el italiano, que para él es tan fácil versificar en cualquiera de estos tres idiomas como en español; además, posee bastante bien el latin y el griego. Está muy familiarizado con la literatura de las grandes naciones... y es increíble la facilidad con que recita, canto tras de canto, la *Jerusalén libertada* y el *Don Juan*. Parece que tiene predilección por el Tasso y por Byron. Sus conocimientos no son solamente literarios; los tiene muy profundos en matemáticas, en física, en historia, en ciencia constitucional, en derecho administrativo, en economía política, en derecho internacional. — Poeta de verdadera inspiración,

apénas volvió á la casa paterna emprendió un trabajo serio, un poema épico titulado *Gonzalo de Oyon*.... En Paris vieron algunos fragmentos de él los señores D. Francisco Martínez de la Rosa y D. José Zorrilla, y ámbos literatos tributaron grandes elogios al autor. Este trabajo, segun la expresion de uno de los poetas citados, hará que la literatura española *tenga al fin un poema épico que merezca tal nombre*. El asunto de la obra es eminentemente americano....

En 1844, tuvo que ir á ocupar un asiento en la Cámara de Representantes. Sus triunfos como orador fueron espléndidos. Jamás se habia visto en Nueva Granada otro que como él cautivase tan completamente la atencion de su auditorio, ni que recibiese mayores aplausos. Todo se reunia en Arboleda para procurarle el favor de cuantos le oian: su edad, su agradable y distinguida fisonomía, la pureza con que pronuncia el español, dándole á cada letra su sonido propio y á cada sílaba su natural acento, — su locucion correcta, lo lleno y armonioso de sus periodos, la belleza y originalidad de los giros que da á sus pensamientos, su profunda erudicion, su estilo, ora enérgico, ora tierno, ya grave, ya lleno de imágenes; juntándose á todas estas raras prendas la de tener una voz sonora y vibrante, y haber adquirido desde sus mas tiernos años esa cultura y delicadeza de maneras que solo da el roce con las gentes de buena compañía. — La primera causa á cuyo servicio puso Arboleda su elocuencia, fué en favor de sus enemigos políticos. Unióse á su digno amigo José Eusebio Caro, juntos presentaron el proyecto de ley derogatorio de la *ley de medidas de seguridad*, y el triunfo quedó de parte de estos dos atletas de los principios, quienes con elocuente palabra defendieron los derechos de sus enemigos vencidos. — No contento con eso, Arboleda presentó, defendió y logró que pasase un proyecto de amnistía extensiva á todos los desterrados por causas políticas, con excepcion de los cabecillas de la revolucion. Caro sostenia las mismas ideas, y al oir los discursos elocuentes de su amigo, se acerca á él, le aprieta la mano, y le dice con voz que revelaba

una profunda sensacion: « Tal vez, aunque lo dudo mucho, podrá pronunciarse un discurso mas convincente; pero es imposible que nadie conmueva como tú conmueves, hasta el punto de hacer verter lágrimas » — Tan admirables fueron los raciocinios de Arboleda en otra ocasion (la del proyecto de ley sobre caminos nacionales); fué tal y tan arrebatadora su elocuencia, que el general López, que se oponia al proyecto, se levantó de su asiento, y estrechando á Arboleda entre sus brazos, exclamó lleno de entusiasmo: « Oh atleta! atleta vigorosísimo! » — Los ciudadanos que estaban en el poder quisieron elevar á tan distinguido jovén á los mas altos puestos públicos, pero este, nada quiso aceptar.....

(Omitimos la interesante relacion que hace el Sr. Tórres Caicedo de la conducta y hazañas de Arboleda durante las revoluciones de 1840, 1851 y 1854, y todo lo referente á la política.)

Arboleda es de estatura mediana; tiene la frente espaciosa, en la cual se marcan bien los órganos de la causalidad; su nariz es semejante al pico del águila, los ojos negros hondos y centelleantes; firme la mirada; el aire grave cuando está á solas, burlesco á lo Voltaire cuando conversa. Su tez ha sufrido un poco por el sol abrasador y por la humedad y lluvias á que se ha visto sujeto en las épocas de campaña; pero no tiene una arruga aun. En su cabello sedoso y algo claro, el tiempo y las angustias no han podido sembrar una cana. Trae por lo comun la cabeza inclinaba hácia adelante; una sonrisa imperceptible, que no es por cierto de alegría, vaga de cuando en cuando entre sus labios: y parece atormentado de algun pensamiento triste y profundo. Pero ya esté grave, ya risueño ó burlesco, sus maneras revelan á tiro de ballesta al hombre bien nacido y bien educado.....

J. M. TÓRRES CAICEDO (*N. Granada*).

CONSEJOS Á UN MAGISTRADO.

(Extractos de un discurso.)

LA fortuna ha hecho girar su rueda caprichosa con una rapidez sorprendente, como para mostrarnos lo efímero, acá en la tierra, de los triunfos, de la vanagloria y hasta de la misma desgracia, y para enseñarnos que, si son indignos de un ánimo elevado el abatimiento y la humillacion en los tiempos adversos, no lo son ménos el orgullo y la injusticia en las opocas breves y excepcionales de nuestra prosperidad.

No nos engañemos, pues, que poco hay estable en el mundo; los acontecimientos de hoy ahogan á los de ayer como los tumbos atropellados del mar borran la estela de la nave que surca las ondas. Los actos del justo, y solo ellos, son eternos, porque cuando la memoria y la gratitud de los hombres les niegan su asilo, la Divinidad los acoge, los guarda y conserva. Sed, pues, justo ante todas cosas: recordad que es mayor el mérito de serlo con los enemigos que con los amigos, para que cumplais mejor con el precepto impuesto por la Providencia á aquellos que elije, no para gefes caprichosos, sino para servidores fieles y solícitos de sus pueblos; y por último, no aspireis tanto á obtener los aplausos del vulgo, como á merecer los elogios de los sabios.

Ha sido y es defecto sobrado comun en nuestra América cortejar la popularidad aun á costa de la justicia preferir los *evoes* tumultuarios gritados para Neron por la muchedumbre á los elogios sóbrios tributados á Trajano por la filosofia; pero aquella popularidad efímera que se adquiere con lisonjear las pasiones y dejar impunes los delitos, es, en el hombre público, una prerogativa tan estéril como degradante; edificio sin base, que se desmorona y cae tan pronto como la arena movediza sobre que fué construido es empujada por el primer viento; rótulo de gloria escrito sobre pizarra frágil, que borra y hace olvidar el contacto casual de

cualquier objeto liviano; planta, en fin, de vanidad, que si puede dar algun momento de satisfaccion incompleta, no deja por toda cosecha sino amargo zumo y espinas.

Neron fué por algun tiempo el ídolo del vulgo á quien adulaba y divertia, porque conocia su inferioridad; y el terror de los sabios y de los justos, cuyo mérito le estre- mecia como un implacable remordimiento, nadie fué quizá mas popular entre la plebe de Roma; pero entre los tiranos... nadie ha logrado dejar un nombre mas incontestablemente execrado en todos los climas y por todas las generaciones. Tales son las consecuencias de aquel remedo de popularidad que nace, no de un gran bien ejecutado, sino del egoismo infame que excita las pasiones malévolas del vulgo ignorante, y sacrifica á unos pocos vivas y aplausos pasajeros la dicha de todo un pueblo y la honra, en lo futuro, hasta del propio nombre.... Un bien, por pequeño que sea, ejecutado con energia y constancia impertubables, tiene siempre su mérito á los ojos de la humanidad, pero el oropel de la falsa gloria, ganado con la excitacion y el desenfreno de las pasiones, por seductor que parezca á los ojos de los necios, no produce sino infamia á los que lo buscan y aceptan, y dolor para los pueblos que por desgracia se entregan á aquellos mónstruos.

El respeto por la virtud, la ciencia y la propiedad, y el odio cordial y sincero del vicio, son los caracteres que distinguen los ánimos verdaderamente ilustrados y liberales. El cultivo y desarrollo de la propiedad, la ciencia y la virtud, fuentes puras é inagotables de felicidad para el hombre, tomado individual y colectivamente, ese cultivo es el cimiento en que han de basar el edificio de su gloria los magistrados inteligentes; y no con promesas estériles y vanos discursos, sino con hechos palpables y resultados sensibles.... La Nacion entera está hastiada con las palabras y busca resultados.

.... La certidumbre del castigo legal salva á los pueblos: la esperanza de la impunidad perjudica á los mismos crimi-

nales. El que cierra las puertas del castigo, abre las del delito. — El magistrado que no escarmienta á los malhechores teme ó espera algo de ellos. En el primer caso, es débil y merece el desprecio, en el segundo es, ha sido, ó quiere ser, cómplice del delito, y merece el odio de la Nación cuyas esperanzas burla y cuya dignidad ofende.

He aquí un resúmen general de mis deseos: — 1° Sosiego interno, basado en la rigida observancia de las leyes, en el respeto escrupuloso de la propiedad, y en el castigo pronto é inexorable de los delincuentes. — 2° Paz con nuestros vecinos, fundada en la justicia de nuestros procedimientos y en el respeto perfecto de su propiedad, á exigir el cual tienen tanto derecho las naciones como los individuos. — 3° Exclusion de las personas de malas costumbres de todos los puestos públicos, sea cual fuere el color político á que pertenezcan; y llamamiento á los mismos puestos de los hombres de bien de todos los partidos que tengan aptitudes para desempeñarlos.

.... No sé si me engañe el natural afecto que tiene el hombre al país de su nacimiento; pero me parece que el dedo del destino señala á la Nueva Granada una carrera larga, próspera y brillante: con su admirable posicion central en medio de dos océanos inmensos que conducen al Oriente el uno, al Occidente el otro; con sus costas curvas, y ricas de golfos y bahías sobre ámbos mares; con sus selvas seculares pródigas en maderas de construccion, con sus deltas entrelazados sobre una extension inmensa de la costa del Pacífico; con sus rios largos y mansos, y con la riqueza y fertilidad fabulosa de su suelo, — el ingenio é indisputable valor de sus hijos valientes y gallardos la harian grande por las armas si este fuese el siglo de la guerra. Pero ese tiempo ha pasado ya. La humanidad entera se encamina á la paz. El aspecto de nuestro sosiego, la fama de nuestra libertad y ventura, el ruido de las conquistas pacíficas que hagamos en el campo de la industria, del comercio y de las ciencias, contribuirán mas eficazmente al engrandecimiento de la República, que

la intervención quijotesca en los negocios de nuestros vecinos. Dejemos que se gobiernen como quieran: están en su derecho. No concitemos los odios, aseguremonos en cuanto podamos el afecto y respeto de las demás naciones y gobiernos del Continente.

JULIO ARBOLEDA (*N. Granada*).

FRAGMENTOS DE LA VIDA DE J. F. QUIROGA (A)
EL TIGRE DE LOS LLANOS.

I.

MEDIA entre las ciudades de San Luis y San Juan un dilatado desierto, que por su falta completa de agua recibe el nombre de *travesía*. El aspecto de aquellas soledades es por lo general triste y desamparado, y el viajero que viene del Oriente no pasa la última *represa* ó aljibe de campo, sin proveer sus *chifles* de suficiente cantidad de agua. En esta *travesía* tuvo una vez lugar la extraña escena que sigue:

Las cuchilladas tan frecuentes entre nuestros *gauchos* habían forzado á uno de ellos á abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis, y ganar la *travesía* á pié, con su montura al hombro, á fin de escapar á las persecuciones de la justicia. Debían alcanzarlo dos compañeros tan luego como pudieran robar caballos para los tres. No eran por entónces solo el hambre ó la sed los peligros que le aguardaban en el desierto aquel, que un tigre *cebado* andaba hacía un año siguiendo los rastros de los viajeros, y pasaban ya de ocho los que habían sido víctimas de su predilección por la carne humana. Suele ocurrir a veces en aquellos países en que la fiera y el hombre se disputan el dominio de la naturaleza, que este cae bajo la garra sangrienta de aquella: entónces el tigre empieza á gustar de preferencia su carne, y se le llama *cebado* cuando se ha dado á este nuevo género de caza de los hombres. El juez de

la campaña inmediata al teatro de sus devastaciones convoca á los varones hábiles para la correría, y bajo su autoridad y direccion se hace la persecucion del tigre cebado, que rara vez escapa á la sentencia que lo pone fuera de la ley.

Cuando nuestro prófugo habia caminado cosa de seis leguas, creyó oír bramar el tigre á lo lejos, y sus fibras se estremecieron. Es el bramido del tigre un gruñido como el del cerdo, pero ágrío, prolongado, estridente, y que sin que haya motivo de temor, causa un sacudimiento involuntario en los nervios, como si la carne se agitara ella sola al anuncio de la muerte. Algunos minutos despues, el bramido se oyó mas distinto y mas cercano; el tigre venia ya sobre el rastro, y solo á una larga distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era preciso apretar el paso, correr en fin; porque los bramidos se sucedian con mas frecuencia, y el último era mas distinto, mas vibrante que el que le precedia. Al fin arrojando la montura á un lado del camino, dirigióse el gaucho al árbol que habia divisado, y no obstante la debilidad de su tronco felizmente bastante elevado, pudo trepar á su copa y mantenerse en una continua oscilacion, medio oculto entre el ramaje. Desde allí pudo observar la escena que tenia lugar en el camino: el tigre marchaba á paso precipitado, oliendo el suelo, y bramando con mas frecuencia á medida que sentia la proximidad de su presa. Pasa adelante del punto en que esta se habia separado del camino, y pierde el rastro: el tigre se enfurece, remolinea, hasta que divisa la montura, que desgarrada de manoton, esparciendo en el aire sus prendas. Mas irritado aun con este chasco, vuelve á buscar el rastro, encuentra al fin la direccion en que va, y levantando la vista, divisa á su presa haciendo con el peso balancearse el algarrobillo, cual la frágil caña cuando las aves se posan en sus puntas. Desde entónces ya no bramó el tigre: acercábase á saltos, y en un abrir y cerrar de ojos, sus enormes manos estaban apoyándose á dos varas del suelo sobre el delgado tronco, al que comunicaban un temblor convulsivo que iba á obrar sobre los nervios del mal seguro gaucho. Intentó la fiera un

salto impotente: dió vuelta en torno del árbol midiendo su altura con ojos enrojecidos por la sed de sangre; y al fin, bramando de cólera, se acostó en el suelo batiendo sin cesar la cola, los ojos fijos en su presa, la boca entreabierta y reseca.

Esta escena horrible duraba ya dos horas mortales; la postura violenta del gaucho, y la fascinacion aterrante que ejercia sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil del tigre, del que por una fuerza invencible de atraccion no podia apartar los ojos, habian empezado á debilitar sus fuerzas, y ya veia próximo el momento en que su cuerpo extenuado iba á caer en su ancha boca, cuando el rumor lejano de galope de caballos le dió esperanza de salvacion. En efecto sus amigos habian visto el rastro del tigre, y corrian sin esperanza de salvarlo. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la escena, y volar á él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre *empacado* y ciego de furor fué, la obra de un segundo. La fiera estirada á dos lazos, no pudo escapar de las puñaladas repetidas con que en venganza de su prolongada agonía le traspasó el que iba á ser su víctima.

« Entónces supe lo que era tener miedo, » decia el general Don *Juan Facundo Quiroga*, contando á un grupo de oficiales este suceso.

II.

..... *Facundo* habia ganado una de esas enramadas sombrías, acaso para meditar sobre lo que debia hacer con la pobre ciudad que habia caido como una ardilla bajo la garra del leon. La pobre ciudad en tanto, estaba preocupada con la realizacion de un proyecto lleno de inocente coquetería. Una diputacion de niñas rebosando juventud, candor y beldad, se dirige hácia el lugar donde *Facundo* yace reclinado sobre su poncho. La mas resuelta ó entusiasta camina adelante, vacila, se detiene, empújnanla las que le siguen: páranse todas sobrecogidas de miedo, vuelven las púdicas caras, se alientan unas á otras, y deteniéndose, avanzando tímidamente y empuján-

dose entre sí, llegan al fin á su presencia. Facundo las recibe con bondad; las hace sentar en torno suyo, las deja recobrase é inquiera al fin el objeto de aquella agradable visita. Vienen á implorar por la vida de los oficiales de ejército que van á ser fusilados. Los sollozos se escapan de entre la escogida y tímida comitiva, la sonrisa de la esperanza brilla en algunos semblantes, y todas las seducciones delicadas de la mujer son puestas en requisición para lograr el piadoso fin que se han propuesto. Facundo está vivamente interesado, y por entre la espesura de su barba negra alcanza á discernirse en las facciones la complacencia y el contento. Pero necesita interrogarlas una á una, conocer sus familias, la casa donde viven, mil pormenores que parecen entretenerle y agradarle, y que ocupan una hora de tiempo, mantienen la expectacion y la esperanza. Al fin les dice con la mayor bondad: ¿no oyen Ustedes esas descargas? Ya no hay tiempo! los han fusilado!

Un grito de horror sale de entre aquel coro de ángeles, que se escapa como una bandada de palomas perseguidas por el halcon. Los habian fusilado en efecto!

ASPECTO FÍSICO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA.

El Continente americano termina al S. en una punta en cuya extremidad se forma el estrecho de Magallanes. Al O. y á corta distancia del Pacífico, se extienden paralelos á la costa los Andes chilenos. La tierra que queda al Oriente de aquella cadena de montañas, y al Occidente del Atlántico, siguiendo el rio de la Plata hácia el interior por el Uruguay arriba, es el territorio que se llamó Provincias Unidas del rio de la Plata, y en el que aun se derrama sangre por nominarlo República argentina ó Confederacion argentina. Al N. están el Paraguay, el Gran Chaco y Bolivia, sus límites presuntos.

La inmensa extension del país que está en sus extremos, es enteramente despoblada, y rios navegables posee que no ha sureado aun el frágil barquichuelo. El mal que aqueja á

la República argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes y se le insinúa en las estrañas: la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son, por lo general, los límites incuestionables entre unas y otras provincias. Allí la inmensidad por todas partes: inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra entre celajes y vapores ténues, que no dejan, en la lejana perspectiva, señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo. Al S. y al N. acéchanla los salvajes, que aguardan las noches de la luna para caer, cual enjambres de hienas, sobre los ganados que pacen en los campos, y sobre las indefensas poblaciones. En la solitaria caravana de carretas que atraviesa pesadamente las Pampas, y que se detiene á reposar por momentos, la tripulación reunida en torno del escaso fuego vuelve maquinalmente la vista hácia el S. al mas ligero susurro del viento que agita las yerbas secas, para hundir sus miradas en las tinieblas profundas de la noche, en busca de los bultos siniestros de la horda salvaje que puede de un momento á otro sorprenderla desapercibida. Si el oído no escucha rumor alguno, si la vista no alcanza á calar el velo oscuro que cubre la callada soledad, vuelve sus miradas, para tranquilizarse de todo, á las orejas de algun caballo que esté inmediato al fogon, para observar si están inmóviles y negligentemente inclinadas hácia atrás. Entónces continúa la conversacion interrumpida, ó lleva á la boca el tasajo de carne medio sollamado de que se alimenta. Si no es la proximidad del salvaje lo que inquieta al hombre del campo, es el temor de un tigre que lo acecha, de una víbora que puede pisar. Esta inseguridad de la vida, que es habitual y permanente en las campañas, imprime, á mi parecer, en el carácter argentino cierta resignacion estóica para la muerte violenta, que hace de ella uno de los percances inseparables de la vida, una manera de morir como cualquiera otra, y puede quizá explicar en parte la indiferencia con que dan y reciben la muerte, sin dejar, en los que sobreviven, impresiones profundas y duraderas...

Hay en las soledades argentinas algo que trae á la memoria las soledades asiáticas; alguna analogía encuentra el espíritu entre la Pampa y las llanuras que median entre el Tigris y el Eufrates; algun parentesco en la tropa de carretas solitaria que cruza nuestras soledades para llegar, al fin de una marcha de meses, á Buenos-Aires, y la caravana de camellos que se dirige hácia Bagdag ó Smirna. Nuestras carretas viajeras son una especie de escuadra de pequeños bajeles, cuya gente tiene costumbres, idioma y vestido peculiares que la distinguen de los otros habitantes, como el marino se distingue de los hombres de tierra.

Es el capataz un caudillo como en Asia el jefe de la caravana: necesitase para este destino una voluntad de hierro, un carácter arrojado hasta la temeridad, para contener la audacia y turbulencia de los filibusteros de tierra que ha de gobernar y dominar él solo en el desamparo del desierto. A la menor señal de insubordinacion, el capataz enarbola su *chicote* de fierro, y descarga sobre el insolente golpes que causan contusiones y heridas: si la resistencia se prolonga, ántes de apelar á las pistolas, cuyo auxillo por lo general desdeña, salta del caballo con el formidable cuchillo en mano, y reivindica bien pronto su autoridad por la superior destreza con que sabe manejarlo. El que muere en estas ejecuciones del capataz no deja derecho á ninguno reclamo, considerándose legitima la autoridad que lo ha asesinado. Así es como en la vida argentina empieza á establecerse por estas peculiaridades el predominio de la fuerza brutal, la preponderancia del mas fuerte, la autoridad sin límites y sin responsabilidad de los que mandan, la justicia administrada sin formas y sin debate.

La tropa de carretas lleva además armamento, un fusil ó dos por carreta, y á veces un cañoncito giratorio en la que va á la delantera. Si los bárbaros la asaltan, forma un círculo atando unas carretas con otras, y casi siempre resiste victoriosamente á la codicia de los salvajes ávidos de sangre y de pillaje. La árrea de mulas cae con frecuencia indefensa

en manos de estos beduinos americanos, y rara vez los troperos escapan de ser degollados. En estos largos viajes, el proletario argentino adquiere el hábito de vivir lejos de la sociedad y á luchar individualmente con la naturaleza, endurecido en las privaciones, y sin contar con otros recursos que su capacidad y maña personal para precaverse de todos los riesgos que le cercan de continuo.

ORIGINALIDAD Y CARACTERES ARGENTINOS.

HAY que notar un hecho que es muy explicativo de los fenómenos sociales de los pueblos. Los accidentes de la naturaleza producen costumbres y usos peculiares á estos accidentes, haciendo que donde estos accidentes se repiten, vuelvan á encontrarse los mismos medios de parar á ellos, inventados por pueblos distintos. Esto me explica por qué la flecha y el arco se encuentran en todos los pueblos salvajes, cualesquiera que sean su raza, su origen y su colocacion geográfica.

Cuando leia en el *Ultimo de los Mohicanos* de Cooper, que *Ojo de Halcon* y *Uncas* habian perdido el rastro de los *Mingos* en un arroyo, dije para mí: van á tapar el arroyo. Cuando en *la Pradera*, el *Trampero* mantiene la incertidumbre y la agonía miéntras el fuego los amenaza, un argentino habria aconsejado lo mismo que el *Trampero* sugiere al fin, que es limpiar un lugar para guarecerse, é incendiar á su vez, para poderse retirar, del fuego que invade, sobre las cenizas del punto que se ha incendiado. Tal es la práctica de los que atraviesan la Pampa para salvarse de los incendios del pasto. Cuando los fugitivos de *la Pradera* encuentran un rio, y Cooper describe la misteriosa operacion del *Pawnee* con el cuero de búfalo que rocoje: va á hacer la *pelota*, me dije á mí mismo: lástima que no haya una mujer que la conduzca, que entre nosotros son las mujeres las que cruzan los rios con la pelota tomada en los dientes por un lazo. El procedimiento para asar una

cabeza de búfalo en el desierto, es el mismo que nosotros usamos para *batear* una cabeza de vaca o un lomo de ternera. En fin, mil otros accidentes que omito, prueban la verdad de que modificaciones análogas del suelo traen análogas costumbres, recursos y expedientes. No es otra la razón de hallar en Fenimore Cooper descripciones de usos y costumbres que parecen plagiadas de la Pampa; así, hallamos en los hábitos pastoriles de la América, reproducidos hasta los trajes, el semblante grave y hospitalidad árabes.

Existe, pues, un fondo de poesía que nace de los accidentes naturales del país y de las costumbres excepcionales que engendra. La poesía, para despertarse (porque la poesía es como el sentimiento religioso, una facultad del espíritu humano), necesita el espectáculo de lo bello, del poder terrible, de la inmensidad, de la extensión, de lo vago, de lo incomprensible; porque solo donde acaba lo palpable y vulgar, empiezan las mentiras de la imaginación, el mundo ideal.

Ahora, yo pregunto: ¿qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República argentina el simple acto de clavar los ojos en el horizonte, y ver... no ver nada; porque cuanto mas hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, mas se le aleja, mas lo fascina, lo confunde, y lo sume en la contemplación y la duda! ¿Dónde termina aquel mundo que quiere en vano penetrar? No lo sabe! ¿Qué hay mas allá de lo que ve? La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte!!!! He aquí la poesía: el hombre que se mueve en estas escenas, se siente asaltado de temores é incertidumbres fantásticas, de sueños que le preocupan despierto.

De aquí resulta que el pueblo argentino es poeta por carácter, por naturaleza. ¿Ni cómo ha de dejar de serlo, cuando en medio de una tarde serena y apacible, una nube torva y negra se levanta sin saber de donde, se extiende sobre el cielo mientras se cruzan dos palabras, y de repente el estampido del trueno anuncia la tormenta que

deja frio al viajero y reteniendo el aliento por temor de atraerse un rayo, de dos mil que caen en torno suyo? La oscuridad sucede despues á la luz: la muerte está por todas partes: un poder terrible, incontrastable le ha hecho en un momento reconcentrarse en sí mismo, y sentir su nada en medio de aquella naturaleza irritada; sentir á Dios, por decirlo de una vez, en la aterrante magnificencia de sus obras.

¿Qué mas colores para la paleta de la fantasía? Masas de tinieblas que anublan el dia, masas de luz lívida, temblorosa, que ilumina un instante las tinieblas y muestra la Pampa á distancias infinitas, cruzándola vivamente el rayo, en fin, simbolo del poder. Estas imágenes han sido hechas para quedarse hondamente grabadas. Así, cuando la tormenta pasa, el gaucho se queda triste, pensativo, serio, y la sucesión de luz y tinieblas se continúa en su imaginacion, del mismo modo que cuando miramos fijamente el sol, nos queda por largo tiempo su disco en la retina.

¿Cómo no ha de ser po ta el que presencia estas escenas imponentes?

DOMINGO F. SARMIENTO (*República Argentina*).

Á MIS HIJOS ANSELMO Y ROSA.

Vosotros habeis querido que yo consintiese en la publicacion de mis poesías, y yo he debido complaceros, porque al recibir de vosotros todo mi bienestar presente, os debo esta prueba de condescendencia y amor; pero no espereis que el público mire mis producciones como vosotros las mirais.... Yo consagro á mis hijos amados todos los pensamientos buenos, todos los sentimientos tiernos y las pocas ideas bellas ó grandes que hayan tal vez salido de mi pluma.... Varios de estos versos han sido pedidos por otras personas, ó escritos con frialdad y distraccion solo por ocupar

alguna vigilia. Hay algunos dictados por mi corazón é interrumpidos por mis lágrimas, y vosotros que sabéis amar y sentir podeis distinguirlos. Pero si os declaro que nunca he tomado por oficio el hacer versos, y que mis ocupaciones domésticas jamás han sido perjudicadas por mis distracciones poéticas. He empleado en esto aquellos ratos perdidos que otras mujeres dan á la sociedad, de que casi siempre he estado separada, ó les dedican al cultivo de artes de agrado y de habilidades que yo nunca he poseído: por esto mis ensayos poéticos están tan incorrectos... Mas si vosotros los apreciáis, esto me basta. Cuando yo no exista, esta colección os recordará mi vida, mis pesares, mis combates, mis dudas, mis temores, mis afecciones y esperanzas, y el amor y gratitud que me inspiráis.... La gota de miel que habeis vertido en mi cáliz ha endulzado amarguras acumuladas en largos años de desaciertos, penalidades é injusticia. ¡Que Dios os recompense el bien que me habeis hecho, bendiciendo á Herminia y á cuanto os es querido, y conservándoos virtuosos y felices!

ADVERTENCIA (*al público*).... Hace ya medio siglo que vine al mundo, y mi educación se resintió de la época en que nació. Entónces no habia casas de educación para mujeres y nos criábamos sin saber ni los primeros rudímentos de la lengua. Mi excelente madre no se descuidó de mi educación moral, religiosa y doméstica; pero esto no era bastante. Mi existencia fué borrascosa como las épocas que he atravesado, porque casi todos los hombres de mi familia han tenido parte en los negocios públicos, y las mujeres que participamos de las opiniones de nuestros padres, maridos y hermanos, sufrimos siempre por amor á ellos. Así pues, mis versos patentizan mi ignorancia y se resienten de las impresiones recibidas en los tiempos en que los escribia.

A pesar de mis lamentaciones poéticas y de mis verdaderas, dolorosas é irremediables desgracias, debo confesar que no creo que la vida, el mundo, la sociedad y la especie humana sean cosas malas. Dios nos creó para ser felices y nos ha

rodeado de todos los elementos necesarios para lograrlo. Nuestras pasiones mal dirigidas y nuestros errores consentidos y aun á veces santificados, son las fuentes de la mayor parte de nuestros infortunios. Si no fuésemos ingratos hácia Dios, no veríamos la desgracia en cada suceso que contraria nuestros deseos. En mi familia y en mis cortas relaciones sociales he gozado tantas horas deliciosas y he hallado tantos séres estimables y buenos, que no creo justo decir que la vida es un mal y la raza humana un mónstruo.

Nada mas añadiré, sino que el desórden en que aparecen estas poesías ha sido inevitable, y que yo tendria un placer en que ellas agradasen al público, a pesar de lo que he dicho sobre los desencantados de la gloria y sobre mi proximidad al sepulcro.

JOSEFA ACEVEDO DE GÓMEZ (*N. Granada*).

LA MAÑANA MAS BELLA DE MI VIDA.

HABIA llegado yo, una noche de agosto de 1852, á la posada de Toche, tan conocida de todos los que han viajado por nuestra magnífica montaña de Quindío. Corria el mas hermoso de todos los veranos, por lo cual estaba tan bueno el camino que no habia gastado *á paso de carga* sino un solo dia de Ibagué á Toche. Dormí deliciosamente entre un nido de cobijas y *ruanas*, arrullado por la sonora quebrada de Tochesito que en nada desdiría del mejor paisaje; y á las seis de una hermosísima mañana ya habia tomado yo mi parco y sabroso desayuno, y la mula conductora de mis baules estaba cargada, dándome la señal de partir. Monté en mi macho sabanero, noble animal cuyo brio y blandos movimientos lo igualaban á un caballo; y bien cobijado por el bayeton, fumando con embeleso un cigarro del mejor tabaco de Ambalema, empecé mi camino.....

A la izquierda tenia yo constantemente la montaña vírgen, elevada, majestuosa: á la derecha la bajada rapidísima y nunca

hollada, de cuyo fondo misterioso subia el estruendo del torrentoso San Juan. Nuestros ingenieros, los presidarios, despues de igualar y anchar el camino, colmando con tierra seca los antiguos hoyos ó *canjilones*, habian desmontado en la orilla derecha una zona de seis varas que estaba cubierta de esas elegantes palmas que producen la cera, (*cerowylum andicolam*). Sus troncos gruesos y parejos, cortados con igualdad á la altura del pecho de un hombre, formaban con su primera fila una línea bien trazada á la vera del tortuoso camino, y su número no se dejaba contar, miéntras que la parte superior de la palma con su grociosísimo follaje habia sido arrojada al abismo. El corazón de esos troncos es formado de filamentos que la intemperie destruye muy pronto, dejando una gran cavidad que no tarda en rellenarse de tierra menuda. El viento del desierto, trayendo semillas de diversas plantas que vinieron á encontrar allí buena tierra, humedad y abrigo, habia convertido aquellos troncos en jarrones naturales de flores que los mas ricos artificiales no podrian aventajar. Clemátidas, campanillas azules, batatillas de color de aurora y cien otras flores ya magnificas ya exquisitas formaban el capitel de esas preciosas columnas, coronándolas ó colgando inclinadas con aquella gracia que tiene la naturaleza para todo lo que el hombre la deja hacer sola. Mi camino, ancho y limpio, tenia pues á un lado millones de árboles soberbios y al otro millares y millares de tazas de flores todas abiertas, y galanteadas por nubecillas de mariposas azules, doradas y rojas, miéntras que del fondo del selvoso valle me enviaba el rio sus roncocos ecos y alcanzaba á percibir el paso de las fieras sobre la hojarasca, el bufido de la dante, el ahullido del lobo y los bramidos de algun leon montañés. Una miriada de aves de todos matices atraidas por luz y las flores revolaban sobre las campanillas, y el jilguero cantaba melodiosamente. La fragancia de tantos árboles y de tantas flores habia aromatizado la brisa seca y saludable de la mañana, y esta me robaba el humo de mi cigarro que apenas salia de la boca, como para darme á aspirar olores mas gratos que ella iba recogiendo.

Eran ya las siete de la mañana: el sol había dominado las cimas mas altas, é hiriendo de improviso el Tolima que me quedaba al frente y á corta distancia, presentó á mis ojos una inmensa pirámide de plata bruñida y brillantísima, cuyo ápice se perdía como entre copos de algodón tornasolado.

Oh! lo que yo sentí en ese momento, delante del Tolima, el nevado monarca de mi país, entre aquellos árboles, aquellas flores, aquellas aves, aquel rio, aquel todo, único pasajero atravesando en semejante mañana esa soledad augusta, quedará eternamente en mi memoria como la mañana mas bella de mi vida, como la mas rica de las fruiciones que me ha regalado la naturaleza; y su recuerdo lo consagro en prenda de cariño, gratitud y respeto al Señor Lino de Pombo.

JOSÉ MARIA VERGARA V. (*N. Granada*).

PRODUCCIONES NATURALES DE CUBA.

EN la espesura de sus bosques crecen gigantes el pino erguido y el poroso cedro que tantas naves dieran á la armada española; la gallarda palma y la *seiba* majestuosa, el duro *quiebra-hacha*, el *ácana* y el *yaucuaje*, el *frijolillo*, el roble y la sabina con que fabrica el hombre sus moradas; y el caobo luciente, el negro ébano, el pintado granadillo, el naranjo silvestre y el duro *guayacan*, asombro del ebanista; la hoja preciosa del aromático tabaco cubre abundante las márgenes arenosas del Consolacion, el Cuyaguateteja, San Sebastian y otros rios de Vueltabajo, el distrito todo de Holguin y una parte de la jurisdiccion de Santiago de Cuba; la dulce caña puebla las campiñas del Mariel, las fertilísimas que corren al este de Matanzas hasta Saguachica, y los distritos de Trinidad y Cienfuegos; y Alquizar no ha mucho sorprendia al viajero con el esplendor de sus ricos cafetales. inferiores solo en la excelencia de su fruto al

de los que embellecen los altos cerros de Santiago de Cuba; sus huertos adornan la dorada naranja, el dulce *anon*, el regalado zapote, el plátano luciente y la verde corona de la piña; el maiz ostenta sus matizados penachos, y el flexible arroz blanda la copiosa espiga; ajena del temor de ver vencidas las suyas propias, generosa la fértil tierra acoge allí las producciones de otros climas; y junto al índico *imamey*, el suave *ayucate* y el tamarindo, se verán un día crecer como en nativo suelo la uva de Málaga, el melocoton de Castilla, el higo de Canarias, la naranja siciliana y el manzano de la Nueva Inglaterra: el algodón esparce al aire sus blandos copos: la vainilla, el cinamomo y la pimienta sus olores: su añil el jiquilete, la daguilla su corteza sutil, sus tintes la bija, el fustete y el brasilete, clamando por brazos á la culta Europa.

El cielo ha querido que en esta tierra de encantos disfrute el hombre de los mas bellos y ricos dones de la naturaleza, para formar de él un carácter sin igual. Los espléndidos paisajes que despliegan á porfía el mar y la tierra, iluminados por un sol de fuego encienden su ardiente fantasía y dan á la expresion de sus ideas un colorido original; la regularidad del clima templá los instintos naturalmente duros de la humanidad é imprime á sus sentimientos una dulzura que en la mujer es verdaderamente angélica; las riquezas del suelo le hacen generoso, espléndido, social y culto. El bruto mismo vive allí bendecido por la mano del Criador. Sus agrestes y enmarañadas breñas jamás sirvieron de guarida al fiero leon y al tigre carnívero, ni sus extensas sabanas vieron jamás escondida entre la verde yerba á la traidora sierpe: en sus praderas solo se oye el rugido agudo del toro jarambó mezclado con el relincho alegre del caballo andaluz, y libre de peligro la inocente oveja retoza al lado del perro fiel; sus ríos y costas pueblan peces mil y densas nubes de innumerables aves cubren la clara luz del día.

P. J. GUITÉRAS (*Cuba*).

DOÑA FORTUNA Y DON DINERO.

PUES señores, vengamos al caso: era este, que vivían enamorados Doña Fortuna y don Dinero, de manera que no se veía al uno sin el otro; tras de la sogá anda el caldero; tras Doña Fortuna andaba don Dinero; así sucedió que dió la gente en murmurar, por lo que determinaron casarse.

Era D. Dinero un gordote rechoncho con una cabeza redonda de oro del Perú, una barriga de plata de México, unas piernas de cobre de Segovia, y unas zapatas de papel de la grán fabrica de Madrid. Doña Fortuna era una locona, sin fé ni ley, muy mala *rata* y mas ciega que un topo.

No bien se hubieron los novios comido el pan de la boda, que se pusieron de esquina: la mujer queria mandar; pero D. Dinero que es engreído y soberbio, no estaba por ese gusto. — Señores, decia mi padre (en gloria esté) que si el mar se casase, habia de perder su braveza; pero D. Dinero es mas soberbio que el mar, y no perdía sus infaldas.

Como ámbos querían ser mas y mejor, y ninguno queria ser ménos, determinaron hacer la prueba cuál de los dos tendria mas poder. « Mira, dijo la mujer al marido, ¿ ves allí abajo en el *chueco* de un olivo aquel pobre tan cabizbajo y mohino? Vamos á ver cuál de los dos, tú ó yo, le hacemos mejor suerte. »

Convino el marido; enderezaron hácia el olivo, y allí se encamparon; él raneando, ella de un salto.

El hombre, que era un desdichado que en la vida le habia echado la vista encima ni al uno ni al otro, abrió los ojos tamaños como aceitunas cuando aquellos dos Usías se le plantaron delante.

¡Dios te guardel dijo D. Dinero.

— Y á Usía tambien, contestó el pobre.

— ¡No me conoces?

— No conozco á su mercé sino para servirlo.

— ¿Nunca has visto mi cara?

— En la vida de Dios.

— Pues qué, nada posees?

— Sí, señor; tengo seis hijos desnudos como cerrojos con gañotes como calcetas viejas; pero en punto á bienes, no tengo mas que un *coge y come* cuando lo hay.

— ¿Y por qué no trabajas?

— ¡Toma! porque no hallo trabajo. Tengo tan mala fortuna, que todo me sale torcido como cuerno de cabra; desde que me casé, pareció que me habia caído la helada! Abi nos puso un amo á labrarle un pozo á estajo, prometiéndonos sendos doblones cuando se le diese rematado; pero ántes no soltaba un maravedís: así fué el trato.

— Y bien que lo pensó el dueño, dijo sentenciosamente su interlocutor, pues dice el refran: dineros tomados, brazos quebrados. — Sigue, hombre.

— Nos pusimos á trabajar echando el alma, porque aquí donde su mercé me ve con esta facha ruin, yo soy un hombre señor.

— ¡Ya! dijo D. Dinero, en eso estoy.

— Es, señor, repuso el pobre, que hay cuatro clases de hombres: hay *hombres* como son los *hombres*: hay *hombrecillos*, hay *moniacos*, y hay *monicaquillos*, que no merecen ni el agua que beben. Pero como iba diciendo, por mucho que cavamos, por mas que ahondamos, ni una gota de agua hallamos. No parecia sino que se habian secado los centros de la tierra; nada hallamos, señor, á la fin y á la postre, sino un zapatero de viejo.

— En las entrañas de tierra! exclamó D. Dinero indignado de saber tan mal avecindado su palacio solariego.

— No señor, respondió el pobre, no en las entrañas de la tierra, sino de la otra banda, en la tierra de otra gente.

— ¿Qué gentes, hombre?

— Las *antripulas*, señor.

— Quiero favorecerte, amigo, dijo D. Dinero metiendo al pobre pomposamente un duro en la mano.

Al pobre le pareció aquello un sueño, y hechó á correr que

volaba; que la alegría le puso alas á los piés; arribó derecho á una panadería y compró pan; pero cuando fué á sacar la moneda, no halló en el bolsillo sino un agujero, por el que se habia salido el duro sin despedirse.

El pobre, desesperado, se puso á buscarlo; pero qué habia de hallar! Cochino que es para el lobo, no hay San Anton que le guarde. Tras el duro perdió el tiempo, y tras el tiempo la paciencia, y se puso á echarle á su mala fortuna cada maldición que abria las carnes.

D^a Fortuna se tendia de risa, la cara de D. Dinero se puso aun mas amarilla de coraje; pero no tuvo mas remedio que rascarse el bolsillo y darle al pobre una onza.

A este le entró un alegron que se le salia el corazon por los ojos. Esta vez no fué por pan, sino á una tienda en que mercó telas para echarles á la mujer y á los hijos un roncito de ropa encima. Pero cuando fué á pagar y entregó la onza, el mercader se puso por esos mundos diciendo que aquella era una mala moneda, que por lo tanto seria su dueño un monedero falso, y que lo iba á delatar á la justicia. El pobre al oír esto se abochornó y se le puso la cara tan encendida que se podian tostar habas en ella; tocó de suela, y fué á contarle á D. Dinero lo que le pasaba, llorando por su cara abajo.

Al oírlo D^a Fortuna se destornillaba de risa, y á D. Dinero se le hiba subiendo la mostaza á las narices. — Toma, le dijo al pobre dándole dos m^l reales; mala fortuna tienes, pero yo te he de sacar adelante, ó he de poder poco.

El pobre se fué tan enagenado, que no vió hasta que se dió de narices con ellos, á unos ladrones que lo dejaron como su madre le parió.

D^a Fortuna se burlaba de su marido, y este estaba mas corrido que una mona. — Ahora me toca á mí, le dijo, y hemos de ver quién puede mas, las faldas ó los calzones.

Acercóse entónces el pobre que se habia tirado al suelo y se arrancaba los cabellos; y sopió sobre él. Al punto se halló este debajo de la mano el duro que se le habia perdido.

Algo es algo, dijo para sí, vamos á comprarles pan á mis hijos, que ha tres dias que andan á medio sueldo, y tendrán los estómagos mas limpios que una patena.

Al pasar frente de la tienda en la que habia mercado la ropa; lo llamó el mercader; y le dijo que le habia de disimular lo que habia hecho con él; que se le figuró que la onza era mala, pero que habiendo acertado á entrar allá el contrastador, le habia asegurado que la onza era buenísima, y tan cabal en el peso, que mas bien le sobraba que no le faltaba; que ahí la tenia, y además toda la ropa que habia apartado, que le daba en cambio de lo que habia hecho con él.

El pobre se dió por satisfecho, cargó con todo, y al pasar por la plaza, cate ahí que una partida de Napoleones de la Guardia Civil traian presos á los ladrones que le habian robado, y en seguida el juez, que era un juez como Dios manda, le hizo restituir los dos mil reales, sin costas ni mermas. Puso el pobre este dinero con un compadre suyo en una mina; y no bien habia ahondado tres varas, cuando se hallaron un filon de oro, otro de plomo y otro de hierro. A poco le dijeron *Don*, luego *Usia* y luego *Excelencia*.

Desde entónces tiene D^a Fortuna á su marido amilanado y metido en un zapato, y ella mas casquivana, mas desatinada que nunca, sigue repartiendo sus favores sin ton ni son, al buen tun tun, á tontas y á locas, á ojo de buen cubero, á la buena de Dios, á cara y cruz, á manera de palo de ciego, y alguno alcanzará al narrador si le agrada el cuento al lector.

FERNAN CABALLERO (*Esp.*)

EL MURCIÉLAGO ALEVOSO.

INVECTIVA

ESTABA Mirta bella
 Cierta noche formando en su aposento
 Con gracioso talento,

Una tierna cancion, y porque en ella
Satisfacer á Delio meditaba,
Que de su fé dudaba,
Con vehemente expresion le encarecia
El fuego que en su casto pecho ardia.
Y estando divertida,
Un murciélago fiero ¡suerte insana!
Entró por la ventana:
Mirta dejó la pluma sorprendida,
Temió, gimió, dió voces, vino gente;
Y al querer diligente
Ocultar la cancion, los versos bellos
De borrones lleñó, por recogellos.
Y Delio noticioso
Del caso, que en su daño habia pasado,
Justamente enojado
Con el fiero murciélago alevoso
Que habia la cancion interrumpido,
Y á su Mirta afligido;
En cólera, y furor se consumia,
Y así á la ave funesta maldecia:
« Ó mónstruo de ave y bruto,
Que cifras lo peor de bruto y ave,
Vision nocturna grave,
Nuevo horror de las sombras, nuevo luto,
De la luz enemigo declarado,
Nuncio desventurado
De la tiniebla y de la noche fria,
Qué tienes tú que hacer donde está el dia?
Tus obras y figura
Maldigan de comun las otras aves,
Que cánticos suaves
Tributan cada dia á la Alba pura;
Y porque mi ventura interrumpiste,
Y á su autor afligiste,
Todo el mal y desastre te suceda

Que á un murciélagó vil suceder pueda.
La lluvia repetida
Que viene de lo alto arrebatada,
Tan solo reservada
Á las noches, se oponga á tu salida;
Ó el relámpago pronto reluciente
Te ciegue, y amedrente;
Ó soplando del Norte recio el viento,
No permita un mosquito á tu alimento.
La dueña melindrosa,
Tras el tapiz do tienes tu manida,
Te juzgue inadvertida
Por telaraña sucia y asquerosa,
Y con la escoba al suelo te derribe;
Y al ver que bulle y vive
Tan fiera y tan ridícula figura,
Suelte la escoba y huya con presura.
Y luego sobrevenga
El jugueton gatillo bullicioso,
Y primero medroso
Al verte, se retire, y se contenga,
Y bufe, y se espeluzne horrorizado,
Y alce el rabo esponjado,
Y el espinazo en arco suba al cielo,
Y con los pies apénas toque el suelo
Mas luego recobrado,
Y del primer horror convalecido,
El pecho al suelo unido,
Traiga el rabo del uno al otro lado,
Y cosido en la tierra, observe atento;
Y cada movimiento.
Que en tí llegue á notar su perspicacia,
Le provoque al salto, y le dé audacia.
En fin sobre tí venga,
Te acometa y ultrage sin recelo;
Te arrastre por el suelo,

Y á costa de tu daño se entretenga;
Y por caso las uñas afiladas
En tus alas clavadas,
Por echarte de sí con sobresalto,
Te arroje muchas veces á lo alto.
Y acuda á tus chillidos
El muchacho, y convoque á sus iguales,
Que con los animales
Suelen ser comunmente desabridos;
Qué á todos nos dotó naturaleza,
De entrañas de fiereza,
Hasta que la edad ó la cultura
Nos dan la humanidad y mas cordura.
Entre con algazara
La pueril tropa al daño prevenida,
Y lazada oprimida
Te echen al cuello con fiereza rara;
Y al oírte chillar alzen el grito
Y te llamen maldito!
Y creyéndote al fin del Diablo imágen,
Te abominen, te escupan, y te ultrajen,
Luego por las telillas
De tus alas te claven al postigo,
Y se burlen contigo,
Y al hocico te apliquen candelillas.
Y se rían con duros corazones
De tus gestos y acciones,
Y á tus tristes querellas ponderadas,
Correspondan con fiesta y carcajadas,
Y todos bien armados
De piedras, de navajas, de agujones,
De clavos, de punzones,
De palos por los cabos afilados,
(De diversion y fiesta ya rendidos)
Te embistan atrevidos,
Y te quiten la vida con presteza.

Consumando en el modo su fiereza.
Te punzen, y te sajen,
Te tundan, te golpeen, te martillen,
Te piquen, te acribillen,
Te dividan, te corten, y te rajen,
Te desmiembren, te partan, te degüellen,
Te hiendan, te desuellen,
Te estrujen, te aporreen, te magullen,
Te deshagan, confundan, aturrullen.
Y las supersticiones
De las viejas, creyendo realidades,
Por ver curiosidades,
En tu sangre humedezcan algodones
Para encenderlos en la noche obscura,
Creyendo sin cordura
Que verán en el aire culebrinas,
Y otras tristes visiones peregrinas
Muerto ya, te dispongan
El entierro, te lleven arrastrando,
Gori, Gori, cantando,
Y en dos filas delante se compongan;
Y otros fingiendo voces lastimeras
Sigan de plañideras,
Y dirijan entierro tan gracioso,
Al muladar mas sucio y asqueroso.
Y en aquella basura,
Un hoyo hondo y capaz te faciliten,
Y en él te depositen,
Y allí te den debita sepultura;
Y para hacer eterna tu memoria,
Compendiada tu historia,
Pongan en una losa duradera.
Cuya letra dirá de esta manera.

EPITAFIO.

Aquí yace el muñciélagó alevoso,
 Que al Sol horrorizó, y ahuyentó el día,
 De pueril saña triunfo lastimoso,
 Con cruel muerte pagó su alevosía:
 No sigas caminante presuroso,
 Hasta decir sobre esta losa fria:
 « Acontezca tal fin y tal estrella
 « A aquel que mal hiciere á Mirta bella. »

MTRO ER. DIEGO GONZALEZ (*Esp.*)

LA EXPEDICION BOTÁNICA DE MÚTIS.

HABIA en Bogotá, á fines del siglo pasado y en la primera década del presente, una verdadera pléyada de hombres eximios, algunos de ellos de primera talla en el orden de la inteligencia, cuyas luces, fuerza de alma y magnánimo carácter constituyen uno de los mas ilustres recuerdos de la América española, una de sus mas nobles complacencias históricas y uno de sus mejores títulos al respeto y estima de los hombres de buena voluntad. José Celestino Mútis, Francisco José de Córdas, Eloy Valenzuela, Francisco Antonio Zea, Jorge Tadeo Lozano, Félix Restrepo, Pedro Fermin de Vargas, Camilo Tórres, Miguel Pomba, Antonio Ulloa, Manuel Rodríguez Torices, José Fernández Madrid, Frutos Joaquin Gutiérrez, José María García Toledo, Pablo Plata, Custodio García Rovira, José María Salazar, José Gregorio Gutiérrez, Emigdio Benitez, José María Cabal, Tomas Tenorio, Vicente Jil de Tejada, Antonio Nariño, Sinforoso Mútis, Salvador Rizo, Antonio Baraya, Ramon Leiva, Manuel Benito Castro, Juan del Corral, Lorenzo Plata, José Manuel Restrepo; tales son los nombres de los mas principales. El mayor número de estos varones,

oriundos de las diversas provincias que en aquel entonces formaban el Nuevo Reino de Granada ¹, establecieron una Sociedad literaria, donde pasaban los mas bellos dias de su vida cultivando las humanidades y las ciencias y mejorando su espíritu con la lectura, á tal punto que la envidia y la maledicencia, perseguidoras del mérito como siempre lo fueron, no hallaron allí ninguna arista debilen donde hincar el diente. Era aquel un ramillete de hombres escogidos por su talento, por su erudicion copiosa en todos los ramos de la ciencia, por su lenguaje culto, por sus costumbres ajustadas pero dulces, por su dignidad firme pero modesta, por su independencia sin rudeza y por sus sentimientos tan delicados como vigoroso. Literaturas griega, latina, castellana, francesa é inglesa, rétorica, matemáticas, geografía, fisica, astronomia, filosofía, derecho público, medicina, leyes patrias, química, historia natural, todos los ramos del saber tenian su especial culto entre ellos. Tan sabios como benévolos, tan inteligentes como ardorosos investigadores, su pasion dominante era buscar la verdad, y su ambicion consagrar su vida al ben público. Al paso que respetaban las ideas sanas y las costumbres razonables de su tiempo, dando ejemplo de austeridad en su observancia, levantaron tambien su voz contra las creencias falsas y los hábitos empíricos, por mucho que se atrincherasen tras el prestigio de los años, dando leccion del valor con que deben sostenerse siempre las convicciones honradas, y siendo, á la par, dechados de las mayores virtudes, el amor á Dios, la filantropía, el patriotismo. Algunos de ellos desplegaron, en el rigor de las mas terribles pruebas, un temple de ánimo no excedido seguramente ni en Grecia ni en Roma.

¿En qué fuentes habian bebido su instruccion estos hombres? ¿Por qué medios habia alcanzado la colonia la dicha de contarlos entre sus hijos?

Vardad es que habia varios colegios, y que en ellos podian aprenderse las primeras nociones de una vasta erudicion; pero

(1) Hoy Estados unidos de Colombia.

la Expedición Botánica fundada en 1781, y tan hábilmente dirigida por el doctor Mútis, «el illustre patriarca de los botánicos» como ha sido llamado por Humboldt, fué sin duda su mas provechosa escuela. Una biblioteca de los jesuitas y algunos libros introducidos clandestinamente, burlando, á favor del oro, la vigilancia de la Inquisicion de Cartagena, habian sido tambien muy eficaces auxiliares. Asi como la chispa se convierte pronto en llama viva cuando cae sobre buenos combustibles, la lux derremada por Mútis y la Expedicion no tardó en producir en esas almas inflamables la fiebre de la ciencia, de due fueron magnificos ejemplos Valenzuela, Zea, Lozano, Várgas, e sobre estos y los demás, el prodigioso Cádas, cuyas grandes facultades paralela y armónicamente vigorosas, atinadamente dirigidas en la primera edad y ejercitadas luego por propio impulso «con un ardor sin ejemplo.» como dice el mismo Humboldt, le eleváron al rango de los mas distinguidos, de los mas nobles, de los mas preciosos tipos del hombre. Pocor años bastaron para que el talento de Mútis, plantado en quel feraz suelo, germinara con asombrosa rapidez y se multiplicara en muchos talentos, á la manera de un macizo grano de candeal sembrado y reproducido en el mejor martillo. Pudiera decirse que, semejante á una lámpara atestada de luces suspendida por la noche en el ámbito de un gran templo, Mútis, abriendo sus labios y extendiendo sus brazos en las cimas de los Andes, habia disipado la densa oscuridad en que estaba envuelta aquella colonia á tiempo que él resolviera trocar por ella, para mansion de sus mejores dias y última morada de sus huesos, la voluptuosa playa gaditana que le habia visto nacer. Valenzuela, el primero de sus discípulos y compañeros en los trabajos de la Expedicion, robusto espíritu, fué un sabio y uno de los mas acabados modelos de ministro religioso que pueda soñar la mas acendrada conciencia. El segundo, Zea, quien trasportado á España á fines del siglo pasado, como preso político, estuvo encerrado durante dos años en una fortaleza de Cádiz, maravilló en tal grado á todo el que lo conocia, con su saber, su elocuencia y su promi-

mentes cualidades, que no tardó mas tiempo el gobierno en abrirle las puertas de la prision para confiarle una importante comision científica en Paris, desempeñada la cual regresó á Madrid con el fin de solicitar permiso para volver á su tierra nativa, en vez de lo cual fué nombrado, en 1805, director del Jardin Botánico, y encargado de inaugurar, como lo hizo con el mayor lucimiento, una cátedra de esta ciencia en aquella Universidad. Otro de sus mas íntimos cooperadores y amigos fué Lozano, hombre de fácil comprension, de razon despejada, rápida intuicion y vastas luces, que se consagró á cultivar la ciencia de Buffon y Cuvier en medio de una biblioteca selecta y rodeado de una naturaleza infinita en insectos, reptiles y animales de todas clases. Rizo, el mayordomo de la Expedicion y su primer dibujante, de alta estatura, sanguíneo, de color mereno, cabellos negros y crespos, ojos pequeños y vivos, espíritu pronto á todo movimiento y hábil para todo trabajo, se captó á tal extremo la estimacion y la confianza de Mútis, que no fué solo su albacea testamentario sino su apoderado para testar con instrucciones verbales. Cáldas, físico, naturalista, ingeniero, político, poco ménos buen orador que Zea y Camilo Tórres, imaginacion sublime, razon tan ancha y tan alta como las inmensas moles de los Andes, habria vivido veinte ó treinta años mas para admiracion y bien del mundo, si no hubiera sido un amigo tan tierno al ménos como el girondino Fonfréde y tal vez mas digno de honrar una constelacion que Castor y Polux: Cáldas prefirió morir con su amigo Ulloa á escapar solo. Estos personajes y Sinfonso Mútis cumplido sobrino del ilustre director, fueron los principales miembros de la Expedicion Botánica, merced á la cual la colonia del Nuevo Reino de Granada, que cuando la conoció aquel sabio parecia un cuerpo muerto, ya ostentaba vida briosa en 1808, y manifestaba por todas partes una agitacion saludable. la agitacion del talento y de la actividad en toda su juventud, que tenia por objeto las ciencias, el comercio, las artes, la educacion, la aspiracion al tono y á los elementos de fuerza y bienestar propios de una antigua nacion cristiana.

De esta agitacion una de las manifestaciones de mas entidad fué la publicacion del periódico titulado EL SEMANARIO, que reuniendo y exhibiendo todas las producciones científicas y literarias de aquel haz de fecundas inteligencia, esparció las luces por todas las poblaciones de la colonia y excitó en el pueblo el gusto por las publicaciones periódicas y por la civilizacion. Cáldas fué el principal promotor de esta empresa, y entendiéndose con los mas ilustrados de sus discípulos y compañeros en la Expedicion respecto á la colaboracion que debian prestarle, se constituyó en director de ella. Una publicacion hecha bajo los auspicios de Cáldas, en pliegos semanales al principio, y luego en forma de memorias, alimentada en su mayor parte con sus propias lucubraciones, daba garantías de utilidad, novedad, bello estilo, variedad y estabilidad, á tiempo que no existia en toda la extension del vireinato otro periódico que el diminuto ó insipido REDACTOR AMERICANO, publicado en Bogotá por el bibliotecario Manuel del Socorro Rodríguez (cubano.) Así desde el 3 de enero de 1808, en que circuló el primer número, se vió quel el objeto de EL SEMANARIO era tan extenso como benefico: la geografia, la estadística y el comercio del Nuevo Reino, la botánica, la zoología, la astronomía, la física, la literatura, la medicina, todo lo útil, todo lo bello, todo lo verdadero, todo lo importante para la ciencia, la inteligencia, la imaginacion y la vida, todo esto explicado en el mas propio lenguaje, debia llenar las páginas de tan interesante publicacion. Por consiguiente los hombres de erudicion y talento, cada uno en su ramo favorito, debian contribuir con su parte; y al efecto los invitó Cáldas desde el principio, con palabras que parecian un mandato de la patria reclamando de sus hijos primogénitos el debido tributo de beneficio y de gloria. Los agricultores, los curas, los hacendados y los comerciantes tambien debian concurrir con su cuota de conocimientos prácticos para la grande obra de describir el vireinato bajo todos sus aspectos físicos y sociales, y difundir buenas ideas en la masa del pueblo. Cual fuera el éxito de esta publicacion,

puede verse en la edicion formada por el patriota historiador Joaquín Acosta (Paris, 1849), la cual contiene los escritos mas sustanciales que se dieron á luz en aquel periódico.

Humboldt y Bonpland, deseosos de conocer á los miembros de la Expedicion y sus trabajos, estuvieron en Bogotá en 1801. Colocados todos estos sabios á igual altura en talento y amor á la ciencia, bien pronto la amistad enlazó sus corazones en nombre del comun amor. Mútis les abrió las puertas de la Expedicion y les mostró sus herbarios, sus colecciones zoológicas y mineralógicas, sus instrumentos, manuscritos y dibujos. Segun dichos sabios, jamás se ha hecho coleccion alguna de dibujos mas lujosa, y aun podría decirse que ni en mas grande escala; ni jamás se ha consagrado, en parte alguna de Europa, á un solo ramo de historia natural, una biblioteca tan bella y tan rica como la biblioteca botánica de esta Expedicion. En Popayan conocieron y trataron á Caldas. Ilustrados en todas las ciencias naturales, adornados de vastos conocimientos en todas las materias del saber, dotados de las mas grandes facultades mentales, acabados de salir de en medio de la civilizacion europea, Humboldt y Bonpland estimularon é ilustraron la inteligencia de los miembros de la Expedicion con sus luminosas conversaciones y sus discusiones científicas. Aunque los libros y los periódicos los imponian de los adelantos de las ciencias y de la marcha de las sociedades ultramarinas, la palabra hablada es siempre mas insinuante, mas expresiva, mas lata que la palabra escrita. Pero por una permanencia de cuarenta años en América, consagrado dia por dia al estudio de sus vegetales, de sus animales, de su corteza térrea, de sus fenómenos naturales, Mútis era la encarnacion de la ciencia física de los Andes; y agregando á esta condicion su instruccion variada y profunda y su esmerada educacion, reunia en sí mismo todos los títulos y medios para fecundizar poderosamente el ya bien cultivado talento de los ilustres viajeros. Mas aun: la Expedicion botánica, rica de materiales científicos aglomerados en diez y siete años de perenne labor; desempeñada y servida por un cuerpo

numeroso de hombres inteligentes y activos, cada uno de ellos profesor en su oficio; foco de las luces, de las invenciones y de los descubrimientos útiles de todo el vireinato; plantel grandioso, por el teatro de sus trabajos, por los recursos de subsistencia con que contaba, por la inmejorable calidad de sus empleados, atesoraba inmensas observaciones y elementos nuevos de historia natural mucho mas que suficientes para dar pábulo á la sed de secretos cosmológicos y al excelso criterio de los señores Humboldt y Bonpland. Al visitarla estos sábios, hallaron recopilada en sus estantes la naturaleza de las regiones equinociales de América, coordinada, escogida, clasificada é interpretada por Mútis, Valenzuela, Zea y los demas discípulos del primero; y puede decirse que aunque los viajeros hubiesen permanecido doce años sobre los Andes, no habrian podido obtener tantos datos acerca de la corteza física de estas regiones como los que hallaron acumulados en la casa de la Expedicion. Seguramente no se hacen cargo de esta circunstancia muchas de las personas que admiran el éxito de este viaje memorable.

José Celestino Mútis dejó de existir en setiembre de 1808. Al tocar la muerte ese corazon de apóstol, todos sus discípulos y amigos, es decir, todos los hombres de posicion y de valer de la colonia, se sintieron tambien como sobrecogidos de mortal estupor. Mútis era el centro, el eje de aquella sociedad; á su rededor se agrupaban, para unirse, ampararse y fortalecerse, todás las fuerzas del espíritu, inteligencia, génio, actividad y voluntad; y como habia despertado, ilustrado y puesto en ejercicio todas estas fuerzas; como habia favorecido toda idea útil, alentado todo pensamiento fecundo é impulsado toda noble virtud; como cuarenta y ocho años que habia vivido en el Nuevo Reino los habia empleado en hacer bien al pueblo, el dolor producido por su fallecimiento no era solo ese dolor que se siente en donde está la facultad de admirar los hechos singulares y las hazañas deslumbrantes, sino esa orfandad que deja un padre, un redentor, un generoso bienhechor que ha consagrado cuanto ha sido y ha tenido, á la

mejora de una sociedad incipiente, á dar la luz poder y respetabilidad. Cuerpo elevado, continente grave, modales fáciles y altamente corteses, frente espaciosa y fulgente, mirada penetrante y concentrada; rostro circunspecto, imponente, de forma oblonga, en el cual senotaban particularmente los párpados superiores abultados como los de casi todo hombre religioso en su meditaciones, serios en sus juicios y firme en sus pensamientos: tal era la apariencia general de su fisonomía. Cuando explicaba los principios y corolarios de la ciencia, sus facciones, de ordinario recogidas, se dilataban bañadas de una dulce expresion; el deleite de enseñar las iluminaba de pronto como el sol naciente á una nebulosa montaña, y sus labios manaban un lenguaje apropiado y bastante fluido. Fuera de estas ocasiones hablaba poco: sus respuestas como sus preguntas eran concisas, y no se permitia usar de chanzas ni dichos salados, como si no corriese por sus venas sangre castellana calentada por sol casi tropical. Su carácter retraido y taciturno le daba un aire misterioso, que si bien infundia veneracion y le impedia gastar el tiempo en frivolidades, alejaba de su persona el trato íntimo y le privaba de los consuelos que procura la comunicabilidad: el corazon necesita tanto desahogar sus penas como vaciar su sangre. Hombre austero, sus placeres se reducian á sus aspiraciones, y hombre de conciencia y espíritu, sus aspiraciones eran á la vez inocentes y grandes: merecer la memoria de los hombres por sus servicios á la ciencia, y la memoria de Dios por su fe y su acrisolada virtud. De sus compañeros en la Expedicion, su mas allegado por inclinaciones y temperamento fué Valenzuela, y uno y otro eran sacerdotes. Zea, Cálidas y Lozano diferian bajo ciertos respectos. Mútis no tenia tal vez un genio tan poderoso ni tanto arranque de imaginacion como Cálidas, ni como Zea, ni aun como Lozano; pero era el arquetipo de la constancia, de la aplicacion y del amor á la ciencia; y su talento recibió los mas altos elogios de Linneo y de los grandes sabios de su época.

Diez años despues de la muerte de Mútis, casi todos sus

hijos y socios en ciencia y en virtudes que hemos nombrado, perecieron en el cadalso, y con ellos los trabajos de aquella famosa Expedicion destinada á coronar de la mas pura gloria á España y á América.

FLORENTINO VEZGA (*N. Granada*).

«*Memoria sobre la historia de la Botánica en la Nueva Granada.*»
Extractado por el autor para este libro.



RÉPLICA AL COMPATRICIO.

(FRAGMENTO).

... SEGUN estas frases, la conclusion lamentable á que llegamos es, que tan esclarecidos varones perdieron su tiempo inútilmente, y que nada consiguió *Ramírez* cuando, Director de la Sociedad Económica de la Habana, sacó la educacion primaria del vergonzoso estado en que se hallaba? Nada consiguió cuando, despues de haber fundado nuestra Academia de dibujo, estableció tambien una cátedra de Economía politica en el colegio de San Carlos? Nada consiguió cuando por primera vez dotó á nuestro suelo de una cátedra de Anatomía práctica que tan sazonados frutos ha producido? Nada consiguió, cuando las poblaciones de Nuevitas, Cienfuegos y otras, son monumentos que atestiguan el triunfo de sus esfuerzos en favor de la colonizacion blanca? Y Arango, Don *Francisco Arango*, ese habanero eminente ¿es verdad que tampoco consiguió nada en la larga carrera de sus patrióticos servicios? ¿Cuál fué el brazo fuerte que siempre luchó contra el monopolio gaditano? ¿Quién sino él rompió la cadena fatal de la esclavitud mercantil, que por tres centurias arrastró nuestra Cuba? ¿Y á quién sino á él, debe la generacion presente los grandes beneficios que está recogiendo de su comercio con todos los países cultos de la tierra? Y *Varela*, nuestro virtuoso y predilecto *Varela* ¿ha participado tambien de la desgracia comun á los demas patricios? ¿De nada han servido

á Cuba sus admirables lecciones y sus escritos filosóficos, derramando una nueva luz sobre el horizonte cubano, y enseñando á la juventud las reglas del buen pasar, los principios de la moral mas pura, y los arcanos de la naturaleza? ¿Perdidos son tambien los desvelos y sacrificios que por la santa causa de la educacion ha hecho y está haciendo *Josè de la Luz y Caballero*, conjunto extraordinario de vastos y profundos conocimientos? Estériles habrán sido los fervientes deseos de *Domingo del Monte*, que con la buena doctrina, pulcritud y elegancia de sus escritos, con la sensatez y elevacion de sus consejos á la muchedumbre de jóvenes, que respetuosamente le escuchaban, y con el ejemplo de sus patrióticas virtudes ha contribuido poderosamente á difundir en nuestra tierra el buen gusto literario, y á inspirar en ella los sentimientos de la mas generosa libertad? Inútiles son, en fin, todos los trabajos, todos los beneficios que con una constancia heroica ha sabido derramar sobre Puerto Príncipe, su patria, aquel hijo esclarecido, que en vez de llamarle por su nombre bautismal, todos le conocemos bajo el dictado de *Lugareño*? No, que no son perdidos, sino muy aprovechados los esfuerzos de estos y otros insignes varones que á nuestra Cuba han servido, y yo me complazco en mencionarlos, haciendo á todos la debida justicia, si no me viese encerrado dentro de los estrechos límites de este papel.

JOSÉ A. SACO (*Cuba*).

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL COLEGIO
« EL SALVADOR » DE LA HABANA.

Dos espectáculos verdaderamente sublimes ofrece la naturaleza á la contemplacion del hombre: — el cielo estrellado encima de nuestras cabezas y el sentimiento del deber en el fondo de nuestra conciencia. — Estas palabras, que envuelven en síntesis admirable cuanto hay en el mundo de mas grande y elevado, son de un insigne filósofo moderno que

pasó todos los días de una larga vida en la admiración de esos dos espectáculos, y en ellas se fijó mi pensamiento desde que, conforme á una costumbre que va siendo antigua y es ya una necesidad de mi corazón, me preparaba á escribir estos pocos renglones en los cuales queria por lo ménos daros un consejo, autorizado por el lazo espiritual que nos une en D. José de la Luz, y por los pocos años que os llevo de ventaja en el camino de la vida. — Un consejo, nada mas;... y para ello la frase magnífica de Kant me pareció el resúmen brillante y completo de lo que me proponia deciros, el mejor elogio de esa vida tranquila y estudiosa que aquí llevais, como preparacion á la otra de esfuerzos y sobresaltos que os espera fuera del colegio.

El cultivo de la inteligencia y el cultivo del corazón, el desenvolvimiento intelectual y el desenvolvimiento moral, la ciencia y la virtud, — estas son las dos nobles y grandes ocupaciones que nacen de los dos espectáculos que Kant llamaba verdaderamente sublimes, y son tambien la expresion mas alta del ideal divino á que se conforma el espíritu humano. — Estad bien seguros de que fuera de esto nada hay en el mundo que nos interese ó nos importe mas, y si luego observais que los hombres con frecuencia aparecen preocupados por otros intereses, no olvideis que todo ello es pasajero, frívolo y vulgar, y que solo son necesarios é indispensables la ciencia y el deber: — de ellos únicamente recibimos el convencimiento de la superioridad de nuestro espíritu y solo en ellos podremos honrar y amar á Dios, porque detrás de la última invisible estrella del cielo que admiraba Kant se sienta el mismo Dios que en lo mas hondo de nuestra conciencia nos infunde el ardiente deseo de llegar á él por la práctica de la virtud. La humanidad no lo ha olvidado, no lo puede nunca olvidar, y siempre se encontrará hasta en los seres mas indiferentes una expresion de respeto y simpatía por el hombre que consagra su vida al estudio de esos grandes problemas; — pero quizás hoy sea mas oportuno que otras veces el recordarlo y repetirlo, porque el inmenso desarrollo de la pros-

peridad general y las ventajas del público bienestar que á todos alcanza y crece y se aumenta dia por dia, inclinan á muchos á contentarse con los placeres de la realidad presente, juzgando inútil é innecesario ir en busca de la duda y de la angustia inevitable en esos problemas siempre estudiados y nunca definitivamente resueltos.

Vivimos en el siglo de los grandes adelantos materiales, en la época de los milagros del comercio y los portentos de la industria, en los cuales se emplean tesoros de actividad y esfuerzos gigantescos que dan por resultado un progreso legítimo é indudable que influye en beneficio de todos los ramos del movimiento humano. Así como en tiempos ya muy distantes acudia la Grecia entera á los juegos olímpicos, acude hoy de cinco en cinco años el mundo entero á una de las dos grandes capitales de la Europa donde la industria y la mecánica despliegan sus maravillas en un certámen colosal. ¿No es verdad que es hermoso y magnífico este movimiento? Sí, lo es, y no habrá en mi boca una expresion injuriosa para maldecirlo; pero por encima de esos obreros infatigables que con sus inventos y combinaciones mejoran sin duda alguna la suerte de los hombres sobre la tierra, debeis reservar el grado mas alto de vuestro aprecio y vuestra admiracion á un Herschel que inscriba su nombre en el firmamento, ó á un Kant que encerrado en un estrecho aposento medite sobre el enigma del espíritu humano. Absortos y entusiasmados contemplaréis esos puentes soberbios que cubren los abismos ó esos interminables ferro-carriles que podrian ceñir tres veces el mundo, pero admirad y respetad mas todavía al modesto matemático que estudia la senda misteriosa de astros que nadie vé y busca una nebulosa, ó al ignorado filósofo que consume su vida entera y una exquisita inteligencia en formar una hipótesis sobre una cosa que muchos llaman una quimera.

Todos indudablemente trabajan hácia un mismo fin, todos son los artesanos del progreso, y nunca se ha fundado la grandeza de los pueblos y naciones exclusivamente sobre esas rarísimas circunstancias de elevación intelectual y moral. Sin

embargo, en mi entusiasmo no quisiera merecer que me llamáseis delirante y soñador, pues aunque entre todos los nombres son esos quizás los que ménos me disgustarían, no quiero en este instante pecar por ninguna exageracion. Cuando vosotros estudiáis, cuando todos nos educamos, nuestra aspiracion debe naturalmente estar reducida á ser hombres de bien y hombres instruidos; — objeto bien difícil ya de suyo y tarea por cierto no pequeña! Se ha dicho con razon que nada hay pequeño en el universo mas que los espíritus pequeños. Los buenos ciudadanos, honrados y trabajadores, constituyen la riqueza y la fuerza de las naciones; y solo de cuando en cuando aparecen como productos exquisitos de un orden de cosas perfecto y completo esos hombres de que os acabo de hablar. La poesía, por ejemplo, es de todos los tiempos y paises, pero todas las especies no corresponden á todos los momentos, y la gran poesía de Goethe solo pudiera haber nacido en las alturas de la civilizacion, como aquella flor de colores brillantísimos que solo brota al lado de la nieve perpétua de las mas altas montañas.

Ni os pido ni os aconsejo imposibles, os señalo un ideal y os digo que ese ideal exclusivamente consiste en la posesion de la verdad. Aspirad á ella, buscadla en todas partes, tenedla como único criterio, como única medida, y aplicadla á todas las cosas de la vida, á las grandes y á las pequeñas, á las eternas y á las pasajeras, y con solo ella tendréis cuanto podeis necesitar. Guardad vuestro amor, vuestro respeto y vuestro entusiasmo para aquello en que la verdad únicamente resplandezca, y de ese modo llegaréis á estar perfectamente convencidos de que las maravillas externas de la civilizacion son grandes y admirables en cuanto elevan el sentimiento moral de la humanidad, y preparando para lo futuro una igualdad y hasta una comunión universal de intereses, preparan tambien y sobre todo la purificacion del alma universal. Entónces comprenderéis todo el heroísmo del hombre que se encierra á solas con su conciencia y se absorbe en la misteriosa contemplacion de Dios bajo la forma de la verdad cien-

tífica ó de la verdad moral, del hombre que no desdeña los adelantos materiales porque nó debe desdeñar nada que sea obra del espíritu humano, pero que prescinde de ellos porque no los necesita, y viene sin embargo á darles un esplendor que no tienen, probando además con su ejemplo y su palabra que hay algo mas alto á donde todos podemos y debemos alcanzar, que hay algo mas grande que trae consigo mejoras que nunca envejecen y goces incomparables que no sacian nunca.

Estas son pues las razones y las ventajas del estudio! — Adquirís las nociones elementales que son la base de toda educacion porque el espíritu necesita de ellas como del alimento el cuerpo, y despues por amor al estudio continuais la larga escala de los conocimientos humanos. En el colegio no podréis hacer estudios fundamentales, pero cuando vuestras facultades hayan adquirido su completo desarrollo, cuando para vosotros el estudiar conste de sus dos fases esenciales, el aprender y el producir, puesta ya la primera piedra y dados en el colegio los primeros pasos, — entónces os dedicaréis ó á una de las ciencias tan interesantes de la naturaleza para sorprender el secreto de su continuo movimiento ó leer la historia que lleva ella en sí misma escrita con indelebles é inequívocos caractéres, ó á la literatura, que en la época á que hemos llegado os ofrece una multitud de modelos cuya lectura despierta en el alma placeres vivísimos y profundos, ó estudiaréis la historia de la humanidad, que es, como dijo Schelling, la mas santa entre las cosas santas, el gran espejo del espíritu universal y el poema de la razon divina, ú os consagraréis en fin á la filosofía, insondable y colosal torrente á que os arrojaréis en busca de una solucion para todas las dudas y que os infundirá por lo ménos nueva y grande energía en el alma y confianza firme y aun mas grande en el porvenir de la humanidad.

Y seréis felices sobre esta tierra que no es un valle de lágrimas para los que buscan en la verdad el remedio ó el consuelo á todos los males pasajeros, y dejaréis un nombre,

no escrito inútilmente sobre las aguas del olvido, *super transeuntes aquas*, sino grabado en el corazón y en la memoria de todos los buenos. — ¡Qué otra cosa se puede apetecer? ¡Qué recompensa mas grande puede haber precisamente para quien no espera ninguna, para quien pone el término de su aspiración en lo absoluto y en lo eterno, y sabe que aplausos y triunfos son accidentes inestables y fugitivos! El que consigue lo uno y lo otro debe llamarse bendecido del cielo y gozar en paz la suma mayor de felicidad que á los hombres es dado alcanzar, pero si, como es mas probable, al buscar las glorias del porvenir se pierden las venturas del presente, — ¡qué importa? — hay en todas las almas fuertes y bien templadas un lugar inviolable de refugio á donde no alcanzan ni la envidia, ni la calumnia ni la indiferencia.

E. PIÑEIRO (*Cuba*).

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL ATENEO DE MADRID.

PARA adquirir, señores, la serenidad que me falta, la fé ardiente, el aliento poderoso que necesito para poder llevar á cabo siquiera medianamente mi tarea, me es preciso invocar el auxilio de algun puro y vivificante sentimiento, beber en la fuente restauradora y fortificante de algun espíritu superior al mio, la inspiración y las fuerzas que me son de todo punto indispensables además de vuestra ilustrada benevolencia, para no desmayar en la realización de la obra que me he propuesto. ¡Y dónde, señores, donde encontraré yo esa inspiración alentadora, ese sentimiento vivificante, capaz de sostener y fecundar mis pobres esfuerzos? ¡Dónde podré encontrar tan eficaces auxilios á no ser en el recuerdo sagrado, presente siempre en mi memoria y en mi corazón, del sabio y virtuosísimo filósofo cubano, que fué durante largos años mi amoroso maestro, que formó mi espíritu desde los tiernos años de la infancia bajo el santo y fecundo influjo

de su amor y de su ciencia? Sí, señoras, solo el recuerdo de mi venerable y amadisimo maestro D. José de la Luz y Caballero, arrebatado por la muerte hace ocho meses á su patria desconsolada y á sus hijos, — que lo éramos todos sus discípulos, — hoy tristemente huérfanos de nuestro padre espiritual, solo ese recuerdo precioso y alentador para mi alma, y el sentimiento profundo de inmensa gratitud hácia ese espíritu eminente, sentimiento vivísimo en los presentes instantes en mi pecho, porque sin su enseñanza, sin su sabia y amorosa direccion, yo no hubiera podido nunca ocupar la cátedra del Ateneo para hablaros desde ella sobre literatura alemana; sí, señores, ese recuerdo sagrado, ese purísimo y ardiente sentimiento, son los únicos móviles bastante poderosos para sostenerme y alentarme en esta grave empresa literaria, tan superior á mis debilísimas facultades. ¿Y sabéis por qué, señores me prestan tanto aliento y tanta inspiracion ese recuerdo y ese sentimiento relativos á D. José de la Luz, mi inolvidable maestro? Porque él, señores, me enseñó hace muchos años la importantísima lengua alemana, y con esa enseñanza abrió á mi vida intelectual nuevos, vastísimos y espléndidos horizontes, ántes del todo desconocidos para mi espíritu siempre ansioso de luz y de verdad. Él me transmitió su adoracion entusiasta por la literatura y la filosofía de Alemania, que conocia á fondo, gracias á largos estudios hechos con amor y perseverancia, ya en nuestra Cuba, ya en la misma Alemania durante su bien aprovechado viaje por esa sabia nacion, viaje fecundo para su espíritu elevadísimo, en el cual tuvo la fortuna y la dulce satisfaccion de conocer y visitar mas de una vez al inmortal Goethe, objeto hoy de nuestros estudios y de estrechar muy cordiales relaciones de amistad con el eminentísimo literato aleman Varnhagen von Ense, de quien conservaba afectuosas cartas que he leído yo muchas veces. Bien recuerdo que cuando ya estaba yo algo adelantado en el conocimiento de la difícil lengua alemana, me decia el Sr. Luz á menudo despues de nuestra leccion, con su sencilla y persuasiva palabra, que aun resuena en mis oidos deleitando y

enterneciendo mi corazón: « Cuánto me alegro, decíamos, de tu constancia y de tus progresos en este estudio; no desmayes en él, continúa tú solo, cuando yo no pueda por mis achaques seguir dándote mis lecciones; continúa con perseverancia y entusiasmo, que pronto dominarás la lengua y entonces comprenderás que tu espíritu ha descubierto un nuevo mundo científico y literario, mas hermoso y fecundo que el francés y el inglés en que has vivido hasta ahora; entonces podrás dejar á un lado los libros franceses, que por lo general no ofrecen alimento bastante sólido á los que llegan á saborear y á asimilarse el mucho mas sustancioso, nutritivo y vivificante que ofrecen los libros alemanes. Estudia, hijo mio, una y cien veces los grandes autores alemanes en literatura y filosofía, que así aprenderás á pensar profundamente, nutriendo tu inteligencia con los pensamientos mas profundos y elevados que hasta ahora han honrado y enaltecido el espíritu humano. » Tales eran, señores, los sabios, amorosos y paternales consejos de mi maestro venerable, y bien comprenderéis que al reanudar hoy con vosotros mis por largo tiempo interrumpidos estudios sobre la importantísima literatura de Alemania, bien comprenderéis, señores, que en momentos para mí tan solemnes, tenga vivísimo en mi memoria el recuerdo de mi amadísimo maestro, y experimente en lo mas íntimo de mi pecho ese sentimiento inefable de profunda y dulcísima satisfacción que brota en nuestra alma, cuando cree cumplir un importante deber moral y religioso. Sí, señores, yo creo cumplir un deber moral, deber que, por la circunstancia de haber muerto, y muerto lejos de mí, mi amado maestro, toma á mis ojos cierto solemne carácter religioso, al emprender de nuevo, en cuanto me lo han permitido mi salud y mis fuerzas, hace poco restablecidas de larga y terrible enfermedad, los para mí tan gratos como provechosos estudios sobre la sabia y pensadora Alemania. Y mucho mas hondamente penetra mi corazón ese sentimiento, cuando considero que voy á hacer participar del fruto de mis estudios á mis amigos, á mis hermanos y compañeros en esta honrosa lucha

por el progreso moral é intelectual de nuestra patria, porque al proponérmelo así, señores, no hago mas que seguir en cuanto puedo el ejemplo incomparable, y cumplir lo nobles deseos para mí sagrados de D. José de la Luz, ese fervoroso apóstol de la enseñanza en Cuba, ese sabio, activo y generoso propagador de la verdad, que consagró con amor y abnegacion sin iguales toda su vida y todas sus facultades, á la educacion moral é intelectual de la infancia y de la juventud en nuestra querida patria cubana. Sí, señores, ese sentimiento purísimo sostiene y alienta mi pobre espíritu en este instante solemne que abre una nueva época en la vida de mi inteligencia. Permitidme, pues, fortalecerme para el árduo trabajo que hoy emprendemos juntos, restaurando las potencias debilísimas de mi alma con el calor vivificante de los sagrados sentimientos que en ella despierta, el recuerdo de ese maestro incomparable, que me llamaba amoroso su hijo espiritual, y que creía haber transfundido su espíritu en el mio, como lo dijo públicamente en un acto solemne para mí inolvidable. Sí, su espíritu sublime y elevado se habia transfundido, por nuestro mutuo amor de padre y de hijo, en cuanto era posible, en mi pobre espíritu vulgar y mediano, y así puedo ya aseguraros, señores, repitiendo unas palabras suyas relativas á un pobre discurso mio, redactado por su encargo, desenvolviendo sus ideas sobre el estado de la educacion en Cuba, puedo aseguraros, digo, que en estas pálidas y desaliñadas explicaciones que empezais á oír de mis desautorizados labios, honrándome con vuestra benévola atencion, las ideas que han de constituir su fondo, pertenecen en realidad á mi venerable maestro, ó han sido á lo ménos adquiridas por mi inteligencia, partiendo de otras ideas fundamentales que él me comunicara solícito y trabajando en la direccion que él me trazó para mis estudios. Sí, señores: las sólidas verdades, las buenas ideas que pueda ofreceros en estas pobres lecciones mias, á él las deberéis, sin duda alguna; mia será solamente la forma desaliñada é incorrecta en que os las presenta, pero el espíritu de amor á la ciencia y á las letras, y de constante anhelo por

el cultivo de las jóvenes inteligencias que las dicte y las inspire, será el espíritu de entrambos íntima é inseparablemente unidos el uno al otro, será, en una palabra, el espíritu inmortal y superior del benéfico y amoroso maestro, asimilado, transformado, y resucitado á una nueva vida sobre la tierra, por el espíritu débil, pero entusiasta y fervoroso, del mas amante y mas agradecido de sus discípulos!

Perdonad, señores, la emocion profunda que se apodera de mi alma al hablaros de mi amadísimo maestro; pero me duele tanto que su grande y raro mérito sea casi desconocido en España y casi totalmente en Europa, que no puedo ménos de aprovechar, movido por un impulso irresistible, todas las ocasiones que se me presentan de dar alguna idea de su elevada inteligencia, de su eminente carácter moral, y de tributar á su memoria venerable un público homenaje de mi profundo respeto, de mi filial amor, de mi gratitud inextinguible. He dicho que la Europa no lo conoce, y he sido injusto al hablar en términos tan generales, con la gran nacion europea que él preferia entre todas, bajo el punto de vista intelectual y moral, la nacion generosa y humanitaria por excelencia, la que mas ama á España y mas sinceramente se interesa por sus progresos, esa amable y sabia tierra de Alemania. Sí, señores, el sábio filósofo krausista, distinguido profesor de Derecho natural en la Universidad de Heidelberg, autor de una excelente obra sobre la importantísima ciencia filosófica del Derecho, el apreciable Sr. D. Carlos Roeder, á quien tuve el gusto de conocer en el brevísimo paseo que hice por Alemania en 1860, y con cuya franca y sincera amistad me honro en el prólogo de la última edicion de su libro ha hecho conocer hace poco al mundo científico aleman, con el aprecio que justamente merecen, los nombres, hermanos por mas de un motivo y por mil títulos respetables y destinados á pasar á la posteridad, del distinguido filósofo español D. Julian Sanz del Rio, y del sábio filósofo cubano D. José de la Luz, el mas eminente representante en toda la América española, de la filosofía y muy en particular de los sistemas alemanes, entre los

cuales miraba y profesaba con singular predilección ese gran sistema de divina consoladora armonía, creado por el inmortal espíritu de Krause. Reciba mi excelente amigo el profesor Roeder este público y sentido testimonio de mi gratitud sincera por la eficacia afectuosa y el sentimiento generoso de vivo interés, por los progresos de la buena filosofía en cualquier parte del mundo, con que ha sabido recordar al publicar la nueva edición de su interesante obra, después de dos años de completa incomunicación conmigo, las largas y gratísimas conversaciones que tuve con él en Julio de 1860, sobre mi venerable maestro D. José de la Luz, cuyo nombre le era hasta entonces desconocido. ¡Cuán laudable y cuán digno de imitación y aplauso, es ese noble y generoso sentimiento que impulsa á los alemanes á interesarse profundamente por todo lo que honra y enaltece la vida intelectual del espíritu humano en todos los pueblos de la tierra!

A. ANGULO Y HEREDIA (*Cuba*).

ANTE EL CADÁVER DE DON JOSÉ DE LA LUZ.

SEÑORES. todavía está aquí nuestro Don Pepe: todavía este inmaculado recinto está lleno de su amor y embalsamado con el hálito de su virtud; todavía arde sobre el ara de este templo la lámpara que aun alimenta el esplendor de su espíritu: todavía nos sentimos mejores al conversar contigo aunque sea en esta triste conversacion de despedida que no ha de escuchar la voz de tu respuesta; y todavía, decidme, no lo estais sintiendo, que ahora mismo esa alma, en cuyo cariño cabía la humanidad entera, nos está aquí dominando y estrechando en consuelo providencial en esta santa comunión de lágrimas y de dolor! Sí: tú aquí has convocado á todos tus hijos, padre querido, no por la última vez, sino de una vez. Sí, hermanos míos en este venerado padre: hoy todos los hombres que se conozcan purificados podemos

sentarnos en este lúgubre festín, no para embriagarnos insensatos con el trago del dolor: *él* no nos pide llanto desesperado, *él* no nos pide mas que una sola lágrima caliente con el ardor de la constancia para firmar aquí con ella al sacrosanto pacto de amor y de verdad, que *él* mas que nadie sancionó con el ejemplo y con la predicacion.

Ya lo veis como todavia está aquí nuestro Don Pepe, y ya de aquí es poca cosa la muerte para poder arrebatarle: aquí vela y velará para siempre sobre la idea que fecundó, sobre la verdad que practicó, porque la idea, la verdad y su espíritu están muy por encima de la contingencia de la muerte.

Aquí en este terreno *él* mismo ha sembrado la fé, y aquí, hermanos, ya no puede morir nunca la esperanza.

Al cerrarse hoy esta tumba has dejado florido y verde el árbol de esa esperanza, que regaste con las lágrimas de tu martirio: aquí juramos conservarlo con el aliento que nos comunicaste; aquí vendremos á abrigarnos bajo la sombra que le dejaste; aquí acudiremos á ungirnos con el óleo de vida de su sávia que era la sávia de tu alma, y mañana y por siempre las brisas de la patria esparcirán de sus flores inmarcesibles, el perfume viril de la verdad en que todavia por tí han de empaparse y regenerarse las almas de tantas generaciones.

Pero, ay! compañeros míos, ¿por qué á pesar de buscar el consuelo en tan altas consideraciones, rompe todavia la lágrima el dique que la aprisiona y refluye abrasada del corazon hasta los ojos?... es porque es verdad que tenemos que llorar.

Hay que llorar, porque este luto que hoy empieza es la calamidad mas espantosa que ha pasado sobre este triste pais desde que los designios de la Providencia lo pusieron en la ruta del descubridor.

¡Y por cuántos tenemos que llorar al irse nuestro D. Pepe! Por esos adoloridos padres de familia que hoy sin él deben sentirse incompletos: — hay que llorar por esa briosa juventud que por mas de cuarenta años ha girado satisfecha

en la órbita de este astro de primera magnitud, y se ha alumbrado con todos sus rayos y se ha purificado en la pureza de su llama; — hay que llorar por estos pobres hijos que ya habían sentido el calor de su corazón; hay que llorar por la pequeña generacion que ahora se levantaba, y que ya toda habia aprendido á balbucear de léjos como la aurora bendita de los dias espléndidos de la inteligencia; — hay que llorar por la pobre, enlutada y adolorida patria! — ay!... y cuánto hay que llorar! — Hay que llorar por la humanidad entera, porque nadie como *él* la ha querido y la ha servido.

Yo tambien te doy aquí esa ofrenda tan pura como la que cualquiera de tus hijos lastimados calienta hoy en sus lágrimas y exprime de su corazón! Pero no; no temas: no será nuestro lloro, padre querido, el llanto cobarde del desaliento y de la postracion; será el sagrado abono de la santa cosecha.

F. DE ZÁYAS (*Cuba*).

PARALELO ENTRE WASHINGTON Y BOLÍVAR.

Despath, 3 de Oct., 1832.

DE los americanos solo *Washington* se presenta en la palestra de la fama como competidor digno de *Bolívar*; y si nosotros fuéramos capaces de abogar la causa de este, y de apreciar los méritos de aquel, no temeríamos un paralelo entre los héroes del Norte y Sur América.

Washington, salido de la clase de la sociedad, y de mediana fortuna, testó al término de su gloriosa carrera un caudal honradamente adquirido. *Bolívar*, por nacimiento el mas noble y el mas rico de su tierra natal, murió en relativa pobreza, despues de haber prodigado en la causa de su patria las abundantes riquezas que heredó de sus abuelos. El uno aceptó con gratitud lo que la mezquina bondad de sus conciudadanos le presentó; el otro rechazó noblemente los liberales dones de Colombia, el millon del Perú y los soberbios regalos de Bolivia. *Washington*, dotado con talentos no mas

que mediocres, fué favorecido con un juicio frío como el invierno de su residencia boreal. Este arregló todas sus acciones. *Bolívar*, poseyendo poderes intelectuales de primer orden, fué arrastrado por una imaginacion ardiente como su clima natal. De aquí sus hazañas, — de aquí sus errores. El héroe norte-americano, rodeado de un pueblo virtuoso y auxiliado por hombres superiores á él mismo en talento y conocimientos políticos, fué llevado por la revolucion. Franklin, el inspirado Henry, Adams, Jefferson, Hamilton y muchos otros formaron una reunion de patriotismo y de genio; — tales fueron desde el principio sus colaboradores.

El libertador del Sur América, en medio de un pueblo servil y corrompido, abandonado á sus propios recursos, dió impulso á la revolucion. En su país solo él y los obstáculos que tuvo que vencer eran grandes. *Sucre*, el mas hábil y el mas virtuoso de sus tenientes, era demasiado jóven para ayudarle hasta el último acto del drama.

Washington en asambleas populares era incapaz de inspirar á otros los nobles sentimientos que él poseía. Su lenguaje era demasiado incorrecto, y las pocas producciones que nos ha dejado están llenas de defectos literarios.

Bolívar, expresivo y elocuente, era el primer orador y el mas elegante escritor de la América del Sur. Todas sus composiciones están estampadas con el sello del genio. En las humildes virtudes de la vida social, el patriota de Mount Vernon quizás ha excedido al patriota de San Mateo; pero en genio, en desinterés, en espléndida generosidad, en todos los brillantes y soberbios atributos con que la naturaleza distingue aquellos pocos favorecidos que destina á la inmortalidad, *Bolívar* era superior á *Washington*. Sus respectivos países ofrecen objetos físicos con qué comparar sus distintos caracteres — las Montañas Azules miradas en una tarde de verano, sin nubes ni mancha, tal era *Washington* — los estupendos Andes, plácidos á veces y á veces tempestuosos, pero siempre magníficos, siempre grandes, — tal era *Bolívar*.

F. RIBAS (*Venezuela*).

EL GUARDIERO.

(Extractos de las costumbres del campo.)

No sé, amigo mio, si tú alguna vez discurriendo en mañana alegre y fresca, al gotear de los árboles el rocío, ungida tu alma con pensamientos tiernos y apacibles sobre cuán bella es la naturaleza, cuán dulce es vivir, cuán santa cosa reir inocente al teñirse el cielo con los fulgores del día, pensando en tu madre, en tu patria; no sé si recorriendo los campos con el pecho abierto de esa manera á los goces inefables de la poesía, has escuchado por ventura no léjos, pero sin saber dónde, el hermoso gorgceo de un pájaro que acompaña con su melodía el murmurar de un arroyuelo, y que, habiendo sentido tus pasos, se calla de improviso. La voz del pájaro te ha embelesado, has sentido vibrar en tu alma mil cuerdas de oro, vibrar un instante, pero callar con aquel gorgceo; lleno de ansiedad, te has quedado inmóvil aguardando otro; pero todo ha seguido en profundo silencio....

Yo tambien he seguido un pájaro por ver sus plumas y escuchar su canto; pero te confieso que en aquellos momentos no era ménos viva mi ansiedad. Lo apacible de la tarde habia derramado en mi corazon las mas tiernas impresiones, y por comun que en nuestros campos sea el bohío de un *guardiero*, presentía que me esperaban instantes de gran placer. Eran además muy poéticos sus alrededores, muy adecuada la hora para gustar las bellezas del cuadro. El sol se estaba poniendo á la sazón; sobre el *limpio abierto* enfrente del bohío alumbraba todavía como el dudoso resplandor de un incendio, y aquí y allí veíanse largos listones de sombra producidos por el tronco de las palmas. En el bohío vara en tierra, fabricado al pié de un frondosísimo *jagüey* que se levanta á orillas del rio, casi á oscuras ya, percibiase como un fuego fátuo la pálida claridad de la llama que en ellos arde perennemente, y cuya luz iba tomando por momentos un color mas vivo. En el limpio no habia ni una yerba siquiera

porque el *guardiero* muchas veces, antes de comenzar ó despues que acababa de tejer canastas, *le daba una mano con el machete*, y todos los dias lo barria con un escoba de palma. La tierra de allí era muy bermeja, y mucho mas lo parecia por la verdísima yerba que circundaba el *limpio*. Este se halla rodeado de algunas palmas, de un bosquecillo de cañas de *guin*, y no léjos se deslizan las azules aguas del rio. Las hojas de aquellas, estremecidas de vez en cuando por el soplo de la brisa, formaban un patético murmullo, que hacía mas dulce el lejano y sordo resonar de las cascadas. Á ocasiones sucedia á tan deleitable concierto un silencio sepulcral, y solo se escuchaba el ruido leve de alguna hoja que cayera tropezando con las ramas, imágen triste de cómo nuestros dias se van desprendiendo del árbol de la vida; y luego de repente tornaban los murmullos tan suaves, tan melancólicos como los acordes de un arpa.

Despues de haber ladrado, siempre con la misma petulancia, estaba echado junto al *guano* el perrito manchado de blanco y negro, y el *guardiero*, luego que desgranó varias mazoreas, habíase sentado sobre el trozo de madera en que, tejendo canastas para el ingenio, conversando con los ahijados y parientes, tocando la *marimba*, pasaba los iguales años de su vida. Dábale las últimas vueltas á una canasta, y sin interrumpir su tarea alzaba frecuentemente la vista para contar las gallinas que iban entrando una á una por la gatera. Así permaneció largo rato, hasta que concluida la canasta se levantó, colocóla sobre otras que tenia debajo del jagüey, y tapó en seguida la gatera con una piedra. Despues entró en el bohío, le dirigió algunas palabras al *manchado*, que se levantó gruñendo y meneando el rabo; atizó la candela, puso á asar plátanos, y salió, arroyándole á aquel un poco de harina cocida, con una pequeña caja de madera en la mano; pero el *manchado*, en lugar de precipitarse sobre la comida, alzó la cabeza tristemente mirando para el *guardiero* como significándole que le diera otra cosa, el cual al parecer compadecido, mas riñéndole áspera-

mente, sacó un pedazo de tasajo y se lo tiró en el suelo. El perrito lo devoró, se volvió á echar, puso la cabeza entre las manos, y clavó con aire de ternura y agradecimiento en el negro sus ojos llenos de inteligencia. ¿Acor-dábase quizás de que tres años ántes una mañana en que el mayoral, habiendo separado dos cachorros no mas, estrellaba los otros con bárbara frialdad en una cerca de piedra, y teniéndole ya asido por las patas, cruzó casualmente por allí camino á su bohío el viejo guardiero, y luego que lo vió, pensando que las frutas de la arboleda y muchas gallinas se las robaban por falta de un perro, se acercó al mayoral, pidióle sumisamente el cachorro manchado que iba á morir, y aquel, no sin deseos todavía de matarlo cómo á sus hermanos, se lo había dado?

La escena del perro, amigo mio, hubo de interesarme mas por aquel cuadro tan sencillo, pero al mismo tiempo tan original. La caja que el guardiero llevaba en la mano era una *marimba*, á cuyo són lúgubre acostumbraba cantar por las tardes, bien cuando se sentia triste, bien cuando algun pensamiento alegre aparecia como el iris en su imaginacion. Sentóse en el trozo de madera, colocó la marimba entre las piernas, é inmóvil como una estatua estuvo algun espacio con los ojos fijos en el suelo. Yo aguardaba, con una curiosidad mezclada de tristeza que no te puedo explicar, á que sus duros dedos tañesen los gruesos alambres, para escuchar los sonidos que sacaba, y sobre todo para ver como cantaba un negro que de tan anciano apenas podia dar un paso sin apoyarse en un baston. Cuando ménos lo pensaba, hizo un movimiento brusco, enderezó la marimba, y punteando los alambres sacó unos acordes muy bajos y entonó un cantarcillo, que solo por el silencio del lugar podia escucharse. Cantó al principio en un mismo tono, y su cuerpo conservaba una misma postura; pero luego fué interpolando un estribillo mas triste, y cada vez que llegaba á él movia la cabeza como llevando el compas. Al mismo tiempo que cantaba y tocaba, sonaban las hojas

del jagüey, sonaba el río, sonaban las palmas y las cañas, haciendo tantas armonías juntas un concierto tristísimo que inutilmente se buscaría en otras partes.....

A. SUAREZ Y ROMERO (*Cuba*).

ROMANCES AMERICANOS.

EL DESTERRADO DEL HATO.

IBA triste cabalgando
 En su melado troton,
 Mas experto en trepar lomas
 Que en regatear con primor,
 Patricio el hijo mas jóven
 Del rico hatero Albornoz,
 No tan rico como airado
 Esta vez con su garzon.
 Destierra al pobre mancebo
 Del *Sansueña* alrededor,
 Desde la hacienda en que vivo,
 Cercano á *Consolacion*.
 Pasado el jóven habia
 En largo trote y veloz
 Del *Pinar* la fértil vega,
 Y en el pueblo no se entró:
 Que méngua fuera le viesén
 No hay en retinto andador,
 Sujetando su braveza
 Con plateado cabezon,
 Y cumplido arnés sonoro,
 Como en sus fiestas le vió,
 Siempre que á sus fiestas vino
 De galas puesto y valor.

Tuerce el melado á la izquierda
 Cuando ya el poniente sol
 Del cerro á los *guayabales*
 Daba su rojo color.

Apénas ya se veía
 En las grietas del peñon
 En mil festones colgando
 Del aguinalgo la flor.

Todo es silencio en el monte,
 En la montaña y honden,
 Ni se oye res en la selva,
 Ni al *tomeguín* cantador.

Tan callada está la tarde
 Como triste el corazón
 Del jóven que desterrado
 Del paterno hogar salió.

Mucho este caso le abate;
 Bien que él ántes del dolor
 En su mocedad temprana
 Nunca el amargo probó.

Por endulzar el presente,
 Requiere el *tiple* y la voz,
 Antes firme, ora turbada,
 Así á los vientos la dió:

« ¡Qué se hizo aquel cantar
 Que á mi señora cantaba
 Cuando tierna me esperaba
 Bajo el fresco platanar?

¡Dónde se fué aquel mirar
 Tan dulce que me robó
 El alma toda, y á do
 De mis padres las caricias,
 De mi hato las delicias?...
 ¡Ah tiempo aquel! — Ya pasó! »

Cantar solo aquesto pudo.
 De su callar causas son,

No las faltas de la vena.
 Sino el recuerdo de amor,
 Que nunca la fácil Musa
 Que en nuestras selvas nació,
 Negar supo á este mancebo
 Su sencilla inspiracion.

Deshecho en llanto á los cielos
 Por conhorto y por favor
 Los ojos vuelve, y aun dicen,
 Qué así luego el triste habló:

« ¡Ojalá fatal belleza
 Qué jamás te viese yo!
 Que jamás probado hubiera
 Tan horrible mutacion!
 Aun oyera en la alborada
 De mis monteros la voz,
 Y el ladrido resonante
 De mi leal *Volador*.

Por el monte y la sabana,
 Aun fatigara veloz,
 Montado en potro soberbio
 Y con lazo corredor,

Las vacadas que del hato
 De mi padre orgullo son:
 No que viniste, y te vide
 Y al verte mi paz huyó.

¿Y nunca habré de mirarte
 Encendida en casto ardor,
 Con angelical sonrisa
 Estrecharme el corazon?

¿Y vana es ya la esperanza
 Que sonreia á los dos
 De darnos nombres mas santos
 Que los que consagra amor? »
 Calló Patricio: esta idea
 En inquieta agitacion

Le pone; y su mansedumbre
 Convierte en crudo furor.

Tal así corre apacible
 Regando fértil region
 Por cáuces anchos el *Guano*,
 Que es de las vegas señor.

Mas en topando un peñasco
 De su curso oposicion,
 Sobre de él se precipita
 Bramando ronco y feroz.

En esto ya de la noche
 La oscuridad se tendió,
 Y brilla solo al poniente
 Un lucero temblador.

Su escasa luz á Patrizio
 Consuela en tanta aficcion;
 Mas ¡ay! que poco le dura
 Tan pasajero favor.

Presto una nube al lucero
 Su lumbre todo robó,
 Y reina opaca en la noche
 Un pavoroso negror.

DOMINGO DEL MONTE (*Cuba*).

LA CORRIDA DE PATOS.

Por los campos que opulento
 El fecundo Güines baña,
 Todo es tumulto y contento,
 Resuena en voces el viento,
 La ancha vega y la montaña.

La ancha vega que vestida
 De verdes, suaves tapetes,
 Tal parece que convida
 A hacer de patos corrilas
 En su llano á los ginetes.

De los ingenios y hatos
Llegando á la vega van
Los mozos que correrán
De aquella tarde los patos,
Pues es fiesta de San Juan.

Cabalgan con bazarria
Los monteros esforzados
En potros de gran valfa
Y á correr ya acostumbrados
Las sabanas todo el dia.

Cubre el llano un gran gentío,
Que en dos alas extendidos,
Un ancho espacio vacío
Dejen entre pueblo y río,
Do están los patos corridos.

Muchas carreras se han dado,
Y ya la noche se llega,
Cuando á deshora ha asomado
Un garzon muy bien montado
Por el fondo de la vega.

Sobre un corcel poderoso
De oscuro, záino color,
Que de carreras ganoso,
Sacude el cuello furioso
Y riendas pide en su ardor.

Bizarro viene; en llegando
Junto al río, el bruto enfrena,
Que de lado va trotando
Y con los cascos tocando
Ya en las cinchas, ya en la arena.

De talle suelto, agraciado,
Era el ginete mancebo,
Cabello oscuro, ondeado,

Y albo rostro sombreado
Del rayo ardiente de Febo.

De verde lleva el vestido.
Emblema de su esperanza,
Y de plata guarnecido
Trae el machete, ceñido
Conforme á la pátria usanza.

Cortés saludo hace á todos,
Y mezclado en la funcion,
Ya está de correr á son,
Con su gracia y con sus modos
Captándose la aficion.

La aguda espuela ha metido
Al bruto que el freno tasca,
Y que al sentirla ha partido
Como rayo desprendido
Del cielo en fiera borrasca.

Tan veloz corre el caballo,
Que atrás deja el pensamiento
En sus crines silba el viento,
Y no quiebra el tierno tallo
Do el recio casco hace asiento.

Llega al lugar donde atado
En la cuerda el pato espera
La mano esforzada y fiera,
Que el duro cuello ensebado
Le arranque en rauda carrera.

Cuerpo y brazo el mozo extiende,
Y al pasar con fuerte mano,
Bien como un junco liviano
El cuello al ave desprende,
Que en su sangre tiñe el llano.

Revuelve al punto la rienda
 Y con alta voz y brío
 Así dice: el triunfo mio
 Rindo á esa niña en ofrenda,
 Que es reina de mi aldebrío.

Todo el concurso le aclama;
 Y la alba tez de la hermosa
 Del rubor ardió en la llama,
 Cual la blanca malva rosa
 Que al rayo del Sol se inflama.

R. PALATA (Cuba).

DESCUBRIMIENTO DEL RIO DE LA PLATA POR JUAN
 DIAZ DE SOLIS.

(FRAGMENTO)

No tardó el experto marino en reconocer que el grande estuario dónde se encontraba, no podia ser sino la embocadura de un gran rio, tante por la poca hondura, como por la dulzura del agua, y dejando fondeadas dos de las carabelas, al abrigo de la isla de San Gabriel, entró él mismo en una latina, con los oficiales reales que la acompañaban, para reconocer de cerca la costa inmediata, que era la del Norte. Así llegaron hasta la isla de Martin Garcia; y aproximándose á la playa, notaron que habia casas de indios, y que muchos observaban sorprendidos la embarcacion y las gentes desconocidas que iban en ella. Solis quiso reconocer y tomar posesion de aquella tierra, en cumplimiento de sus instrucciones, cuyo artículo final transcribimos literalmente, para que se forme idea el lector de los usos de aquella época:

« La manera que habeis de tener en el tomar de la posesion de las tierras é partes que descubriéredes ha de ser que estando vos en la tierra ó parte que descubriéredes hagais

ante escribano público y el mas número de testigos que pudiéredes é los mas conocidos que hobiere, un acto de posesion en nuestro nombre cortando árboles é ramas, é cavando ó haciendo, si hubiere disposicion, algun pequeño edificio, é que sea en parte donde haya algun cerro señalado ó árbol grande, é decir cuantas leguas está de la mar, poco mas ó ménos. é á que parte é que señas tiene, é hacer allí una horca, y que algunos pongan demanda ante vos, é como nuestro capitán, é juez, lo sentencieis y determineis de manera que en todo tomeis la dicha posesion, la cual ha de ser por aquella parte donde la tomáredes, é por todo su partido é provincia ó isla, é dello sacaréis testimonio sinado del dicho escribano, en manera que haga fé. Fecho Mancilla, á 24 dias del mes de Noviembre de 1514 años. *Yo el Rey, etc.*

Solis desembarcó con los dos oficiales reales que le acompañaban, y seguido de ellos y de siete hombres mas, se internó algunos pasos, para plantar la cruz, y hacer el acta de toma de posesion á la vista de los indígenas que lo observaban. Pero una emboscada de flecheros que los españoles no habian notado, cayó sobre ellos de improviso, y todos fueron víctimas de su extremada confianza, con la sola excepcion de uno, que quedó entre los indios hasta diez años despues. Los salvajes les cortaron la cabeza, las manos y los piés, y poniéndolos á asar en sus fogones, los comieron con feroz alegría, á la vista de los que habian quedado en carabela los cuales se alejaron consternados á reunirse á los otros dos buques que habian quedado mas atrás.

Así terminó su vida el infortunado Solis, cuyos compañeros dieron su nombre al rio que habia descubierto, y se pusieron en seguida de regreso, huyendo de aquellas costas inhospitatorias. Su segundo, Tores, tomó el mando y recaló en un puerto del Brasil, dónde embarcó algunos quintales de palo de tinte y una muchacha que llevaron esclava, siendo este todo el fruto de aquella desventurada empresa. Para colmo de desgracias, uno de los buques se perdió en la mar con toda su gente. La noticia de este desastre llegó el 4 de setiembre de 1516, á

oidos del Cardenal Ximénez, que era rejente de Castilla, despues de la muerte de Fernando acaecida el 23 de Enero de ese año. (*Historia argentina*).

LUIS L. DOMINGUEZ (*República Argentina*.)

DESCUBRIMIENTO DEL PERÚ,

(FRAGMENTO).

EL comercio marítimo de los Peruanos y las conquistas de los Incas habian hecho conocer á los remotos salvajes del Darien, que hácia el Sur existia una gran nacion civilizada y opulenta; y bastó que estos vagos rumores llegaran á oidos de los Españoles, recién establecidos en Costa-firme, para que los atrevidos aventureros se dirigieran en busca de tan poderoso imperio. Eran tan pocos que apénas se les hubiera creido capaces de acometer un castillo medianamente fortificado; pero poseian aquel valor prodigioso que Dios concede á ciertos hombres, á quienes elige para cambiar la faz de las naciones. Habian sido conducidos tan léjos de su patria por el espíritu emprendedor del siglo diez y seis y por la voluntad enérgica de la Iberia, que colocada á la vanguardia de la Europa, queria llevar á entrámbas Indias su dominacion y su cultura. Aguijoneábanlos para descubrir nuevos países y para sojuzgar sus habitantes los mas poderosos móviles de la actividad humana: la pasion de las riquezas que trastorna el universo, el amor á las aventuras que produce los héroes y los locos, y el entusiasmo religioso que animó á los cruzados y á los mártires.

Las preocupaciones del tiempo venian en auxilio de la constancia española. Creíase en aquella época que los Papas eran señores de toda la tierra y que los Reyes de España lo eran tambien de la América por la donacion que, al saber los descubrimientos de Colon, les habia hecho Alejandro VI, en obsequio de la propagacion de la fé: la conquista se llamaba entónces pacificacion, y los que á ella resistian, rebeldes.

Santificadas de esa suerte por los errores religiosos y políticos las iniquidades de la guerra, el invadir los pueblos, el cautivar los infieles y exterminar á los que defendian tenazmente la idolatría y la independencia, se juzgaban actos que merecian la alabanza de los hombres y la proteccion del cielo. Por eso los cruzados de América combatian sin temor y sin escrúpulos, sostenidos á la vez por el temple férreo del carácter español, por el honor militar y por la firme conviccion de que siendo su causa la causa de Dios cuando flaquearan las fuerzas humanas, el Todopoderoso multiplicaria en su favor los milagros.

El valor sobrehumano que semejante conviccion infundia, se inflamaba por las ilusiones de un mundo nuevo que enardecian la fantasía y llenaban el corazon de aspiraciones quiméricas. En este país encantado, mas bien imaginado que descubierto, hombres, animales y plantas, cielo, mares y tierra ofrecian maravillas nunca vistas; el entusiasmo guerrero se alimentaba de proezas no inferiores á las de la antigua caballería; el espiritu religioso, exaltado por la lucha de ocho siglos contra los moros, hallaba innumerable gentes que ganar á la fé; y como se soñaba un *Dorado*, cuyas arenas se componian de piedras preciosas y en cuyos rios podia pescarse el oro con redes, se esperaba adquirir tantas riquezas como gloria.

Animados con tales creencias é ilusiones, se embriagaban los intrépidos guerreros con el peligro y se fortalecian en medio de los sufrimientos; mas los colonos del Darien necesitaron de toda su fé, de todas sus esperanzas, para llevar á cabo sus titánicas empresas.

SEBASTIAN LORENTE (*Perú*).

Historia de la Conquista del Perú.

COLOMBIA (AMÉRICA MERIDIONAL).

(Del poema americano: *Gonzalo de Oyon*).

Como vasta pirámide arrojada
 De Norte á Sur en medio al Océano,
 La cúspide en el choque despuntada,
 Derruidos los lados por la mano
 Del tiempo, en la obra perennal cansada,
 Mírase el continente Colombiano;
 Y cual del cuerpo astillas desprendidas
 Se ven sus islas por el mar tendidas.

Andes, en forma de melena densa,
 Sus altas sierras sobre el Norte extiende;
 Luego reduce en expansion inmensa
 Y en larga línea para el Sur descendiendo;
 Deja al Oriente la llanura extensa
 Que hasta el remoto Atlántico se tiende,
 Y, la frente imperial en fuego ardiendo,
 Vé los dos mares á sus pies batiendo.

Esa es la cordillera á cuya cumbre
 No alcanza del condor el ráudo vuelo;
 La fábrica de enorme pesadumbre
 Donde, entre algas y témpanos de hielo,
 Nace la pura y limpia muchedumbre
 De aguas que riegan nuestro fértil suelo,
 Brotando entre el misterio tras la niebla
 Vertiginosa que el abismo puebla.

Al Norte, al Sur, y en curvas al Oriente,
 De las gélidas fuentes desprendidos,
 Arroyos mil con pródigo corriente
 Enriquecen la tierra: entretejidos
 Cual vasta red, por todo el continente
 Discurren: luego, en masas recogidos,

Van á pedir al piélago profundo
Para su tierra paz, comercio al mundo.

Y arrastran al Atlántico sonoro
Sus ondas, y al Pacífico suave,
Corriendo por las selvas sobre el oro
Que brilla terso entre la arena grave.
Y son prendas de union; mas su tesoro
No está en el oro vil: está en la nave
Que surcando sus útiles raudales
Dá industria y libertad á los mortales.

De Granada la Nueva el vireinato
Departa el Marañon de sus vecinos:
Interno y noble mar, donde al aflate
No alcanza de los recios torbellinos,
Y de futura union vínculo grato
Entre los industriosos granadinos,
Aorta este mundo colombiano
Y rio de los rios soberano.

Y de Granada en la region do gira
Sin jamás apartarse el sol amante,
Y con suave hálito respira
Arrullada entre palmas la aura errante,
Y el *taguijo* monótono suspira,
Del marjal melancólico habitante;
Entre el Ande y el mar, que la méjilla
Recuesta en paz á la escarpada orila,

Hay un valle feliz: su tierra ondula
En continuas y plácidas colinas
Que la brisa al pasar besa y adula;
Pos ese valle en ondas cristalinas
El agua precipitase y circula
Serpenteando entre flores purpurinas;
Y al fin de aquel Eden verde y riente
La ilustre Popayan alza la frente.

De sus colinas altas amparada
 Como la tigre que asechanza teme
 Y espera el can al árbol recostada,
 Detrás del curvo cerro de la Eme
 Se la mira de lejos engastada;
 Desde el Cáuca, á la luz del sol que treme
 Sobre la alba ciudad, en grupos varios,
 Se ven surgir sus pardos campanarios.

• • • • •

Y mas allá como inmortal gigante
 Alza la frente el Puracé sublime;
 Á veces terso, cándido, brillante
 Sus anchas bases en silencio oprime;
 Otras, envuelto en nubes, retumbante,
 Arroja el fuego que en sus antros gime,
 Y en sus esfuerzos, ó estremece el suelo,
 O incendia en llamas la extension del cielo.

Al Sur se encrespa en rocas y montañas,
 Y ora se encumbra el desigual terreno,
 Ora se mecen las silvestres cañas
 De contrapuestos riscos en el seno;
 Y nacen del calor plantas extrañas
 Que guardan de la víbora el veneno,
 Cabe el torrente bramador y estrecho
 Que ha cavado por siglos su hondo lecho

En los montes, que ya suavemente
 Hasta besar la linfa enamorados
 Descienden, ó ya suben de repente
 En riscos pintorescos escarpados,
 Sus frutos cada zona diferente
 Ve con los de otra zona entrelazados;
 Todos iguales, todos juntos crecen
 Y á un tiempo se maduran y florecen.

Tú es la tierra. El cielo encapotado
 Pierde por tiempos el azul sereno:
 Entónces de relámpagos preñado
 Recorre el horizonte el ronco trueno;
 Por el ímpetu eléctrico turbado
 Brota el aire huracanes de su seno;
 Cae la lluvia, crugen las montañas,
 Se eclipsa el sol, se inundan las campañas;

Mas la negra tormenta que oscurece
 Y asorda en torno al mundo y le conturba,
 Y del cielo la bóveda estremece
 Lanzando rayos por su inmensa curva,
 Á la vuelta del sol desaparece
 Pasa de nubes la apiñada turba,
 Y ante la luz pacífica y tranquila
 Ni se mece la flor ni el aire oscila...

Aquí la vasta cordillera empina
 En fantásticos riscos su cadena;
 Allí en vaiven elástica se inclina
 Sobre el tallo gentil de la azucena
 La flor ante la brisa matutina;
 Acá el arroyo por la selva suena,
 Y vese el llano y su pintada alfombra
 Que interceptan los montes con su sombra;

Y la fruta silvestre, donde toma
 Su grato olor la brisa pasajera
 Para mezclar al de la flor su aroma;
 Y el canto de la tórtola agorera
 Cuando la noche en el Oriente asoma;
 Y el variado matiz de la pradera,
 Que gusto, olfato, oído, vista halagan,
 Y deleitando el cuerpo el alma embriagan;

Y el Cáuca, que entre enormes padrejones
 Sus ondas bramadoras alborota,

O preso por altísimos peñones
 En vano el dique de granito azota;
 Y del ronco volcan las convulsiones,
 Y el muelle junco que en el lago brota,
 La calva roca, la aromosa planta, —
 Todo, en contraste seductor, encanta.

No este clima delicioso, blando
 Que al ócio solo y al placer convida,
 Ni su habitante gozará pasando
 En pereza monótona la vida.
 Para quien nace en su redor mirando
 La gigante natura estremecida
 En contraste magnífico y eterno,
 La quietud, la inaccion, son el infierno.

En la vasta extension que el Cáuca baña,
 Desde que asoma la modesta frente
 Entre el musgo glacial de su montaña,
 Hasta que, unido con su hermano¹, siento
 Del bramador Atlántico la saña
 Oponerse al poder de su corriente,
 Sí, cuanto riega su raudal bendito
 Es alto y gigantesco, — hasta el delito.

Así como él, extraño en su carrera,
 Crece y retumba amenazando estrago,
 O besa manso la feraz pradera
 Mecido en hondo y cristalino lago,
 O desciende en magnífica chorrera
 Tendiendo el iris por el aire vago;
 O sus olas espléndidas de plata
 Rueda de catarata en catarata:

Así su hijo entusiasta, en las regiones
 Que él con sus ondas ácidas satura,

(1) EL RIO MAGDALENA.

Creciendo entre las recias convulsiones
De la inquieta y terrífica natura;
En medio de contrastes y emociones
Pasa la vida borrascosa, dura;
Y es héroe—santo—mártir—delincuente—
Todo — ménos cobarde, indiferente.

JULIO ARBOLEDA (*N. Granada*).



INDICE



A los maestros	2
Advertencias preliminares	3

PRIMERA PARTE

	Pag.
Las malas compañías	9
La desobediencia	11
Fábula — El Muchacho y la Fortuna <i>T. de Iriarte, (Esp.)</i>	12
A mi madre en sus días <i>A. Marroquin, (Nueva Granada.)</i>	13
Buenos consejos á los niños	13
La leccion de la araña	15
La moderacion	16
Perseverar en la obra	17
El pajarillo prisionero <i>G. G. de Pineres, (Nueva Granada.)</i>	18
Una accion noble y generosa	19
A mi padre en sus días <i>J. M. Heredia, (Cuba)</i>	20
La primer accion de gracias	22
El Arco-iris <i>Marcos Arróniz, (México)</i>	23
El caminante hambriento	24
El deber de perdonar	25
La discordia	28
A Dios <i>Abigail Lozano, (Venez.)</i>	29
El salvador de Gertrúdis	30
Voltamad y su caballo	32
La gota de agua <i>A. Bachiller, (Cuba)</i>	32
El Gusano y la Mariposa	35

	Pag.
La amistad del pobre	37
La amistad del pobre — Continuacion	38
La niña del vigia.	40
Amistad <i>M. Muñoz y Castro, (Venez.)</i>	42
El infortunio no es siempre un castigo	44
Las consecuencias de la ira	46
El geranio	49
El triunfo de Sofía	52
Á una niña llorando por unas flores <i>Pantaleon Tovar,</i> <i>(México.)</i>	54
Los niños perdidos	54
La conformidad con la suerte	57
La onza de oro	59
El Bautismo <i>J. Eusebio Caro, (Nueva Granada)</i>	63
El cuento del abuelo	66
Á mi madre <i>Guillermo Matta, (Chilc.)</i>	71
La Oracion por todos <i>Andrés Bello, (Venez.)</i>	72
A mis jóvenes lectores	81
Viajes de Colon y descubrimiento de la América	82
Cuba y Santo Domingo	91
Descubrimiento y conquista de México	98
Descubrimiento y conquista del Perú	105
Descubrimiento y conquista de las costas del N. del Con- tinente Sur	112
Descubrimiento y conquista de los territorios de la Plata	118

SEGUNDA PARTE.

Máximas útiles, de moral.	<i>Anónimo</i> 124
Pensamientos y Aforismos. <i>José de la Luz y Caballero,</i> <i>(Cuba)</i>	132
Impiedad <i>Pbro D. Félix Varela (Cuba)</i>	137
El dolor <i>Francisco Zarco,† (México.)</i>	143
El Mago de Aguas-Buenas <i>J. J. de Acosta y Calbo, (Puerto</i> <i>Rico)</i>	146
El ceniztle <i>S. C. (México)</i>	149
El Árbol del buen pastor. <i>Rafael M. Baralt, (Venez.)</i>	152
Meseniana. <i>Juan Vicente Gonzalez, (Venez.)</i>	155
Impresiones del campo <i>Francisco Aranda y Ponte, (Venez.)</i>	157
Al pasar su cadáver <i>J. C. Zenea, (Cuba.)</i>	164
Discurso <i>José M. Záyas (Cuba)</i>	169
Estéban Girard. <i>Ramon J. Arnao, (Cuba)</i>	174
Introduccion á sus poesias . <i>José Mármol, (Buenos-Aires).</i>	176
Agua dormida <i>Juan C. Gómez, Uruguay.</i>	177

	Pag.
Fragmentos del Canto épico á Magallánes. <i>M. N. Corpancho (Perú)</i>	179
Las palmas <i>Don Antonio S. Valverde, (Santo Domingo.)</i>	180
La cotorra <i>E. Pichardo, (Santo Domingo.)</i>	182
El majá <i>id.</i>	184
El zum-zum <i>Id.</i>	185
Carácter de los granadinos <i>Rufino Cuervo, (Nueva Gran.)</i>	186
El Salto de Tequendama. <i>Francisco Antonio Zea, (Nueva Granada.)</i>	188
El Salto de Tequendama. <i>Juan Francisco Ortiz (Nueva Granada.)</i>	189
El llanero <i>José Maria Samper (Nueva Granada.)</i>	191
Los mineros <i>Joaquin Vallejos, (Chile.)</i>	193
¡Quién te vió y quién te ve! <i>El mismo.</i>	196
La Perla y el Diamante <i>Anónimo, (Cuba.)</i>	199
El Leon y la Junta <i>R. Y. Arnao, (Cuba.)</i>	199
El Junco y el Ciprés <i>G. Blest Gana, (Chile.)</i>	200
El Avaro y el Envidioso <i>Santiago Perez, (Nueva Granada)</i>	201
La Araña y la Oruga <i>Dr. Garcia de Goyena, (Guatemala)</i>	203
Los Perros <i>El Mismo.</i>	205
Los Animales en Cortes <i>Id.</i>	207
El Ciervo y la Oveja, siendo juez el Lobo <i>Id.</i>	210
La Palma y la Malva <i>Plácido, (Cuba.)</i>	211
El Filósofo y el Buho <i>J. M. Heredia, (Cuba.)</i>	212
Problemas <i>Ricardo Carrasquilla, (Nueva Granada.)</i>	213
Palabras que se escriben con V inicial. <i>J. M. Marroquin, (Nueva Granada.)</i>	214
Puentes de maroma	216
Indios del Oriente	217
Los Indios Záparos <i>M. Villavicencio, (Ecuador.)</i>	218
La indiferencia en materias religiosas. <i>J. M. Vergara, (Nueva Granada.)</i>	220
Invocacion religiosa <i>R. M. de Mendive, (Cuba.)</i>	223
Las Ovejas <i>Andrés Bello, (Venezuela.)</i>	225
La Palma y la Malva <i>F. J. Amy, (Puerto Rico.)</i>	226
El Platanillo y la Mariposa <i>F. J. Amy, (Puerto Rico.)</i>	228
La Gallina y el Diamante <i>R. de Pombo, (Nueva Granada.)</i>	230
El Mono y el Gato . <i>R. Carrasquilla, (Nueva Granada.)</i>	234
La eleccion de amigos. <i>José Manuel Marroquin, (Nueva Granada.)</i>	236
El Cuclillo <i>R. de Pombo, (Nueva Granada.)</i>	239
Francisco José de Córdas <i>Lino de Pombo, (Nueva Granada.)</i>	240
El indio de la América del Sur. <i>F. J. de Córdas, (Nueva Granada.)</i>	245
La nueva Granada <i>El Mismo.</i>	248
Peregrinacion de Alpha <i>Manuel Ancizar, (Nueva Granada)</i>	249
Zapatoca <i>Id.</i>	251

	Pag.
El habitante de las cordilleras y el de las llanuras	253
Los estragos del tiempo. <i>Juan de Dios Restrepo, (Nueva Granada.)</i>	254
José Eusebio Caro <i>José Joaquín Ortiz, (Nueva Granada.)</i>	256
Las traducciones <i>José Joaquín Borda, (Nueva Granada.)</i>	258
Célebres romanos españoles. <i>Antonio José de Irisari, (Guatemala.)</i>	260
Julio Arboleda <i>J. M. Torres Caicedo, (Nueva Granada.)</i>	261
Consejos á un magistrado <i>Julio Arboleda, (Nueva Granada)</i>	264
Fragmentos <i>Domingo F. Sarmiento, (República Argentina.)</i>	267
Aspecto físico de la República Argentina <i>Id.</i>	270
Originalidad y caracteres argentinos <i>Id.</i>	272
À mis hijos Anselmo y Rosa <i>J. A. de Gómez, (Nueva Granada.)</i>	275
La mañana mas bella de mi vida. . . . <i>J. M. Vergara V., (Nueva Granada)</i>	277
Producciones naturales de Cuba . . . <i>P. J. Gutiérrez, (Cuba.)</i>	279
Doña Fortuna y Don Dinero . . . <i>Fernán Caballero, (Esp.)</i>	281
El murciélago alevoso . . . <i>Mtro. Fr. Diego González, (Esp.)</i>	284
La Expedición botánica de Mútis. <i>Florentino Vezga, (Nueva Granada.)</i>	289
Réplica al Compatriota <i>José A. Saco, (Cuba.)</i>	297
Discurso <i>E. Piñero, (Cuba.)</i>	298
Discurso <i>A. Angulo y Heredia, (Cuba)</i>	303
Ante el cadáver de Don José de la Luz <i>F. de Zayas (Cuba)</i>	308
Paralelo entre Washington y Bolívar . . <i>F. Ribas, (Venez.)</i>	310
El Guardiero <i>A. Suárez y Romero, (Cuba.)</i>	312
El desterrado del hato . . . <i>Domingo del Monte, (Cuba.)</i>	313
La corrida de patos <i>R. Palma, (Cuba.)</i>	318
Descubrimiento del Rio de la Plata <i>Luis L. Dominguez, (Rep. Arg.)</i>	321
Descubrimiento del Perú . . . <i>Sebastián Lorente, (Perú)</i>	323
Colombia (América Meridional) . <i>Julio Arboleda, (Nueva Granada.)</i>	325



